

Historia del Valle de San Gil

J. FRANCISCO FABIÁN GARCÍA



HISTORIA DEL VALLE DE SAN GIL

J. FRANCISCO FABIÁN GARCÍA

HISTORIA
DEL
VALLE DE SAN GIL

DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
2017

Ediciones de la Diputación de Salamanca
Serie Ayuntamientos, n.º 53

- © Diputación de Salamanca
1.ª edición: 2017
- © J. Francisco Fabián García

DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
e-mail: ediciones@lasalina.es
<http://www.lasalina.es/cultura>

ISBN: 978-84-7797-535-9
Depósito legal: S. 233-2017
Impreso en España

Preimpresión: www.trafotex.com

Imprime: Artes Gráficas EUJOA

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea mecánico, eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Índice

LA IMPORTANCIA DE CONOCER LA PROPIA HISTORIA.....	9
1. CUANDO EMPEZÓ TODO. LA FORMACIÓN GEOLÓGICA DEL VALLE DE SAN GIL.....	11
2. EL VALLE DE SAN GIL EN LA LEJANA PREHISTORIA.....	17
2.1. <i>Hace unos 6.500 años</i>	17
2.2. <i>Unos 1.500 años después</i>	22
2.3. <i>Cabeza Gorda. Una atalaya simbólica</i>	27
2.4. <i>El largo vacío de tiempo que vino después</i>	30
2.5. <i>El Valle de San Gil en la Edad Media</i>	31
3. VALDESANGIL EN LA EDAD MODERNA.....	39
3.1. <i>El siglo XVII. El nacimiento del verdadero Valdesangil</i>	39
3.1.1. <i>La iglesia bejarana de San Juan como parroquia</i>	41
3.1.2. <i>El uso del vulgo como sobre-apellido</i>	42
3.2. <i>El siglo XVIII. Un tiempo decisivo para Valdesangil</i>	45
3.3. <i>Generalidades sobre los curieles durante el siglo XVIII</i>	45
3.4. <i>La construcción de la iglesia parroquial como elemento base y la figura del canónigo Francisco Hernández Nieto</i>	46
3.5. <i>El paisaje urbano durante el siglo XVIII</i>	60
3.6. <i>Los elementos necesarios para la vida diaria</i>	68
3.7. <i>La población de Valdesangil a mediados de 1700</i>	70
3.7.1. <i>Los nombres que los curieles ponían a sus hijos en el siglo XVIII</i>	77
3.7.2. <i>La agrupación en familias y los vulgos</i>	78
3.8. <i>Los curieles y su forma de ganarse la vida en el siglo XVIII</i>	80
3.9. <i>Los curieles y su sociedad en el siglo XVIII</i>	88
3.10. <i>La significación social</i>	97
3.11. <i>Religiosidad, fiesta y muerte de los curieles</i>	99
3.11.1. <i>El testamento como procedimiento para ayudar en la salvación</i>	100
3.11.2. <i>Las cofradías como forma de religiosidad y de ayuda a la parroquia</i>	103
3.12. <i>Las fiestas. Tiempo de esparcimiento y diversión para los curieles</i>	107

4. EL SIGLO XIX.....	111
4.1. <i>Los acontecimientos políticos</i>	113
4.1.1. La Guerra de la Independencia y sus consecuencias	113
4.1.2. El fin de la guerra y la llegada de un tiempo convulso.....	118
4.1.3. La Revolución de 1868 y la participación del curiel Vicentillo	120
4.1.4. La emigración como salida de la crisis.....	125
4.2. <i>El Ayuntamiento de Valdesangil y su dependencia del de Béjar</i>	125
4.3. <i>La población y sus circunstancias. Nacimientos, muertes y casorios</i>	130
4.3.1. Empezar una familia. Las bodas.....	133
4.3.2. Los nombres de los curieles.....	138
4.3.3. Los autóctonos y los venidos de fuera	142
4.3.4. Muertos, cementerio, nuevo camposanto y costumbres relacionadas..	144
4.4. <i>La escuela y el médico dos grandes avances</i>	148
4.4.1. La escuela y el maestro. La posibilidad de dejar de ser analfabetos....	148
4.4.2. El cirujano y el médico	156
4.5. <i>Labradores, pastores y jornaleros</i>	158
4.6. <i>La vida diaria, sus circunstancias y sucesos</i>	164
5. EL SIGLO XX.....	173
5.1. <i>La población de Valdesangil en el siglo XX</i>	175
5.1.1. La emigración como causa de la baja en la población	177
5.1.2. La muerte como parte de la vida en el Valdesangil del siglo XX	183
5.2. <i>La Junta Administrativa de Valdesangil como organizadora de la vida del arrabal</i>	186
5.3. <i>La enseñanza, la escuela y todos sus problemas y consecuencias</i>	189
5.4. <i>Algunos cambios en el paisaje urbano</i>	198
5.5. <i>De jornaleros a trabajadores del textil</i>	207
5.6. <i>La vida diaria y sus circunstancias en las tres primeras décadas del siglo XX</i>	210
5.7. <i>La Guerra Civil (1936-1939), un tiempo de congoja, tensión y dolor</i>	220
5.8. <i>La inmediata postguerra: hambre primero, cambio después</i>	228
5.9. <i>El Ayuntamiento, la carretera y las nuevas escuelas</i>	251
5.10. <i>La modernidad de los años 60 y su continuidad en los 70</i>	256
5.11. <i>De finales de los 70 hasta la actualidad</i>	275
BIBLIOGRAFÍA	293
ESTAMPAS DE LA VIDA DE VALDESANGIL.....	295

La importancia de conocer la propia historia

Todos los lugares tienen una historia que se ha ido labrando a lo largo de siglos. Pero no siempre la gente que habita o ha habitado en esos lugares la conoce bien. La memoria del pasado se va perdiendo con la desaparición de las gentes y con el paso de las décadas y los siglos. Se pierde una buena parte de la historia, otra, la más general, queda en los documentos que se guardan del pasado, en los edificios, en las leyendas que se transmiten de padres a hijos e incluso quedan debajo de la tierra, teniendo que recurrirse a la arqueología para desenterrarla, estudiarla y conocerla.

No podemos ni debemos olvidar el pasado, por más que lo que nos importe principalmente sean el presente y el futuro. Conocer el pasado y vivir el presente no son incompatibles, al contrario: se complementan a la perfección, porque conocer el pasado desde el presente constituye un placer del que saben disfrutar quienes entienden que vivir significa muchas cosas, cuantas más mejor y una de ellas está en el conocimiento, en el saber, en la cultura y, como en este caso, en penetrar en aquel tiempo que tuvo lugar en este mismo sitio antes de que llegáramos nosotros. La mayor parte de lo esencial que tenemos y disfrutamos ha sido inventado en el pasado. Hemos de ser conscientes de algo fundamental: somos los herederos del trabajo, de la imaginación, del esfuerzo, de los problemas resueltos y de las genialidades por parte de todos aquellos que estuvieron antes que nosotros en el mundo y en particular en los sitios que habitamos. Viajamos por la vida con una inseparable mochila con nosotros, que es toda la historia anterior. Somos el resultado de los avances y del intenso trasiego de las gentes de todos los tiempos y, siendo así, tenemos la obligación de conocerlo y valorar cuánto costó llegar hasta hoy, como lo será igual para los que nos sucedan, cuando nosotros hayamos pasado y otros miren hacia atrás para entendernos, siendo como seremos ya historia.

No es fácil acceder al conocimiento del pasado. Querer conocerlo implica mucho trabajo. El pasado va quedando oculto entre los documentos, entre la tierra, en los edificios antiguos, en las leyendas transmitidas de generación en generación... y eso, si se quiere dar a conocer, hay que desentrañarlo del sitio donde está a través de un gran esfuerzo. Primero hay que encontrarlo, saber si existen esos datos, después examinarlos con detenimiento y, luego, interpretarlos. Por último, hay que darlo a conocer, escribiéndolo de la mejor forma posible para hacerlo entender a los que va

destinado. Un trabajo de mucho tiempo que se hace por vocación y por compromiso con un lugar y con sus gentes. Ese es el caso de este libro.

Este documento que tienes entre las manos es la historia de lo que tuvo lugar en el Valle de Valdesangil hasta donde hemos podido conocer. Una historia general a través del tiempo y de los documentos de todo tipo examinados en los yacimientos arqueológicos, para lo más antiguo, en los archivos de Béjar y de Valdesangil, también recopilando lo que otros han investigado antes y, cómo no, escuchando los recuerdos de los supervivientes de un pasado a los que les hemos preguntado todo lo que recordaban, pasando con ellos horas muy hermosas¹.

Es por tanto la principal intención de este libro que conozcas el devenir en el tiempo de las gentes que antes de que nosotros lo disfrutáramos, estuvieron aquí haciendo lo mismo, aunque en medio de una vida más difícil. Está dedicado a todos lo que nacieron en este valle, a los que se asociaron a ellos por razones de amistad y de familia y a todos los que vienen y disfrutan de cada aspecto que ofrece. Para todos ellos, como depositarios del legado de un pasado del que muchos somos descendientes, es este esfuerzo por recopilar la historia del Valle de San Gil.



Valdesangil en el fondo del Valle de San Gil.

¹ Mi agradecimiento a Pedro Sánchez, Inocencia García, Remedios García, Serafín Sánchez, Inocencia Martín, Dori García, Carmen Sánchez, Agustín Jiménez, Magdalena Sánchez y a José Fabián. También a Mercedes Sánchez por su ayuda en el capítulo del origen geológico de Valdesangil.

1.

CUANDO EMPEZÓ TODO

La formación geológica del Valle de San Gil

Todo empieza alguna vez y generalmente con el tiempo se va transformando, y se transforma más aún cuando es mucho el tiempo que transcurre. En la corta vida de los seres humanos casi nunca parece que haya grandes cambios sustanciales que no sean los acontecimientos históricos que tienen lugar y que modifican algunas parcelas de la vida. El paisaje puede variar por acción de las personas (por ejemplo: una mina a cielo abierto, una cantera, un bosque que se tala o que se planta...), pero un cambio de gran envergadura que transforme considerablemente un lugar, es algo que dura tantos miles o millones de años, que nadie alcanza a apreciar el cambio. Solo a través de la ciencia seremos capaces de verlo, cuando el relato de los hechos por un científico nos diga que en un tiempo fue de una forma y ahora es de otra muy distinta. Así las cosas, lo que vieron en general los más antiguos curieles y todos los

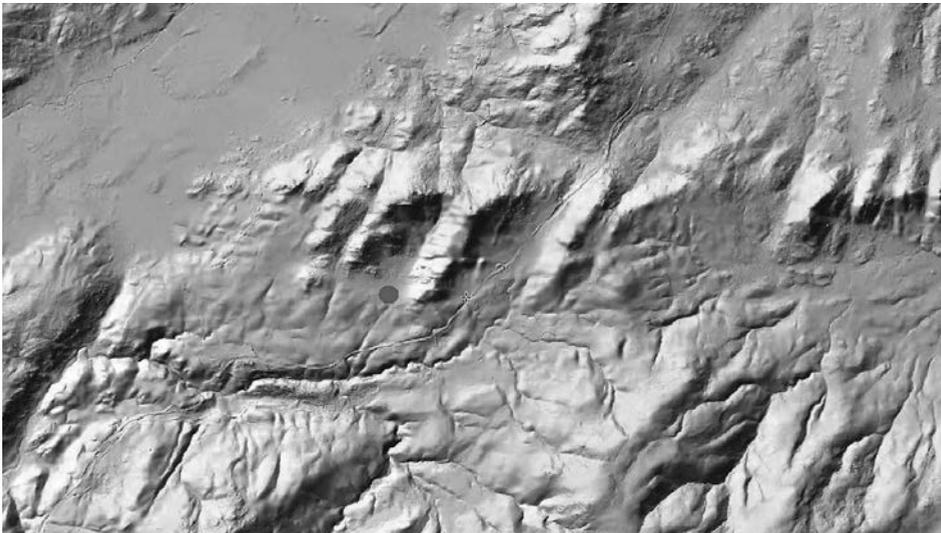


FIGURA 1: *Posición del Valle de San Gil en el relieve montañoso de la sierra de Candelario-Béjar.*

que vivieron y tenemos constancia de que visitaron esta zona hace más de 7.000 años, no difiere prácticamente en nada de lo que vemos hoy. Podría haber entonces más o menos árboles, incluso especies diferentes determinadas por el tipo de clima que se diera en ese tiempo (por ejemplo, según fuera más húmedo o más seco), pero la configuración genérica del paisaje era la misma hace 7.000 años que lo es hoy. Los Picos, como ahora, conformaban entonces el valle en semicírculo por el norte, albergando en su interior un espacio íntimo apto para el desarrollo de una ocupación humana. Puede que pequeños detalles, como puedan ser ciertas rocas, desde entonces se hayan desplazado o quebrado, pero sustancialmente, nada de lo de ese tiempo ha cambiado a día de hoy.

El paisaje de entonces y de ahora se configuró en lo esencial hace algo más de 2 millones de años. Desde entonces hasta el presente no ha hecho otra cosa ese paisaje que irse descomponiendo; pero muy lentamente, tanto que, por ejemplo, en 10.000 años apenas si podrían observarse diferencias entre cómo estaba y cómo lo vemos ahora. Naturalmente mucho menos perceptible es cualquier cambio en el tiempo que dura nuestra vida particular; en realidad muy corta respecto a los fenómenos que componen la formación de la Tierra. Pasamos por la vida sin que se note ningún cambio sustancial en el paisaje.

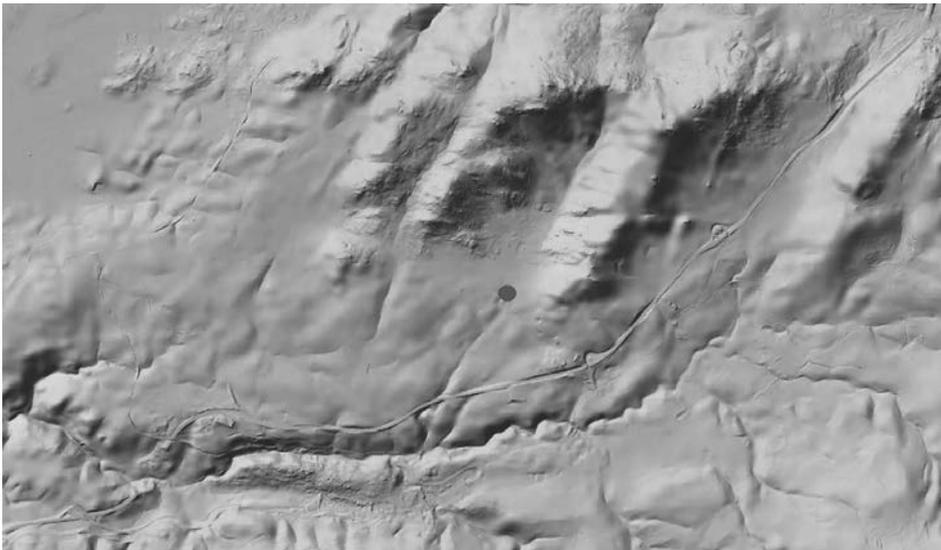


FIGURA 2: *Relieve del Valle de San Gil.*

Para explicar brevemente cómo se formó el Valle de San Gil hay que comenzar diciendo que todo empezó hace entre 350 y 250 millones de años atrás, tiempo que se corresponde con el final de la Era Primaria, cuyo principio tuvo lugar hace nada menos que 540 millones de años. Estas cifras en años, comparadas con el tiempo que dura una vida humana, resultan incluso difíciles de creer, pero sobre todo ínfimas por

lo poco que es una vida de 80 años comparado con la edad de la Tierra y todos los procesos que han tenido lugar en ella. Pero aunque pudiera parecer mentira, es completamente real el tiempo transcurrido. Los estudios geológicos lo determinan así por más que nos abrumen con sus cantidades. Al tiempo en que comenzó todo se le conoce en geología como la Era Primaria por atribuírsele el principio. Nada, absolutamente nada, entonces era parecido a lo que vemos hoy en el Valle de San Gil y en ninguna parte del planeta. En lo que nos concierne aquí, solo existían como tales las rocas que conforman el paisaje, el llamado granito, pero se hallaban a unos 12.000 metros de profundidad respecto de la superficie, es decir, no estaban visibles. El paisaje sobre la superficie en esta zona estaba conformado por una gran cadena montañosa, que con el paso de los millones de años, se fue desgastando en sus zonas más blandas como consecuencia los fenómenos meteorológicos. Tanto se desgastó, que fue dejando a la vista en muchos lugares las rocas de granito que antes se encontraban a los 12.000 metros de profundidad aludidos. Ese desgaste sucedió en la siguiente Era, la Secundaria.



FIGURA 3: *El Valle de San Gil desde el norte.*

Andando el tiempo y transcurriendo los millones de años, empezó la Era Terciaria hace unos 66 millones de años, conformándose entonces y poco a poco, el paisaje del Valle de San Gil. Sucedió de esta manera: la Tierra, que está compuesta por gigantes casacas de roca independientes unas de las otras, registró el choque y la presión entre sí de esas placas y lo hizo con una fuerza tal que motivaron, con la presión, el alzamiento de los montes y cordilleras que hoy vemos. Como cuando presionamos lentamente dos bloques cualquiera, surgió de ellos con lentitud, puesto que fue un



FIGURA 4: *Formación granítica típica del Valle de San Gil.*

fenómeno muy lento y prolongado, una deformación interior proyectada al exterior, conformando así nuevas montañas, con la roca que estaba alojada en su interior, el



FIGURA 5: *Piquitos y Cancho Bermejo, dos emblemas del paisaje granítico de Valdesangil.*

granito, la roca que compone nuestros montes. Fue un proceso muy lento que duró unos 63 millones de años. Así apareció la Sierra de Candelario-Béjar y los Picos de Valdesangil en la condición de ser parte de ella. Como el granito es muy duro y poco plástico y con la presión se rompe, no se dobla ni se pliega, como sucedió con otras rocas en otros lugares de la Península Ibérica, aquí se fracturó formando con el tiempo grandes huecos entre las fracturas, que son los valles que hoy conocemos, como el de Sangusín o el propio Valle de San Gil, por decir solo los más cercanos.

Toda esta secuencia, que parece más una ficción que una realidad hablando en millones de años y en elevaciones de montañas, tuvo que suceder necesariamente para que llegara a ser el Valle de San Gil lo que es hoy. Y aunque nos creamos que esto será ya para siempre tal y como lo vemos ahora, no será así, porque la Tierra, por más que resulte difícil de creer a simple vista, nunca dejará de evolucionar. Solo que en nuestro breve paso por ella no se notará nada, porque una vida, una generación, constituye apenas un grano de arena en la playa que es el tiempo de vida de nuestro planeta.

2. EL VALLE DE SAN GIL EN LA LEJANA PREHISTORIA

2.1. HACE UNOS 6.500 AÑOS

Parecerá mentira, por el vértigo que da una cantidad de tiempo tan grande, pero hace nada menos que unos 6.500 años hubo gente viviendo donde hemos nacido y vivido nosotros. Ya hemos dicho antes que el ambiente no era diferente a como lo vemos hoy. Lo que pudo variar fue el aspecto general que da la vegetación. La vegetación siempre depende del clima y de quién habita en un territorio, por cuanto que acabe con los árboles en mayor o menor medida o los respete. Hace 6.500 años

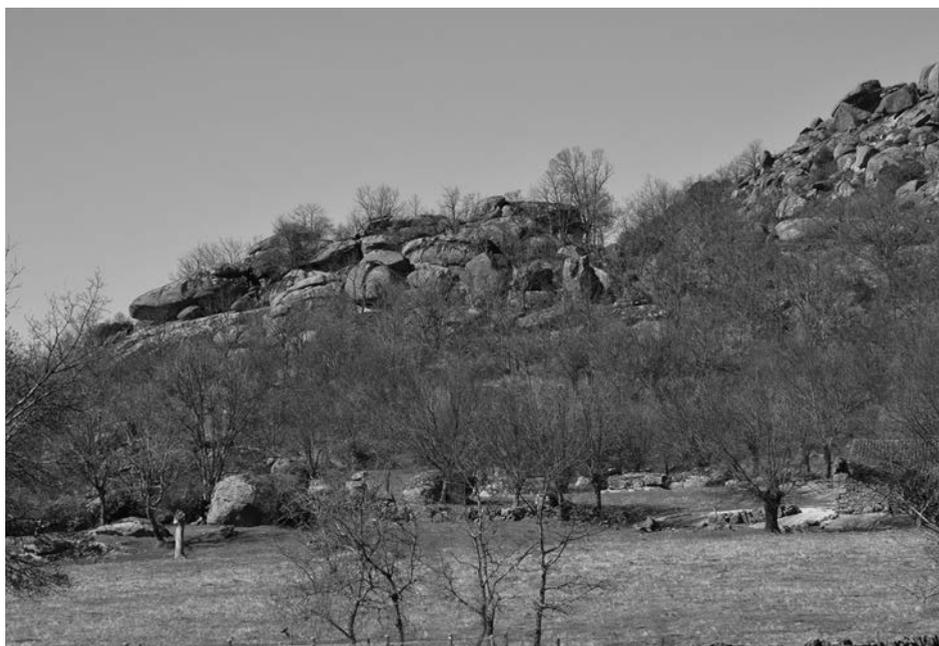


FIGURA 6: *Promontorio de La Covacha. Escenario de los habitantes del valle hace 6.500 años.*

el clima fue un poco más cálido y húmedo que el actual, por lo cual podemos interpretar que un lugar como Valdesangil, con sus condiciones, pudo tener abundante vegetación, sobre todo teniendo en cuenta que nadie talaba los árboles con los medios que hoy podemos hacerlo. No estaremos muy lejos de la verdad si pensamos que la vegetación pudo ser muy similar a la que hoy conocemos (robles, fresnos y quizá castaños). Con esas condiciones, en las que todo nuestro valle estaba cubierto de árboles mostrándose como una gran alfombra debajo de los Picos, un buen día llegó un grupo humano para instalarse. Aunque no sabemos si procedían de cerca o de lejos, hemos de creer que antes de llegar aquí hubieran vivido en las inmediaciones, descubriendo las bondades que para ellos tenía el valle.

Por ese tiempo se vivía en abrigos rocosos, que no son exactamente cuevas. Los abrigos rocosos en paisajes graníticos como el nuestro, los constituyen dos o más grandes rocas que se apoyan entre sí de forma natural, constituyendo un lugar cubierto que sirve de buena protección. En un paisaje como el de Valdesangil hay bastantes sitios de estos, los conocemos bien. Los más importantes, por su volumen y capacidad, están en *Valdeama*, *Las Cabañuelas*, *Los Cerraillos* y en *La Covacha*, que toma ese nombre precisamente de sus circunstancias. En todos estos, en un promontorio de grandes rocas apiñadas, se forman pequeños sitios habitables desde el punto de vista



FIGURA 7: Abrigo de *La Covacha*.

y las exigencias de aquellos tiempos, lejos, como es lógico, de los nuestros de ahora, puesto que para eso hace unos 6.500 años entre entonces y ahora. Curiosamente en los cuatro sitios citados se han encontrado restos que hablan de ese tiempo tan antiguo y de la vida humana en ellos. Sobre todo, lo sabemos de La Covacha y de Las Cabañuelas, donde el hallazgo de algunas cerámicas con una determinada decoración, propia solo de ese tiempo, nos hace saber que fueron usadas en el Neolítico, que es el momento de la historia de la humanidad correspondiente con la vida de los primeros agricultores y ganaderos, es decir, después del Paleolítico, en el que no se producía nada, solo cazaban y recolectaban.

Decíamos que en torno al 4500 antes de Cristo, hace unos 6.500 años, un grupo de gentes llegó al que mucho tiempo después se llamaría Valle de San Gil. Decíamos también que no sabemos de dónde procedían, pero seguramente no sería de muy lejos, porque la gente en ese tiempo, en condiciones normales, se desplazaba en distancias cortas a medida que iba conociendo territorios que les pudieran interesar y mejorar la vida. No muy lejos de Valdesangil, en la zona del Tranco del Diablo (Béjar), en la del pueblo de Pinedas o, un poco más lejanos, en la de las cercanías de la ciudad de Ávila, por este tiempo vivieron de forma similar otros grupos, de los que no sabemos si fueron exactamente contemporáneos de los del Valle de San Gil, o algo anteriores o posteriores, pero sí del mismo tiempo en general y de la misma cultura, es decir, llevaban el mismo modo de vida y usaban las mismas herramientas, comportándose en comunidad de manera similar.

Nuestro valle ofrecía buenas condiciones para habitarlo. Estaba bien resguardado del norte, del que siempre hay que protegerse, porque por ese lado viene lo más frío; había agua, pastos, tierra potencialmente fértil en algunos puntos, caza también había abundante y además, en una serie de puntos, las peñas formaban covachas en las que, convenientemente cerradas con paredes y ramajes, podía vivir cobijado un pequeño grupo de personas. Hasta un tiempo después no usarían las cabañas construidas al aire libre, abandonando estas covachas que durante mucho tiempo les sirvieron de cobijo y hogar.

Alguien en algún momento, antes de la definitiva llegada, se había dedicado a examinar el relieve rocoso de Valdesangil descubriendo alguno de los covachos citados de Valdeama, Los Cerrillos, Las Cabañuelas o La Covacha. Con uno primero como base, puede que fueran descubriendo los demás y así empezó a desarrollarse en el valle la ocupación humana en un tiempo tan antiguo. Eran los primeros ganaderos y seguramente también los primeros agricultores. Poco antes de eso, en otros lugares se había vivido solo de cazar y recolectar los frutos silvestres que el campo ofrece.

En realidad, sabemos muy poco de aquellos paisanos nuestros tan remotos, puesto que para llegar más lejos sería preciso hacer investigaciones arqueológicas profundas. Aun así, existen muchos datos para reconstruir en líneas generales su vida, acompañando a lo conocido de aquí lo que sabemos de grupos similares en un territorio cercano.

Tanto si los que vivieron en Valdeama, Las Cabañuelas o La Covacha coincidieron simultáneamente y estaban relacionados, como si fueron ocupaciones distintas y sucesivas en el tiempo, sabemos que cada grupo que habitaba en estos lugares lo constituían un número limitado de personas, unidos todos ellos por lazos familiares. Podemos decir que eran familias errantes, familias amplias que lo tenían todo en común y que estaban conectadas con otras cercanas, con las que se reunían para intercambiar lo que hiciera falta. Habían domesticado, como poco, ovejas y cabras, conocían la agricultura del trigo y la cebada, también la cerámica (tan esencial para la vida diaria, porque sin recipientes organizar la vida cuesta más) y practicaban la caza como complemento de su dieta, porque debía de ser abundante en aquel tiempo y mucho más variada que la que hay ahora, con ciervos, toros y caballos salvajes, osos... Por lo conocido de otros sitios cercanos, donde esta misma cultura se ha estudiado con más profundidad, sabemos de las muchas penurias que pasaban en la vida, empezando por lo expuestos que estaban a las enfermedades de todo tipo, debido a la falta de conocimientos para abordarlas y a la mala alimentación, y también por los contratiempos que podían sufrir con sequías, plagas o malas cosechas, arruinándoles y poniendo en peligro su existencia, de la cual sabemos que a duras penas, en el mejor de los casos, llegaba a los 30-35 años.

Conocemos sus vasijas de cerámica hechas a mano, esenciales para la organización de una vida productiva y, en ellas, las decoraciones que se hacían con fines simbólicos de acuerdo con sus creencias y con las interpretaciones que hacían del mundo; sabemos también de sus armas de piedra para la caza, de sus herramientas para organizar la vida diaria, siempre de piedra (hachas para talar árboles y azuelas para cultivar la tierra, piedras afiladoras, de honda, molinos para moler...), porque el metal aún tardaría bastante tiempo en conocerse en estas tierras. Con todo ese bagaje de herramientas y otros que no se han conservado porque eran de madera o de hueso, se enfrentaban a la vida talando árboles para el fuego diario y para despejar las zonas en las que organizar el cultivo. Por poca imaginación que podamos tener, no resultará complicado reconstruir su vida diaria en medio de este mismo paisaje, donde ellos ni siquiera conocieron el metal y hoy, 6.500 años después, si queremos, hablamos por teléfono con el otro lado del mundo a través de un aparato que ni el más soñador de entonces podía imaginar.

De quienes más sabemos, sin saber mucho, es en concreto de los habitantes de La Covacha. Allí, de forma natural, como en otros puntos del valle y en todos los paisajes graníticos, se forman una serie de abrigos o covachos entre las rocas que fueron habitados en este tiempo. Se han hallado restos tanto dentro de la propia Covacha como en los prados de las inmediaciones por la zona este hasta las cercanías del arroyo, señal inequívoca de que desarrollaban las actividades ganaderas y también posiblemente agrícolas en la zona inmediata a la que vivían. La propia Covacha, como también los abrigos que hay en el mismo promontorio de rocas, debieron de ser el refugio de aquellas gentes, el lugar donde tenían la base, entre las peñas, moviéndose para sus actividades por los alrededores.

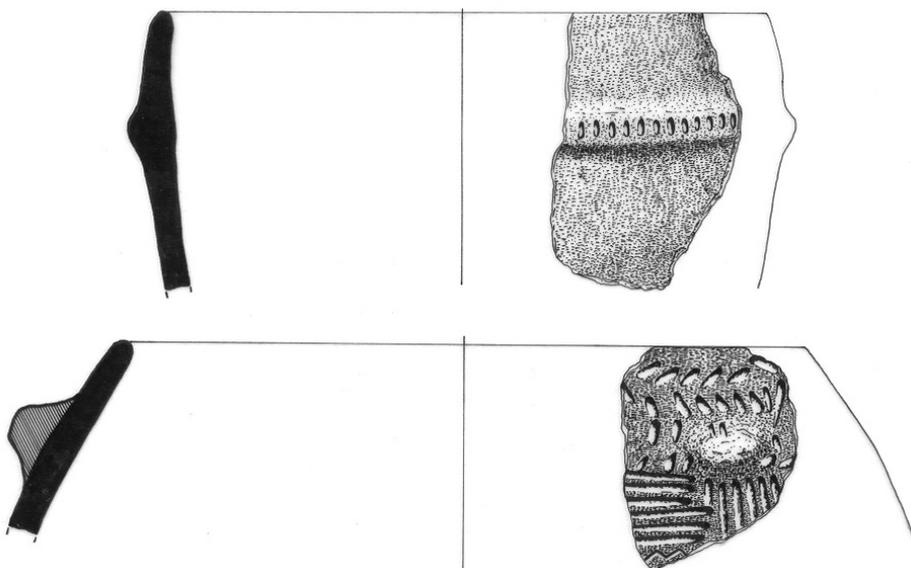


FIGURA 8: *Dibujo correspondiente a dos cerámicas con decoración simbólica utilizadas por los habitantes de La Covacha.*

Tuvieron mucho trabajo para organizarse la vida, tanto los que vivieron en la zona de La Covacha como los de Valdeama, Los Cerrillos y las Cabañuelas, de los que no podemos descartar que fueran un mismo grupo asentado en varios puntos, repartiéndose el paisaje. En ese tiempo la vegetación que poblaba el valle debía de ser muy frondosa y espesa como consecuencia del crecimiento desordenado de árboles y arbustos durante mucho tiempo. Por tanto, la primera misión fue desforestar una parte, lo más posible, de forma que pudieran despejarse prados en los que pastar el ganado y las zonas cultivables más aptas. Naturalmente que sabían bien lo que buscaban. Por más que fuera muy atrás en el tiempo, sabían distinguir ya las tierras buenas de las malas, como también los sitios donde podían conseguir el agua necesaria sin recurrir a los cauces, que en un determinado momento podían secarse. No resulta difícil cuando se tiene que vivir de ello. Los conocimientos se iban transmitiendo de padres a hijos, de forma que lo que podía ser inventado o conocido por una generación, no se perdiera, ya suponía un avance.

No sería fácil despejar una parte del valle en un tiempo en el que no había motosierras ni ninguna otra maquinaria para llevar a cabo una actividad de esa envergadura. Ni siquiera había hachas metálicas, porque no conocían el metal. Todo lo hacían con piedra, madera y hueso y con esos materiales, eliminar manualmente toda la vegetación en una zona tan extensa, resultaba una tarea casi imposible. Con toda seguridad recurrieron al fuego y después de eso, con mucho trabajo y una buena observación de las posibilidades, despejaron las zonas más favorables para sus intereses. Porque el fuego no lo despeja todo por completo, contribuye solamente.

Hay mucho trabajo que hacer después y ese sin duda les tocó con los medios de que disponían.

Aquellos primeros pobladores que habitaron el que se llamaría con el tiempo Valle de San Gil tuvieron, por tanto, mucho que luchar para organizarse la vida. No necesitaban demasiado, porque eran tiempos de las necesidades más básicas, pero, aun así, la lucha contra los elementos hubo de ser muy dura.

Con ellos hace unos 6.500 años empezó todo en el valle. No sabemos cuánto tiempo estuvieron y tampoco la razón por la que se marcharon. En un tiempo tan antiguo y con tantas carencias, una sequía, una mala cosecha por el agotamiento de las tierras, una epidemia que les diezmará o cualquier otra razón parecida, era motivo para marcharse en busca de otro lugar en el que ganarse la vida o para unirse a un grupo mayor. Desde ese momento el Valle de San Gil volvió a ser pasto de la vegetación probablemente durante largo tiempo.

2.2. UNOS 1.500 AÑOS DESPUÉS

Podría decirse que hablamos de siglos con mucha ligereza, pero no es así. A estas alturas de nuestra civilización, las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en muchos lugares y la incorporación de tecnología de todo tipo en arqueología han hecho avanzar tanto los conocimientos, que situar en años cada periodo de la vida humana no resulta en absoluto complicado. Pero no es preciso explicarlo con detalle aquí, solo debemos pedirle al lector que confíe plenamente que lo que decimos es ciencia, no se basa en absoluto en la adivinación y menos en la fantasía.

De los aproximadamente 1.000-1.500 años siguientes a la partida de aquellas gentes neolíticas en La Covacha y Las Cabañuelas no sabemos nada sobre alguna ocupación en el Valle de San Gil. Tal vez a nadie interesó este lugar o tal vez no hayamos dado todavía con las huellas, a pesar de nuestras intensas búsquedas. En cualquier caso, si alguien volvió a vivir por aquí hasta el año 3000 antes de Cristo aproximadamente, no lo hizo con mucha intensidad, porque las huellas no son evidentes y de haberlas, las habríamos localizado. No eran muchos los habitantes en ese tiempo debido a que vivían poco y por tanto el crecimiento demográfico de las poblaciones era muy lento, con lo cual la exploración de nuevos espacios no se producía con facilidad, como consecuencia de la competencia entre unos y otros. Si cambiaban de lugares era, sobre todo, condicionados por la presión del medio o por la necesidad de hallar sitios más rentables.

Hay que decir que no resultaba muy tentador nuestro valle desde el punto de vista de una economía prehistórica en la que la agricultura iba ganando peso. Antes, como ahora si le dejáramos, el Valle de San Gil debió de ser un auténtico bosque. Crear espacios para cultivar o praderas para el ganado, despejadas de árboles y matorros, no se hacía como lo haríamos hoy. Ya hemos hablado de esto en el apartado

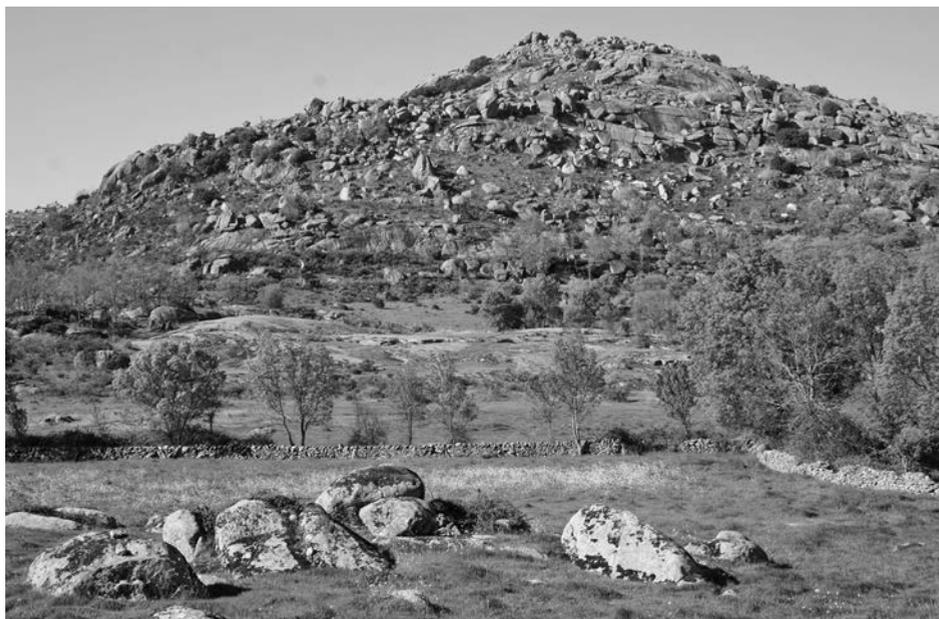


FIGURA 9: *Ladera de El Chorrito, escenario de los habitantes del valle durante la Edad del Cobre.*

anterior. Por esa razón, si no hubo otras muchas más, elegir este valle debía de ser una decisión a tomar, valorando posibilidades que no acertamos hoy a conocer con facilidad desde nuestro mundo tan adelantado y diferente. Si había lugares donde todo costara menos esfuerzo, allí irían y con esa base, al parecer durante 1.500 años el resguardado Valle de San Gil fue un lugar poco o nada frecuentado.

Pudo ser en torno al 3000 cuando otro grupo volvió por aquí para quedarse. Por ese tiempo había más gente viviendo por más sitios, es decir, se había producido un incremento de las poblaciones y ello hacía que pudiera haber más competencia por los recursos y los mejores sitios. La experiencia agrícola y ganadera se iba enriqueciendo con los conocimientos experimentados, lo cual ofrecía más posibilidades de éxito a la hora de emprender nuevas aventuras en lugares distintos y mejores condiciones de vida. Sabemos que hacia el 3700 antes de Cristo en la zona de Navalmoral-Fuentebuena, en un cerro que llaman La Corvera hubo un pequeño poblado heredero lejano de la cultura que antes se había desarrollado en La Covacha y Las Cabañuelas de Valdesangil. Tal vez desde aquel remoto tiempo no habían dejado de ir a unos sitios y otros sin alejarse mucho de una zona buscando mejores posibilidades para sobrevivir, de forma que a causa de determinadas necesidades se colonizaban nuevos territorios. Así las cosas, un grupo seguramente poco numeroso, de nuevo ligados todos entre sí por lazos de sangre, eligió la zona de El Chorrito para vivir². Por la elección de ese lugar precisamente, entre más posibilidades del entorno, podemos

² FABIÁN GARCÍA, J. F. 1994.

entender cuáles eran sus necesidades y pretensiones. El sitio elegido no fue solo lo que hoy conocemos con ese nombre, es decir, la finca privada, sino también la zona comunal que se extiende a partir de él por arriba y por oeste e incluso los prados que hay donde arranca la ladera. En toda esa zona se han encontrado restos suficientes como para saber que se vivió de forma prolongada entre el final del Neolítico y parte de la Edad del Cobre. En términos de tiempo pudo suceder entre el 3200-3000 y el 2500 a. C. No significa que estuvieran todo ese tiempo allí, solo que fue entre esos años cuando sucedió.

Lo primero que buscaron allí fue cobijo y sol. La zona de El Chorrito es una ladera rocosa que mira hacia el sur, es decir, está protegida del norte, que es la peor orientación posible, porque el frío más crudo viene siempre de ahí. La ladera, además, tenía muchas rocas que daban una protección complementaria. Había un arroyo cercano, el de Cabezón y prados y tierras en La Casalancha, lo suficientemente productivos en una economía primitiva, como para garantizar pastos y cosechas rentables. Teniendo en cuenta que no serían muchos, no estuvieron desacertados en el lugar elegido. Bien pensado es el mejor lugar de todo el término de Valdesangil dentro de la forma de vida y las condiciones de aquel tiempo.

Cualquiera que se fije con detalle en la ladera donde se asentaron, podrá entender el grado de primitivismo de aquellas gentes. Es un sitio agreste, salpicado de rocas de todos los tamaños, en el que no sería fácil desenvolverse y en el que primaba aprovechar sus condiciones ambientales sobre cualquier otra circunstancia. Así eran los tiempos y las necesidades.



FIGURA 10: Fragmento de cerámica con decoración simbólica ballada en El Chorrito.

Sabiendo lo que sabemos de este lugar, que es bastante más de lo que conocemos sobre la ocupación de La Covacha o Las Cabañuelas, porque se han manejado más datos, se puede pensar que en El Chorrillo o vivieron bastante tiempo de forma continuada o constituyó un lugar recurrente al que acudieron y abandonaron en distintos momentos, como ya hemos dicho, entre el 3200-3000 y el 2600 a. C. No sería extraño que el agotamiento de las tierras en tiempos en los que no se sabía mucho de abonos y regeneración de suelos, unido a la baja productividad de las especies de trigo y cebada que cultivaban, hacían que hubiera que marcharse de un lugar a buscar otros cercanos, para volver de nuevo un tiempo después. Eso si no surgía algún conflicto que expulsara a los habitantes de estas aldeas, porque en ese tiempo como en todos, se daban conflictos con vencedores y vencidos.

Los habitantes de El Chorrillo llegaron a conocer el metal (el cobre) pero solo al final del tiempo que estuvieron allí. Conocer el uso de cobre no les sacó de grandes apuros, porque el cobre no es un metal lo suficientemente duro como para constituir una herramienta útil que les mejorara sustancialmente la vida. Sin embargo, algún avance supuso. No dominaban suficientemente todos los conocimientos necesarios para la detección de las vetas de mineral de cobre donde las hubiera, ni tampoco para obtención del metal en cantidad suficiente como para sustituir a las herramientas de piedra, hueso y madera de las que se llevaban valiendo en todo el tiempo anterior, por otras más duras de cobre. Por esa razón los habitantes de El Chorrillo parece que no usaron mucho el cobre. El uso de la piedra fue todavía primordial para ellos. Usaban el sílex, el cuarzo y otras rocas duras para fabricar sus herramientas. El sílex, una roca dura pero fina, cuyos filos cortan como el metal afilado, lo traían desde el norte de Extremadura, ya fuera porque ellos mismos iban a buscarlo o a través de un primitivo comercio que ya en tiempo tan lejano se daba, puesto que unos disponían en su territorio de lo que otros carecían. Con toda esta zona extremeña debía de haber mucha conexión, ya fuera por el sílex o por otros motivos. Lo sabemos porque las herramientas y todo tipo de artefactos que componían su utillaje material, son similares entre toda la zona que compone la comarca de Béjar y la extremeña de Cáceres. Hay que tener en cuenta que nada lejos de Valdesangil, en el valle de Sangusín y en concreto en la zona de la Calzada de Béjar, estaba el paso natural que comunica Extremadura con Salamanca, salvando toda la zona montañosa de la Sierra de Gredos por el oeste. Si era el paso natural, la comunicación debía de darse con frecuencia hacia un lado y hacia el otro, de ahí que se parezca lo de unos a lo de los otros y de ahí que el sílex hallado en El Chorrillo proceda de aquellas tierras.

La vida de los habitantes de El Chorrillo no sería fácil, pero no más que la de cualquier otro lugar por ese tiempo. Vivían en cabañas circulares de tan solo 5 o 6 metros de diámetro, en las que el hogar para el fuego estaba en el centro. Naturalmente sin compartimentos interiores. Eran cabañas hechas de troncos colocados en vertical unos junto a otros y recubiertos de barro en los vanos para que no penetraran el frío y el agua. Lo justo para protegerse de las inclemencias del tiempo y para descansar.

Desde nuestro tiempo actual y desde nuestro mundo tan adelantado y confortable, nos parecerá mentira que haya sido de esa manera, pero así fue y gracias a la superación de todo ello hemos llegado a inventar lo que disfrutamos hoy.



FIGURA 11: *Puntas de flecha de sílex utilizadas por los habitantes de El Chorrillo hace unos 4.700 años.*

El sílex que traían de Extremadura lo tallaban hasta lograr la forma adecuada, consiguiendo las herramientas necesarias para cazar (las flechas), para cortar y segar, para limpiar las pieles y curtirlas... Con otro tipo de rocas, estas sí de la zona, tallaban y luego pulían las hachas y azuelas con las que talaban los árboles y cavaban la tierra para cultivar. De los huesos de los animales que cazaban reciclaban algunas partes adecuadas para hacer punzones, flechas y colgantes. De la zona de Guijuelo traían la pizarra para hacerse colgantes y collares de piedra, de los que no sabemos si eran como meros adornos o tenían algún fin mágico y protector, dado que los pueblos de la prehistoria, al contar con pocos conocimientos científicos, tenían que usar de todo tipo de estrategias, no solo para explicarse el mundo, sino para buscar remedios a los problemas. Con barro hacían sus vasijas a mano y las cocían después. Unas servían para la vida diaria y otras tenían un carácter simbólico y ritual destinado a satisfacer a los dioses y espíritus de sus creencias, como sabemos bien a partir de los pueblos que todavía hoy se encuentran en su mismo estadio evolutivo. Sabían tejer con lana de las ovejas y con lino, como lo demuestran los contrapesos de barro de los

relares primitivos que han aparecido. En fin, aquellos lejanos antecesores en el mismo territorio de los futuros curieles, 4.500 años antes de ellos, sabían cómo organizarse la vida para que no les faltara de nada, a pesar de su primitiva y dura vida. Vivían poco, estaban expuestos a todos los contratiempos que hoy solucionaríamos sin esfuerzo, tanto físicos como del medio, pero supieron sobrevivir.

Su forma de organización era en ese tiempo muy básica: se trataba de grupos cuyos individuos estaban unidos por lazos de sangre; todo lo más podría ser que algunas de las mujeres que lo componían procedieran de otros grupos con los que habrían intercambiado esposas. Las mujeres, contarán más o menos en una sociedad donde la fuerza condicionaba muchas cosas, eran un elemento muy valioso para perpetuar la especie. También eran un elemento muy delicado, puesto que un problema serio durante un parto, por ejemplo, podía significar su pérdida, lo cual reducía las posibilidades de crecer en el grupo teniendo que acordar de nuevo matrimonios con los habitantes de los alrededores, para lo que sin duda era necesario tener algo por lo que cambiarlas. Así era el mundo entonces. Cada grupo como el que habitó en El Chorrillo pertenecía a su vez, con otros similares, a un grupo mayor, un grupo de grupos, relacionándose entre sí. Se necesitaban los unos a los otros para defenderse de posibles invasores o agresores, para intercambiar objetos, acordar matrimonios y para comunicarse los adelantos que se iban produciendo. Ese grupo de grupos tenía un jefe que era el que organizaba ceremonias y acontecimientos a los que acudían todos los grupos en algo parecido a lo que han sido las romerías actuales.

Como los que habían pasado por estas tierras antes, un día se marcharon y ya no volvieron más. Desconocemos las causas. Quizá fueron a otro lugar. En la zona de Gilbuena y de El Tejado se han estudiado sitios similares que pudieron ser contemporáneos o posteriores. Es difícil saberlo. La realidad es que cuando ellos abandonaron El Chorrillo nadie volvió por allí que haya dejado huellas y las conozcamos hasta unos cuantos siglos después.

2.3. CABEZA GORDA. UNA ATALAYA SIMBÓLICA

Cabeza Gorda en realidad pertenece por completo al término de Vallejera. Una leyenda dice que se la jugaron los curieles con los de Vallejera a las cartas y la perdieron, por lo que desde entonces el término de Vallejera «invade» el territorio natural de Valdesangil. Esto resulta difícil de creer porque los términos municipales no se juegan a la suerte, vienen dados por otras circunstancias más serias, como por ejemplo que haya sido territorio de alguien en concreto en la antigüedad y ese alguien se lo vende o se lo cede a otros que son los dueños de un lugar vecino, con lo cual, siendo propiedad de estos, cuando se define un término municipal, se concede el territorio a quienes son los propietarios.



FIGURA 12: *Cabeza Gorda desde el oeste.*

Pero, aunque Cabeza Gorda pertenezca administrativamente a Vallejera, emocionalmente es más de Valdesangil, porque desde allí, como desde ningún sitio, se controla, dominándolo, el Valle de San Gil en toda su extensión, situado a sus pies. Valdesangil mira siempre hacia Cabeza Gorda como algo propio, aunque no lo sea administrativamente. Además de esto, domina un amplio paisaje hacia el norte y hacia el este. Ese dominio debió ser la causa de algo que allí se llevaba a cabo entre el 2200 y 1800 antes de Cristo, en el principio de la Edad del Bronce. Entre esas fechas hubo en todo el mundo una crisis climática muy fuerte en la que la sequedad y la aridez, en primer lugar y luego la excesiva abundancia de agua después, hicieron difícil la vida de las gentes que habían vivido por la zona, por ejemplo, los sucesores de aquellos habitantes de El Chorrito, que ya no estaban allí, pero no andarían muy lejos. A lo largo de la historia de la Tierra ha habido muchos cambios climáticos y en aquellos momentos tocó uno de ellos. La falta de lluvia hizo que la ganadería fuera el modo de vida más rentable, implicando con ello la necesidad de buscar pastos allí donde los hubiera.

Sabemos, por muchos lugares similares muy bien investigados, que algo en las ideas, los ritos y las creencias de las gentes hizo que montes con forma de cono (Cabeza Gorda lo es más claramente por el lado de Vallejera) fueran frecuentados por los habitantes de la zona. No se sabe cuál fue la razón exacta, pero iban a estos lugares no precisamente para vivir, sino para llevar a cabo algo que hoy se intenta averiguar. Otro de esos sitios cercanos es Peña Negra, en Béjar, también a considerable altura y con forma de cono. En sí mismo no hubiera sido Cabeza Gorda el mejor lugar para



FIGURA 13: *Cimiento de un recinto de piedra en la cima de Cabeza Gorda.*

vivir, sobre todo habiendo muchos lugares mejores en zonas más cómodas, ni tampoco eran tiempos en los que hiciera falta subir tan alto para esconderse, por lo tanto y según lo que sabemos, hubo de ser para otra función, que bien pudo ser la simbólica y ritual ligada a algún tipo de simbolismo en los lugares altos y con la forma cónica. Puede que fuera algo meramente ritual o que tuviera que ver con la propiedad de ciertos territorios. En aquel tiempo no había una justicia general, no había países, cada grupo humano era su propio país, si se puede decir así, y entre todos ellos era necesario llegar a acuerdos constantes para evitar las confrontaciones.

Hay tres testimonios en Cabeza Gorda que atestiguan lo que hemos dicho anteriormente: por una parte, la presencia de fragmentos de cerámica muy antigua que hablan de la ocupación de sitio; por otra, un cercado rectangular con una superficie de casi 1 hectárea en la cima, hecho con grandes piedras, parecido a otros conocidos en sitios similares del mismo tiempo. Era un recinto que no pretendía ser una muralla, solo quería delimitar un espacio. Y en tercer lugar, la presencia de una serie de pequeños hoyuelos formando una línea, excavados en una de las rocas más altas de las dos cimas que tiene Cabeza Gorda, que en la antigüedad guardaban relación con los lugares donde se llevaban a cabo ciertos rituales. Curiosamente en algunas rocas de Piquitos, la segunda altitud más importante de Valdesangil (1.383 m, 138 menos que Cabeza Gorda) también hay grupos de esos hoyuelos en la zona más alta, como si los puntos más elevados, con mayor dominio territorial fueran los elegidos para determinadas prácticas.



FIGURA 14: *Pequeñas oquedades talladas en la cima de Cabeza Gorda posiblemente con fines rituales.*

Hemos de entender que Cabeza Gorda fue hace unos 4.000 años un lugar al que acudían seguramente en grupo gentes de la zona o de más lejos también, con el fin de llevar a cabo acciones de las que poco podemos saber. Estaban directamente relacionadas con su forma de ver y entender el mundo, cuando los conocimientos que hay hoy no existían, ni las creencias, ni tampoco la forma de organizarse en sociedad. Posiblemente el carácter en cierto modo errante de las gentes en busca de zonas donde pastaran sus ganados, les llevaba a usar el simbolismo de estos lugares como referencias en el paisaje.

2.4. EL LARGO VACÍO DE TIEMPO QUE VINO DESPUÉS

En realidad, el Valle de San Gil, por las razones que fuera, dejó de interesar en mucho tiempo a partir del 2500 antes de Cristo. Lo de Cabeza Gorda y Piquitos no fue para vivir, se trató de utilizar unos determinados lugares circunstancialmente. Tal vez Valdesangil fue un lugar difícil de dominar por su vegetación, animada por la presencia abundante de agua en el subsuelo o sencillamente porque las formas de vida que siguieron a las de aquellos habitantes de El Chorrillo, no cuadraban con las posibilidades que el Valle de San Gil ofrecía.

El siguiente testimonio lo tenemos cuando ya habían pasado más de 2.000 años después de la presencia prehistórica en Cabeza Gorda. No queremos decir que en

esos vacíos de tantos siglos nadie se acercara por aquí. Es posible que sí lo hicieran, pero por poco tiempo, porque no ha dejado las huellas evidentes que quedan cuando se habita por lo menos unas décadas. Hoy no sabríamos que alguien en torno al 300-400, ya de nuestra era, anduvo, al menos, por la zona de La Covacha si no hubiera aparecido un hacha de hierro en esa zona en los años 60 del siglo XX. Desconocemos quién y en qué condiciones hubo gente por allí, ni lo que hacía o fue a hacer, pero sabemos que extraviaron o abandonaron una herramienta de hierro³ a modo de hacha de doble filo, que se conoce en arqueología para ese tiempo como *podadera*, considerada como propia de las tareas relacionadas con el cultivo de la vid. Esa pieza se encuentra hoy en el Museo del Padre Belda, en Alba de Tormes. Ninguna otra muestra de este mismo tiempo que conozcamos se ha encontrado, de forma que amplíe la información y explique la posibilidad de una ocupación en el final de la época romana en Valdesangil. Sin duda debió de tratarse de una ocupación breve, ligada a Béjar, de donde conocemos que por entonces ya estaba habitada, aunque no debió de ser mucha la población porque no aparece en las crónicas de su tiempo, ni se han hallado otros restos que no sean una lápida sepulcral correspondiente a un par de siglos antes de que fuera fabricada el hacha encontrada en Valdesangil. Quizá se trató no más que de una pequeña granja que alguien tuvo en alguna zona cercana a La Covacha, abriéndose de nuevo camino entre la vegetación que crecía desordenadamente cada vez que no era frecuentado el valle.

Y desde ese momento vuelve a haber un gran silencio para nuestro Valle de San Gil, de nuevo posiblemente de otros casi 1.000 años. No sabemos nada aquí de los visigodos que vinieron después de los romanos, ni de la invasión árabe del 711. Cuando volvemos a saber algo, ya será para que no vuelva a haber interrupciones hasta el presente. Eso será en la Baja Edad Media.

2.5. EL VALLE DE SAN GIL EN LA EDAD MEDIA

No sabemos cuándo, ni por parte de quién, ni por qué empezó a llamarse a este lugar el Valle de San Gil. Hará falta seguir investigando para averiguarlo y aun intentándolo, puede que no sepamos la razón nunca, porque no siempre en lo antiguo existen las explicaciones escritas a todo lo que nos gustaría saber. Los nombres de los lugares siempre responden a algo que los origina, nunca se han puesto sin una razón para ello. Unas veces aluden a lo que son esos lugares (Piquitos, La Vega, La Covacha, el Alto del Cabezo, El Prao Verde...), a lo que parecen (Las Longueras), a la función a la que se les destina (Los Linares, El Colmenero), las plantas que hay en ellos (El Cirvunal, que en realidad es El Cervunal)... y en otros casos tiene que ver con un templo que hubo dedicado a un santo, una población con una determinada devoción

³ Fue hallada por don Manuel Santonja Alonso superficialmente.

cuyo nombre alude al mismo o por lo que se cree que fue el paso de determinado santo por el sitio que ha tomado su nombre. San Gil fue un santo que vivió en el siglo VIII de nuestra era y no se le conoce que anduviera cerca, por tanto su devoción y la identificación con nuestro valle debe obedecer a algunas de las modas de venerar a determinados santos que se han dado a lo largo de la historia, si es que no tiene, además, alguna relación con el carácter de bosque que debía de tener Valdesangil en la antigüedad y la relación que ello guarda con la leyenda de San Gil, retirado durante la última parte de su vida a un bosque. No sabemos por tanto a lo que obedece tal nombre, pero sí sabemos que durante la Edad Media ya se llamaba el lugar Valle de San Gil o del Santo Gil.

Desde que se produjo la invasión de los árabes en el 711 hasta unos 400 años después, debió de ser muy incierto vivir en esta zona. Posiblemente no faltaron pobladores, pero la seguridad no debió de ser muy buena. Poco se sabe de esos años por estos pagos, no solamente en el Valle de San Gil. Es posible que no hubiera mucha población, ya que la que hubiera estaría sometida a la incertidumbre de ser territorio musulmán siendo cristianos. Lo más probable es que les fuera respetada su condición a cambio de impuestos, lo cual habría hecho que lugares como Béjar no se llegaran a despoblar. No hace falta insistir en que la leyenda de los hombres de musgo que quiere explicar la reconquista de Béjar, es solo una fábula que nunca tuvo lugar⁴.

En el 1085 los cristianos marcaron como línea fronteriza entre lo musulmán y lo cristiano la zona de Talavera de la Reina, en Toledo. A partir de ese momento, poco a poco fue más fácil habitar en estas tierras, aunque las continuas guerras entre los propios cristianos no ofrecían la seguridad deseada. Los que se atrevían a vivir en zonas no del todo seguras, lo hicieron en lugares lo más escondidos posibles. Aunque es cierto que durante bastante tiempo no serían muchos y que habría zonas serranas en las cercanías más favorables, el Valle de San Gil, por sus características, bien pudo ser un lugar adecuado para que vivieran un puñado de familias desperdigadas constituyendo lo que se dio en llamar Las Casas de Valdesangil.

Un documento de 1455 cita ya a una persona presuntamente de Valdesangil. Se trata de un tal Diego Sánchez de Valdesangil⁵, al que suponemos descendiente del lugar, aunque vive en Candelario y es el sexmero de zona. No era cualquier cosa el cargo de sexmero en ese tiempo, puesto que su misión era la de ser el representante de los habitantes de una parte (un sexmo) de un territorio administrado por un aristócrata y de donde recaudaba los impuestos correspondientes para sus propias arcas, puesto que de alguna manera era el propietario. Al sexmero lo elegían los habitantes de esa parte del territorio (un sexmo) por sus cualidades para defender sus intereses ante el señor. De este tal Diego de Valdesangil no sabemos más que

⁴ CUSAC SÁNCHEZ, G. y MUÑOZ DOMÍNGUEZ, J. 2011.

⁵ BARRIOS, A. y MARTÍN, A. 1986, pág. 119.

esta noticia, la cual está hablando de que ya por este tiempo existía poblamiento en el Valle de San Gil, aunque se trataría, como enseguida diremos, de un poblamiento disperso.

Ya hemos dicho que los nombres que se dan a los lugares tienen siempre detrás una realidad a la que definen. Si durante cierto tiempo se le denominó así, debemos estar viendo en ello a un conjunto reducido de haciendas que ni siquiera constituían una aldea de casas agrupadas, es decir, que se repartían en el paisaje de forma dispersa. Y así debió de ser aproximadamente hasta, como mínimo, los siglos XV y XVI. A ello obedecen nombres de lugares que se conservan todavía, tales como Las Casas del Valle, La Casalancha (Casa de la Lancha), Casasola y otros que no se han conservado, pero que figuran citados en los textos antiguos, como La Casa de la Cerrallana. En 1568 una alusión a Valdesangil por parte del obispado de Plasencia lo califica como *alcarria*⁶, denominación que no tiene mucho que ver con *aldea*, ni con *pueblo*, por ejemplo. Se decía en aquel tiempo *alcarria* para definir un poblamiento de pequeñas y dispersas haciendas de labranza en un lugar. Si hubieran querido decir *aldea*, lo hubieran escrito así, pero dijeron *alcarria*, lo que está indicando cuanto venimos diciendo de un poblamiento de casas de labranza dispersas por el Valle de San Gil. Si esto sucedía en 1568, cuando ya la Edad Media había dado paso a la Edad Moderna, podemos suponer que de estar poblado el Valle de San Gil en la Edad Media, lo estaba de la misma forma que había llegado a 1568.

Si queremos imaginarnos a aquellos primeros pobladores del Valle de San Gil durante la Edad Media, es decir, en el tiempo anterior a 1492, que es cuando los historiadores marcan el cambio a la llamada Edad Moderna, debemos imaginar, como ya hemos señalado, que eran unas pocas familias las que lo habitaban, que vivían dispersas y en un territorio dependiente de Béjar en todo. Eran administrativamente de Béjar y el terreno que ocupaban pertenecía al rey y luego al duque. Si la población habitante del Valle de San Gil no creció en todo ese tiempo hasta hacerse una aldea, como fue el caso de otros de los pueblos de los alrededores, hubo de ser por la dificultad de organizar la vida en el valle. Un territorio al que podemos imaginar, sin riesgo de equivocarnos, como eminentemente boscoso, no es muy atractivo para vivir. No lo es porque hay que organizarlo y luchar contra la naturaleza en ese tiempo no resultaba sencillo. Era preciso talar los árboles que crecerían profusamente para crear prados y campos de cultivo en los sitios favorables. Ni una cosa ni la otra resultaban sencillas en un tiempo sin otra tecnología que el hacha y la azada. No era solo cortar los árboles, había que descascar el terreno para evitar que salieran enseguida brotes de nuevo. Así se crean un prado y un campo de cultivo, una tarea que tenía que llevar a cabo la familia que vivía en la casa de labranza. Como hemos dicho, es posible que esta circunstancia, además de otras, no empujara durante varios siglos a constituir una

⁶ Archivo Municipal de Béjar. Signatura I.E. 0004.03. Folio 7 rº n.º 14, citado por SÁNCHEZ SANCHO, J. Félix y Díez ELCUAZ, J. I. 2008.

aldea en el Valle de San Gil como en otros lugares próximos, a pesar de que los nobles que constituían el poder en Béjar daban todo tipo de facilidades a gentes de más lejos para que vinieran a vivir a la Tierra de Béjar y la repoblaran, siempre, claro está, con el fin de beneficiarse de los impuestos con que se gravaba a todos los habitantes que vivían en la jurisdicción propiedad del noble, que ejercía el poder en un territorio como se ejerce hoy en una finca privada. La forma de organización entonces no era la de hoy; debemos ver siempre la distancia que marca el tiempo y todas sus diferencias y no enjuiciarlo desde el punto de vista actual, sino desde el que imperaba entonces.

El Concejo de Béjar era, para entendernos mejor, algo parecido a lo que hoy conocemos como Comarca de Béjar. A los efectos actuales era como lo que hoy es un término municipal, pero con la propiedad del rey. Lo administraba el Concejo, compuesto por un grupo de hombres de buena posición, elegidos por el rey, sin que el pueblo tuviera participación en dichas elecciones. Todos ellos organizaron la vida por la que se regieron los habitantes del Valle de San Gil por ser parte de Béjar.

Como normativa de base, aquellas familias de nuestro valle se regían por el Fuero de Béjar, que era un conjunto de normas escritas dictadas por el rey para garantizar la convivencia de todos los que habitaban en el Concejo de Béjar, con sus derechos y deberes y con las sentencias en caso de no cumplirlos. Fue otorgado por el rey hacia 1290/1293 y estuvo en vigor más o menos en los cien años siguientes. La normativa escrita en el fuero, una especie de estatuto de autonomía para el Concejo de Béjar, pretendía ser una forma de organizar los aspectos más esenciales de la vida de los bejaranos para una mejor convivencia entre todos. Se adaptaba a los tiempos que corrían, cosa que vista desde tantos siglos como nos separan, produce para muchos casos sorpresa y estupefacción por lo pintorescas de las disposiciones. Por ejemplo, llama la atención que para ciertos asuntos la justicia se impartiera con la llamada prueba de fuego, aplicable sobre todo a las mujeres acusadas de la muerte de su marido, de provocar infertilidad en varones, de brujería... etc. En esos casos se tomaba un trozo de metal candente que había que trasladar entre las manos nueve pies (unos 2'5 metros). La mano herida por el fuego se cubría entonces con cera y se vendaba con estopa de lino y un paño. Si al tercer día, retirado el vendaje, la mano aparecía quemada, quemaban a la mujer por culpable⁷. En otros casos había penas de despeñamiento como castigo a la culpabilidad, cuyos juicios no tenían mucho que ver con las características de los actuales. Pero no todo era tan pintoresco en el fuero por el que se regían los habitantes de Béjar y del valle; la mayor parte de las cláusulas servían para mejorar la vida de los habitantes, como por ejemplo la disposición de que todas las casas estuvieran cubiertas con tejas y no fueran en ningún caso de paja o de piornos o la necesaria movilización militar de los habitantes del Concejo para defender los intereses del Concejo de Béjar. Es decir, si había que defender el lugar donde tenían la vida, no había excusas.

⁷ MARTÍN MARTÍN, J. L., 2012.

Las aldeas que componían el Concejo de Béjar tenían su representación en las tomas de decisiones a través de un representante, pero no de una forma democrática como lo entenderíamos hoy. El Valle de Valdesangil, al ser un conjunto disperso de casas, es posible que no tuviera representante en las sesiones del Concejo, quedando supeditado al criterio del miembro correspondiente a la parroquia de San Juan, parroquia a la que pertenecían los habitantes del Valle de San Gil. Pero este asunto deberemos investigarlo mejor en el futuro a través de los documentos que pudieran quedar en alguna parte, para conocer no solo si había «un propio» como se les denominaba a los representantes de las otras aldeas, sino también por saber los problemas que tenían y cómo los solucionaban.

El paisaje de aquel tiempo y de aquella vida lo podemos imaginar en un Valle de San Gil muy poblado de árboles, los mismos que hoy crecen con naturalidad (castaños, robles y fresnos, sobre todo), pero despejado en zonas determinadas próximas a los cursos de agua, para crear prados en los que pastar los ganados y tierras de labor. Todo ello con un pequeño caserío de construcciones muy pobres, levantado en la inmediatez de un punto donde se conocía un manantial y donde hubiera unas tierras favorables. En principio se ocuparían los mejores sitios por parte de los primeros pobladores. Sabían elegir bien. Se heredaba el conocimiento en la forma de sobrevivir de padres a hijos, sabiendo que si se perdía algo en la transmisión, se daba un paso atrás que era un perjuicio. En cada unidad habitaría una familia, viviría con sus ganados y sus tierras de cultivo y con las limitaciones y problemas que implicaban los tiempos. Una enfermedad, un dolor, una herida, cualquiera de esos problemas y contratiempos que hoy solucionamos con toda la facilidad al día siguiente, eran entonces un asunto serio y muchas veces fatal, contra el que los remedios que conocían no valían, ni había un médico que auxiliara. Tal vez pudiera acudir a algún conocido de los alrededores que tenía alguna destreza especial en intentarlo. La enfermedad sería en este tiempo implicaba un riesgo en el que muchas veces se llevaba la vida del enfermo. Cada una de estas pequeñas haciendas tendría su territorio admitido por el Concejo de Béjar. Entre ellas habría caminos de comunicación y de todas habría uno a Béjar, con quien necesitaban comunicarse como núcleo de referencia para todo: desde pagar los impuestos hasta adquirir herramientas o comprar y vender ganados.

En 1396 el territorio de Béjar al que pertenecía el Valle de San Gil pasa de ser propiedad directa del rey a ser un señorío, que significa que el rey se lo cede a un noble de su confianza. Ese noble fue el duque de Estúñiga que se convierte prácticamente en propietario de todo y es el que va a organizar y a recibir los impuestos de la gente que vive en el Ducado de Béjar, del que el Valle de Valdesangil es una pequeña parte. Es muy probable que a partir de este hecho y de este momento el Valle de San Gil conozca una nueva situación, que va a ser el principio de la historia llegada hasta nuestros días. Se sabe que el nuevo poseedor de la Tierra de Béjar emprendió la repoblación de su territorio con gentes de otros lugares. Al duque le interesaba tener a más gente en su territorio, porque ser dueño de un territorio poco habitado

significaba su propia ruina, ya que el fundamento de la riqueza que poseía y del poder que ostentaba, tenían su base en los impuestos que recaudaba de los habitantes de su territorio. Con poca gente, pocos beneficios y con pocos beneficios se quedaría en un noble poco poderoso a todos los efectos. Por eso una de sus políticas fue la de facilitar el asentamiento en sus dominios de gentes carentes de tierras venidas de otros lugares, las cuales, facilitándoles las condiciones, pudieran crecer económicamente y multiplicarse, con lo cual los beneficios para el duque serían mayores.

Resultaba que el duque de Béjar era así mismo el señor de un lugar de la provincia de Valladolid que se llama Curiel de los Ajos. Ello debió de motivar el ofrecimiento a un puñado de familias para asentarse en el territorio bejarano. No se conoce por ahora un testimonio directo que lo atestigüe, pero parece muy probable que ese grupo de familias, que no serían muchas, vinieran a parar al Valle de Valdesangil, dado que había territorio suficiente para vivir más gente y los que vivían desde hacía tiempo, eran muy pocos y no crecerían apenas, dadas las dificultades de ese tiempo para sobrevivir y por tanto para crecer. Esta sugerente hipótesis⁸ explicaría que a los habitantes de Valdesangil se les llame tradicionalmente *curieles*, sin que parezca haber una causa más evidente, ni que proceda del propio nombre del lugar que era Valle de San Gil. El hecho de que por la llegada de un grupo de nuevos habitantes se establezca para el futuro una denominación gentilicia de todos los habitantes, debe indicar que eran pocos los que había, tan pocos que no se les denominaría de ninguna manera. Quizá eran menos los que había que los que llegaron, de tal manera que en adelante su peso en la denominación quedó diluida con la de los recién llegados. Todos en adelante pasaron a ser *los curieles* para las gentes del entorno. Por tanto podremos decir que a partir de ese momento y no antes, los habitantes del valle fueron ya *los curieles*, por lo que les denominaremos así a partir de este momento.

Desconocemos muchos detalles de cómo se pudo producir aquella llegada de gentes, cuántas familias fueron, cómo se les dio la tierra y cómo casaron con los que había... pero debemos imaginar que, con su llegada y la constitución de una nueva población un poco más numerosa, fue necesario dotarlos de un templo ya fuera de forma inmediata o pasado un tiempo. No había aldeas sin un templo, por pequeñas que fueran. Ahora el Valle de San Gil alcanzaba una dimensión diferente. La religiosidad de los tiempos y los intereses de la Iglesia en propagar sus creencias, con sus consecuencias correspondientes, lo obligaban. Antes de este momento y con las circunstancias que ya hemos apuntado en las que un puñado de haciendas dispersas lo eran todo en el Valle de San Gil, la construcción de un templo no procedía, porque cada hacienda distaba de las demás. Pero a partir de la llegada de los nuevos habitantes, aunque no fueran muchos, pero concentrados la zona central y más favorable del valle, la construcción de un pequeño templo se hizo necesaria. Además, suele suceder

⁸ La hipótesis ha sido formulada de forma escrita por J. Félix Sánchez Sancho y J. Ignacio Elcuaz sobre la sugerencia de José Muñoz Domínguez. SÁNCHEZ SANCHO, J. F. y DÍEZ ELCUAZ, J. I. 2008, pág. 29, nota 4.

que la construcción de un templo implica el inicio de una concentración de población en su entorno. No lo sabemos a ciencia cierta, pero es posible que aquellas familias de curieles recién llegadas al valle, pudieron asentarse no constituyendo todavía un núcleo de casas único, sino varios, pero todos muy cercanos, de ahí que un par de siglos después, hacia 1700, se cite en los documentos el casco urbano por arrabales, es decir, conjuntos de construcciones, como si hubieran estado un tanto separados unos de los otros, uniéndose con el tiempo para constituir lo que ya en 1700 era el trazado del casco urbano que ha llegado hasta el presente.

La construcción de una pequeña ermita implicaba para los curieles la posibilidad de asistir al culto, de tener la divinidad cerca y también de asociarse en torno a un patrón o patrona que les representara en el otro mundo. No debió de ser más grande ni menos que las actuales iglesias de Palomares y Fuentebuena, que han permanecido intactas desde entonces en su tamaño antiguo. Si Valdesangil, siendo un barrio o un arrabal de Béjar, alcanzó a tener la iglesia que tiene, fue por las circunstancias que luego veremos. El templo primero construido en ese tiempo no tenía carácter de iglesia parroquial, por lo que se asoció como dependiente a la de San Juan, en Béjar. En 1568 un documento conservado en el obispado de Plasencia y firmado por el obispo don Pedro Ponce de León ordena asociar a los habitantes de la alcarria de Valdesangil a la de San Juan. Aunque no se cita la ermita, puede entenderse que estaba ya construida y se la considera ligada a la parroquia de San Juan⁹, pero esto no es seguro. Quiere decirse que el pequeño templo que hubiera servía para orar, para organizar determinados actos puntuales, pero no tenía su párroco correspondiente, ni su cementerio en el que enterrar a los fieles como era debido. Lo que no sabemos es si desde el primer momento esa ermita tuvo como santo patrón a San Gil, ya que era el que había dado nombre al valle antes de su construcción. Solo sabemos que por lo menos en el siglo XVII estaba dedicada a la Virgen de los Remedios.

El lugar donde se construyó la ermita no lo conocemos con toda exactitud, pero hay algunas pistas importantes que permiten acercarse al menos a la zona donde pudo estar. La primera es el topónimo todavía en vigor de *La Huerta de la Ermita*, a la entrada de Valdesangil, al lado del camino que llevaba y traía de Béjar. Un documento de 1630 procedente de la iglesia de El Salvador habla de la venta, por parte de un matrimonio de Béjar, del agua (del arroyo) que pasa por un prado de su propiedad (el Prado Contador) para que puedan regarse unos linajes propiedad del Cabildo Eclesiástico, que había debajo de la ermita, a la entrada del pueblo. Aun con estos datos no resulta fácil concretar el lugar donde pudo estar construida la ermita. Actualmente en Valdesangil hay dos tendencias a ubicar el lugar llamado la Huerta de la Ermita. El más mayoritario es el que la sitúa en las huertas del lado izquierdo del camino de Béjar (vía Béjar), a poco de iniciado este y en frente, mirando al oeste,

⁹ El texto dice: *...todos los vecinos e moradores e cassas de la alcarria de Baldesangil, e lo que allí se edificare e poblare de aquí en adelante*. Este documento es citado por J. Félix Sánchez Sancho y J. I. Elcuaz, 2008, pág. 10.

del Prado Contador y del arroyo que lo cruza. Otros curieles, menos numerosos, la ubican en las antiguas huertas que suceden a la última casa actual en el lado derecho dirección Béjar, antes de llegar a El Calvario, frente a la zona que hoy se llama *Las Parcelas*. La descripción que se hace en el documento citado de 1630 cuadraría mejor con la segunda propuesta que con la primera. También parece más adecuada la segunda posibilidad por la posición del sitio, más en alto, más evidente, más propio de la ubicación de un templo que en la primera propuesta, donde quedaría disimulada la construcción en el paisaje. Fuera en uno o en otro lugar, lo importante es que existía un templo para dar asistencia religiosa a los curieles de ese tiempo.

Seguramente la nueva situación con los recién llegados no supuso en principio un cambio sustancial en la vida de los habitantes de los caseríos del valle, dedicados con ahínco a salir adelante no sin gran esfuerzo, ya que de sus cosechas debían pagar los impuestos correspondientes al duque y también al clero, puesto que este tenía un gran poder tanto en lo que concernía a la salvación de las almas, como poder político derivado de lo anterior.

Hacia finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna (siglos XV-XVI) la llamada *Heredad de Valdesangil* pagaba en su conjunto, solo al duque de Béjar en concepto de impuesto anual, la cantidad de 36 fanegas de centeno¹⁰, el equivalente a unos 1.490 kg. Es una cantidad muy inferior a lo que pagaban otras aldeas de la zona que tributaban al duque, pero no es poca cantidad tampoco, hecho que habla de que ya por este tiempo podrían haber crecido en número las familias que habitaban el valle. Tributaban en especie con centeno, el cereal de menor valor, cultivable en suelos pobres como eran los del Valle de San Gil. Aunque no eran muchos los habitantes y los que eran podían disponer de las mejores tierras, la verdad es que no les debía de sobrar mucho para comer y para sembrar, teniendo en cuenta las deficiencias de la agricultura de entonces y los riesgos que implicaba la climatología. La dedicación de los que aquí vivían era, sin duda, la ganadería y la agricultura, que serviría fundamentalmente para su manutención y, cuando se producía mucho, para la venta de los excedentes en las ferias que se organizaban en Béjar durante el verano.

La dependencia de las Casas del Valle de San Gil de Béjar en lo político-administrativo, así como en ciertos aspectos de la logística, de las ferias referidas y también para los cultos con todas sus derivaciones, hizo que se construyera previsiblemente en ese tiempo el que llamamos *Camino de Béjar*, por el que bajaban y subían en las tareas necesarias. Es posible que primero fuera una mera senda y con el tiempo (aunque no sabemos cuándo) fuera marcado y definido con paredes de piedra. Este camino constituirá hasta la construcción de la carretera a mediados del siglo XX un lugar de enorme importancia, sujeto de innumerables historias y circunstancias que se han perdido en el olvido con el paso de los tiempos.

¹⁰ DE SANTOS CANALEJO, E. C. 2012, pág. 246.

3.

VALDESANGIL EN LA EDAD MODERNA

3.1. EL SIGLO XVII. EL NACIMIENTO DEL VERDADERO VALDESANGIL

Los historiadores dividen el tiempo en grandes parcelas para entenderlo y hacerlo entender mejor. Establecen etapas a partir de unos hechos que supusieron un cambio y así lo muestran en sus estudios. Pero en realidad los cambios de Edad nunca se percibieron de un día para otro. En este sentido ni los habitantes de Béjar ni los de Valdesangil notaron nada diferente entre 1492 en que terminó la Edad Media y el 1493 en que empezó la Edad Moderna, pero es verdad que el descubrimiento de América que se produjo en 1492 y que se pone como frontera, cambió muchas cosas a medida que fue pasando el tiempo. Con toda seguridad, los habitantes del Valle de San Gil tardaron muchos años en ver cambios en su forma de vivir que se derivaran del paso de una Edad a otra. Incluso es muy probable que no supieran hasta mucho tiempo después que se había descubierto un nuevo continente.

El Valle de San Gil entró en la Edad Moderna como lo que había sido antes en la Edad Media: siendo un conjunto de caseríos y en todo caso, con un grupo más concentrado de haciendas en lo que luego iba a constituir el pueblo actual, si se es que se había producido ya la llegada de los curieles a la que hemos aludido en las páginas anteriores.

El Valle de San Gil no fue un lugar especialmente rico en recursos naturales. La zona serrana, rocosa y agreste, conocida como *los Picos de Valdesangil*, componía una parte sustancial de su paisaje con limitadas posibilidades de aprovechamiento, reducidas a la ganadería y más concretamente, al pastoreo, en el que tampoco bastaba con los recursos existentes, por lo que era preciso acudir a otros lugares con los ganados, como más adelante se verá. Más favorable para todo era el fondo del valle. Allí donde el agua era más abundante, fueron prados; donde era posible el regadío, se plantaba el cultivo de moda en este tiempo en Castilla: el lino, cuyo auge en los siglos XVIII y parte del XIX fue muy importante. Donde era posible el cultivo de secano, se plantaba centeno, que fue prácticamente el único cereal cultivado durante todo el siglo XVII y el XVIII. La altitud en torno a 1.000 m y la calidad del suelo, hacían que

no resultara un terreno apto para obtener importantes beneficios del campo, pero sí para mantener una economía de subsistencia que solo para una minoría, por razones diversas, pero siempre de cantidad, podría representar una situación más desahogada, aunque nunca con bases claras para obtener una gran prosperidad.

Con esa situación de base nacían los curieles en los siglos XVII y XVIII, como también habían nacido antes y seguirían naciendo en los siglos sucesivos, hasta que vivir de la tierra dejó de representar la forma de vida más común en Valdesangil. Eso sucedió ya a mediados del siglo XX, cuando la industria textil de Béjar acaparó la mano de obra disponible sin muchos recursos y ofreció un futuro más favorable y menos dependiente de los agentes de la naturaleza a la gran mayoría de los curieles, que llevaban fiando tradicionalmente la felicidad, únicamente a un año, dependiendo de la cosecha, de la lluvia, de las plagas o de las epidemias del ganado e incluso de las tormentas intensas que podían provocar grandes daños.

No sabemos mucho de antes del siglo XVIII. Los archivos de la iglesia de San Juan, en Béjar, nos informan de que a esta parroquia acudían los habitantes de Valdesangil a casar, bautizar y a enterrarse hasta bien entrado 1700 en que tuvieron parroquia propia dejando de ser obligatorios allí dichos actos religiosos. Hasta avanzado 1600 la población era poca en Valdesangil a juzgar por el número de bautizos y entierros que se registraban en San Juan. Podemos hacer un cálculo relativo para evaluar cuánta gente aproximadamente vivía. Si en la década de 1750 a 1759, de la que tenemos una información muy fidedigna, sabemos que vivían en torno a 366 personas en Valdesangil (esos exactamente vivían en 1753 en que se redactó el Catastro de Ensenada) y nacieron en toda la década 136 niños, en la de 1620 a 1629 en que bautizaron tan solo a 35 la correspondencia sería de 94 personas tan solo, es decir, casi cuatro veces más población hubo unos 130 años más adelante. Por lo tanto, debemos pensar que si bien antes del siglo XVII la población de Valdesangil obedecía más a la denominación que se le daba (Casas del Val de San Gil), fue durante todo el 1600 cuando creció hasta llegar, ya a mediados de 1700, a una cantidad considerable para su tamaño, como eran los 366 habitantes en 1753. Aunque no podemos asegurar que todos los nacimientos propiamente de Valdesangil fueran consignados como tales en el libro de bautizos de San Juan y pudieran ser algunos más, las cifras comparativas pueden darnos una idea de la cantidad de personas que habitaban en el valle en los primeros 30 años de 1600.

Esa población en torno a los 100 habitantes que habría 1620 ya constituía un núcleo urbano organizado, con una vía de comunicación bien definida que lo vertebraba y llevaba a Béjar y con un cierto progreso en la creación de zonas de prado, cultivo y monte, diversificando donde era más rentable cada tipo de explotación. Todo iba paulatinamente organizándose, por ejemplo, el cercado por paredes de piedra de las propiedades. Aunque hoy lo vemos casi todo cercado por paredes, la visión actual es la consecuencia de un proceso que ha durado por lo menos 300 años y en los que paulatinamente las propiedades se han ido dividiendo y marcándose la propiedad a través del cerrado de las fincas. Hasta que eso se fue haciendo, la forma de marcar las

propiedades era grabando pequeñas cruces en rocas determinadas, de forma que quién las conocía sabía que entre una y otra similar se establecía una línea recta que implicaba el límite, definiéndose así una propiedad. Aún pueden verse esas cruces sobre pequeños canchales. En otros lugares donde no había rocas en las que marcar, la forma de señalar la división era una linde bien definida sin cultivar o un hito de piedra hincado en el suelo. Tan poco definida estaba por paredes la propiedad, que las que lo estaban merecían en este tiempo un nombre que lo decía claramente, por ejemplo: Los Cerraillos (Los Cerradillos), La Cerrá (La Cerrada), El Cerrao (El Cerrado), el Cerravalle (El Cerrado del Valle), La Cerrallana (La Cerrada Llana), El Cerrado Luengo, El Cerrado del Cabildo Eclesiástico¹¹ (luego Prados Cabildos) o Las Talanqueras, que aluden a un cerrado hecho con elementos vegetales... Si se le daba ese nombre para individualizarlo, es que no eran muchos los que tenían tal característica y sin duda, serían de los primeros en estar cercados por una pared. Luego que ese fenómeno fue creciendo, los nombres ya no aludían a tal cosa. Todavía hacia mediados de 1700 eran muchas las fincas que permanecían sin definir por una pared. Para hacernos una idea aproximada de la situación tal y como sería entonces, sin cercar las fincas por paredes de piedra, podemos fijarnos hoy en zonas bien conocidas como Los Valles, Los Linares, Las Pedreras o el Alto del Cabezo que se han mantenido simplemente con lindes, sin un cercado de pared de piedra.

3.1.1. *La iglesia bejarana de San Juan como parroquia*

Los curieles acudían también a la iglesia de San Juan para recibir sepultura durante todo 1600. En ese tiempo y también en todo el siglo siguiente, la gente se enterraba en las iglesias porque era una forma de estar cerca de la divinidad y conseguir así más indulgencias de cara a la salvación del alma, algo que preocupaba hasta el agobio a todos los mortales, atemorizados por los sermones de los curas desde los púlpitos de las iglesias, que explicaban con pelos y señales las terribles torturas del infierno. Los cementerios estaban pues, dentro de las iglesias, y solo cuando sobrepasaban su espacio tenían una zona externa destinada a lo mismo. En el libro de difuntos de la iglesia de San Juan de 1604 a 1622, en la página 25, se cita el entierro de un hombre del que no se da ni siquiera su nombre, simplemente se dice «un hombre de Valdesangil», quedando consignadas las 13 misas que se le debían decir, que no era poca cosa. Los libros de difuntos de las iglesias tenían como misión ser el acta donde quedaba escrito el testamento del difunto relativo a actos litúrgicos que le iba a ser necesario a su muerte para redimir los pecados contraídos durante la vida. Cada persona, según sus posibilidades económicas e incluso en muchos casos por encima de ellas, porque el tema de la salvación era de vital importancia, ya que implicaba a la

¹¹ HERAS SANTOS, J. L., 2012.

vida eterna y eterno era para siempre, hacía un testamento reflejado en el libro de difuntos que el cura se encargaba de hacer cumplir. Para eso lo anotaba. Le interesaba al cura que se cumpliera porque del número de oficios que quedaran allí reflejados para ejecutarse implicaba obtener el dinero necesario para su propio mantenimiento, el de la parroquia y el de la diócesis, y también para garantizar que el alma del difunto no pasara la eternidad en el temido infierno. Así las cosas, desde el siglo XVI quedaron consignados los curiales muertos y enterrados en San Juan en sus libros parroquiales, como feligreses que eran de esa iglesia. Pero puede que no en todos los casos el cura se acordara de especificar que eran de Valdesangil, porque llama la atención el bajo número de fallecidos anuales que se consignan, teniendo en cuenta la baja esperanza de vida de aquel tiempo.

El llamado *Camino de Béjar*, que tal vez por ese tiempo no tenía levantadas las paredes de piedra que tuvo después y que aún conserva, empezó a ser ya un trozo de la historia de Valdesangil ligado a Béjar. No estaremos muy desatinados imaginando las escenas en cada tiempo por ese camino para bautizar a un niño, para llevar a un difunto a su enterramiento o en la algarabía de una boda, tanto en la ida como en la vuelta, si se había celebrado la ceremonia en la parroquia de San Juan, e incluso el día en que los niños y jóvenes de Valdesangil acudían a recibir la confirmación por parte del obispo, que venía para ello de Plasencia a San Juan. Así queda constatado en los libros parroquiales, donde el cura escribe los nombres de los niños curiales que van de Valdesangil a San Juan durante todo el 1600, en grupos más o menos numerosos, repitiéndose la escena alguna vez también cuando Valdesangil ya contaba con su propia parroquia, aunque por alguna razón el obispo se queda en San Juan para recibir a todos los niños de los alrededores. No será fácil, pero tal vez algún día aparezcan documentos que nos hablen de todo esto para poder imaginarlo aún más fielmente y así conocer las costumbres particulares que tenían aquellos primeros curiales.

3.1.2. *El uso del vulgo como sobre-apellido*

Ya en todo 1600 encontramos las huellas de lo que luego veremos más claro durante todo el siglo siguiente: la forma de llamarse y distinguirse entre sí la gente de Valdesangil. Naturalmente cada persona tenía su nombre y sus apellidos, pero con ellos iba inseparablemente unido una especie de apodo que asociaba a una persona con una familia. Era tan importante ese apodo que figuraba como un apellido más en las actas de bautismo o de defunción, tanto cuando se trataba de citar a un individuo en la parroquia de San Juan, como cuando en el siglo siguiente Valdesangil tuvo su propia parroquia. De esta manera los apodos (ellos lo llamaban *vulgo*, porque nombrar por ese apelativo no implicaba un insulto) definían el linaje o familia a la que pertenecía una persona y en la que uno de sus miembros, tiempo atrás, había sido el primero en tenerlo o al menos llevarlo a Valdesangil. Puede

que el origen de estos apodos o vulgos viniera en el caso concreto de Valdesangil como una forma de nombrar a las primeras familias que habitaron en el valle, a lo que se sumaron los nuevos pobladores venidos de Curiel de los Ajos. El caso es que de cualquier persona que se quisiera saber su ascendencia, bastaba con nombrar su apodo o vulgo para identificarlo. *Andaluz*, *Colorado*, *Vallijera*, *Carretero*, *Manjarres*, *de Marcos*, *de las Heras*, *de Diego*, *Pavón*, *Prolijo*, *Miñana*, *Cabrero*, *Repas*, *Casado* y *Prolijo* figuraban entre ellos. Observando estos vulgos podemos ver que su origen estaba en una forma de identificación del primer individuo que lo llevó, de otros parece más difícil porque no significa nada. Por ejemplo, *Andaluz* debe pensarse que el primero en llevarlo fue alguien que vino de Andalucía o había estado por allí; *Colorado* tal vez aluda al color del pelo o de la piel; *Cabrero* a una profesión en un momento en que no hubiera muchos como él, puesto que el apelativo era una especie de característica o distinción; *Vallijera* significaría que procedía de Vallejera, que se solía decir con la *i* en vez con la *e*. En los documentos de 1600 de la iglesia de San Juan aparecen ya algunos de estos vulgos, pero sobre todo los encontramos en las actas cuando a partir de 1722 Valdesangil es parroquia y todo cuanto escribe el cura es para entenderse mejor entre los vecinos.

Hay un documento guardado en la parroquia de Valdesangil que nos informa de algunas de las costumbres y circunstancias de los curieles en 1612-1613, cuando todavía eran un núcleo reducido de población que se esforzaba por crecer. El documento alude al levantamiento de la suspensión que se había hecho sobre la obtención



FIGURA 15: Documento de 1623 de la parroquia de Valdesangil.

de unas indulgencias a los miembros de la cofradía que ya existía ligada a la ermita, entonces en pie, de Nuestra Señora de los Remedios, antecesora, pero en otro sitio, de la parroquia actual. Al parecer y mediante determinados rituales que se llevaban a cabo en el día de la Asunción, de la Santísima Trinidad, de San Antonio Abad y de San José se concedieron unas indulgencias que por razones que no se explican se suspendieron, volviéndose ahora mediante este documento a restaurar. Se pone como condición al levantamiento de la suspensión, que dicho levantamiento no se publique a caballo con pregones y trompetas, sino desde el púlpito de la ermita.

Del documento se pueden obtener algunas informaciones útiles. La primera tiene que ver con el ambiente que se vivía en ese tiempo de enorme miedo a la otra vida y a los castigos del infierno, por lo que, dado que los humanos son muy dados a pecar, las indulgencias eran una forma de perdón muy útil para aspirar a la salvación eterna. No sabemos la razón que llevó a la suspensión de tales indulgencias en los días que podían obtenerse. Otro dato de interés, que también tiene que ver con el ambiente de miedos y temores de ese tiempo y de cuánto estaba la religión metida dentro de la sociedad, es el hecho de que este tipo de indulgencias se pregonaran a caballo con trompetas, algo que el documento prohíbe, ahora que levanta la suspensión. Seguramente el pregón a caballo con trompeta tenía que ver, primero, con el deseo de dar solemnidad y luego, con la todavía cierta dispersión por el valle de los habitantes, ya que aún les quedaba un siglo para sentirse agrupados en torno a la nueva iglesia levantada en 1722, naciendo así definitivamente el casco urbano de Valdesangil. Un dato más a extraer del documento de 1613 es la existencia de la ermita y su advocación a la Virgen de los Remedios.

Para resumir, podemos decir que Valdesangil durante todo el siglo que ocupó el 1600 fue experimentando un avance importante respecto a lo que había sido en el tiempo anterior. El avance tuvo mucho que ver con la cantidad de gente que vivió en el valle. Si hacemos caso de los datos que hay para otros lugares cercanos, veremos que Valdesangil pudo estar en la misma línea. Por ejemplo, sabemos que durante todo el siglo XVI hubo un aumento de población en Castilla. En Béjar en 1534 había 2.232 habitantes, 558 vecinos¹². En esas cantidades estaba incluido Valdesangil, que siempre lo estaba en las cifras de Béjar, al ser una parte de la villa. Solo 37 años después había aumentado la población en 1.651 personas. Es de imaginar que Valdesangil habría participado en el incremento también, sobre todo porque sabemos que pueblos del entorno, como Navacarros o La Hoya en los 67 años siguientes a 1534 habían duplicado su población. Valdesangil no debió de quedarse al margen de todos estos aumentos, pero al estar incluido en el censo de Béjar resulta imposible saberlo. Sea como fuere, durante 1600 se gestó la situación que llegó al siglo siguiente, tanto en la cantidad de población como en el aspecto urbano que presentaba Valdesangil e incluso en la denominación de los lugares.

¹² HERAS SANTOS, J. L., 2012, pág. 375.

3.2. EL SIGLO XVIII. UN TIEMPO DECISIVO PARA VALDESANGIL

Valdesangil nunca ha sido un municipio como lo han sido los pueblos próximos. No lo ha sido por una cuestión histórica, seguramente porque nació de una determinada manera como parte de Béjar, al ser simplemente un valle con caseríos dispersos que no podía considerarse en sí una aldea. Luego, cuando creció y se concentró, ya no cambiaría. No ha sido un municipio literalmente, pero para muchos aspectos sí lo ha sido, porque desde que tuvo una cantidad de población determinada y una apariencia de conjunto urbano, tuvo su propio término municipal, el cual era administrado por un Concejo dependiente de Béjar, pero con su alcalde (pedáneo) correspondiente e incluso se le concedió tener su propia parroquia, con una iglesia cuya envergadura excede a la de otros lugares dependientes de Béjar, como Palomares y Fuentebuena.

Para saber la historia de Valdesangil durante 1700 hemos manejado fundamentalmente dos tipos de documentos, ambos de gran valor para reconstruir ese tiempo: los archivos parroquiales de la iglesia de Ntra. Sra. de los Remedios y el censo que se hizo por parte del estado en 1753, llamado el Catastro del Marqués de la Ensenada. Los primeros los hemos consultado en la casa parroquial¹³. El Catastro del Marqués de la Ensenada es un documento que el rey Fernando VI mandó redactar al marqués de la Ensenada para conocer los bienes que tenía cada familia de España. Quería saberlo para que tributaran en consecuencia con los bienes y rentas de que disponían. En el documento relativo a Béjar viene separado todo lo concerniente a Valdesangil, Fuentebuena y Palomares, con lo cual constituye un compendio de datos de inestimable valor para reconstruir la historia de Valdesangil a mediados del siglo XVIII¹⁴. Todo ello constituye la base de la que a partir de aquí vamos a relatar.

3.3. GENERALIDADES SOBRE LOS CURIELES DURANTE EL SIGLO XVIII

Valdesangil llegó a 1700 como una aldea que empezaba a tener la configuración urbana que ha llegado a la actualidad. Pero solo empezaba, aún faltaba un impulso fuerte, que fue el que muy probablemente le dio la construcción de la iglesia en la segunda década de 1700. Con toda seguridad no tendría las dimensiones que el caserío que conforma el pueblo tiene hoy. Es muy probable que se tratara de varios conjuntos de casas y corrales inmediatos, próximos unos conjuntos de otros (arrabales), que con el tiempo irían aproximándose hasta conformar la estructura que ha llegado al presente. Una prueba de esto es que cuando en 1716 se firma el contrato para construir la iglesia, la persona que la va a financiar cede, además, un prado de su propiedad para que sea en ese punto donde se construya. Eso quiere decir que no había una

¹³ El cura párroco don Agustín Jiménez nos dio todas las facilidades posibles para llevarlo a cabo, algo que debo agradecer encarecidamente.

¹⁴ FABIÁN GARCÍA. J. F., 2015.

configuración como la que hubo cien años después, aunque a partir de la construcción de la iglesia todo iría acercándose a lo actual. El aumento de la población durante todo el siglo anterior había ido conformando estos conjuntos.

Sus habitantes, como los de todo el medio rural español de este tiempo, vivían con una doble mirada: por una parte, miraban a la tierra que pisaban, de la que obtenían lo necesario para vivir cada día y, por otra, no dejaban de mirar al cielo, porque allí creían que estaba el deseo de la vida eterna después de la muerte. De la tierra que pisaban obtenían lo necesario para pasar la vida lo mejor que fuera posible en un medio y en un tiempo difícil. En el sueño de la otra vida encontraban el anhelo de una existencia más larga y placentera, lejos del valle de lágrimas que podía suponer y de hecho suponía esta, dadas las circunstancias en las que se vivía. Esa vida, la Iglesia decía que había de ser ganada desde la terrenal, con lo cual cada individuo vivía con la ansiedad de fondo de saber vivir y, sobre todo, saber morir. La Iglesia por tanto tenía una llave fundamental de la conciencia de las gentes. Por esa razón cada ser humano se dedicaba a buscar el equilibrio entre vivir la vida con sus posibilidades lo mejor posible y garantizarse a la vez una eternidad cerca de la divinidad y lejos de lo terrible que supondría quemarse eternamente en el infierno, como se predicaba con vehemencia desde los púlpitos aterrizando a las gentes.

3.4. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IGLESIA PARROQUIAL COMO ELEMENTO BASE¹⁵ Y LA FIGURA DEL CANÓNIGO FRANCISCO HERNÁNDEZ NIETO

Construir un templo adecuado a sus necesidades era muy importante para cualquier población. Por un lado, constituía el lugar en el que ejercer las creencias y por otro, era una forma de prestigio, porque nunca ha dejado de haber competencia entre pueblos vecinos. Una iglesia mejor daba más categoría a quien la poseía. Valdesangil había iniciado el siglo XVIII con su vieja ermita a la entrada del pueblo, que en su tiempo fue suficiente para albergar a una población pequeña. Posiblemente hasta allí se acercaba un cura de Béjar para que los curiales cumplieran con la norma de la misa. Pero ahora la población había crecido lo suficiente como para que se quedara pequeña la ermita, por lo que le hacía falta un edificio mayor. Si hacemos caso de los datos publicados por J. L. de las Heras¹⁶, Valdesangil tenía más población que algunos pueblos vecinos como Vallejera, Fresnedoso, Sanchotello, Naval Moral o la Calzada. A pesar de su humildad, la pequeña ermita, que nunca dejó de llamarse «ermita» reconociendo así su modestia, contaba con dos cofradías en el siglo XVII, la del Sacramento y la de la Cruz, alguna de las cuales organizaba los actos a los que hemos hecho alusión en páginas anteriores. Estas dos cofradías se unirían en una sola cuando en 1722 está constituida ya la nueva parroquia. Le hacía falta a Valdesangil

¹⁵ SÁNCHEZ SANCHO, J. F. y Díez Elcuaz, J. I., 2008.

¹⁶ HERAS SANTOS, J. L., 2012, pág. 377.

una nueva iglesia, pero seguramente lo que le faltaba era el dinero necesario para pagarla. Tal vez hubiera tenido que esperar un poco más si no hubiera sido porque un supuesto hijo de Valdesangil tenía no solo dinero para financiarla, sino influencia también, porque era canónigo de la Catedral en la Diócesis de Plasencia. Se llamaba Francisco Hernández Nieto. Los canónigos eran asistentes y asesores del obispo, es decir eran figuras muy destacadas en una diócesis. Por tanto, no era poco este hombre y cuando fue el momento, se acordó de su pueblo. No sabemos mucho más de él, solo que estaba ligado a Valdesangil, seguramente porque era nacido aquí, que tenía propiedades en el término, que fue el promotor de la construcción de la nueva iglesia y que propició que otros familiares siguieran su ejemplo con nuevas donaciones de terrenos, edificios y dinero para continuar su labor, de forma que Valdesangil tuviera finalmente una iglesia digna de su nueva condición.

El contrato que se hizo para la construcción figura en el Archivo Histórico Provincial de Salamanca¹⁷ y merece que lo reproduzcamos aquí literalmente¹⁸:

En la villa de Béjar en veinte y ocho días del mes de octubre de mil setecientos y quince años, ante mí el escribano Público y testigos infrascritos parecieron presentes de la una parte el Sr. Don Francisco Hernández Nieto, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad del Plasencia, y de otra Juan Alvarez, Alonso Álvarez, vecino de Ledrada de esta jurisdicción, y José Alonso de nación Lusitana, residentes en esta villa y al presente todos lo están, Maestros de Cantería, y dijeron que el dicho Sr. Don Francisco Hernandez Nieto tiene voluntad de hacer y de que se haga a sus expensas, una iglesia nueva en las Casas de Val de San Gil, arrabal de esta Villa, y que en ella se coloque la Imagen de la Nuestra Señora de los Remedios que está en la Ermita que hoy tiene dichas Casas, y habiendo tratado y ajustado con los dichos Maestros de Cantería, los que todos tres juntos y de mancomún a voz de uno y cada uno por de por si insolidum y por el todo, renunciando como renuncian las leyes de la mancomunidad como en ellos y en cada uno de ellos se contiene, debajo de la cual se obligan y obligaron en forma a hacer a sus expensas la dicha Iglesia en dichas Casas, y sitio que sea señalado y abitado, la cual dicha Iglesia o Ermita el cuerpo ha de tener trece varas de largo y diez de ancho en hueco con su capilla, la cual ha de tener en cuadro de hueco y toda la dicha ermita ha de quedar de veinte varas de largo, y ha de llevar dos arcos de cantería, el uno que divida la Capilla y el otro el cuerpo de la Iglesia a donde le tocare, con los estribos en la parte de afuera.

Y la dicha capilla ha de ser cuadrada y el arco de ella por la parte de afuera ochavado o redondo de Piedra de Cantería toda la cara de afuera. Y en la división de la Capilla se ha de hacer una grada de Piedra labrada a manera de cornisa, y otra del mismo género en el presbiterio dos varas apartadas del Altar que se ha de hacer. Y todo dicho presbiterio de ha de embaldosar o enladrillar, y así mismo la sacristía, de alto, largo y ancho que diera lugar el sitio en donde se ha de hacer, que será a el lado del evangelio, con su portada de cantería y su puerta de madera de dos puertas, con su marco llano y sus golfos correspondientes, y ventana de cantería en cuadro con su reja embebida y su puerta de madera; Y así mismo otra ventana de cantería en la Capilla, del

¹⁷ Archivo Histórico Provincial de Salamanca: P. 865, f.219 rto. A 220 vto.

¹⁸ Utilizamos literalmente la reproducción que hace RODRÍGUEZ BRUNO, M., 2001.

largo y ancho que pareciere bastante para dar toda la luz a el altar y a la Capilla, con su marco de madera para la ventana, con su reja así mismo embebida en dicha cantería, y el altar ha de ser de cantería del largo y alto que corresponde y junto a él, a el lado de la epístola un altarito de lo mismo para poner un misal y vinajeras; y se ha de hacer otra ventana de cantería en el cuerpo de la Iglesia a donde pareciere que entra la luz, y que de bastante clara, con su marco de madera y puerta, y su reja embebida en ella; y las paredes de entre arco y arco han de ser de mampostería gruesas, y la fachada en donde ha de quedar la puerta Principal de dicha Iglesia, a de ser de cantería por la parte de afuera de alto y ancho que le corresponde según Arte, con sus puertas fuertes bien labradas, y cada una con su postigo y golfos y clavazón de punta de Diamante, que cada clavo hace cuatro puntas, y con sus llaves para la puerta principal y postigos, y las puertas principales han de llevar por la parte de abajo su pasador, para que estén siempre firmes y derecha, y ha de bajar a una piedra que se ha de poner a la parte de abajo, donde cierran dichas puerta, con los dichos gorriones en los quiciales de arriba y de abajo; y para las paredes expresadas de arco a arco han de ser de barro bueno y por fuera encaladas a forma de cabeza de gato; Y toda la Iglesia en donde se han de poner las canales han de llevar sus cornisas de cantería de Papo de Paloma, y se ha de hacer su pila para el agua bendita en la pared, de suerte que no salga fuera más que la misma piedra, que ha de hacer medio cántaro de agua; y dicha Iglesia y sacristía se ha de encalar y blanquear todo, con rodapiés; y en el frontis de la fachada principal se ha de hacer portal con sus pisos alrededor por la parte de dentro, de todo el largo de la Iglesia, y el ancho correspondiente; y los costados de dicho Portal han de ser de cantería, y los pisos de cantería basta, con su antepecho en la delantera, con una portada y su batipuerta para que no entre el ganado; y se ha de hacer una torrecilla para la campana, a donde pareciere más conveniente, y encima su remate, que suerte que ha de quedar la sogá de la campana fuera de la Iglesia y del portal, y los castados de la pared de este han de subir hasta el tejado, y dicho portal ha de ser de alto que la Iglesia, para que la cumbreira vaya derecha, y en la batipueta del portal se ha de poner un picaporte por la parte de adentro, y en medio de la capilla mayor de la de la dicha Iglesia se ha de fijar un carrillo para el cordel de la lámpara, y la cumbreira, limas y canales de toda la Iglesia han de ser encalados; y todos los materiales, piedra, cal buena, barro, madera, ladrillo y toda la clavazón, cerraduras y herraje para puertas y ventanas, techos y demás necesario, y todos los portes materiales, han de ser y son por cuenta de dichos Maestros de Cantería, y ellos han de pagar y satisfacer, y acabarla del todo por su cuenta y riesgo; y en esa conformidad dichos maestros lo han de comenzar desde luego a fabricar, y la han de dar acabada para el día de la Natividad de Nuestra Señora, que es el día ocho de septiembre del año que viene de mil setecientos dieciséis, con toda perfección. Por ella les ha de dar y pagar el dicho Sr. Don Francisco Hernandez nieto diez mil Reales de Vellón, que es la cantidad que se ha convenido y ajustado, de la cual dicha cantidad y por cuenta de ella reciben de contado mil Reales para ayuda de materiales y en razón de la entrega que de presente no parece renunciaron las leyes de ella, prueba dolo y mal engaño, excepción de pecunia y las demás de este caso, como ellas y en cada una de ellas se contienen, de que otorgan carta de pago en forma, y les ha de ir pagando por semanas según fueren trabajando y después que la fenezcan y acaben, les ha de pagar dicho Sr. Don Francisco Hernández Nieto lo que les estuviere y restare a deber hasta el cumplimiento de los dichos diez mil Reales, con más las costas que siguieren en la cobranza, y por ello consiente ser ejecutado y apremiado por todo rigor de derecho. Y en caso de que los dichos Maestros de Cantería dejen la dicha obra sin acabar y perfeccionar, según van obligados, quieren y permiten que a su costa se busquen Maestros de toda satisfacción que acaben y fenezcan dicha Iglesia, con todos los materiales y demás que necesitare,

conservándoles por el precio y precios que convengan, y si con lo que se les estuviere debiendo a dichos otorgantes del precio en que tiene ajustada toda la referida obra no hubiere bastante para pagar lo que en ella hicieren, se obligaron, según van obligados a pagar lo que faltare luego que se fenezca y acabe la dicha Iglesia, con más los daños, intereses y menoscabos que siguiere a lo referido; Y si los dichos otorgantes no hiciesen dicha Iglesia a satisfacción de Maestros alarifes, de ciencia y conciencia, y si de sus declaraciones constare estar dicha Iglesia peligrosa o parte de ella, y no conforme a la obligación que llevan dicha, la remediarán y asegurarán, dejándola toda a satisfacción donde la volvieren a hacer de nuevo a su costa, y a ello consienten se les apremie por todo rigor, derecho y a que se busque quien la haga por su cuenta y riesgo, por lo que importare como por lo demás a que van obligados los dichos maestros, y las costas de la cobranza de ello se les pueda ejecutar con solo esta, m escritura, sin otra prueba ni averiguación alguna, y para el cumplimiento de lo aquí contenido por lo que a cada uno toca y tocar puede, obligaron sus personas y bienes muebles y raíces habidos y por haber, dieron todo su poder cumplido a las justicias de su fuero competentes para su ejecución y cumplimiento, recibieronlo por sentencia pasada en cosa juzgada...

Y por firme, así lo otorgaron ante el presente escribano público de esta Villa, siendo testigos el Licenciado Antonio Manuel Flores, presbítero, Francisco Muñoz de la Cruz y Alonso Gil Zúñiga, vecinos de esta Villa y por los otorgantes a quien yo el escribano doy fe y conozco, firmaron los que supieron y por los que no un testigo a su ruego.

Francisco Hernández Nieto-Alonso Álvarez-Antonio Manuel Flores.

Ante mí: Felipe Calzada (Firmado y rubricado)

Derechos 4 reales.

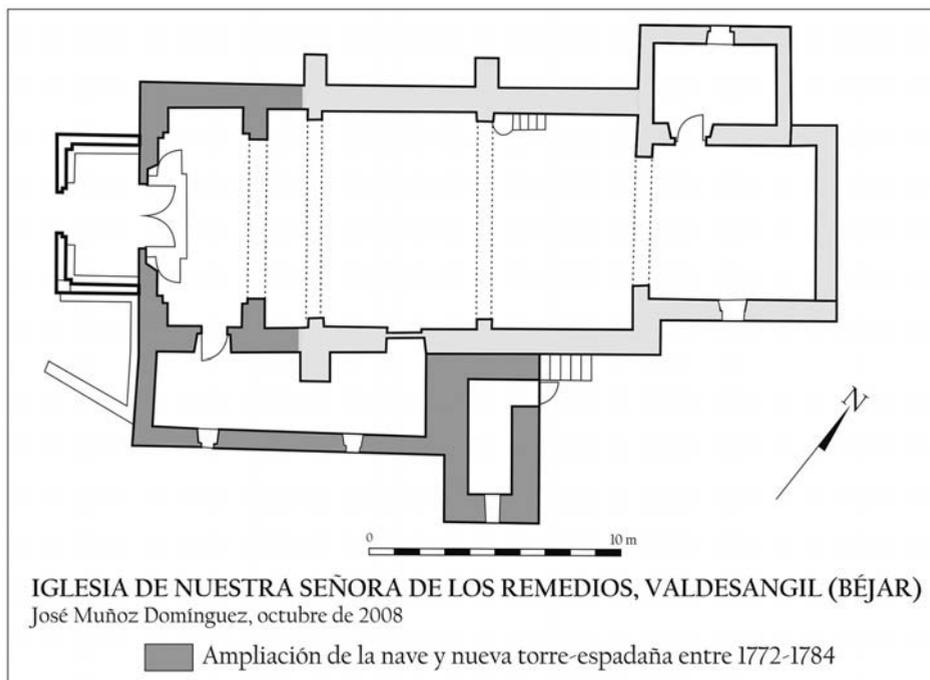


FIGURA 16: *Planta de la iglesia de Valdesangil según José Muñoz Domínguez.*

No puede ser más preciso y conciso el proyecto para la construcción de la iglesia. En nada envidiaría en lo esencial al que hiciera un arquitecto hoy. Debió redactar los datos técnicos un experto de entonces, si es que no fue el propio canónigo Francisco Hernández Nieto quien lo hizo, como experto en la materia que sería, al controlar desde la Diócesis de Plasencia la construcción de otras muchas iglesias rurales y ser conocedor de todos los pormenores de una obra así. Sabía todo lo que debía tener una iglesia del momento. La parte técnica sobre asientos, niveles... etc., ya eran cosa de los maestros canteros, que no sería la primera vez que levantaban una iglesia. Dos de ellos, por el apellido similar, parecen ser hermanos; de uno se dice que es de Ledrada, quizá porque al escribano le faltó poner una *s* diciendo *vecinos* y el otro es portugués. Ellos van a ser los ejecutores de la obra de la iglesia para la que imaginamos contratarían como peones a otros hombres de Valdesangil y de los alrededores.

Nos preguntamos quién era este hombre en realidad, por qué tenía dinero suficiente para financiar la construcción de una iglesia y qué le unía en ese momento en realidad a Valdesangil, aparte del paisanaje, para desprenderse de ese dinero. Es probable que fuera nativo de Valdesangil y esa fuera su primera razón para ello. O era nativo o tenía alguna vinculación muy especial con el arrabal. Para pertenecer al clero tendría que haberse marchado pronto de Valdesangil; no era fácil ingresar en el clero entonces siendo un humilde campesino y menos ascender; tal vez tenía ya algún familiar clerical y eso le indujo a serlo también, como al parecer él mismo pudo inducir a otros familiares suyos que también donaron dinero poco después, por ejemplo un sobrino llamado Francisco Matas Nieto que contribuyó con 1.000 reales para la construcción posterior de la torre y otro sobrino de este, llamado Gaspar García, que cedió el solar donde ya había una casa para construir la casa parroquial¹⁹.

La siguiente pregunta que nos hacemos es sobre la causa por la que Francisco Hernández poseía los bienes que donó, ya que no solo lo fueron en dinero sino también en propiedades. No eran tiempos, ni Valdesangil tenía los recursos suficientes, como para que una persona pudiera enriquecerse. Es cierto que era un cura y no tenía una familia que alimentar y también es cierto que ganaría un buen sueldo en la diócesis del que gastaría poco, pero aun así llama la atención su buena posición económica para el tiempo y el lugar de que se trataba. Por otra parte, no había muchos Hernández y muchos menos Nieto en Valdesangil por ese tiempo, tal y como vemos en las actas de nacimientos y entierros que constan en los libros parroquiales. Tampoco encontramos pistas con esos apellidos que tengan una diferencia económica con el resto en la relación de personas que vivía en Valdesangil 37 años después, en 1753, cuando se redacta el Catastro de Ensenada dejando cada uno de los vecinos de Valdesangil expuesto todo su patrimonio. No eran precisamente ni los Hernández ni los Nieto que figuran en el Catastro los de mejor posición. Para conocer a este hombre y sus razones, sin duda habrá que seguir investigando. Por ahora podemos decir solo que

¹⁹ SÁNCHEZ SANCHO, J. F. y Díez Elcuaz, J. I., 2008.

fue un impulsor importante del actual Valdesangil, porque la construcción de una iglesia no implicó simplemente levantar un templo nuevo en el pueblo. Construir un templo y convertirlo en parroquia, cuando el pueblo dependía de Béjar en realidad, fue importante y Francisco Hernández implicó en ello no solo su dinero, sino también su influencia con el obispo para obtener las concesiones necesarias.

La construcción de un templo significaba muchas cosas para Valdesangil. En primer lugar, los templos eran referencias urbanísticas para la gente. A menudo la construcción de una iglesia implicaba que la población se agrupara en torno a ese templo, ya que eran también la referencia espiritual y simbólica de la población. El fervor religioso en estos tiempos formaba una parte muy esencial de la existencia de la gente. Era así por creencia y por el miedo que había a condenarse. Por tanto, el templo daba seguridad vital a los habitantes de un lugar. Con ello estaba también la tranquilidad que implicaba tener los servicios religiosos a mano en un tiempo en que la muerte viajaba inseparablemente al lado de la vida con cada individuo, ya que no se conocían los fundamentos de muchas enfermedades y por tanto tampoco su forma de curación, de forma que la gente moría por enfermedades que hoy no pasarían de ser meros episodios puntuales o simplemente crónicos. Morir sin un cura cerca que pudiera darle al cristiano la absolución, era un riesgo muy importante. Tampoco debe olvidarse lo que implicaba de prestigio un templo en los alrededores. No vamos a decir nada nuevo aquí si citamos la competencia que hay habitualmente entre pueblos vecinos. Todos quieren ser mejor que los demás. En ese sentido un templo mejor, más alto, con parroquia propia, era una forma de prestigio y distinción para los habitantes del Valle de San Gil. Servicios de este tipo atraían a la población y por eso es por lo que Valdesangil pudo dar un paso hacia delante, una vez que tuvo levantada su iglesia. Además, en calidad de parroquia, es decir, con un párroco que vivía en Valdesangil. Ahí estuvo muy presente la influencia de Francisco Hernández Nieto, que por su proximidad al obispo, logró de él que fuera parroquia. Esto molestó enormemente al cura de la iglesia de San Juan, a la que pertenecían los curiales hasta ese momento para todo (bodas, bautizos, entierros...) ya que lógicamente todo ello le generaba a aquella parroquia los ingresos correspondientes, así como las donaciones que los curiales pudieran hacer mediante testamento. El cura protestó al obispo por escrito, pero de nada le valió. La influencia del canónigo Francisco Hernández Nieto pudo más y la nueva iglesia de Valdesangil se construyó con la categoría de parroquia.

El canónigo Francisco Hernández tuvo su casa en el barrio de arriba, en la manzana donde aún se la cita como suya. Todavía, tanto tiempo después, hay quien nombra como *la casa del canónigo* a una casa (quizá hoy son dos) haciendo esquina entre la calle de Arriba y el inicio de la calleja que lleva a La Cancha y a El Cimalindón.

Tal vez, con el tiempo, sus restos fueran trasladados a Valdesangil, enterrándolos en un sitio principal, en la zona de conexión delante del tramo de escaleras que ascendía al presbiterio, que en ese tiempo, a ambos lados de la escalera de piedra, tenía una especie de rejas de poca altura, marcando la diferencia entre la zona de los fieles y

en la que se oficiaba el culto. A propósito de las obras de reforma del presbiterio que se llevaron a cabo en 1969 para adaptarlo a las normas del Concilio Vaticano II, apareció una losa de granito que le mencionaba. No era propiamente una tumba, parecía más bien un cenotafio o en todo caso, el último destino de sus huesos llevados hasta Valdesangil desde alguna parte, que bien pudo ser Plasencia, donde ejercía como canónigo. En la losa, hoy colocada en la zona del presbiterio, se lee ENCOMIENDEN A DIOS A DON FRANCISCO HERNANDEZ NIETO CANONIGO DE LA YGLESLIA DE PLASENCIA FUNDADOR DE ESTA PARROQUIA DEJO ORNAMENTOS RENTAS PARA EL CURA Y SEPULTURA PARA SI MISMO. AÑO 1722.



FIGURA 17: *Manzana donde estuvo la casa del canónigo Francisco Hernández Nieto, fundador de la parroquia de Valdesangil.*

Como ya hemos señalado anteriormente, Valdesangil en ese momento de 1715-1716 estaba en vías de conformar su urbanismo definitivo, pero aun lo que se veía eran diversos arrabales (así lo llaman las fuentes escritas) o conjuntos de casas en proceso de unirse los unos a los otros, pero todavía con huecos sin edificación entre ellos. Uno de esos huecos era un prado cercano al arroyo propiedad del mencionado Francisco Hernández. Donó el prado para edificar la iglesia en ese lugar, constituyendo con ello el centro de referencia del casco urbano y posibilitando enseguida que los arrabales se fueran uniendo hasta formar la especie de Y que todo el conjunto parece visto desde el aire. Y cuando estuvo construida, pagó también el retablo del altar mayor. Valdesangil no le podía estar más agradecido. A cambio solo pidió que se le rezaran un padrenuestro y un avemaría y, al acabar la misa, un responso por

su alma en su tumba, que estaría delante del altar mayor. Entre él y sus familiares consiguieron que Valdesangil tuviera en un plazo de 72 años una iglesia completa²⁰. El cuerpo se construyó entre 1715 y 1717. El retablo mayor entre 1717 y 1718. Los retablos de las capillas laterales en 1753 y 1756, respectivamente. El enlosado interior para el cementerio interno en 1749, lo cual equivalió a que desde ese momento el cementerio estuviera localizado dentro de la iglesia, dejando de estarlo en el exterior como hasta entonces habría estado. La torre que ha llegado hasta la actualidad se levantó entre 1772 y 1780; antes de ella y en el momento de la construcción de la iglesia, hubo una modesta espadaña con campanas, a la que se le añadió una escalera en 1760-1761 para no tener que tocar las campanas desde abajo con una cuerda. El púlpito se construye en 1789.

Por su parte la casa parroquial se construye en 1740. Dado que la parroquia se funda en 1722 y la casa parroquial no se erige hasta 1740, el párroco hubo de estar viviendo en alguna casa del pueblo más pequeña que la que luego le construyeron. Pudo ser una de las que hoy hay arruinadas en la manzana de casas que se apiñan en la segunda calleja sin salida de la derecha, dirección al cementerio, después de rebasado el puente. Allí se encuentra una casa a la que se le ajustó en un determinado momento en su hueco original de jambas toscas, una portada con jambas y dintel bien labrados, en este con una cruz de buena factura en el dintel. Un hueco tan grande como el primigenio es muy probable que tuviera que ver más con un corral que con una casa, convirtiéndose con el estrechamiento de la puerta, en el hueco más propio de una casa que de un corral. La cruz del dintel, muy bien labrada, como no hay otra en todo el conjunto urbano, está señalando un esmero inusual, el que debía caracterizar a la construcción que se iniciaba con esa puerta. Nos preguntamos si la razón fue la de convertir lo que había antes en una casa para un personaje determinado del pueblo, que bien pudiera ser el cura y por ello tallar tal cruz a la altura de quien vivía allí. Pero tampoco podemos desechar la hipótesis de que esa portada fuera la de la primitiva ermita, una vez desmantelada tras la inauguración de la iglesia parroquial. Por la factura de la cruz podría corresponder al final de la Edad Media o al Renacimiento, tiempo que cuadra bien con el origen con la construcción de la ermita. Tal vez pueda pensarse, que una vez desacralizada la ermita, solo valía la pena conservar las piedras de su entrada por tener una cruz tallada bien presente, cosa que aprovechó el dueño de la casa para llevarlas desde su propiedad o comprárselas a su propietario. El hecho de que se trate de una construcción de mampostería vista, sin enfoscar, que era la habitual en los corrales, al contrario de las casas, puede inclinar la verdad hacia esta posibilidad.

Valdesangil participaba así, adelantándose en unos años, a la ola de nuevas construcciones religiosas en los pueblos de alrededor, favorecidos todos por el auge en el crecimiento de su población. Navacarros levantó su torre en el 1743-44 y la nueva

²⁰ SÁNCHEZ SANCHO, J. F. y DÍEZ ELCUAZ, J. I., 2008, págs. 11 a 24.



FIGURA 18: Puerta decorada con una cruz en el dintel posiblemente originaria de la ermita antecesora de la actual iglesia.

cabecera en 1746, rematándose todo en 1783. La ermita de Palomares se levantó en 1752 y en la iglesia de Sorihuela se construye una nueva cabecera en 1744-45²¹. La de Medinilla se construirá a partir de 1799²².

Si en octubre de 1715 se firma el contrato para construcción de la iglesia, el 28 de noviembre de 1817 se lleva a cabo la colocación en la nueva iglesia de la imagen de la Virgen de los Remedios, que se encontraba en la ermita y que según la tradición había sido comprada por los curiales (no sabemos a quién) por un saco de castañas. Las leyendas suelen poseer algo de verdad, pero no sabemos cuánta tiene esta. No parece muy lógico lo que la leyenda dice tal y como lo dice. La imagen de la Virgen no es muy antigua, puede corresponder al siglo XVI-XVII. Más antiguo parece el Cristo que hoy preside uno de los arcos, quizá el primer patrón que tuvo la ermita originaria, luego sustituido por la moda de consagrar los templos a las Vírgenes.

El día de la inauguración la iglesia no estaba todavía tal y como la vemos hoy, pero era lo importante tener una iglesia parroquial, por tanto, aunque no estuviera rematada en todos sus proyectos, con lo que se había construido servía para empezar a funcionar. Ya hemos dicho que tardó 72 años en completarse. Le faltaba, respecto a lo que tenemos hoy, la torre y también el pequeño cuerpo que se le añadió por el sur en 1783-1784, ampliando con ello la zona de los pies de la iglesia, además del cuerpo

²¹ DOMÍNGUEZ BLANCA, R. y CASCÓN MATAS, M. C. 2009.

²² DÍEZ ÁLVAREZ, W. 2013, pág. 101. FERNÁNDEZ DOCTOR, A. & ARCARAZO GARCÍA, L., 2002.



FIGURA 19: Portada actual de la iglesia de Ntra. Sra. de los Remedios sin el revoco original blanco.

en la pared al este, donde se hizo el baptisterio, que funcionó como tal hasta que fue transformado en sala para la adoración nocturna en los años 60 del siglo XX. Desconocemos si desde el principio estuvo previsto construir la torre definitiva o fue un proyecto surgido después. Solo sabemos que se levantó entre 1772 y 1780, es decir, empezó a construirse 55 años después de inaugurada la iglesia. Hasta ese momento llamaba a los actos una pequeña espadaña para la que en 1749 se compró un *esquilón*, posiblemente sustituyendo a una pequeña campana existente hasta entonces, tal vez la que luego se llamaría *el esquilón*, colocada en el tejado a los pies de la iglesia y que hasta los años 70 servía para decir a los fieles, mediante una sola campanada, que la misa empezaba de inmediato. En el contrato inicial solo se habla de construir una pequeña torrecilla en la que la campana se tocaba a través de una cuerda desde abajo. Este tipo de torres se puede ver en muchos pueblos todavía, en cuyas iglesias no evolucionaron hacia una torre mayor. Aquella espadaña sería demolida en el momento de la ampliación de la iglesia.

En un primer momento lo que importó era tener un lugar digno para el culto, con su párroco correspondiente que oficiara misa, que bautizara y administrara los últimos servicios religiosos a los curieles moribundos, que serían enterrados, ya en el pueblo, en un primer cementerio habilitado en el exterior de la iglesia, anexo a sus muros por el oeste y quizá en parte por el norte y el sur. El cementerio estaría donde hoy existe el pequeño barrio de casas alineadas y paralelas a la iglesia. Así hasta

organizar el cementerio interior, que para ello precisaba de un enlosado y proveerse de una cantidad de tierra subterránea lo bastante para albergar los cuerpos. Tendrían que pasar 32 años para que el cementerio fuera interior y para que los curiales enterraran a sus muertos debajo de las losas de la iglesia, asistiendo a la misa sobre las tumbas de sus familiares. Este hecho llevó a la costumbre de que las mujeres fundamentalmente asistieran a la misa siempre en un lugar determinado, sobre la tumba de sus familiares fallecidos. Aunque el cementerio interior de la iglesia dejó de utilizarse como tal ya avanzado el siglo siguiente, es curioso que al menos hasta los años 60 del siglo XX las mujeres de Valdesangil, al menos las de edad más avanzada, seguían teniendo un lugar determinado para asistir a los oficios religiosos. Hoy no podemos ver el enlosado que constituyó el cementerio interior al estar cubierto por un entarimado de madera, pero constituye, como en todas las iglesias, una obra importante compuesta de muchas lápidas, algunas de las cuales seguramente contengan las inscripciones grabadas de los difuntos enterrados en propiedad en ellas. Solo unos pocos podían pagarse a perpetuidad el uso de una tumba.

El cuerpo original de la iglesia era más pequeño que el que vemos hoy. Entre 1783 y 1784 se le añadieron 46 m² por el sur, además del atrio techado; el añadido se puede apreciar aún en la pared que mira al este al haberse retirado el enladrado original que tuvo. Suponemos que el arco de la puerta antigua fue trasladado a la puerta nueva en



FIGURA 20: Torre de la iglesia construida entre 1772 y 1780.

lugar de hacer otro distinto. Sin duda la estimación inicial de espacio, el aumento de la población o el dinero disponible, obligaron a reformar 60 años después lo previsto inicialmente, por lo que hubo que ampliarlo. Valdesangil estaba creciendo en población y nadie debía quedarse fuera durante las celebraciones y además, hacía falta también más cementerio interior, porque la gente moría a un ritmo muy alto. Con la ampliación debió demolerse, utilizando su espacio una pequeña construcción que en los libros de cuentas y cofradías aparece como *El Casillo* y que ha llegado a nuestros días como *La Casilla*, por más que ya no exista desde hace mucho ninguna construcción que obedezca a ese nombre y sea hoy tan solo el íntimo recodo que queda al lado del atrio. Se trataba, cuando se construyó, de una pequeña construcción en forma de casa en la que se guardaban diversos utensilios relacionados con la parroquia.



FIGURA 21: Marca en el aparejo de la iglesia de la ampliación hacia el sur llevada a cabo entre 1783 y 1784.

Hubo de ser una gran fiesta el día de la inauguración, aquel memorable 28 de noviembre de 1717. Ese día tuvo que ser el de la consagración del templo, momento del que posiblemente haya algún documento que lo atestigüe en la Diócesis de Plasencia. Las consagraciones de los templos eran una ceremonia importante, tanto por la propia ceremonia como por la emoción de los fieles ante lo que se inauguraba, que era su parroquia, a todos los efectos un emblema para ellos. Asistía en muchos casos un obispo o alguien importante delegado por él. Con seguridad estuvo allí el canónigo Francisco Hernández Nieto que había sido el promotor y financiero de todo, al que Valdesangil le debía el gran favor de tener una iglesia nueva y lo que era

más importante: una parroquia, con la independencia que eso significaba a muchos niveles. Imaginamos la gran fiesta llevando a la Virgen de los Remedios en procesión desde la ermita a la iglesia, con el pueblo al completo asistiendo a los actos, cantando a su patrona y con la música de tambor y dulzaina como acompañamiento. Algo similar debió de ser también el día de la inauguración de la torre, terminada en 1780, con su carácter esbelto y llamativo, de estilo barroco, similar en el arte a otras levantadas por ese tiempo en el entorno, algunas prácticamente iguales, como la de Peromingo, la espadaña del convento de San Francisco de Béjar o la de algunos pueblos abulenses como San Miguel de Corneja, Martiherrero, Benitos y Zapardiel de la Cañada, entre otras muchas. Otra de las leyendas mantenidas en Valdesangil



FIGURA 22: *Espadaña de la iglesia de Valdesangil.*

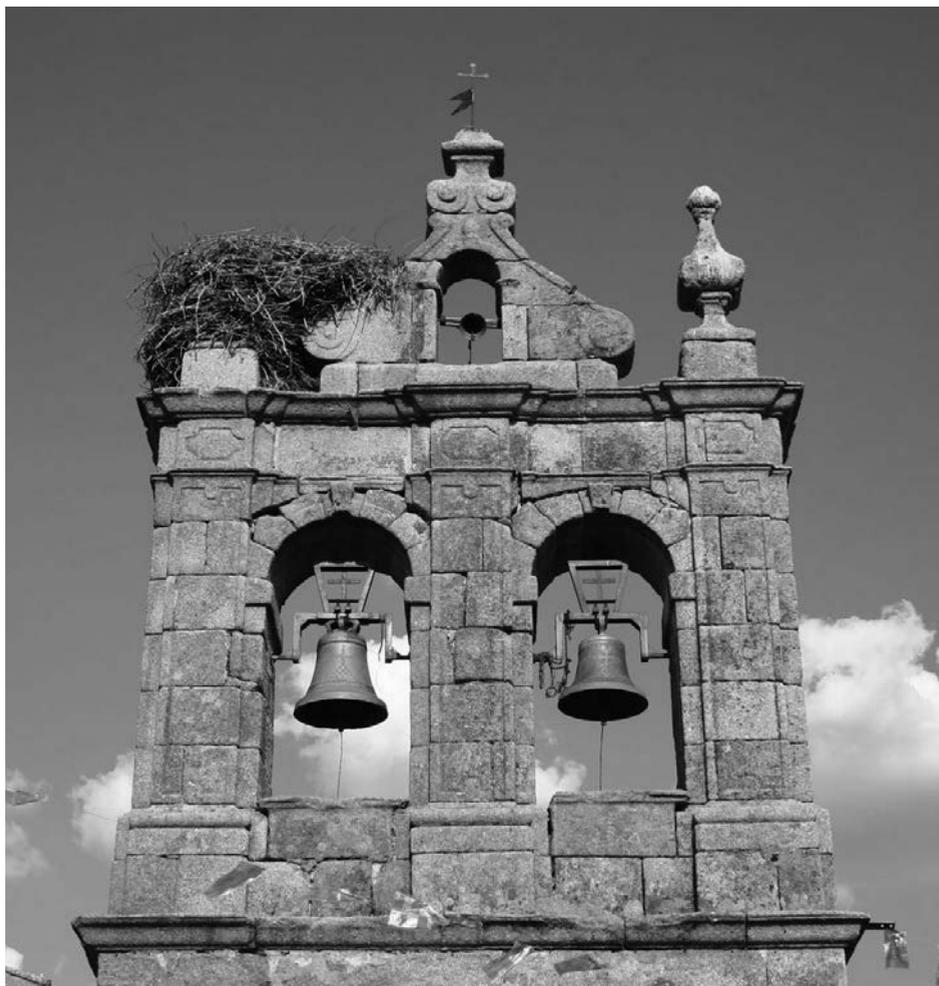


FIGURA 23: Espadaña de la iglesia de Peromingo.

dice que para la construcción de la torre se hizo una gran rampa de tierra que llegaba hasta el final del pueblo por el barrio de arriba.

El primer cura que tuvo la parroquia de Valdesangil se llamaba Luis Hizquierdo Xerez, era natural de Béjar. Con él se inaugura el libro de bautismos en 1722 con el bautizo de Cayetana Manuela Sánchez *Andaluz Sánchez Vallijera*. Será cura de la parroquia hasta 1736 en que desaparece de las actas, seguramente por enfermedad o muerte. Le sustituirá interinamente entre julio y noviembre, *fray* Pedro Rodríguez, perteneciente a alguno de los conventos de Béjar. Desde noviembre de 1736 hasta septiembre de 1738 será el cura Francisco de la Majada, al que sustituye para mucho tiempo (1776) Diego González Correas, el cual caía enfermo con cierta frecuencia sustituyéndole los curas de los alrededores.

3.5. EL PAISAJE URBANO DURANTE EL SIGLO XVIII

Imaginarse cómo era Valdesangil durante el siglo de 1700 es una tarea apasionante, sobre todo comparando con el presente, tan distinto cada vez más. Aunque no podemos mirar una verdadera fotografía de aquel momento, nos acercaremos al paisaje urbano a través de algunas de las fuentes de información de las que disponemos, como es el Catastro de Ensenada, redactado en 1753. Ya hemos dicho que ese catastro fue un documento encargado por el rey Fernando VI con el fin de saber la hacienda que tenía cada vecino de España para que pagara los impuestos correspondientes con arreglo a lo que poseía. En dicho catastro se mencionan todos y cada uno de los vecinos de Valdesangil con sus propiedades y sus ganados. No solo se mencionan los prados y tierras de labor de cada uno con lo que producen y los ganados que posee cada cual, sino también la casa o casas que poseían y si eran de una planta (*a un andar*) o de dos (*cuartos bajos y/o altos*), los corrales, pajares, portales, parrales... etc. El Catastro de Ensenada es por tanto un documento de gran importancia para conocer cómo era Valdesangil en 1753. Una gran parte de lo que aquí diremos de este siglo se basa en esa importante información.

Sabemos por ese documento que Valdesangil en 1753 tenía conformada la estructura urbana que ha llegado a la actualidad. La iglesia había servido para cohesionar las distintas agrupaciones de casas que constituían pequeños arrabales entre sí. Ya existía la plaza en el sitio en el que existe hoy. Se habla de una calle principal que nombran como *Calle Pública* y que parece ser la misma que la que denominan también *Calle Real*. Esa calle se iniciaba en la entrada sur del pueblo llegando desde Béjar y continuaba, tras cruzar la plaza, girando hacia poniente, hasta al menos, el cauce del arroyo, pasando por la iglesia, ya construida en ese año, con su cementerio anejo y aún a falta de la torre. Esa calle debía de llegar hasta el puente, ya construido por entonces, puesto que se habla de un puente en la zona y no hay documentos posteriores que hablen de una construcción en tal sentido. Pero no tenía aquel puente el ancho que tiene hoy, ya que el original, con arco de medio punto y buena sillería, se ensanchó a principios del siglo XX creando la plaza de Abajo. En aquel tiempo tenía únicamente la anchura de lo que es hoy el ancho de la calle, es decir 4'84 metros, todo lo demás es prolongación.

La estructura del casco urbano quedaba conformada por un núcleo más o menos homogéneo y concentrado de casas al que atravesaba un arroyo con dirección nortesur, dividiéndolo en dos partes: una a naciente y otra a poniente, separadas por el puente aludido cuya construcción sirvió para consolidar también la idea de un casco urbano homogéneo.

A mediados de 1700 el casco urbano se vertebraba en tres calles principales, consecuencia de las necesidades que movían a los curieles. Una calle por el sur, donde se iniciaba el pueblo, en el llamado *Arrabal de la Entrada*, es la que hemos mencionado más atrás como calle Pública o Real. Tal vez el hecho de que se le llamara a esta



FIGURA 24: Vista aérea del casco urbano de Valdesangil (Foto PNOA).

también *calle Real* tenga que ver con un camino antiguo, bifurcado de alguno con ese mismo apelativo o parecido (en el valle de Sangusín había uno muy importante), que pasaba por Valdesangil y en torno al cual fueron construyéndose haciendas en un principio, pasando a ser calle por edificarse casas a sus lados, cuando estaba pasando de ser Casas de Val de San Gil a Valdesangil. Esa *calle Real* conducía desde su inicio en 1753 a la plaza y a la iglesia, inmediatas ambas y centro de referencia del casco urbano. Desde la plaza, la *calle Real* se bifurcaba en dos: una hacia el norte y otra hacia el oeste. La del oeste llegaba al menos hasta el puente. Atravesando este, otro ramal de la calle seguía hacia el llamado Barrio del Perché, cuyo nombre debe de ser posterior a este tiempo porque no aparece citado en el Catastro de Ensenada. Este segundo ramal urbano tomaba la dirección de una zona importante en la economía del pueblo: las tierras de cultivo del Cabezo, Los Prados Cabildos, La Casalancha, Cabezón... y por otro lado, marcaba la dirección que los ganados del pueblo debían tomar con destino a Extremadura por el antiguo camino, que, tomado en la zona de La Calzada de Béjar, atravesaba por el paso natural la sierra, donde pasaban los

inviernos, como más adelante veremos. Ya existía entonces El Merino como una especie de barrio, aludiendo sin duda a que era el camino de las ovejas merinas en la dirección que hemos dicho.

La otra calle importante iba en dirección norte desde la iglesia, llevando a otra zona fundamental para Valdesangil: la de los pastos y los cultivos de la zona de los Linares y los Valles.

De las tres calles principales partían callejuelas, muchas de ellas cerradas, cuyo origen estaba en lo que se conocen como *portales*, relativos a haciendas que, en un mismo conjunto de edificaciones, tenían la casa, las cuadras y un patio cerrado donde se trabajaba, se guardaba el ganado y se almacenaba la leña para el fuego.

El Catastro de Ensenada cita catorce barrios en el casco urbano. Creemos que en realidad la distinción entre unos y otros se basaba en identificarlos por alguna característica pequeña que los diferenciaba de los demás, sin una precisión concreta y oficial, quizá lo que entenderíamos hoy simplemente como una calle, sin necesidad de atribuirle el carácter de barrio. Por ejemplo, las casas que había paralelas al arroyo, eran el *Barrio del Arroyo* por el solo hecho de constituir una unidad y estar al lado del cauce de agua; las que ocupaban la plaza se distinguían por eso mismo; las del Merino porque eran un grupo de casas al borde del camino o las del Cementerio porque estaban al lado del cementerio externo anejo a la iglesia, antes de que se construyera el del interior. El redactor del Catastro se guiaba por las orientaciones que le daba un asistente asesor del arrabal, designado por el Concejo de Béjar que colaboraba con él. Esas indicaciones no tenían una precisión total, incluso pudo darse que cuando se habla del barrio de Arriba o del de Abajo se esté siendo muy genérico, ya que dentro del barrio de Arriba o del de Abajo se podían incluir otros barrios.

Barrios citados por el Catastro en 1753	N.º de casas
Barrio de La Iruela	5
Barrio de Arriba	34
Barrio de Abajo	8
Barrio del Rincón	7
Barrio del Arroyo	23
Barrio del Cementerio	6
Barrio de la Plaza	10
Barrio de la entrada del arrabal	4
Barrio del Merino	6
Barrio de la Calleja	1
Barrio de la Fragua	1
Barrio de las Puentes	1
Barrio de Fuentebuena	1
Barrio de El Cerrado	2

Como puede verse en algunos de los denominados *Barrios* por el Catastro hay una sola casa habitable. Creemos que los demás serían corrales, ya que en ese tiempo y

también en los venideros, se mezclaban los corrales y pajares en el entramado urbano lineal de una calle con las casas.

A mediados de 1700 había 120 casas habitadas o habitables en Valdesangil. De ellas 74 eran de *cuartos bajos* (*todo a un andar*, se decía y aún se dice por la gente más mayor), 3 de *cuartos altos* solamente (suponemos que debajo estaba la cuadra para el ganado) y 43 de *cuartos altos y bajos*. Las casas, como todavía puede verse en las supervivientes desde entonces, eran casas más largas que anchas, que se añadían unas a las otras conformando las calles. Ahora no comprenderemos muy bien este tipo de casas, pero hemos de entender que no eran tiempos en los que contaba mucho la luz interior. Importaba más que no entrara el frío en el interior a través de ventanas o balcones, por tanto, cuantos menos huecos hubiera por los pudiera penetrar el frío, mejor. El Catastro de Ensenada da las medidas en varas de las casas, de sus fachadas y del largo que ocupan. Gracias a ello podemos establecer la media de proporciones. Estaba la media en 4'1 m de fachada por 9'9 m de fondo. En la fachada, además de la puerta, apenas un ventanuco comunicaba con la calle. En las de dos plantas (cuartos bajos y altos) el ventanuco solía quedar sobre la puerta, otras en la parte trasera y a menudo relacionado con la cocina, con el fin a evacuar las aguas a la calle. Con tan poca ventilación podemos imaginar, como poco, un pertinaz olor a humo en las casas producto del fuego diario, unas veces canalizado por la chimenea y otras sin ella cuando no la había, saliendo simplemente a través del sistema de evacuación de la *tejavana*, que filtraba sin más el humo entre las rendijas del tejado



FIGURA 25: Estructura típica de lo conocido en Valdesangil como un portal originario del siglo XVIII.

interior, consistente en un entablado y sobre él las tejas, dejando pequeños espacios suficientes para salida del humo.

La superficie media de la parcela donde se edificaba la casa era de unos 45 m², lo que convertía a las viviendas de cuartos altos y bajos en unos 90 m² totales, una superficie habitable suficiente para las necesidades de entonces. Eran casi el doble las casas de cuartos bajos que las de dos plantas, con lo que la superficie habitable era mucho menor. Ni siquiera puede decirse que las familias con mejor economía tuvieran una casa claramente distinta que las de los demás. Así, por ejemplo, un labrador con buena posición como Francisco Márquez, que además de ser poseedor de tierras con cultivo de centeno, lino, de tener 3 viñas y un prado, poseía 140 cabezas de ganado ovino y caprino, vivía con su mujer y sus dos hijos en una casa de cuartos bajos y altos de 62 m². Un caso parecido era el de Francisco Sánchez *Carretero*, que para lo que era la media de Valdesangil, tenía una hacienda destacada en tierras de cultivo, ganados e incluso 2 casas más de las que habitaba y un pastor asalariado a su cargo, pero vivía

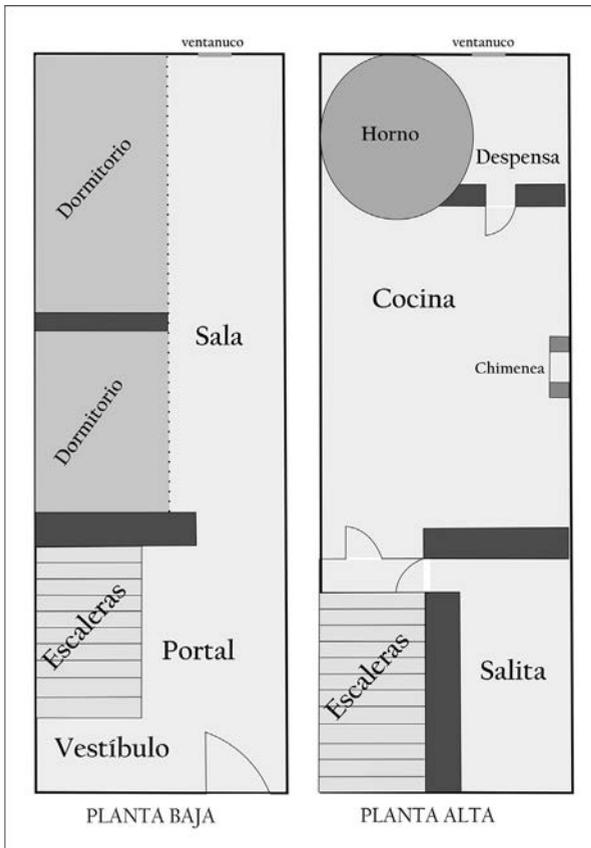


FIGURA 26: Valdesangil. Planta de una casa de dos plantas correspondiente a los siglos XVIII y XIX.

en una casa de cuartos bajos de tan solo 24 m² con su mujer y sus dos hijos. Un ejemplo más era la viuda Teresa Sánchez *Carretero*, con una hacienda aceptable en tierras y ganados, que vivía con sus tres hijos en una casa de cuartos bajos y altos de 92 m². Ello da idea de la modestia real que en realidad tenían las mejores posiciones económicas. Solo el cura poseía una casa grande verdaderamente y bien destacada del resto, con habitaciones espaciosas, un corralillo anejo para guardar caballerías y un huerto trasero, todo ello construido por la diócesis como casa parroquial. Con dos plantas de techos bien altos, tenía una superficie habitable de 330 m², muy lejos de cualquiera de las otras del pueblo. Ello da

buena idea de la importancia capital que tenía todo lo relacionado con las devociones. No solo la iglesia era el edificio más destacado del pueblo, sino también la casa del cura lo era con ella. Todo contribuía a crear jerarquía y respeto, por lo que el cura se convertía en un elemento en lo más alto de la consideración del pueblo.

Solo tres casas del pueblo que no fueran la del cura superaban los 100 m² y curiosamente en ellas habitaban gentes de poca hacienda en general. Ese era el caso de la viuda Catalina Sánchez, que vivía sola en la segunda casa más grande del pueblo (salvo error en la nota del catastro), en una casa de dos plantas con 308 m² de superficie, que además tenía otros edificios anejos para el ganado, aunque no poseía tierras, ni ganados. También era el caso del jornalero Joseph Martín *Colorado* que vivía en una casa de dos plantas y corral con una superficie de planta de 197 m².

Hay que tener en cuenta, tratándose de economías tan modestas, que la envergadura de la casa estaba, en la mayoría de los casos, directamente relacionada con el coste en materiales, trabajo y tiempo. Cualquier cosa de aquellas quedaba bastante lejos de lo que son las necesidades y los abundamientos de nuestro tiempo. Hacer las casas pequeñas implicaba ahorro en el barro para el trabado de la mampostería, en el adobe y tapial con el que a menudo se hacían las tabicaciones interiores, en el acarreo de piedra y en madera; por más que las piedras para la mampostería y el barro para trabarlas estuvieran accesibles y solo hubiera que acarrearlos, ello implicaba con su colocación un coste en trabajo y tiempo importante. Lo más pequeño, siendo esencial y funcional, era más útil, más fácil de calentar, era menos costoso y daba menos trabajo a todos los niveles. En cualquier caso, las casas que se construían en este tiempo eran de muy pobre calidad, y lo eran por razones de pobreza mezcladas con la tradición cultural, siendo la consecuencia de todo ello construcciones muy modestas, que a duras penas aguantaban la mayoría dos siglos. El hecho de que no aparezcan en el Catastro de Ensenada albañiles ni otros profesionales que se les puedan asimilar, unido a la pobreza aludida en levantar los lienzos de pared que podemos ver todavía en las casas que quedan de ese tiempo, hace pensar que el levantamiento de todas o de buena parte de ellas se llevaba a cabo por el futuro morador y algunos familiares o jornaleros contratados como ayuda, que habían aprendido lo elemental de esa técnica en el propio entorno y de padres a hijos, ayudados y aconsejados por los de mejor pericia o en algunos casos por expertos sin título venidos de los alrededores.

De los 117 vecinos que había en 1753, 71 eran propietarios de una casa, 17 tenían 2 y solo 3 vecinos tenían 3 casas. Otros 3 solo poseían parte de una. Por el contrario, había 23 que carecían de casa en propiedad, viviendo en alquiler o compartiendo con algún familiar. Muy pocas eran las viviendas deshabitadas.

La forma de edificación más antigua fue la que englobaba en una misma pieza la casa, uno o varios corrales adosados y, delante de ellos, lo que se conoce en Valdesangil como un *portal*, que era una especie de patio cerrado de una pared, pero descubierto todo en parte (*tenao*), mayor o menor en superficie según los casos. Este portal constituía una especie de porche delante de la casa, servía como zona de taller, depósito



FIGURA 27: *Valdesangil. Casa y cuadra aneja de una construcción originaria del siglo XVIII.*

de leña y para mantener cercanos y bajo control a algunos de los animales domésticos. Con el tiempo y sus circunstancias, estas unidades fueron dividiéndose entre distintos propietarios, de tal forma que podían pertenecer las distintas partes que las comprendían a varios de ellos, siendo el portal compartido y desapareciendo por esa causa su cometido original con el tiempo. De los 30 portales que se citan en pie en el Catastro de Ensenada de 1753, solo en 7 casos contienen una casa que es del mismo propietario y solo en uno se mantiene lo que sería la unidad original casa-corrall-portal y parral. Un parral era un espacio con-

tiguo a la casa, bien definido, con una zona cubierta por una vid trepadora (al menos en su origen) que proporcionaba vino para la familia, si era suficientemente frondoso.

Salvo el orden que había implicado construir originariamente a los lados de los caminos principales, convirtiéndolos poco a poco en calles y marcando con ello una forma de ordenamiento, existió en general el desorden urbano que suele apreciarse en la arquitectura de los pueblos de la zona, nacidos de la modestia de tres o cuatro casas originarias, separadas entre sí, a las que se van uniendo a conveniencia algunas más, a la vez que otras nacen de nuevo separadas y empiezan el proceso de unírsele las nuevas que van surgiendo. El proceso tuvo como resultado el caos urbanístico que observamos en numerosos puntos de Valdesangil, consecuencia de una forma de construir sin planificación, solo basada en la necesidad y en la improvisación. El único criterio mantenido de edificación era apoyarse unas construcciones en otras y obtener una fachada, dado que no había ventanas laterales que pudieran interferir en los adosamientos. Muchas veces lo que se adosaba era antes de nada un corral, si había espacio para ello; incluso se había construido en muchos casos la casa con un corral

adosado. En ese corral se guardaban los animales y su comida almacenada en un desván construido con madera y también, en algún punto, para las necesidades fisiológicas de los miembros de la familia, puesto que no había en las casas espacios para tales acciones, algo que solo llegó a Valdesangil a finales de los años 60 del siglo XX.

El aspecto general de Valdesangil en este tiempo era de gran humildad y pobreza, con las casas de baja altura, incluso cuando se trataba de casas de dos plantas, formando calles y callejuelas, mezclándose casas con corrales, las calles sin empedrar en la mayor parte de sus tramos o en ninguno, embarradas y sucias sobre todo en invierno. Pero no hace falta remitirse a esos años para ver un ambiente



FIGURA 28: Valdesangil. Estructura interior consistente en tabique de adobe apoyado en armadura de madera en una casa del siglo XVIII-XIX.

en la calle así, ya que a hasta los años 60 del siglo XX el aspecto interior del pueblo era ese mismo durante el invierno. Un dato que ayuda a ratificarlo está en la Santa Visita de 1814, que era la visita de un miembro destacado de la Diócesis de Plasencia a la parroquia con el fin de controlar el funcionamiento de todo y recaudar la parte que le correspondía sobre los beneficios obtenidos por los servicios religiosos. En el acta que levanta el representante del obispado escribe, para que quede como obligación, que debe empedrarse el entorno de la iglesia, ya que en invierno es un lodazal y provoca humedades en el templo. A ello, escribe, deben contribuir los vecinos con sus yuntas acarreando piedra. Lo impone como un deber a los curiales. Sin duda cualquier mandato de la Iglesia en ese sentido era una orden inexcusable para los fieles.



FIGURA 29: *Valdesangil.*
Escalera de madera de una casa del siglo XVIII-XIX.

3.6. LOS ELEMENTOS NECESARIOS PARA LA VIDA DIARIA

El abastecimiento de agua era un factor fundamental. A Valdesangil no le falta el agua, pero era necesario tener bien controlados los puntos donde el agua podía convertirse en una fuente. El agua en ese tiempo se precisaba para beber las personas y el ganado y para cocinar. No eran en absoluto tiempos en los que la higiene preocupara como hoy. Se obtenía el agua de las fuentes, pero estas no estaban sanitariamente controladas, por lo que no es de extrañar que en los veranos hubiera tantas infecciones, muchas de ellas causantes de la elevada mortalidad infantil que vemos en los libros de difuntos, justo en el tiempo en que las aguas podían no ser muy sanas y una infección gastrointestinal fácilmente acabaría con la vida de un niño muy pequeño.

Hasta 1884 no se hizo *el pilar* de la plaza de Arriba. El de la de Abajo como mucho debió de ser contemporáneo, pero antes de eso Valdesangil necesitaba de fuentes para abastecerse, porque el arroyo desde la baja primavera no ofrecería un caudal suficiente ni sano. Aunque no tuvieran conocimientos científicos sobre muchos temas, sabían distinguir cuando algo era sano o cuando causaba daños, no había más que fijarse en los resultados reiterados para saber lo que era bueno y lo que no. Pocas casas tenían un pozo que las pudiera abastecer de agua. A través de algunas citas que se dan en el Catastro de Ensenada, sabemos que a la entrada del pueblo había al menos dos fuentes. Posiblemente son las que existen todavía en la actualidad, una de ellas, en el Calvario, hoy dentro de una propiedad privada, tal vez a la que se alude como Fuente Buena. La otra debe ser la conocida hoy como Fuente Vieja, cuyo nombre primero pudo ser *Fuente Blanca* y ser sustituido por *Fuente Vieja* desde el momento en que hubo una fuente más nueva. No hay rastros de otras en los textos dentro del casco urbano, pero seguramente alguna más existió. Y de no ser así, el abastecimiento se produciría con pequeñas fuentes y pozos en los alrededores a los que habría que ir a buscar el agua, cosa que hoy, en tiempos donde todo se nos da fácil, parecerá raro, pero no lo fue en aquellos, en los que el esfuerzo no costaba tanto a la comodidad cotidiana como cuesta ahora.

No lo conocemos expresamente a través de la documentación, pero es probable que el arroyo estuviera organizado en pequeñas balsas en las que las mujeres lavaban la ropa, además de los pozos que se iban excavando en aquellos lugares donde era



FIGURA 30: Valdesangil. Ventanuco de comunicación de una cocina con la calle en una casa originaria del siglo XVIII.

posible buscar agua. No será extraño pensar que las pequeñas balsas que hubo hasta los años 70 del siglo XX en las inmediaciones del casco urbano o dentro de él (la del Cerrao, los Praos Caballos, Los Linares e incluso la del arroyo de Cabezón) ya estuvieran en funcionamiento a lo largo del siglo que ocupó el 1700. Estos lugares durante muchos años congregaban a las mujeres a lavar las ropas domésticas; eran sitios donde se comentaba la actualidad más inmediata, donde tenían lugar disensiones, riñas y alianzas propias de las sociedades pequeñas.

3.7. LA POBLACIÓN DE VALDESANGIL A MEDIADOS DE 1700

Ya hemos citado que en 1753 Valdesangil tenía 117 vecinos, además de 10 menores sin padres, a los que fiscalmente el Catastro de Ensenada les considera *vecinos* porque tienen algunas propiedades y deben pagar por ellas. Es posible que esos huérfanos vivieran a cargo de algún familiar, ya fuera en casa ajena o en la propia (algunos consta que la tienen), pero bajo la tutoría de un familiar. Ser huérfano en ese tiempo no debía de ser algo muy raro. En total el Catastro cuenta 366 moradores de todas las edades. La mitad de ellos se encontraban en una edad óptima (entre 16 y 45 años) para trabajar y rendir. Se trataba de población joven y en el principio de la madurez, la que participaba con plenitud en las tareas y los acontecimientos que formaban la vida del pueblo.

Poco menos de un tercio del total lo constituía una población que aportaba poco a la producción y al trabajo. Casi todos eran niños, el resto eran los mayores de 60 años (13 en total), que podía considerárseles ya ancianos para ese tiempo dadas las circunstancias. Aun así nadie dejaba de trabajar por la edad, solo por el impedimento de hacerlo a causa de una enfermedad. Se rindiera más o menos, solo el fin de la vida de una persona significaba el fin del tiempo de trabajar. Aunque podemos pensar que una cifra en torno al 20 % (unos 78 niños con edades entre 1 y 10 años) eran poco productivos, no debemos verles por completo al margen de la vida laboral, ya que la falta de escolarización llevaba muy pronto a los pequeños a realizar tareas en los quehaceres domésticos según la medida de sus posibilidades. Era a partir de los 11 o 12 años, cuando ya las fuerzas garantizaban mayor productividad, cuando se empezaba a trabajar más seriamente, fuera en la hacienda propia o por cuenta ajena. Pero tampoco sería nada extraño que algunos niños desde muy temprana edad trabajaran por cuenta ajena, cosa que a nadie le llamaría la atención en una sociedad y en un ambiente en el que era preciso ganarse a pulso cada real o cada maravedí del sustento. Además, existía la idea, motivada por las carencias, de que a todos había que educarles en el trabajo sin desmayo, porque con el trabajo se obtenía lo necesario para comer, no estando como estaban la mayoría sobrados de posibilidades. No existía la escuela, al menos en 1753. Siendo mucho mayor Béjar, había entonces un solo maestro para toda la villa, el cual ejercía para los que podían pagarlo, es decir, una minoría.

Con la presencia en 1753 de unos 78 niños, Valdesangil tenía asegurada la continuidad de su población a corto y medio plazo, salvo coyunturas imprevistas que nunca estaban descartadas de un día para otro, como epidemias, hambrunas por malas cosechas, emigraciones... etc. Pero si la continuidad implicaba un aumento de la población, hay que decir que los recursos no permitían un crecimiento demográfico destacado en condiciones normales, con lo que, llegado a cierto límite, la población vivía en condiciones de pobreza o tenía que optar por la emigración, ya que no había posibilidades para todos. Ante esto, es posible que la floreciente industria textil bejarana sirviera de acogida a los curieles que se iban descolgando del trabajo agrícola dentro de su propio territorio. Que esto fuera así parece decirlo el hecho de que Valdesangil no creció urbanísticamente mucho más de lo que se aprecia en 1753, por lo cual parece muy probable que en este tiempo estuviera muy cerca de su máximo en población relativo a la explotación de sus recursos, sin que hubiera un número alto de gente sin nada, sucedería a finales del siglo XIX.

Para hacernos una idea de la situación podemos observar los datos a partir de los nacimientos consignados en los registros parroquiales de la iglesia de San Juan Bautista de Béjar hasta 1722-23

y desde ese momento, ya en la parroquia de Valdesangil, donde empieza a funcionar un libro de registro. En el periodo de 1725 a 1800 se registraban cada año una media de 15'9 niños nacidos y bautizados en la pila bautismal de la iglesia de Ntra. Sra. de los Remedios, cifra bastante superior a la que encontramos antes de 1722-23, que estaba en torno a los 3 bautizados al año, cantidad que podía ascender a 5 o 6 si consideramos que una parte de los nacidos morirían sin ser bautizados, dado que el bautizo se llevaba a cabo en Béjar y no daría tiempo. De todas formas, para los casos que entrañaban peligro de muerte y pensando en salvar al recién nacido del limbo, al que iría si no era bautizado, había una fórmula

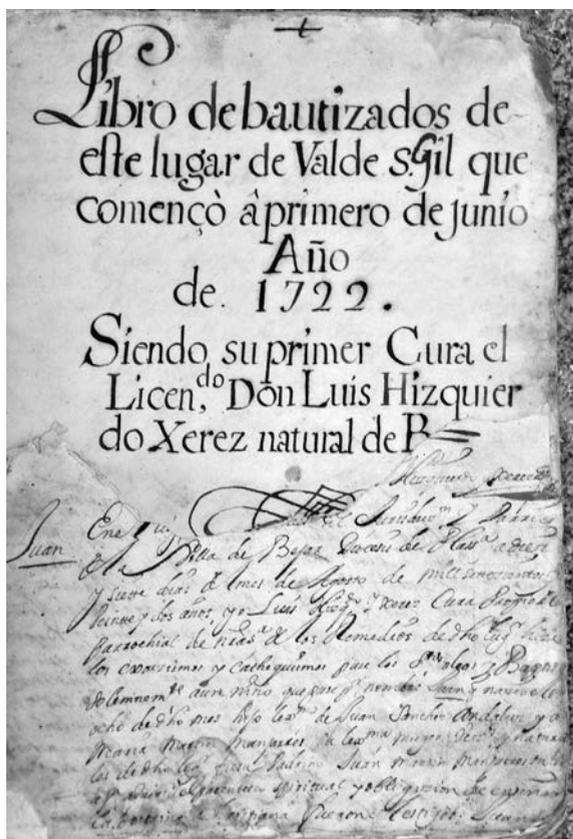


FIGURA 31: Página que inaugura el libro de bautismos de la parroquia de Ntra. Sra. de los Remedios. 1722.

de bautismo rápido y sin ceremonia que podía llevar a cabo cualquiera que se hallara inmediato y supiera cómo hacerlo. Así aparece en las actas bautismales, donde se dice que a tal o cual niño se le echaron aguas (casi siempre lo hacen hombres) dado que había peligro de muerte.

Entre 1725 y 1734 nacían una media de 13'9 niños por año, cifra que se mantuvo hasta mediados del siglo en que aumentó en 3-4 nacimientos. Ello da idea de la cantidad de parejas en edad de procrear que había y por tanto gente en edad de trabajar con intensidad. Pero no sería el siglo XVIII el tiempo de mayor número de nacimientos y por tanto se supone que de mayor población, ya que en la segunda mitad del siglo XIX se registraba una media de 23 nacimientos por año, ascendiendo la población a más de 500 personas. Para ese tiempo no consta que una parte de la población viviera de la industria textil bejarana, aunque residieran en Valdesangil. Eso solo sucedió ya en el siglo XX. El reparto de los recursos en ese tiempo del siglo XIX entre tanta gente llevó a muchos a vivir miserablemente hasta que se optó por una salida esperanzada: la emigración. Resulta ilustrativo que cuando se redacta el Catastro de Ensenada en 1753 no hay un solo curiel que trabaje en las fábricas de Béjar. La industria textil bejarana pudo captar algunos curieles en determinados momentos, pero no fue una salida favorable y masiva hasta finalizada la Guerra Civil en 1939.

El crecimiento de la población estaba mediatizado por la importante mortalidad que sufrían los curieles, que no era distinta a la de otros lugares. A pesar de que no se dieron grandes epidemias precisamente en el siglo XVIII (peste, viruela, fiebre amarilla, tifus, paludismo...), como se habían dado en la segunda mitad del siglo anterior, el índice de mortalidad era elevado en Valdesangil. Nada lo dice mejor que estas cifras: entre 1725 y 1800 el 43 % de los recién nacidos o con menos de 2/3 años (*párvulos*, los llaman los registros) morían. Si a esto añadimos, también como fallecidos, los consignados en el registro parroquial simplemente como *niños*, veremos que la mitad del total de fallecidos al año en Valdesangil eran niños de una edad o de otra, pero siempre muy corta. Morían sobre todo los párvulos, la mayor parte en pleno verano o en el más pleno invierno. Eso si llegaban a tener unas semanas o unos meses, porque muchos morían en el momento de nacer.

En invierno las afecciones gripales y respiratorias debían de hacer una importante mella a juzgar por la cantidad de párvulos fallecidos. En verano sucedía algo similar, aunque en este caso es de imaginar que la calidad de las aguas, la alimentación deficiente y las infecciones propias de la mala higiene en los alimentos y en todo, agravadas a veces por las primaveras y veranos muy secos y por la contaminación de las aguas, acababan por ser mortales para los más indefensos a causa de simples gastroenteritis o afecciones similares. Algunos años concretos resultaron cruciales en este sentido, por ejemplo, entre 1730 y 1733, en los que murieron más de la mitad de los párvulos que habían nacido (el 65 %), posiblemente debido a alguna epidemia concreta que afectó a los físicamente más indefensos. Hay que recordar que en

ese tiempo no tenían una información médica eficaz sobre casi nada, ni preventiva ni sobre la alimentación ni sobre las enfermedades y sus causas, todo se basaba en la experiencia y en los conocimientos (si lo eran en realidad y no tenían que ver más con la magia y la superstición) adquiridos de generación en generación, conocimientos que no valían para la mayoría de casos puesto que no se basaban en lo científico. Por otra parte, acudir a los servicios de un médico no era muy posible. Para toda la población de Béjar, que era en 1753 de 3.570 *almas*, había solo un médico, auxiliado por 3 cirujanos y 3 *sangradores*, que eran al mismo tiempo *barberos*, es decir, los que, entre otras cosas, curaban heridas, afeitaban las barbas y extraían dientes y muelas. Para diagnosticar, el único válido era el médico.

Al menos los cirujanos eran contratados en este tiempo por el Concejo o Ayuntamiento, que cobraba en consecuencia una iguala a los vecinos²³. Naturalmente a los que podían pagarla, porque los pobres de necesidad no podían llegar a eso, por lo que a menudo los ayuntamientos disponían una cantidad adicional pagada de sus arcas para que los pobres más pobres pudieran ser atendidos. Ambos sistemas se dieron en muchos sitios de España durante el siglo XVIII²⁴. El hecho de que no figure en el Catastro de 1753 un cirujano en Valdesangil hace pensar que al menos en ese momento no residía uno en el pueblo. Es posible que sus servicios los llevara a cabo alguno de los residentes en Béjar, desplazado a Valdesangil, al menos como barbero determinados días de la semana o cuando se le requiriera. Sin duda, la distancia entre Béjar y Valdesangil, por más que no sea mucha, jugaría en contra de los enfermos curieles. Debemos entender que el médico con respecto a Valdesangil estaba, en caso de poder disponerse de sus servicios, para los casos más graves, quedando para lo demás la figura del cirujano y lo que era más usual: el *sanador*. El sanador era un experto local o curandero (naturalmente sin titulación alguna para ello) que aplicaba los conocimientos adquiridos y transmitidos de generación en generación, además de la intuición y también en cierto modo de la magia y la hechicería, todo ello con resultados siempre inciertos, de tal manera que si el enfermo se curaba porque la dolencia no era grave, el *experto* salía reforzado y si no era así, se recurría al médico o al cirujano; si tampoco había suerte con ello, siempre quedaba el consuelo de atribuirle el mal final a los pecados cometidos o simplemente a que Dios se lo había querido llevar con Él, que era muy tranquilizador. Expertos locales habría sin duda alguno en el pueblo para los casos más fáciles y curanderos más afamados y especializados los habría en los alrededores, si no en el mismo Valdesangil. Era gente que no se ganaba mal la vida a costa de sanaciones a personas y a ganados, puesto que de los ganados dependían las personas y sus enfermedades podían provocar un problema económico grave a las familias. De este tiempo y de su falta de conocimiento científico, en el que había que recurrir a remedios caseros populares, heredados de antes o inventados

²³ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M., 2015.

²⁴ FERNÁNDEZ DOCTOR, A. y ARCARAZO GARCÍA, L., 2002, págs.189-208.

para un caso concreto por lo curanderos, provienen algunos de ellos que han llegado hasta bien avanzado el siglo XX, tiempo en el que con el avance de la medicina y relacionada con ella de la química, terminó con su uso para siempre. Hasta ese tiempo se utilizaban en Valdesangil remedios curiosos que reproducimos aquí para que no se pierda su memoria. Las plantas silvestres que curaban eran, entre otras muchas: el pericón (servía para muchos males), la entrecólica (para el dolor de vientre), la flor de malva (para el catarro), la flor de sauco (para desinflamar), la torvisca (para la rotura de miembros de los animales), la sanguinaria (para purificar la sangre), la hoja de balsamina (para reventar los abscesos en la piel, llamados *diviesos*), las hojas de romaza (mezcladas con aceite para los dedos infectados), las de nogal (para los sabañones), la *hierbabuena de burro* (para dolores menstruales y de tripa), la leche eterna, llamada en Valdesangil *leche interna* (para las verrugas), la grama (cocida con cebada, se bebía para orinar), el casco de cebolla asada (para reventar granos), las *uvas de culebra* (maceradas en alcohol para los dolores de las articulaciones), el tomate y la leche para las quemaduras... Otros curiosos remedios eran la leche de mujer vertida en el oído para calmar los dolores de esa zona, la sangre de menstruación para curar el acné, las castañas indias en el bolsillo para el dolor de muelas, tomar piojos en ayunas para la ictericia o un extraño remedio contra el Baile de San Vito y enfermedades neurológicas similares, que consistía en coger una culebra viva y meterla en un puchero con aceite, hirviéndola para frotarse con el líquido resultante en todo el cuerpo. Estos remedios y otros se han perdido ya en la memoria colectiva con las últimas generaciones que los utilizaron. No fueron otra cosa que la respuesta a la impotencia de no poder controlar las vicisitudes del cuerpo por parte de la gente en un tiempo donde no se sabía más y había que intentarlo con lo que fuera, mezclado en muchos casos con la invocación religiosa.

Aunque a los pueblos pudo llegar más tarde, el movimiento social llamado la Ilustración y con ella el conocimiento científico aplicado a la vida cotidiana, fue supliendo poco a poco la mentalidad por la que, a través de la magia, la superstición y la piadosería, las gentes incultas creían en la posibilidad de poder curar sus males. Poco a poco la ciencia a partir de finales de este siglo fue calando, aunque quedaba mucho por desmontar, afianzado todo desde muy atrás en el tiempo.

Solo en el periodo entre 1725 y 1800 fueron bautizados en Valdesangil 1.132 niños y hubo un total de 1.086 entierros. La diferencia a favor de los nacimientos en un periodo de tiempo tan largo, sin duda indica el lento crecimiento que la población experimentaba, debido a la baja esperanza de vida. La media de muertes al año entre 1725 y 1800 alcanzaba nada menos que 14'4 muertes. En esa cifra la cantidad de párvulos/niños que fallecía fue casi siempre mayor que la de adultos. Cada año fallecían una media de 6'8 adultos. Entre unos y otros hacían que la muerte y sus consecuencias fueran algo asiduo en la vida de los curieles. La muerte era una amenaza constante, tanto cuando sobrevenía a partir de la enfermedad como por los accidentes durante el trabajo, de los que se consignan bastantes casos en las partidas funerarias

del siglo XVIII. En 1737 muere en La Hoya Pedro García cortando leña porque le cayó un roble. A Francisco Sánchez Prolijo le mató un rayo en agosto de 1740. En 1741 muere Ana Martín Manjarres en accidente que a las 24 horas le despachó. No se especifica la clase de accidente. En 1762 muere Manuel Sánchez de Marcos también por accidente. En 1797 Francisco Martín Colorado, que era pobre, muere también por accidente. En 1798 muere fray Tomás de Santa Teresa, trinitario que había ido a predicar a Valdesangil desde Hervás. Dijo misa, administró la penitencia a 5 mujeres y murió en accidente. Nos queda la intriga de conocer el tipo de accidente que pudo tener un cura después de confesar a 5 mujeres. Las actas denominan accidentes

en muchos casos a episodios de perlesía (debilidad muscular seguida de temblores) y similares. Califican también como accidentes a episodios relacionados con el ictus, el infarto y similares. Riesgos de todo tipo pendían sobre la vida de los curiales, creando una incertidumbre vital que se aliviaba en cierto modo pensando en la otra vida, para la que creían saber más o menos las fórmulas con las que salir airosos de cara a una buena eternidad.

En los libros funerarios de la iglesia bejarana de San Juan, a la que pertenecieron los curiales desde 1568²⁵ hasta 1722, constan entierros en su interior de curiales adultos desde al menos octubre de 1607, caso para el que simplemente se dice en un acta que ha muerto *un hombre de Valdesangil*, sin que se especifique su nombre y añade que se le dirán 13 misas por su alma²⁶. Al menos desde ese momento, que es

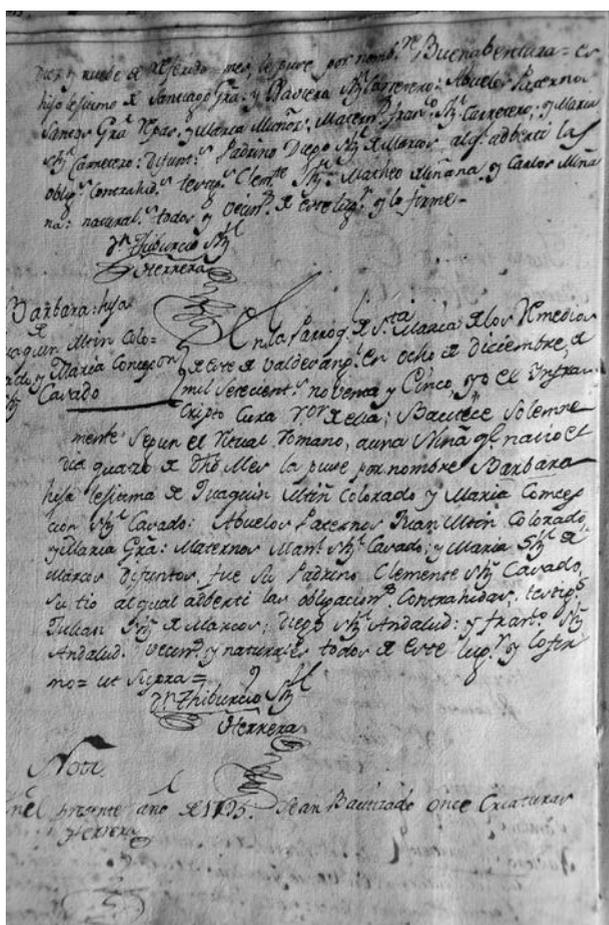


FIGURA 32: Acta de bautismo de 1795 en la parroquia de Valdesangil.

²⁵ SÁNCHEZ SANCHO, J. F. y Díez Elcuaz, J. I. 2008.

²⁶ Libro de difuntos de San Juan (1604-1622), pág. 25.

desde el que hemos consultado los libros de difuntos, se suceden enterramientos en la iglesia de San Juan, aunque parecen esporádicos. Apenas uno o dos en algunos años, hasta que en la última década de ese siglo XVII y en las primeras del siguiente, se incrementa considerablemente el número, no sabemos si por crecimiento demográfico o por otras razones. No conozco, por no haberlo consultado, si los párvulos curieles se enterraban también allí o por ser párvulos lo hacían en Valdesangil, en algún cementerio *ex profeso* de la ermita que antecedió a la iglesia parroquial. Desconocemos también si los enterramientos de curieles en San Juan eran selectivos o generalizados. El hecho de que se recuerde por tradición en Valdesangil un *cementerio antiguo*, sin localización concreta, en las inmediaciones de los Prados Cabildos, hace pensar, de corresponder a esa cronología, si algunos enterramientos podían haberse llevado a cabo en otros lugares de forma paralela a los de San Juan o por el contrario, fue algo anterior. Tampoco conocemos con seguridad si en caso de ser los enterramientos selectivos, es decir, únicamente para quién los podía pagar, fue así todo el tiempo o se dieron cambios con los años. Un dato al respecto puede aportar alguna luz: en 1703 consta en el libro correspondiente de San Juan que se entierra a Francisco García *de misericordia, por ser muy pobre*. Sin duda, si los enterramientos hubieran sido selectivos en ese momento, se entiende que Francisco hubiera sido enterrado en el cementerio de la ermita de Valdesangil, ya que en San Juan sería más costoso.

En 1753 había 68 matrimonios, de los que 48 estaban en edad de procrear. Si pensamos que podían tener 1 hijo cada 3 años, nos salen aproximadamente las cuentas de que nacían cada año entre 13 y 16 niños, cifra que se dio por ejemplo entre 1745 y 1774. Para hacernos una idea de la distribución por edades que había en 1753 sirven estos datos que aporta el Catastro de Ensenada. En ellos debemos aclarar que en el apartado de *Probables* incluimos a aquellos en los que no especifica demasiado el Catastro sobre su edad, pero por las pistas que se dan, pudieran pertenecer a esa franja de edad.

EDAD	NÚMERO DE PERSONAS	+ PROBABLES
1-10 años	79	27
11-15 años	48	26
16-20 años	36	13
21-30 años	71	8
31-45 años	57	2
46-60 años	42	1
+ 60 años	13	

A todas estas personas hay que unir 19 viudas de edad indeterminada, puesto que el Catastro no las consigna y además, el cura, que en ese momento vivía con su padre, dos sobrinos y una criada.

No eran frecuentes las familias numerosas con éxito, es decir, en las que hubieran llegado a la edad adulta un número de hijos superior a 4. Pero no lo era, no porque

hubiera algún freno a la procreación (parece que al contrario), sino por la alta mortalidad infantil. No resultaba fácil sacar vitalmente adelante a un hijo. Sirven de referencia de nuevo los datos del Catastro de Ensenada en el que se ve que la media de hijos por familia que habían alcanzado una edad con menos riesgo de muerte era de 2'7 hijos por familia. En 1753 había 40 familias que tenían entre 2 y 4 hijos. No había familias ni de 7 ni de 6 y solo una contaba con 8 hijos, de los que nada más 3 habían sobrepasado la edad con mayor riesgo de morir como niños. Lo más frecuente es que entre 1 y 3 hijos por cada familia sobrepasaran la niñez con garantías para convertirse en adultos.

Durante el siglo XVIII los curieles nacían más, con notable diferencia, en ciertos meses del año. Había cuatro meses fundamentales en este sentido que manifestaban las cifras más destacadas del año: febrero, marzo, abril y mayo. En esos meses nacían la mitad de los niños de todo un año. Y entre esos 4 meses, 2 de ellos –marzo y abril– destacaban sobre febrero y mayo. Teniendo en cuenta que más de la mitad de los curieles se dedicaban al pastoreo, declarándose pastores en el Catastro y que según el mismo Catastro pasaban unos 6 meses de otoño e invierno en tierras extremeñas con sus ganados, cuadra perfectamente que los nacidos fueran concebidos entre mayo y agosto, una vez que habían vuelto los pastores y se reencontraban con sus esposas. Pensado este asunto con realismo no extrañará que fuera en el mes de marzo cuando más nacieran, observando que había sido el mes junio del año anterior cuando regresaban a casa la mayor parte después de 6 meses de ausencia y seguramente que de no verse los matrimonios en todo ese tiempo. No será difícil recrear en la imaginación del lector esos reencuentros entre los pastores y sus esposas después de tantos meses de distancia... Por el contrario, cuando menos nacían era entre julio y octubre, tiempo en el que tan solo nacían el 14'9 % del total, coincidiendo con la ausencia de los pastores entre noviembre y mayo y parte de junio.

3.7.1. *Los nombres que los curieles ponían a sus hijos en el siglo XVIII*

Los nombres de pila estuvieron sujetos durante todo el 1700 a las modas temporales, como ha sido siempre de una forma o de otra. Entre 1723 y 1800 los nombres de varones más usados fueron Manuel y Juan; entre los dos se repartían el 20 % de los nombres que se ponían a los recién nacidos. Le seguían, con una diferencia de entre 3 y 5 puntos por debajo, los de Francisco, Joseph (que era la forma de decir o al menos de escribir, el futuro nombre de José), Pedro y Antonio. Entre los pocos compuestos que se daban en varones, Juan Antonio fue el que más se usó, sin que fuera muy usual. Otros nombres usados con frecuencia fueron Diego y Miguel. A finales del siglo, el nombre de Tiburcio tuvo bastante aceptación. Hasta la mitad del final del siglo los curieles innovaban poco a la hora de poner nombres a sus hijos. No pasaban de usar una variedad de 31 nombres hasta 1750. Pero algo sucedió para que

entre 1751 y 1779 se usara una variedad mayor: hasta 83 nombres, para bajar a 75, que no era poca cosa, desde 1780 a 1800.

En cuanto a los nombres de las mujeres, sucede algo muy parecido, aunque en ellas los nombres compuestos se usaron con más frecuencia. María, Josepha, Ana y Manuela fueron los más usados con diferencia respecto a los demás, sobre todo el de María a secas que aventajaba en mucho al resto. Se usaban también con frecuencia Juana, Catalina y Antonia. La variedad de nombres era mayor en las mujeres que en los hombres. Igualmente en ellas, como habíamos visto para los hombres a partir de mediados de siglo, el número de nombres utilizados fue considerablemente mayor. Así pasaron de usar 44 nombres distintos entre 1722 y 1750 a 90 nombres para el periodo 1751 a 1779, bajando, de nuevo como en los hombres, a 75 entre 1780 y 1800.

Llama la atención que en todo el siglo XVIII nadie se llame como la patrona del pueblo, es decir María de los Remedios o Remedios a secas. Sobre todo, en la primera mitad del siglo hay tal obstinación con nombres como María, Ana, Josepha, Manuela o Francisco que en un mismo año le pondrán el mismo nombre al menos a 3 de los nacidos. Un ejemplo son los años 1723, 1729, 1731, 1735 o 1740 en que se pone María a secas a 3 niñas. Igual sucede en 1734 con el de Josepha, en 1739 con el de Manuela o en 1750 con el de Francisco.

La razón para el incremento de la variedad de nombres que hemos dicho a partir de la mitad del siglo, responde a una forma de innovación, que pudo estar en lo que la historia llama el tiempo de la Ilustración. La Ilustración fue una corriente de pensamiento que se dio, sobre todo en Francia e Inglaterra, pero que llegó a España también. Supuso un progreso en la forma de pensar y de actuar. Naturalmente fue en las grandes ciudades donde ese avance se notó más, llegando a los puntos rurales como Valdesangil con una baja intensidad. No podemos creer por tanto que Valdesangil cambiara mucho en ese tiempo, pero sí es posible que algo se pudiera notar y tal vez en esa mayor cantidad de nombres usados estemos viendo una tímida forma de llegar la evolución de la forma de pensar que supuso la Ilustración y sus ilustrados.

3.7.2. *La agrupación en familias y los vulgos*

Ya hemos mencionado este asunto anteriormente. Los curieles se agrupaban nominalmente por familias, distinguiéndose unos de otros por una especie de apodo general que ellos llamaban *vulgo*. Esto se ha perdido con el tiempo, pero fue algo muy característico del funcionamiento social de Valdesangil. El vulgo que cada persona tenía no era un mote en el sentido que lo conocemos hoy. El vulgo era la pertenencia a un grupo familiar que había adquirido un sobrenombre en un momento dado y por unas circunstancias concretas, y desde ese momento todos los sucesores lo adoptaban, haciendo uso de él unido a su apellido. De esta manera quedaba formado una especie de clan familiar. Era por tanto una

mezcla consentida de apodo y apellido. Y era tan importante que en las actas de nacimiento o en las del propio Catastro de Ensenada del que venimos hablando, documento tan oficial y tan serio, a algunos se les denomina al lado de su apellido con ese vulgo o sobrenombre. Tan oficioso y cotidiano se hacía esto que parece siempre ese vulgo un segundo apellido de cada persona en los documentos de bautizos, fallecimientos o bodas, ya que habitualmente el de la madre no se solía poner, salvo que las personas que se consignan en el documento no sean del pueblo y por tanto no tengan vulgo. Así, los curiales unían a su verdadero apellido vulgos tales como Andaluz, Vallijera, Carretero, Manjarres, de Marcos, de las Heras, de Diego, Pavón, Prolijo, de Gil, Colorado, Miñana, Cabrero, Repas, Casado, Largo o Marrolla. El nacimiento de cada vulgo pudo ser un mero mote a alguien por alguna razón que no resultaba hiriente, por la profesión de alguno en un momento dado, por ejemplo cuando se instaló desde algún otro sitio en Valdesangil (Carretero, o Cabrero pudo ser un ejemplo de este), por el color de la piel o del pelo de alguien (Colorado), por lo alto y delgado de que era (Largo), por el origen en el momento de llegar a Valdesangil (Andaluz, Vallijera, que era la forma de nombrar con bastante asiduidad a lo que conocemos hoy como Vallejera)... etc. De otros como Marrolla, Prolijo, Manjarres... no podemos adivinar el motivo por el que al primero se le dio en llamar así. Cada uno pudo tener su particular origen. Lo importante es saber que la denominación no implicaba nada hiriente contra quien se le denominaba así. El caso es que en Valdesangil la gente se agrupaba en buena medida en torno a estos vulgos, de forma que así sabían entre ellos a la especie de clan al que pertenecían. Ya en el siglo anterior, en pleno 1600 el vulgo Manjarres, Largo, Marrolla o Vallijera aparecen en documentos de 1607, 1610, 1611 y 1642 respectivamente. Tal vez en ello podamos estar viendo detalles del origen de Valdesangil que hemos citado en capítulos anteriores, cuando dimos por muy probable la hipótesis sobre la repoblación con gentes venidas de Curiel de los Ajos, en la provincia de Valladolid. Seguramente en aquellos momentos llegaron por familias y cada una, si no traía ya el vulgo, se lo puso el vecino o él mismo para distinguirse, con lo cual quedó para mucho tiempo con el deseo de individualizarse de esa forma cada grupo.

Durante todo el siglo XVIII y parte del siglo XIX, el consignar estos vulgos al lado del apellido como parte del mismo, es algo completamente normal. Incluso hay veces que el cura se hace un verdadero lío entre apellidos y vulgos, como en el caso de Eugenia y Cayetano Sánchez *Marrolla* vulgo *Andaluz*, a los que cita el cura en 1788 y 1791 respectivamente. *Marrolla* lo une al apellido, Sánchez como un segundo apellido y finalmente cita *Andaluz* como el vulgo. Esto da idea de lo integrado que estaba este sistema entre la población.

Esta manera de denominación se corta casi bruscamente en el final del siglo XIX. El cura deja de escribir en las partidas de bautismo y de muerte el vulgo de la gente. Posiblemente se había llegado a tal mezcla de vulgos producto de los matrimonios que mezclaban a unos y a otros, que todos tenían varios ya, con lo cual resultaba complicado cuál ponerle a los recién nacidos.

Si no conocemos esto que hemos contado podríamos llegar a creer que la abundancia del apellido Sánchez, el más frecuente en Valdesangil, podría deberse a la pertenencia a una familia común, cosa que no es así. En el siglo XVIII se observa cómo hay Sánchez de distintas familias, unos son Sánchez *Marrolla*, otros Sánchez *Andaluz* y otros Sánchez *Vallijera*, por poner solo tres ejemplos. Parece que sean tres familias distintas por los vulgos. Cuando el cura deja de consignar los vulgos, todos son Sánchez a secas y por tanto parecen todos de una familia, sin que en realidad lo fueran.

Distinta cosa era el apodo que mucha gente, si no toda, tenía. En los pueblos, hasta hace bien poco, nadie se libraba de un apodo o mote. Al contrario del vulgo, el apodo podía aludir con frecuencia a algún defecto de la persona o factor pintoresco. Solía ser individual, aunque a veces determinados apodos se heredaban de padres a hijos si no surgía alguna buena oportunidad para adjudicarle al hijo un mote nuevo, e incluso podía tener dos, uno heredado y otro particular. Esto, que ha llegado prácticamente igual hasta nuestro tiempo, pero que en realidad en las actuales generaciones más jóvenes está muy en vías de desaparecer, al menos en la forma en que fue, se daba con normalidad en el siglo XVIII. Aunque todo el mundo tuviera uno, en algunos individuos era tan conocido y popular su apodo particular, que hasta el cura lo consigna en las actas de nacimiento o muerte. Ese es el caso de María *la larga* (a la que adivinamos una mujer muy alta y delgada), de Antonia *la cuca*, de Catalina *la merina*, María *la voca*, Juan Sánchez *el mozo*, Antonio *el cacho*, Juan *el duque* (quizá por haber trabajado para el duque de Béjar), de Manuel Sánchez Carretero *el guapo* (al que no debía de molestar el apodo, salvo que se lo dijeran por todo lo contrario, cosa que tampoco resultaría extraño) o de su hija Ana *del guapo*, que no tendría otro motivo para uno individual y le adjudicaron el de su padre.

3.8. LOS CURIELES Y SU FORMA DE GANARSE LA VIDA EN EL SIGLO XVIII

Ya hemos dicho que Valdesangil no era un lugar especialmente rico en recursos. No lo era, pero tampoco puede decirse que fuera absolutamente pobre. La altura a la que se encuentra, el tipo de terreno (la mitad de su territorio es monte) y la calidad de las tierras cultivables, condicionaban los recursos agrícolas, su único modo de vida. Había una condición adicional que se unía a lo anterior: el número de familias que dependían de dichos recursos. Lógicamente, si eran muchos, tocaban a menos. El crecimiento de la población hizo que fueran bastantes para un número de recursos limitados. La explotación ganadera y cinegética de la zona de sierra (*Los Picos* y sus inmediatas estribaciones) se complementaba con la explotación de las tierras del fondo del valle, en la que alternaban cultivos con zonas húmedas de prado para el ganado vacuno, equino y ovino-caprino en verano. Los suelos en las zonas cultivables no ofrecían grandes posibilidades para una agricultura intensiva productiva, ya que como se ve en el Catastro de Ensenada la casi totalidad de las tierras

cultivables destinadas al cereal de secano (el centeno) se sembraban por el sistema de 1 año de cada 3 y con un rendimiento en torno a 3-5 a 1, es decir que por cada grano sembrado se obtenían tan solo entre 3 y 5 granos. A estas circunstancias había que añadir las frecuentes plagas de langosta y los años de sequía que assolaban con cierta frecuencia las tierras del interior de España y contra lo que entonces poco podía hacerse. Todo ello convertía a la vida de Valdesangil en precaria, siempre dependiente de las circunstancias y contingencias de cada año y con mínimas posibilidades para hacer frente a los problemas de gran envergadura, como eran una plaga o una mala cosecha devenida de la sequía.

En el Catastro de Ensenada de 1753 los tres cultivos fundamentales que se daban en Valdesangil eran el centeno para secano (había en ese momento 536 parcelas de distintas dimensiones, pero nunca grandes), el lino en las zonas donde era posible el regadío (113 parcelas) y las viñas (81 parcelas), además de 11 huertas de regadío y 67 parrales, que servían al menos algunos de ellos, para proporcionar reducidas cosechas de vino más o menos suficientes para cubrir el consumo local o una parte de él. Solo en 10 parcelas de las 113 donde se cultivaba lino, este se alternaba con la siembra de trigo, a fin de regenerar el suelo. Generalmente esto se hacía a base de dos cosechas seguidas de lino y una de trigo a continuación. Entre todo ello, donde no



FIGURA 33: Valdesangil. Barrio de la Iruela en el año 2000.

era favorable el suelo para el cultivo, había 10 prados de regadío y 44 que no lo eran. Las huertas proporcionaban las patatas necesarias para calmar el hambre, además de otros frutos que servían para el autoabastecimiento y para su venta en Béjar. El resto del territorio, que puede cifrarse aproximadamente en la mitad, eran baldíos comunales donde pastaban los ganados y se practicaba la caza, se recogían helechos para las camas de los animales domésticos y para el socarrado de los cerdos de la matanza, además de piornos, escobas y leña en general, que era posible cortar para el fuego de la chimenea. La presencia de castaños y sus cosechas servía de complemento alimenticio, sobre todo a quienes no tenían mucho de lo demás.

En la *fotografía* que muestra el Catastro de 1753, la propiedad de la tierra aparece dividida en dos bloques: uno es el que pertenece a propietarios que no la trabajan y que la habrían obtenido bien por herencias antiguas de la nobleza o bien por donaciones a través de testamentos y el otro, el de los campesinos que están directamente al frente de sus tierras. El primero es el caso, por ejemplo, de algunas tierras de monte, prados de regadío y linares del mayorazgo del conde de Monterrón, un aristócrata de Mondragón afincado en Salamanca, que no sabemos cómo las habría obtenido. En el caso de las propiedades del clero, sabemos de prados del convento de la Piedad y del convento de Arriba (ambos en Béjar) o los propios Prados del Cabildo que se entiende que pertenecían en origen al Cabildo Catedralicio. Estas propiedades, en la mayor parte de los casos con una extensión considerable para lo que era el territorio de Valdesangil, provenían de ventas, divisiones o donaciones en tiempos en los que el territorio de Valdesangil fue de un solo propietario, vendiéndose o donándose con el tiempo por parcelas a otros propietarios. Estos no cultivaban la tierra, la tenían arrendada a los campesinos y ganaderos de Valdesangil y en ocasiones se la iban vendiendo a trozos, según el poder adquisitivo o el grado de riesgo que algunos asumían, hipotecándose de cara a mejorar su nivel de vida o simplemente para tener algo propio de lo que comer.

El otro bloque de la propiedad en 1753 era el de los curieles que cultivaban directamente la tierra, ya fuera en régimen de propiedad o en arriendo directo. En mayor o menor medida, dependiendo de la cantidad, que en casi todos era poca, los curieles vivían en régimen de subsistencia, ya que como hemos dicho, la calidad de la tierra no era de lo mejor. La propiedad se hallaba dividida entre las tres profesiones (labradores, pastores y jornaleros) aunque lógicamente los labradores eran los que tenían más propiedades, puesto que vivían del cultivo fundamentalmente. Los pastores precisaban menos tierra al vivir del ganado ovino y caprino, aunque tampoco podían prescindir de tener algunas parcelas, puesto que el ganado por sí mismo y solo no garantizaba la manutención. Solo 7 familias de los 48 declarados en el catastro como pastores no poseían tierras. En realidad, solo un pequeño porcentaje de familias no tenían tierras para cultivar. Debe entenderse que en esos casos se trataba de la gente más pobre y necesitada, tal vez también gentes venidas de fuera como trabajadores por cuenta ajena que con su solo sueldo de jornaleros o sirvientes no tenían para comprar terreno o porque sabían que pronto emigrarían. Algo más de un tercio de los

26 considerados por el catastro como Labradores poseían tierras para el cultivo en forma de parcelas de centeno, linares y al menos, una viña. De todos ellos, 2 familias figuran como propietarios, además, de un huerto donde cultivar legumbres y hortalizas. En esos casos, con una hacienda aceptable para garantizar la supervivencia de una forma un tanto superior al resto, unían a todo lo dicho un rebaño de ovejas y cabras mayor o menor. Estas eran las familias mejor situadas, sin que se pueda decir con ello que tenían en realidad una posición elevada. Destacaban un tanto sobre la generalidad, puede decirse que no pasaban penalidades ni que vivían con lo justo, pero nada más, puesto que dos o tres malas cosechas encadenadas propiciadas por las sequías que se daban a cada poco, podían dar al traste con su desahogo. Lamentablemente las sequías o plagas se daban con frecuencia. Por ejemplo, se sabe que en 1711 y 1712 y también hacia la mitad de este siglo, se produjeron grandes sequías que afectaron, además de a la falta de agua para la agricultura, a la falta de agua para el ganado, siendo causa de epidemias, así como a la contaminación del agua por escasa, que llevaba a los campesinos a tener problemas de salud, causantes desde la muerte al bajo rendimiento en sus trabajos. Si a ello unimos las plagas de langosta que asolaron los campos de esta zona en 1711, 1712 y entre 1754 y 1758, tendremos que la estabilidad de la posición de algunos labradores mejor que el resto, no era firme y segura entre las familias de mejor posición.

No hace falta imaginar mucho para reconocer cómo sería la situación en estas circunstancias para las familias que tenían mucho menos. La precariedad en sí misma de



FIGURA 34: Valdesangil. Arco del puente datable entre los siglos XVII y XVIII.

la vida, unida a la asfixia que implicaba el pago de impuestos (al clero, al rey, al duque de Béjar), fue un obstáculo para que los curieles de este tiempo tuvieran una baja posibilidad de mejora que les sacara de la precariedad de la vida, así como para que determinados propietarios destacaran con auténtica entidad sobre el resto. Los impuestos obligatorios eran para los curieles una carga insufrible que había que detraer de los beneficios anuales, ya de por sí bastante reducidos por todas las circunstancias expresadas. De lo que pagaban como impuestos, el 37 % era para el duque de Béjar, el 30 % para el rey y el 32 % para la Iglesia. Solo a la Iglesia le pagaba cada familia el 10 % de lo que produjera, así como al rey el 10 % de las ventas que hicieran.

Cultivaban los curieles de este tiempo pequeñas parcelas que habrían ido obteniendo mediante compra a los grandes propietarios de carácter aristocrático (el topónimo *Llano Marqués*, sin duda es una de las que obedecen a su origen) o al clero desde finales del siglo XVII y principios del XVIII, como sería el caso del Prado del Cabildo Eclesiástico, luego conocido como *Prados Cabildos*. El centeno de las tierras de secano se utilizaba para el pan, el lino lo vendían para los tejidos y el vino era para el consumo propio o para venderlo. No se cita en el Catastro de Ensenada que hubiera en Valdesangil en 1753 taberna declarada, aunque puede pensarse que los excedentes de la cosecha, cuando los hubiera y quien los tuviera, se vendieran al menos de manera puntual, ya fuera en forma de venta en ciertas cantidades o abriendo una taberna temporal, como sucedía también en Béjar hasta época reciente. En este caso es lógico que se hubiera ocultado al catastro la venta de vino para no tener que pagar por ello. Ese debía de ser el caso de Joseph Martín *Colorado*, un hombre que se declara en el catastro como jornalero, a pesar de que tenía algunas tierras de centeno de buena calidad. Tenía también 3 viñas y en su casa de cuartos altos y bajos tiene, en los segundos, una bodega con 3 vasijas para almacenar el vino.

Aunque no sabemos las dimensiones de cada viña, que indudablemente sería variable, 17 vecinos tenían 2 viñas cada cual y 4 tenían hasta 3 viñas. Casi la mitad de los 117 vecinos (el 43 %) tenían al menos una viña en ese momento. Lo habitual era que tuvieran en mayor o menor medida una combinación de cultivos, por ejemplo, lino, centeno y alguna viña. Más de la mitad de los propietarios de viñas lo tenían así. Parece obvio y claro que el vino alegraba y aliviaba la vida nada fácil de los curieles y ello les llevaba a procurar tener viñas, dado que el terreno es favorable en algunas zonas para este cultivo. La mitad de los pastores cultivaban al menos una viña. Los labradores, más dedicados a todo tipo de cultivos, las tenían en el 69 % del total de los que se declaraban como tales labradores. Los jornaleros, sin embargo, que eran los menos propietarios de todos los curieles, tenían viñas aproximadamente 1 de cada 3. La mayor parte de las viñas estaban en el pago denominado *Las Valeras*, hoy desconocido por esa denominación, aunque debe identificarse con lo que ha llegado a nosotros como *Las Viñas*, entre Béjar y Valdesangil.

El cultivo del lino fue muy popular en Castilla durante todo el siglo XVIII y también en el XIX, porque era más barato que la seda y que el algodón. Se cultivaba

en suelos profundos con humedad suficiente. Aún a día de hoy quedan topónimos como *Los Linares*, *El Linarito*, *El Linarazo*... , todos en lugares donde el agua no falta. Incluso en algunos casos, para referirse a alguna parcela hoy dedicada a huerta, se dice que es un linar, aunque no lo sea ya en realidad. Todavía hoy, fijándose bien en las plantas asilvestradas que crecen en la zona de Los Linares, completamente abandonadas para el cultivo, pueden distinguirse plantas de lino herederas de las que poblaron esa zona cuando se las cultivaba.

Por el Catastro de Ensenada sabemos que se cultivaba tanto lino como linaza. La linaza es la semilla del lino y se usaba, bien para hacer un tipo de aceite o bien para harina, además de recolectarla para sembrarla de nuevo. El proceso de cultivo y manipulado del lino requería de bastante trabajo. Si bien el cultivo implicaba el regadío en el tiempo de desarrollo de la planta, sembrada en mayo, y recogido a finales de junio o principios de julio, era escardado por las mujeres principalmente. Arrancado de raíz al alba, para que tuviera una cierta humedad y no se desgranara la semilla, se recogía en gavillas y lo primero que se hacía era extraerle la semilla, la linaza. Para ello se usaban *los machaderos* situados a las puertas de las casas, que en lugar de llamarse poyos como en todas partes, en Valdesangil se llaman *machaderos*, porque en ellos se manipulaba el lino. En lo que tenía que ver en parte con el machado, se hacía con una maza de madera golpeando la cápsula donde estaban las semillas. Por otra parte, estaba el llamado *espadado*, que se hacía también a base de golpes sobre una superficie dura. Esto se hacía en el mes de septiembre. Lo hacían las mujeres en la calle y durante la noche aprovechando el relente o la humedad con el fin de que ablandara la caña del lino²⁷. Las mujeres tenían un papel importante en la manipulación del lino, una vez recolectado por los hombres, hasta entregarlo ya listo al tejedor que se encargaba de tejer el lienzo. En 1753 había 3 tejedores de lienzo en Valdesangil, todos de la misma familia (Rodilla, originaria de Naval Moral de Béjar). Uno de ellos era el sacristán de la parroquia, que lo fue durante muchos años. Dos de ellos, en edad veinteañera, debían de dedicarse en exclusividad a la tarea de tejer, porque no poseían apenas tierras, ni ganado que no fuera el de consumo anual (cerdos). El sacristán, sin embargo, al que imaginamos padre y maestro de los otros dos, tenía una posición desahogada con lo que percibía en porcentaje de los oficios religiosos (tan numerosos como luego veremos), además de actuar de notario para los testamentos y tener un rebaño de cabras y ovejas e incluso tierras para el cultivo en calidad de propietario. Que este hombre criara 4 cerdos en 1753 indicaba que en su casa no había carestías alimentarias, teniendo en cuenta que solo tenía con él a su mujer y a un hijo de 16 años.

Los curieles en determinadas fiestas religiosas, en actitud de gracias y esperando futuras buenas cosechas, ofrecían a la parroquia algo de lo que producían. Los cultivadores de lino ofrecían haces (llamados *mañas*, una palabra que se ha perdido con el

²⁷ CEA GUTIÉRREZ, A., 1982.

abandono del cultivo del lino), producto de la cosecha propia con el fin de que fueran subastados al mejor postor.

El cultivo de centeno estaba dividido por *Hojas* (unas veces escrito con *b* y otras sin ella), es decir por zonas bien definidas geográficamente, ya fuera por el propio cultivo o por la fisonomía propia del lugar que se trataba diferenciándose de los demás. Dentro de cada Hoja se aplicaban nombres menores para diferenciar unas zonas de otras. Algunos nombres de Hojas eran por ejemplo *la Oja del Valle*, *la del Bardal*, de *la Covacha*, de *Llano Marqués*, del *Cabezo*, de *Hoyo Moro*... etc.

Existía ya en 1753 un largo repertorio de nombres de lugares que son los que nos han llegado hasta nuestro tiempo casi invariablemente, pero corren el riesgo de perderse para siempre ante el abandono de la agricultura y la ganadería. Todos los sitios tenían su nombre correspondiente. Algunos nos han llegado deformados de tanto decirlos, buscando con ello pronunciarlo con más facilidad. Ese es el caso, por ejemplo, de lo que llamamos hoy *La Germerina*, cuyo nombre en 1753 era *La Gil Merina*, y del que no sabemos a lo que obedece. Ya se decía por ejemplo también el *Cimalindón* (*Encima del Lindón*), cuyo origen alude a un lindón, un paredón, un límite que debía haber en la zona de la calleja sin salida perpendicular a lo que hoy llamamos *El Cimalindón*. Ese lindón debía de estar construido antes de que se edificara la hilera de corrales que ha llegado a la actualidad e incluso prolongándose hacia el norte, aunque no sabemos cuánto. Para dar mejor cuenta de los nombres ya existentes y citados en 1753 lo exponemos en el cuadro a continuación.

La Asomadilla	El Arenal	Arroyo del Moro	Arroyo del Colmenero
Arenas de la Vega	Arroyo de los Olmos	Alto del Cabezo	Arroyo Antonia
Las Badesas	El Bardal	La Barciruela	El Barrancón
Los Barruelos	El Cabezo	Las Cabañuelas	El Colladillo
Los Cerrados	Los Cerrados de Arriba	El Corralillo	Cancho Bermejo
Casas del Valle	Calleja del Merino	Cortinas del Galván	Cortinas de Abajo
El Cuento	Las Cuestas	El Campillo	Cercado del Quemado
Cerrado de las Monjas	El Cerrado	Las Cañadas	Los Collados
El Corral	El Colmenero	Las Cerecillas	El Campo
Las Cañadillas	El Corrillo	El Capatal	La Cueva
Cortina del Galván	Cabeza Roldán	Las Carboneras	El Cabezuelo
Los Caminos	Cerrado Luengo	Las Cuartillas	Cerrado de Tórtoles
Las Cuestecillas	El Callejo	El Cimalindón	La Covacha
El Cerrado Valle	La Colada	Las Cerecillas	Cerrado Quemado
El Cotillo	Corral Nuevo	La Cuesta	La Cerrada Llana
El Cervunal	Los Carrancheles	Calleja del Cuento	Las Encinillas
Las Estercadas	Las Endenillas	El Ejido	Encimalindón
La Fontanilla	Fuente Blanca	La Fuente	La Fuente del Lagar
Fuente La Hoya	Fte. de S. Bartolomé	El Galván	La Guijarrosa
La Fuentecilla	El Gereñal	La Gil Merina	Hoyo Moro

La Hoyuela	La Huerta de la Ermita	El Hoyo	Huertas del Llano
La Iruela	Llano Marqués	Las Lanchas	Linares de la Vega
Lanchar de Marimengo	El Llanito	Linares del Llano	El Lancharejo
Linares de Arriba	Las Longueras	El Lindón	La Ladera
La Cancha	Linares de la Vega	El Lindón	Los Mosquiles
Los Majuelos	Las Matillas	Los Majanos Gordos	Las Matas
El Marín	La Mingarrama	El Moral	El Nogal
El Sotillo	El Saoz	Los Olmos	Peña Fresca
Peña de la Sierpe	Peña del Cobertero	Prado Herrero	Prado Hoyo
El Prado	Las Pedreras	Las Pecheras	El Pasil
Prado Cañado	Prado Santo	Pradillo del Fresno	El Palancarejo
Peñacarretiña	Los Rodeos	El Regajo	El Regajón
El Regajo Gordo	La Tejera	Los Tachones	Las Talanqueras
Tórtoles	El Valle	Las Valeras	Viñas del Cabezo
El Viñazo	Vega de la Cavida	Valdiruela	El Biborazo
La Vega	Viña Carbonera	Valle del Jerreñal	La Zabala

Nombres de fincas de Valdesangil que ya figuraban en el Catastro de Ensenada de 1753.

Vivir solo del ganado no era más rentable que vivir de cultivar la tierra. Lo ideal era tener de las dos cosas, pero esto no siempre era posible. Había en 1753 un número de cabezas de ganado ovino y caprino que ascendía a 7.566 (5.528 ovejas y 2.038 cabras). Esto obliga a considerar que Valdesangil era en cierto modo un pueblo de pastores; de hecho la mitad de la población se dedicaba al pastoreo como propietarios de una piara más o menos numerosa de cabezas y declaraban, a efectos del catastro, como pastores. El 26 % de este tipo de ganado estaba en manos de los labradores, reforzando con ello su posición económica generalmente preponderante, ya que obtenían rendimientos por el cultivo de la tierra y además poseían ganados; el restante 74 % del ganado lo poseían los pastores propiamente dichos. Pero en Valdesangil no había pastos en su término para tantas cabras y ovejas. El terreno de monte y las rastrojeras en los de cultivo eran apropiados para el pastoreo en Valdesangil, pero no podían ser suficientes, por más que este terreno pastoril fuera la mitad de la superficie del término. No era suficiente para vivir de ello y menos aun cuando la población había crecido y no había ni tierras para todos en las que ser labrador, ni pastos suficientes para el pastoreo. De las 7.566 cabezas de ovino y caprino totales, exactamente de 3.747 vivían directamente 48 pastores, que no eran muchas para ser la dedicación casi exclusiva. Otras 2.011 estaban en manos de los labradores, que conjugaban así el cultivo de la tierra con la propiedad de un rebaño. Sin duda era mucho ganado para tan poco terreno, por lo que el sistema tenía que funcionar emigrando una parte del año con el ganado a sitios donde hubiera pasto. Y así se hacía. Los pastores de Valdesangil, ya fueran cada uno con su piara o fuera solo una parte en acuerdo unos con otros para llevar y responsabilizarse de sus ganados, se marchaban a Extremadura con los rebaños desde el otoño hasta la primavera. Allí, en determinados sitios y por

sentencia del rey podían pastar durante la mitad del año, para regresar en la baja primavera, cuando en Extremadura ya apretaba el calor y los pastos de los montes de Valdesangil se encontraban todavía en primavera. Un poco después, recogida ya la mies, pasaban a las tierras cultivadas de cereal para aprovechar la rastrojera, a la vez que contribuían a abonarlas. Solo algunos privilegiados curieles, mejor relacionados, podían unir sus cabras y ovejas en este tiempo del año a las de los grandes rebaños de los potentados ganaderos bejaranos, que pasaban el verano en zonas de pastos privilegiados de la sierra de Candelario y de la zona alta de Barco de Ávila.

Los pastores curieles debían emprender viaje con sus piaras de ganado a través del camino que llevaba y lleva por el oeste a Fuentebuena, a través de Marimengo y La Espesura, alcanzando la zona de Navalморal y desde allí, la de La Calzada de Béjar, cruzando en dirección sur toda la sierra a través de la Vía de la Plata y llegando a las zonas de dehesa en Plasencia y Trujillo donde pasaban el invierno. Imaginamos que aquellos pastores vivían en Extremadura en unas condiciones duras, habitando cabañas endebles, en muchos casos en soledad, puesto que cada rebaño tenía su zona de pasto. Algunos incluso morían por el camino viajando hacia las zonas de invernada, o de regreso a casa, cuando notaron que la muerte les acechaba y era mejor volver para morir junto a los suyos. Así lo relatan algunas actas de defunción de curieles que mueren en la zona de El Puerto de Béjar utilizando el camino más corto para llegar a su casa, ya que regresaban sin los ganados, que se habrían quedado a cargo de otros pastores o familiares. Después volveremos sobre este aspecto tan interesante de la vida de Valdesangil en el siglo XVIII.

Los prados que había en total en el término del arrabal eran 53 y de distintas dimensiones. Los utilizaban para alimentar al ganado vacuno, sobre todo, que en 1753 eran 189 cabezas. Muchas de ellas servían a los labradores como animales de tiro para arar las tierras y para tirar del carro. Pastaban en esos prados, además, 40 cabezas equinas, de las que 38 eran propiamente caballos; había, además, 1 mula y 1 asno. Los 117 cerdos que se declararon en el Catastro pastarían en cuadras y terrenos comunales y en muchos casos serían una de las dedicaciones de los niños pequeños, que desde bien jóvenes y proporcionales a las capacidades de su edad, iban aprendiendo los oficios que les esperaban de mayores y entre los que cuidar cerdos fue uno de ellos, incluso hasta bien entrado el siglo XX.

Un siglo después el número de analfabetos eran mayoría, por tanto, no puede esperarse que en este tiempo la situación en ese aspecto fuera mejor.

3.9. LOS CURIELES Y SU SOCIEDAD EN EL SIGLO XVIII

Valdesangil no era un lugar tan rico en recursos como para que hubiera grandes diferencias sociales entre los que les iba mejor y los que peor lo pasaban. Las diferencias entre ellos no eran muy importantes, de forma que se diera una distancia considerable

y extensible a todos los órdenes de la vida. Solo la distancia considerable se daba con un puñado de familias que tenían un poco más y los que no tenían prácticamente nada, como era el caso de alguna viuda de un jornalero, que a la muerte de su marido no tenía de qué vivir, puesto que su marido podía ser contratado y ya estaba fallecido y tampoco disponían de tierras para subsistir de las que ella pudiera hacerse cargo. Entre esos dos extremos había mucha diferencia, pero, sobre todo, porque los de la parte inferior de esa escala no tenían nada de lo que vivir, a algunos incluso se les consideraba «pobres de solemnidad», no tenían ni para su entierro. El resto, los que no eran ni una cosa ni la otra, constituían un grupo de vida muy humilde, con lo justo para vivir, con un poco más o con un poco menos, pero estrechamente.

Los que tenían un poco más no se puede decir que fueran ricos en el sentido real de la palabra, ni se acercaban a ello. Lo que poseían era de una forma un tanto precaria, es decir no era abundancia para mucho tiempo ni en grandes cantidades. Para explicarlo hay que volver a recurrir a la realidad que era la base de todo: que las posibilidades económicas del territorio de Valdesangil por sí mismas, no eran lo que se puede decir un territorio rico. Por otra parte, aunque había quien tenía más propiedades, estos que las tenían ni eran realmente muchas, ni el fruto que daban tales propiedades era para enriquecerse. A lo sumo servía para no pasar ninguna penalidad y para no llegar al fin de las reservas anuales muy justos.

Se daba el caso de algunas familias que con una cierta base económica (algunas tierras y un poco de ganado, posiblemente heredados) mostraban su habilidad y su inteligencia tanto en la forma de trabajar lo que tenían como arriesgando a invertir, ya fuera comprando nuevas tierras o arrendándolas a entidades religiosas o a nobles que las tenían para eso precisamente, para arrendarlas. Si el cielo les acompañaba con buenas cosechas y con las lluvias suficientes para los pastos, estas familias prosperaban y vivían sin carencias, pero siempre dentro de la humildad, porque realmente su forma de vivir no era la de los ricos ni los poderosos. Podía suceder que esa familia tuviera varios hijos. Y podía suceder que el reparto de la hacienda paternal entre ellos no fuera suficiente como para mantener el nivel que habían alcanzado los progenitores. De esa forma los hijos de los que habían vivido mejor, pasaban a vivir de nuevo con lo justo o menos, como la mayoría. Y todo ello siempre y cuando no se presentara un año con sequía, que solían ser frecuentes o con las plagas de langosta a las que no había manera de atajar, solo mirando al cielo con rezos e invocando a los santos, Vírgenes y Cristos milagrosos, puesto que eran tiempos –todavía– donde mucho de lo malo se creía procedente del castigo divino, por lo que rezando y pidiendo perdón podía ser que algo se solucionara.

A veces se daban situaciones muy duras: si estas desgracias venían de la climatología y alguno tenía una deuda por préstamo o por algo similar, cosa nada frecuente a la que había que recurrir, la ruina le venía directamente encima, puesto que al no poder pagar la deuda el acuerdo era que se perdía tal o cual tierra que se había puesto como moneda de cambio, e incluso aperos de labranza o animales, lo cual convertía

automáticamente a algún pequeño propietario en jornalero, que eran los que solo tenían sus brazos y su trabajo que aportar, dependiendo por tanto de los demás a la hora de trabajar. No hace falta decir que en este tiempo no había subsidios de desempleo, ayudas del Estado o similares como en el nuestro. El que no tenía nada suyo tenía que ganarse la vida a través de trabajos para los demás, así hasta el final de su vida y si no había trabajo que darle, vivía de la caridad del resto y algunas veces del extraordinario que suponía lo que algunos dejaban dicho en sus testamentos que se hiciera una vez al mes, el día de su entierro o cuando se cumpliera el año: repartir entre los pobres unas cuantas libras de pan. Aunque no se comiera nada como acompañamiento, comer pan era comer. El pan era fundamental en la alimentación.

La posición económica más cómoda de algunas familias de Valdesangil se podía medir en la combinación de ganados y tierras para el cultivo. Con más de 100 cabezas de ovejas/cabras y algunas tierras, la posición era desahogada. Ya hemos dicho antes cómo era ese desahogo. Cuando decimos suficientes tierras se debe entender que se tratara de la combinación de una o dos viñas, que no eran muy grandes pero que garantizaban vino para el año y en algún caso para vender, además de algún prado y algunas tierras para el cultivo de lino y de centeno, considerando que normalmente las de centeno se cultivaban cada 3 años, para que diera tiempo a la tierra a recuperarse debido a su pobre calidad. Reiteramos lo dicho, que por más que algunos tuvieran la posición un tanto desahogada, esos curieles no pasaban de la humildad, sobre todo con relación a lo que era realmente una buena posición en otros lugares. Un «rico» de Valdesangil de este tiempo no tenía nada que ver con un rico, por ejemplo, de Béjar. En las aldeas pequeñas no había ricos, ni se acercaban a los de ciudad, que eran ricos en general, porque además eran nobles. Los nobles no vivían en los pueblos. Podían tener propiedades, generalmente heredadas, pero no aparecían por ellas, lo hacían sus administradores para cobrar el correspondiente alquiler.

De nuevo los datos del Catastro de Ensenada nos sirven para entender mejor la forma como estaba distribuida la sociedad de Valdesangil en 1753. Hay que recordar que dicho Catastro era un documento destinado a saber lo más exactamente posible lo que tenía cada cual para que pagara los impuestos correspondientes al rey; por tanto, el Catastro es un reflejo real de la sociedad de Valdesangil en ese momento, aunque pueda pensarse que hubo algunas ocultaciones por razones obvias. El catastro se hizo con la vigilancia y el asesoramiento de una persona o varias de Valdesangil, en las que recaía la responsabilidad de que lo consignado era absolutamente cierto. Aun así no podían saber de la totalidad de las haciendas.

En el cuadro siguiente puede verse cómo estaba distribuida la sociedad laboral de Valdesangil en el referido 1753:

Pastores	48	Sacristán-tejedor	1
Labradores	26	Barbero	1
Jornaleros	10	Cura	1

Tejedores	2	Viudas	24
Herrero/Cerrajero	1	Mozas solteras	2
Carpintero	1	Mozos solteros menores	2
Sastre	1	Impedido	1

Puede que hubiera, además, algunos *pobres de solemnidad*, es decir, gente que vivía de las limosnas y que no disponía de bienes de ningún tipo. Al no tener absolutamente nada por lo que tributar, el Catastro les ignoró. Sí aparecen, sin embargo, en el libro de defunciones, como hemos señalado más arriba, donde el cura anota que se les hacía un entierro de misericordia, un entierro gratuito; o cuando no hacen testamento de actos religiosos por su alma, dice en el libro de difuntos que no lo hacen por *no tener de qué*.

El estatus más alto entre los curieles era a mitad del siglo XVIII el de los que se consideraban labradores. Estos tenían, como hemos señalado, una hacienda combinada de tierras y ganados, pero siempre con tierras suficientes. Solo una pequeña parte de ellos no eran propietarios, pero tenían tierras arrendadas de cierta calidad que proporcionaban rendimiento suficiente. Todos los labradores tenían rebaños de ovejas y de cabras que unían a sus tierras. La tercera parte de los ganados que había eran suyos, a pesar de no declararse pastores. Otro dato que habla a favor de que ser labrador significaba la mejor posición en Valdesangil es el hecho de que 48 de los que se declararon pastores en el Catastro, solo 3 alcanzaban a tener entre 151 y 161 cabezas cada uno, mientras que de los 26 labradores 5 superaban aquellas cifras, además de tener tierras y declararse sobre todo cultivadores de ellas. Además, estos labradores poseían vacas y caballerías para las faenas de tracción propias del laboreo de las tierras y casi todos ellos criaban cerdos para la matanza. Los pastores, sin embargo, sobrepasaban en poco la mitad los que podían disfrutar de los necesarios productos de la matanza para hacer frente al consumo de carne en todo el año. Otro dato nos puede dar idea sobre la calidad y la cantidad alimentaria de los curieles: siendo el cerdo un valor importante en la alimentación de entonces: solo el 61 % de los curieles criaban un cerdo para la matanza anual. La grasa en la carne del cerdo evitaba el hambre, no disponer de este alimento era, sin duda, una carencia de importancia que obligaba a llevar una alimentación basada en el consumo de pan sobre todo, con la leche, el queso y tal vez las patatas que pudieran comprar, si no las cultivaban.

Los pastores constituyeron un gremio más sacrificado que los labradores, pero menos que los jornaleros, que a la hora de obtener lo necesario para vivir, solo disponían de su trabajo por cuenta ajena, de alguna tierra y algún animal, todo ello insuficiente para llevar una vida normal. Los pastores y sus familias dependían sobre todo de su propio ganado, habitualmente escaso y, con suerte, tenían alguna tierra en la que cultivar centeno que daba su cosecha, como casi todo en Valdesangil, 1 de cada 3 años o alguna viña de la que obtener vino con que alegrar las penas. Puede que algunos tuvieran una huerta de la que obtener las patatas que tanto quitaban el hambre a los

más necesitados en este tiempo y también en los posteriores. Se dedicaban al pastoreo porque no podían ser labradores. Los pastos que ofrecía el territorio de Valdesangil no daban para las 7.566 cabezas de ganado ovino y caprino declaradas, por ello era necesario emigrar 6 meses a las dehesas extremeñas, donde a través de los acuerdos entre el rey y el duque de Béjar podían pastar libremente los rebaños de la villa de Béjar en algunos sitios; en otros, seguramente que con mejores pastos, había que pagar por ello, razón por la que los curieles que acogían esa opción pagaban en muchos casos con la lana de sus ovejas y por tanto con uno de los beneficios del pastoreo, lo cual limitaba a estos considerablemente. El beneficio era la leche y la venta de las crías. No era mucho lo que podía obtenerse con un reducido rebaño en tales ventas.

Los ganados curieles se repartían en las tierras cercanas a Plasencia para pasar el invierno entre los términos de Galisteo, Granadilla, Serradilla y Mirabel, algunos iban también a tierras de Trujillo. Solo un caso lo hace en la dehesa de Cartala, en Alba de Tormes. También hay alguna constancia de ganados invernando asimismo en la zona de La Garganta. Solo se quedaban en invierno en Valdesangil, aprovechando los pobres pastos de los baldíos, los reducidos rebaños de los pastores más pobres, quizá enfermos o demasiado mayores para emigrar, inseguros, por tanto, además de los ganados de los jornaleros, que serían también muy reducidos, y los de algún labrador que no hubiera querido llevarlos a Extremadura. En los casos de los labradores más pudientes, contrataban criados para cuidar sus ganados en Extremadura. En otros casos unirían para la trashumancia sus rebaños a los de otros a través de un precio pactado. Los libros de difuntos de Valdesangil hablan de pastores que mueren fuera de sus casas durante el invierno, ya sea donde pastan sus ganados o en el camino de vuelta, algunos cuando se sienten mal y sospechan que es algo grave. Ese fue el caso que cuentan los archivos parroquiales del pobre Juan Sánchez *Vallijera* que *le trajeron con delirios* desde Villar de Plasencia donde guardaba ganados, falleciendo poco después. En noviembre de 1763 fallece Francisco Lorenzo Sánchez en Puerto de Béjar cuando iba camino de Extremadura. En 1768 muere en La Garganta Juan Martín *Colorado* donde ejercía como pastor. La misma suerte corren otros dos pastores en febrero de 1769 y marzo de 1791 hallándose en la zona de Plasencia. Muy dura debía de ser la vida estos pastores fuera de sus casas, mal alimentados, expuestos a la climatología y residiendo en cabañas insanas.

Hacia el mes de junio regresaban para que aprovecharan los rastrojos de las zonas de siembra y de paso abonaran las tierras de labor; además de lo que pudieran encontrar en los baldíos del monte, contribuyendo a una limpieza que se echa de menos hoy. En ese tiempo y también siglo y medio después, el uso de las retamas (*escobas*) y piornos y la frecuencia de ganados en los baldíos, mantenía el monte con una limpieza singular, la que no hay desde finales de los años 70 del siglo XX, cuando el pastoreo prácticamente desapreció y en las cocinas domésticas el gas sustituyó en poco tiempo a los hogares con chimenea, que habían sido la forma generalizada de hacer fuego en las cocinas de Valdesangil y en los que escobas y

piornos, junto con la leña de podar y entresacar las zonas de bosque y matorral, eran elemento fundamental.

No será difícil de imaginar lo que sería la vuelta de los pastores a su pueblo después de tantos meses fuera. La alegría de reencontrarse con sus padres, con sus hijos y en particular con sus mujeres, las cuales por razones que no hace falta explicar quedaban embarazadas al poco tiempo y parían 8 o 9 meses después, como hemos visto tan claramente por las estadísticas de nacimientos. Todo esto le daría a Valdesangil un ambiente veraniego de gran plenitud, que sin duda sería muy esperado.

Después de los pastores, en categoría social y económica, iban los jornaleros. Ya hemos señalado que no eran precisamente una clase favorecida. Dependían de los demás porque no tenían recursos para ser autónomos, ni como labradores ni como pastores. Si no trabajaban, no tenían para comer, puesto que las tierras de las que disponían, los que tenían alguna, no eran suficientes y los ganados pocos. El sueldo diario de un jornalero estaba en 2 reales²⁸. Entre los 10 jornaleros que se identifican como tales en el Catastro de 1753, 3 de ellos, con sus familias, carecían tan siquiera de un cerdo para la matanza anual, que era lo mínimo para alimentarse. El número de cabezas de ganado ovino/caprino que poseían entre todos representaba tan solo el 4 % del total de las que había en Valdesangil. Eran, por tanto, la gente más humilde y expuesta a todos los males de la pobreza, al lado de las viudas con poca hacienda, esposas que fueron de pastores o de jornaleros, que a la muerte de sus maridos y sin lo que percibían de ellos a través de sus trabajos, quedaban solo con la posibilidad de trabajar en labores propias de las mujeres, que eran pocas, percibiendo con ellas menos de lo necesario para vivir. Una viuda pobre tenía que dedicarse a cuidar a los que necesitaban transitoriamente asistencia, a hacer pequeños trabajos donde hiciera falta, en definitiva, tenían que buscarse la vida de una forma desesperada en la que se incluía a ellas y también a sus hijos; estaban siempre a expensas de trabajos para mujeres que les ofrecieran, si había algo que hacer y si no lo había, el hambre era su compañera. No es posible con los datos que tenemos, pero sería muy interesante conocer todas las circunstancias por las que pasaba este desgraciado sector de la población, buscando de todas las formas posibles la manera de sobrevivir. Quedarse viuda en este tiempo constituía, por tanto, una de las peores desgracias posibles.

Las mujeres, en situaciones así, ya fuera en Valdesangil o en cualquier parte de España, tenían muy duro sobrevivir a la viudedad, porque los trabajos de los hombres y los de las mujeres estaban muy compartimentados y definidos para cada género, basados fundamentalmente en la fuerza, como también en ciertas pautas sociales que no hacían posible que una mujer viuda pudiera ser segadora o jornalera talando árboles o trabajando el heno. Podría hacerlo en sus propiedades, aunque más difícilmente por cuenta ajena como jornalera, salvo que se tratara de escardar, un trabajo muy ligado a ellas, por lo menos en el siglo XIX y en la primera parte del XX. Esta situación

²⁸ LÓPEZ BENITO, I., 1999, pág. 223.

para las viudas la vemos a través de los comentarios que el cura escribe en las actas de defunción. No es extraño que aparezcan descritos casos de viudas locales o de mujeres forasteras que llegaban a Valdesangil pidiendo limosna o simplemente invocando la compasión de familiares para obtener algo de comida transitoriamente, muriendo al poco tiempo. Otras llegan en situación de indigencia absoluta pidiendo limosna, solas o en compañía de algún otro desvalido al que se han unido. Lo poco que tuvieran a la muerte del marido lo habrían empeñado y en pleno abandono ya de sus vidas, se han entregado a la indigencia y a la caridad. Ese fue el caso de Florentina Rodilla, que murió en Valdesangil en 1764. Era viuda y vecina de Navalmoral de Béjar y había ido a Valdesangil a visitar a un hermano y a pedir limosna. Cuando muere, el cura de Valdesangil manda aviso al de Navalmoral para que le informe si tiene bienes con los que pagar misas por su alma. Como no las tiene, se le dice sin más una misa de misericordia. La salvación del alma de la pobre Florentina quedaba expuesta por falta de recursos y el cura no hizo mucho por su alma al no tener ella con qué pagarlo. La pobreza en la tierra, era un hándicap para la otra vida. Si la gente no tenía aquí para vivir y para costearse las oraciones pertinentes que facilitarían el acceso a la Gloria Eterna, la Gloria Eterna podía tardar en llegar o fastidiarse para siempre, y según los términos de entonces era verdaderamente para siempre, porque para eso después de la vida venía la eternidad toda. Al hilo de lo que decimos viene también el caso que sucedió en 1790: el cura de Valdesangil, don Tiburcio Sánchez y el de Navalmoral de Béjar, se enzarzan en una polémica porque ha muerto un tal Francisco Gutiérrez, que vivía en Navalmoral, pero sus herederos disponen que se le entierre en Valdesangil y así se hace. El cura de Valdesangil protesta porque se han entregado al cura de Navalmoral 675 reales —que no era poca cosa— para sufragios, quedándose los el de Navalmoral para invertirlos en tales sufragios, pero en su propia iglesia, aunque el cuerpo estuviera en Valdesangil. Al cura curiel no le queda otra posibilidad que la de protestar de la única manera que puede, escribiéndolo en el acta, aunque eso no sirviera de mucho. No cabe duda de que para este caso y no sería el único, la salvación del alma de Francisco era lo de menos, ya que se salvaría lo mismo rezando desde Navalmoral que desde Valdesangil. Pero para los curas no era evidentemente lo mismo. Seguro que les importaría a los curas también, pero al parecer lo que les movía sobre todo era quién se quedaba con los 675 reales.

Volvamos a las viudas para hacernos mejor una idea de su condición de tales una vez que habían perdido al marido, con todas sus consecuencias. De las 24 que había en 1753 en Valdesangil, 7 tienen una base patrimonial suficiente para salir adelante. Las otras 17 poseen mucho menos y algunas no tienen prácticamente nada, con lo cual se habían convertido a la muerte del marido propiamente en pobres de solemnidad, situación en la que mueren muchas. De ellas el cura consigna en algunos casos que han aparecido muertas en sus casas. Debían de vivir de la caridad de familiares o vecinos y de los repartos de pan que algunos más hacendados dejaban dicho en sus testamentos para el día de su muerte o cuando se conmemoraba su aniversario. Pan a

secas, que al menos aliviaba el hambre. Las viudas que tenían algo que labrar y algún ganado, lo cultivaban ellas mismas con la ayuda de sus hijos, que desde muy pequeños tenían que colaborar en lo posible para garantizar la subsistencia. Vivir teniendo poco o casi nada en este tiempo, como lo había sido antes y lo sería todavía bastante tiempo después, era complicado y muy difícil de comprender exactamente desde las abundancias y el nivel de vida de hoy, por más que tengamos muchas quejas que dar. Pero es bueno trasladarse con la imaginación a aquellos tiempos y sus circunstancias para entender todo lo que ha sido la lucha por la vida en el pasado y cuánto ha costado sobrevivir hasta llegar a los niveles de hoy.

Otro grupo en Valdesangil que cita el Catastro de 1753 eran los profesionales liberales o artesanos, como el sastre, el sacristán, el carpintero, el barbero, los tejedores de lienzos y el herrero. Todos ellos vivían modestamente de sus trabajos, sin depender en mucho del cultivo de la tierra o del cuidado intensivo de los ganados. Algunos incluso vivían con cierto desahogo, como el sastre Francisco Martín *Colorado*) y el sacristán (Lucas Rodilla), este último era además tejedor de lienzos. Ambos viven con cierto desahogo a juzgar por las propiedades que declaran en el Catastro, alternando sus trabajos profesionales de sastre y sacristán-tejedor de lienzos con el cultivo de tierras y con la propiedad de un rebaño de ovejas y cabras. El oficio de sacristán era rentable si tenemos en cuenta solamente la cantidad de entierros y bautizos que se producían cada año, a lo que había que sumar las misas por las almas de los difuntos, que eran muchas a lo largo también de todo el año y que se iban incrementando con más y más fallecimientos. El porcentaje que el cura le daba al sacristán podía estar en torno al 20-25 % de las ganancias por estos servicios. Al menos así lo era un poco más de un siglo después, cuando, como veremos, el cura Francisco Marín Guerrero en 1895 define los honorarios por los entierros mayor y menor y la parte de cada servicio que es para él, para el sacristán y para los monaguillos.

Finalmente, entre los profesionales estaba el cura, que en 1753 era don Diego González Correas, de 40 años, originario de Don Benito, provincia de Badajoz y que vivía con su padre, con dos sobrinos y una criada. Siendo el tiempo que era, el cura tenía una autoridad capital entre los habitantes del arrabal. Para empezar, era el que intercedía ante Dios por los curieles y sus almas y el que perdonaba los pecados en nombre de Dios, lo cual le confería un respeto y autoridad máximos. Gozaba de una posición económica aceptable, puesto que recibía un porcentaje de las muchas misas de difuntos, bautizos, responso y demás rituales que se llevaban a cabo con los vivos propiamente y también con los vivos para con los muertos. Pero no todo el dinero que se obtenía por esos servicios era para el cura. La diócesis a la que pertenecía la parroquia se llevaba una parte, como también el sacristán y hasta los monaguillos. Precisamente los libros de difuntos y nacimientos de la parroquia eran en realidad un libro de contabilidad de estos aspectos. No solo se contabilizaba a los nacidos y fallecidos, sino que se hacían las liquidaciones cada vez que iba el enviado de la diócesis en forma de Santa Visita (así se consigna en los libros) a supervisar cómo se estaba

llevando a cabo todo, a solucionar problemas, a proponer mejoras y a recibir la parte correspondiente de lo recaudado. Además de todo estaba el diezmo que se cobraba por parte de la Iglesia a los vecinos. El diezmo era la décima parte de la cosecha obtenida por cada curiel, de los que el cura se quedaba con la tercera parte, el resto era para la Diócesis. Aporta una idea de lo que venimos diciendo el dato relativo al precio de una sepultura común en 1737 que era de 10 reales; se entiende que sería al año o por un periodo muy concreto, dada la necesidad de espacio por la frecuencia de las muertes. Una misa común en ese año costaba 12 reales, si era cantada 24.

Aparte de todo esto, el cura vivía en la mejor casa de todo el pueblo: grande, espaciosa, con un huerto a poniente que le garantizaba alimentos, además de tener una serie de propiedades, no del cura propiamente, sino del curato, que era lo que representaba como cura párroco. Así, tenía viñas, linares... etc., e incluso colmenas (era uno de los 3 que las declaran en el Catastro de 1753) y un pollino, imaginable como *vehículo* para trasladarse a los pueblos vecinos cuando era necesario sustituir a los curas de esos lugares por alguna circunstancia concreta. Aun siendo esta su situación, su padre no hace testamento en el momento de morir *al no tener de qué*, pero le entierran en la iglesia de San Juan de Béjar, en la capilla mayor nada menos, donde ya su hijo dejaba reservado que quería descansar eternamente a su lado. Se proveía, por tanto de un lugar privilegiado dentro de la iglesia (algo que también contaba para la vida eterna), marcado por testamento ante un escribano de Béjar, cosa que no hacía prácticamente ningún curiel, porque eso costaba dinero.

Ya hemos dicho que aunque no consta en ninguna parte, es probable que el cura ejerciera de alguna manera como maestro de niños, si bien a tiempo parcial y solo para lo más elemental, porque por más que pudiera enseñar cosas, no sería propiamente un maestro, cuya acción y resultado tiene necesariamente que ver con una tarea diaria y durante un tiempo concreto, algo que no haría el cura, entregado a otros menesteres. Ciertamente no habría mucho interés por aprender por parte de la población. De la manera que hoy entendemos la vida en este sentido, no era la de entonces en un lugar como un pueblo. Saber más allá de lo que era necesario para ganarse la vida no estaba en el interés general de la gente. Hasta no hace tanto estudiar se consideraba un lujo de señoritos, no solo porque se lo pudieran pagar, sino porque saber cosas más allá de lo necesario para ganarse la vida, parecía una pérdida de tiempo. No se necesitaba leer y escribir para la vida que llevaban y las posibilidades que había en un arrabal como Valdesangil. Sin embargo aprender lo necesario para trabajar en lo que se iba a trabajar, era obligado y se debía aprender desde bien pequeños. Cuando no había en apariencia nada práctico en saber por saber, el interés se perdía y si no lo había, tampoco surgían las formas para potenciarlo. Por tanto, si el cura ejercía de maestro, su magisterio no iría más allá de enseñar a leer y escribir a los más interesados e inteligentes y sobre todo y ante todo, enseñarle la doctrina de la Iglesia, como era su misión, que para aquella mentalidad era verdaderamente importante.

Los que aprendían a escribir no sabemos si solo llegaban a aprender a firmar o aprendían realmente a leer y escribir, o simplemente aprendían algo de ello.

En cualquier caso, no había maestro ni escuela en Valdesangil durante este siglo, no lo habría hasta mediados del siglo XIX. Un dato ya citado sirve para ratificar lo que decimos: en el Catastro de 1753 se menciona un solo maestro para Béjar, que tenía entonces 3.570 habitantes, 1.020 vecinos (incluidos los de Valdesangil, Fuentebuena y Palomares). A ese maestro único se le daba una asignación municipal, sumándose a lo que pagaba por las clases cada alumno. Si había un solo maestro para Béjar, indudablemente no puede pensarse que Valdesangil lo tuviera. En este contexto resulta triste pensar que en todo el siglo XVIII, como antes habría sucedido también, es posible que nadie que no fuera el cura leyera seguramente un libro en Valdesangil. Y si había alguno, no podemos asegurar que los que leyeran escaparan de lo meramente religioso. La conclusión de todo ello es que una sociedad inculta, como la que fue Valdesangil en todo ese tiempo, antes y también bastante después, tenía pocas posibilidades de dar importantes pasos adelante; esta será una de las explicaciones que pueden darse al atraso rural de este tiempo y a su poca capacidad de evolución.

3.10. LA SIGNIFICACIÓN SOCIAL

En todo este ambiente general, que puede calificarse sin temor a equivocaciones como «humilde», la condición humana con algunas de sus particularidades más comunes, hacía acto de aparición siempre que era posible. Rara es la sociedad, si es que la hay, en la que sus miembros no buscan la forma de diferenciarse del resto a través de lo que poseen o de lo que valen. Significarse como más pudiente ante los demás era algo importante. No solo había que tener más, sino encontrar la oportunidad de mostrarlo, aunque la diferencia real no fuera mucha y el valor de lo que se poseía no fuera nada en comparación con lo de otros poderosos, verdaderamente poderosos económicamente. Para mostrar las diferencias había sus ocasiones.

En una sociedad humilde como la de Valdesangil en este tiempo no se buscaba directamente tener una casa ostentosa, como empezáramos por tener hoy. Al parecer nadie la tenía propiamente, solo el cura, pero para eso era el cura y se la habían construido por ser tal desde la diócesis. La gente estaba acostumbrada a la humildad. Vivían con poca diferencia, si la había, los que estaban más o menos bien y los que estaban mejor. Pero esto solo en sitios rurales como Valdesangil. Tratándose de lugares más importantes, la cosa cambiaba. Siendo esto así y siendo la diferencia algo que podía no durar mucho tiempo, como hemos explicado más atrás por ser todo muy limitado, las formas de mostrar la diferencia entre los que tenían más y los que menos, se llevaba a cabo mediante determinados rituales. Las fiestas y la muerte servían de mucho en este sentido, es decir, a través de ellas y de sus rituales podía alguien mostrar su diferencia. También ostentando un determinado cargo, como pudiera ser

el de representante del Concejo de Béjar en Valdesangil (el equivalente al alcalde pedáneo de hoy), que era elegido por el duque de Béjar como administrador político que era de su propio territorio.

Las donaciones en fiestas determinadas, como la de San Antón, buscaban emitir por parte de quienes las llevaban a cabo, un mensaje al resto. La fiesta de San Antón congregaba y todavía congrega, a los curiales a la puerta de la iglesia después de la misa. Se celebra coincidiendo con el tiempo en que la matanza del cerdo ya ha pasado el primer periodo de curación y se puede apreciar el éxito obtenido y la garantía de que se va a poder comer de ello todo el año. Esto no era poca cosa, porque tener un remanente de comida consistente para un tiempo, era garantía de felicidad. No existe la felicidad con hambre. Por tanto había algo que celebrar. En esta fiesta en concreto, con la gente congregada a la puerta de la iglesia, al ser como era una festividad religiosa, se hacía la subasta de lo que algunos aportaban como donación al santo. Mientras que las familias más humildes donaban bandejas de mantecados, roscones y *manteladas* (tradicción que se ha mantenido prácticamente intacta hasta la actualidad), mostrando con ello lo que podían mostrar: su habilidad y destreza particular para con lo cotidiano, a través de la buena calidad del producto elaborado por ellos mismos en sus hornos particulares, los mejor situados ofrecían a la subasta corderos o chivos de sus rebaños o simplemente se preocupaban de ganar en las pujas como algo personal, en medio de la competición con otros similares. Igualmente, los que tenían para vestirse mejor, utilizaban los días de fiesta como momento apropiado para exhibirse, por más que las modas en ese tiempo no implicaran variedad, pero sí el estrenar o no volverse a poner lo ya viejo. Un aceptable mantón o una camisa nueva bien blanca, podían dar mucho juego en este aspecto. Todo lo que implicaba desprenderse de dinero era una posibilidad de enseñar la diferencia. Tener un poco más, aunque pudiera ser motivo de envidia, lo era también de respeto y abría caminos que desde la pobreza raramente se abrirían. Ser mayordomo en días señalados, como en la Fiesta Mayor de agosto, constituía un motivo de prestigio social, porque implicaba donar dinero y no todos podían hacerlo. Exhibirse en un día importante de fiesta era esencial.

La muerte era siempre un trance muy doloroso. Es aceptada como algo que llegará tarde o temprano para todos. Cuando llegaba, era manejada con algunas diferencias por unos y por otros, por los mejor situados social y económicamente y por los que menos tenían. Podemos decir sin temor a equivocarnos que ser un poco más pudiente llevaba aparejadas más posibilidades de salvación o al menos más pronto que siendo menos pudiente. Esto era así porque si se disponía de más dinero para rituales por el alma del difunto e incluso para situar su tumba cercana a los altares, aumentaban las posibilidades de salvar ese alma. Al parecer, según las creencias de aquella gente, Dios apreciaba favorablemente un mayor número de oraciones y misas a la hora de decidir sacar un alma del Purgatorio o salvarla ya directamente, sin tener en cuenta la involuntaria situación de los más pobres, que al no tener para más cercanía los altares y

para menos misas de perdón, tardarían más en salir del Purgatorio o puede que incluso no se salvaran. Los curas podrían haber contribuido a disipar esta forma de pensar, pero vivían del negocio del miedo a la condenación eterna y por tanto rezaban más por el que más les pagaba y menos por el que no tenía con qué pagar más allá de la misa del entierro. Y no había piedad; si tenían para pagarlo, se ayudaba a su salvación, si no tenían, mal pintaba; que se lo hubieran pensado en vida y hubieran sido buenos, de esa forma no necesitaban de más rituales para salvarse. Menos mal que la doctrina de Jesucristo, que era la esencia de todo y la verdad y el fundamento, se apiadaba de los pobres, garantizándoles por el hecho de serlo una situación favorable de cara a la salvación, que, si no hubiera sido así, la mala suerte de ser pobres en la vida se continuaba con tener menos posibilidades de salvación en la siguiente.

El cura, como pasaba en todas las iglesias, había distribuido el suelo de la iglesia desde que estuvo convenientemente enlosado, en 3 zonas, cada una con su propia categoría según la proximidad al altar. Los curiales elegían para enterrarse entre el primer tercio, el segundo y el tercero. Los testamentos que piden el primero son los más pudientes, como es lógico, porque esa categoría había que pagarla. El cura no dice casi nunca en la partida de defunción del libro de difuntos el sitio donde se va a enterrar al fallecido, pero se entiende que algunos casos como el de Francisco Hoya le entierran en el último tercio porque *es muy pobre* y así lo hace constar en el libro de difuntos.

Otra forma de mostrar la posición económica era la de donar dinero a las cofradías que ayudaban a la iglesia, sobre todo a la de Santa María de los Remedios, creada con la euforia de la inauguración de las parroquias. Donar dinero en estos casos implicaba, además de contribuir con el corazón a lo propio, también una forma de significarse.

3.11. RELIGIOSIDAD, FIESTA Y MUERTE DE LOS CURIELES

La construcción de la iglesia debió de ser para los curiales un anhelo hecho realidad. Ya hemos dicho que la religiosidad en este tiempo era algo de importancia capital. Tener una iglesia que además era parroquia, garantizaba a los curiales una cierta tranquilidad para con sus méritos y deseos de alcanzar la vida eterna después de que esta vida concluyera. Todo de alguna forma estaba enfocado a la muerte y a su después, puesto que la otra vida iba a ser eterna, como no lo era, de la que todos sabían que un día se nacía y al cabo de un tiempo, poco o mucho, esa vida terminaba con la muerte.

La muerte estaba relacionada directamente con la profunda religiosidad impregnada en la población. Esa religiosidad, si bien venía de tiempo atrás, se había acrecentado con la crisis que España padeció en el siglo XVII. Aunque las renovadoras ideas en el siglo XVIII de la corriente cultural conocida como la Ilustración, que ya hemos mencionado más atrás, querían imponer racionalidad a una sociedad en exceso ligada a todo lo que tenía que ver con ritos y devociones exageradas de la

Iglesia, con imágenes constantes de la muerte y los suplicios para la otra vida, poco pudieron hacer tales nuevas ideas para cambiar la mentalidad general en lugares como Valdesangil. Los cambios siempre llegaban al mundo rural muy tarde y cuando llegaban, nunca eran como se habían producido, sino recortados, mediatizados, envueltos en las tradiciones del pasado, a medias entre lo nuevo y lo viejo y siempre tarde, porque la forma de difundirse los cambios lógicamente nada tenía que ver con lo que sucede hoy, donde todo se transmite a través de los poderosos canales de comunicación. Las gentes calmaban sus temores, oponiendo a la pobreza y a la desgracia terrenal, la esperanza de una vida eterna mejor y más justa. Todo ello alentado por la Iglesia, cuyo poder estaba en todas partes, pero más aún en medio de la incultura y la inocencia de sitios como Valdesangil, incapaces de prosperar cultural y racionalmente.

La vida era dura e inestable y se hacía necesario agarrarse a algo que emanara esperanza, nada mejor en ese sentido que las creencias. La fe era esperanza y la esperanza un aporte de energía anímica en el día a día. Así las cosas, los curieles, como todos los de su tiempo, pensaron mucho en la muerte. No en vano esta acompañaba a sus existencias de una manera mucho más cercana e implacable a como la tenemos hoy, siempre aplazable por los grandes avances de la medicina. Ante esa precariedad de la vida, sabían que había que estar siempre preparados para afrontarla. La condenación eterna significaba un *para siempre* que daba escalofríos, sobre todo cuando se hablaba de ella con pelos y señales y a gritos desde los púlpitos de las iglesias, provocando la ansiedad inmediata de los fieles, que buscaban revisar sus conductas con tal de no asumir el riesgo de retorcerse entre las llamas del infierno toda la eternidad, es decir, para siempre. La sola reflexión de esta idea conmovía y llevaba a los fieles a organizar lo que fuera preciso con tal de no arriesgarse.

3.11.1. *El testamento como procedimiento para ayudar en la salvación*

La existencia del Purgatorio como el lugar del que redimirse de los pecados no suficientemente limpiados era sin duda un alivio, pero no lo suficiente, porque allí podían estar las almas mucho tiempo, siendo como era un infierno transitorio. Parece que todos los curieles tenían una cierta desconfianza a la hora de morir sin haber limpiado lo suficientemente bien sus pecados, ya que para morir más tranquilos hacían un testamento que entreveía sus más íntimos temores. A pesar de que la confesión era una forma de limpieza, debían de pensar que algo quedaba de todo ello para que, en la medida de sus posibilidades económicas y a veces llevándolas al límite, se aseguraban de que se rezara por ellos, convencidos de que lo que no habían hecho por sí mismos por limpiar sus pecados, podían hacerlo los demás a través de misas y demás rituales después de muertos. Un caso ilustrativo de esto es el de Blas Martín Colorado que dice en 1736 en su testamento que se le digan 38 misas *por penitencias*

mal cumplidas, o el de otro hombre en 1802 (Dionisio Sánchez *Casado*) que pide que a su muerte se digan misas *por cargo de su conciencia*. El pobre Dionisio no debía de haber sido muy bueno en la vida, ni haberse confesado los pecados mucho para tener semejantes cargos. Solo los pobres de solemnidad o los pobres sin más lo tenían peor en estas situaciones, porque no disponían de dinero para misas después de la muerte. O eran escrupulosamente buenos en la vida o después lo tenían mal. Así las cosas el dinero terrenal servía para la otra vida. Los pobres no tenían para muchas misas de perdón, pero a pesar de eso nadie se quedaba sin un *entierro de misericordia* y además, las cofradías hacían lo que podían en mínimos por el difunto pobre e incluso por el forastero, aunque nunca podía ser tanto como lo que hacía el dinero. Solo la *infinita bondad divina* podía ser un consuelo para los pobres ante su mala fortuna en la vida terrenal. A pesar de los pocos recursos de algunos, a la hora de la muerte expresan el deseo de alcanzar la vida eterna mezclándolo con sus sentimientos. Ese fue el caso de Pedro Márquez, un hombre de economía humilde, que a pesar de no tener recursos cuando falleció su esposa en 1735, le pagó una misa de entierro y otras 6 misas cantadas y vigiliadas. Sin duda deseaba reunirse con ella en el mejor sitio y con mejor suerte. Sin embargo, Juan Sánchez *Miñana*, muerto en 1724, solo tuvo una misa de entierro. Nadie debió de pensar que este pobre hombre, tan solo por no tener dinero para que rezaran por su alma, corría el riesgo de eternizarse en el Purgatorio. En algunos casos la viuda del muerto, como Lucas Rodilla, tenía tan poco para las honras fúnebres de su marido, que tuvieron que ser sus padres los que pagaran el entierro para que no fuera puramente de misericordia.

La mayor parte de los curiales morían con el testamento hecho. Se trataba únicamente de un testamento religioso. Los testamentos de bienes no eran muy propios de las zonas rurales como Valdesangil, donde el acuerdo verbal mediante un reparto de los bienes entre los hijos, bajo la autoridad de los padres, era suficiente para ser aceptado y respetado. El testamento religioso era, como hemos dicho ya, un registro de voluntades que el difunto quería para asegurarse una buena eternidad y que necesitaba el cura para acordarse de todos los rituales que tenía que hacer, además de como elemento de contabilidad ante su diócesis.

Los testamentos de los curiales dicen mucho acerca de ellos y de sus costumbres, creencias y temores. Algunos lo hacían con tiempo suficiente temiendo una muerte repentina o una enfermedad que les nublara la razón, cosas nada difíciles a juzgar por lo que se dice en las actas de defunción. Otros, cuando se veían cerca de la muerte y teniendo en cuenta las reducidas posibilidades de curación en aquel tiempo de las enfermedades más o menos serias, testaban ante el sacristán con un par de testigos varones de Valdesangil o de fuera, familiares o gente de confianza que garantizara la ejecución de las últimas voluntades del moribundo, ya que ello podía contribuir a la salvación del alma o al abandono por mucho tiempo en el Purgatorio. Debía ser en muchos casos o en todos, un documento que guardaban los testigos hasta el fallecimiento, momento en el que quedaba plasmado en el libro de difuntos. En los casos

en que morían de repente, fuera por accidente o por muerte súbita, e incluso cuando se hubo producido lo que las actas denominan *delirio* irreversible, los familiares convenían con el cura los servicios religiosos que el muerto iba a tener. Otros, los más infelices, a pesar de que se les anuncia la muerte, no pueden hacer testamento *por no tener de qué*.

Hay casos muy curiosos que merece la pena comentar. Por ejemplo, cuando en 1740 fallece el viudo Francisco Sánchez *Prolijo* víctima de un rayo sin haber hecho testamento, el cura acuerda con los hijos del fallecido (el mayor tiene 15 años) lo que le conviene hacer por su padre en cuanto a la salvación de su alma. Unos años antes, en 1735, fallece el mozo soltero Pedro García en el pueblo de La Hoya al caerle un roble encima mientras hacía leña. Como no había hecho testamento, por ser joven, el cura quiso liquidar el *Quinto* de su herencia para las honras fúnebres. Lo que no sabemos es si buscaba, como cura responsable, la salvación de su alma o era por lo que le tocaba de los beneficios, e incluso por ambas cosas. El caso es que la familia no le permite utilizar el quinto de la herencia, por lo que el cura lo denuncia y tiene que intervenir un notario de Béjar, que falla a favor del cura, interviniéndose el quinto de su herencia en misas y demás ceremonias por el alma del difunto. Eso significa que había una norma escrita al respecto por la que, si alguien moría sin dejar testamento, el cura podía utilizar ese quinto de la herencia para la salvación del alma.

Llama la atención que algunas mujeres o quizá más que algunas, aunque no se consigne expresamente en el acta, por más que estuvieran casadas, precisaban del permiso de sus padres para testar. Ese fue el caso de Ana Sánchez, casada, que muere en 1749 sin testamento *porque sus padres no le han dado permiso para ello*. Tal vez, si Ana no tenía muchos recursos económicos por sí misma en su matrimonio, precisaba del permiso de sus padres, haciéndose cargo estos en todo caso de las misas y demás. Pero o los padres no tenían suficiente para el testamento de Ana o las relaciones entre ellos no eran buenas, porque no le dieron permiso y por tanto ella murió sin testamento.

Los niños no hacían testamento, tampoco se les decían misas al cabo de un año. Se entendía que no habían tenido oportunidad de pecar y por tanto no había de redimirse de nada.

Con más o menos cantidad se servicios religiosos según el nivel económico y los miedos por los pecados cometidos, los curiales solían recurrir a las mismas fórmulas: la misa cantada de entierro era siempre algo fijo. En los días siguientes al funeral se decían novenas y misas votivas, que eran misas que se podían decir por el alma del difunto coincidiendo con una determinada fecha en función de la devoción a un santo determinado. También utilizaban casi todos los curiales *las misas de cabo de año*, con vigilia o sin ella, de San Francisco, que a veces el testador pide expresamente que se lleven a cabo *en un altar privilegiado*, con asistencia de monjes del convento bejarano de San Francisco e incluso algunos pedían enterrarse con el hábito de esta orden. Curioso resulta el hecho de que algunos, que no fueron pocos, pedían que se les

dijeran *misas de San Amador*. Estas misas eran especiales y estaban muy enraizadas en la población, con un rito que rozaba entre la superstición y el paganismo, utilizando, por ejemplo, mucha iluminación de velas y cirios. La Iglesia no las veía con buenos ojos, pero como estaban grabadas en la costumbre del pueblo y se pagaba por ello, lo consentía.

Algunos dejaban prados y tierras de labor a las cofradías o a la parroquia para que con su arrendamiento se les dijera misas durante mucho tiempo. En estos casos y en los que tienen que ver con donaciones de tierras, los mozos que mueren solteros son más generosos, teniendo en cuenta que no tenían una familia a la que perjudicar con la donación de tierra. También se daban donaciones en especie, más frecuentes a partir de la segunda mitad del siglo. Los testadores dejan una cantidad de cereal para el cura o para repartir entre los pobres en forma de pan, ya sea el día del entierro o cuando se cumpla un año, de forma que se le recuerde y se pida por su salvación.

El testamento, además de representar la preocupación por el destino final del alma que mostraba el moribundo, era también en muchos casos una forma de exhibición del prestigio social del futuro difunto, que buscaba significarse para con lo último que haría en la vida, por más que como hemos dicho ya, las diferencias sociales en Valdesangil no fueran muy marcadas. En el caso de querer mostrarse el prestigio social a través del enterramiento, era necesario adquirir la tumba en propiedad y marcarla con el nombre del difunto. Desconocemos si debajo de la tarima de madera de la iglesia existen tumbas con inscripciones que hablan de una propiedad determinada por la que había que pagar de por vida, puesto que las tumbas se pagaban por un tiempo.

3.11.2. *Las cofradías como forma de religiosidad y de ayuda a la parroquia*

Las cofradías fueron un sistema de asociación y cohesión de los curiales para con determinados asuntos relacionados con la parroquia, como en lo concerniente a la muerte, algo fundamental. Se unían en una empresa común que les interesaba a todos en un «hoy por ti mañana por mí». Pertenecer a una cofradía proporcionaba tranquilidad a las expectativas en el más allá. También tenían un papel importante en lo que rodeaba a los rituales religiosos y como sufragio económico de las necesidades de la parroquia, cuando obtenían dinero que se lo permitiera. Eran en esencia una forma de asociación de gentes habitantes de un mismo lugar que participaban con sus ideas y sus actos de religiosidad propios de la época. Esa participación buscaba con obsesión asegurarse una buena eternidad, de ahí que una gran parte de sus cometidos tuvieran que ver con la muerte y con la posterior vida eterna. Casi todos los curiales, si es que no eran todos, pertenecían a alguna cofradía o a más de una muchos de ellos, de ahí que se trate de un hecho que merece la pena ser comentado con amplitud.

Durante todo el siglo del 1700 y hasta mucho tiempo pasada la mitad del siglo siguiente, hubo en Valdesangil 3 cofradías. Dos de ellas nacieron como consecuencia

de la creación de la nueva parroquia: la Cofradía del Sacramento y Cruz, fundada en 1722 y la de las Ánimas, fundada un año después. Posteriormente, ya en 1736, nacería la Cofradía de Santa María de los Remedios. La primera de todas, la Cofradía del Sacramento y Cruz, se constituyó juntando las dos cofradías que habían estado al servicio de la ermita anterior a la parroquia y de la iglesia de San Juan en Béjar, a la que ya hemos dicho que pertenecía la ermita. Se mantendría activa hasta 1868. La otra que se constituyó inmediatamente en la nueva parroquia en 1723, fue la de las Ánimas. Las cofradías dedicadas enteramente a las ánimas eran muy propias de cualquier parroquia, ya que su cometido más importante era ayudar a los difuntos a alcanzar la Gloria Eterna, asistiéndoles tras la muerte tanto en el momento del entierro, como después, a través de una serie de rituales que beneficiarían al destino del alma del cofrade.

La cofradía que llegó a ser la más importante en todos los sentidos tomó el nombre de la parroquia: Cofradía de Santa María de los Remedios y se constituyó en 1736, sin que dejaran de existir las otras dos más antiguas. Nació, según consta en el libro parroquial de su contabilidad, *como alivio* de la de las Ánimas. Llegará también hasta 1868. Por esa fecha todas las cofradías de Valdesangil fueron perdiendo interés para los curiales hasta desaparecer por completo. Las dos más antiguas nacieron con cierta humildad en todas sus capacidades, tanto en número de miembros (43 la de Sacramento y Cruz y 51 la de las Ánimas) como en propiedades. De hecho, la de Sacramento y Cruz nunca tuvo propiedades; la de las Ánimas las tuvo gracias a las donaciones de los cofrades.

A través de los estatutos consignados en el libro de actas de Santa M^a de los Remedios puede conocerse mejor el funcionamiento de estas cofradías y su integración en la forma de vida del Valdesangil de 1700. Las tres cofradías eran independientes unas de otras, pero todas mantenían una forma similar de funcionamiento básico: acompañar al cofrade en lo que rodee a su muerte, en el momento inmediato y después de ella, organizando los ritos que le ayudarán a salvar su alma. Pero, además, tenía una faceta solidaria para con quienes no disponían de recursos con los que ayudar a su salvación, como eran los pobres de solemnidad o aquellas personas que estando de paso por Valdesangil, fallecían.

Al tratarse de una organización con fondo religioso tenía al cura párroco como responsable máximo, aunque no tuviera ningún cargo. Los cargos directivos de la cofradía eran el *alcalde*, como responsable principal de todo el funcionamiento y el *mayordomo*, que juraba hacer bien su trabajo delante de una cruz, encargándose de pedir las limosnas y organizar las subastas para obtener dinero. Al menos el cargo de mayordomo se renovaba en los últimos días de cada año o principios del siguiente y nadie podía negarse a ello; si alguno se negaba a recibir la mayordomía, tenía que pagar una libra de cera o era expulsado de la cofradía y no podía entrar hasta el momento de la muerte, teniendo que pagar por entrar de nuevo.

Sin duda la de Santa M^a de los Remedios nació para ser la más importante y la que, además de sus funciones primordiales, estuviera más cerca de las necesidades de la

parroquia, a la que ayudaría en notables necesidades y empresas. Los estatutos dicen expresamente que pueden ser miembros los casados o solteros, pero si se casaran dos y no entraran a formar parte de la cofradía hasta *in artículo mortis* o después de muertos por inscripción de algún familiar, en este caso *post-mortem*, pagaran por inscribirse 12 reales (6 más que una inscripción normal) y lo pagaran de ese modo *por rebeldes*. Así lo dicen los estatutos. Eso quiere decir que había una cierta presión, primero, por parte del párroco y luego, por parte de las propias cofradías para que los curiales se integraran en ellas, convencidos —suponemos— de que con más gente habría más poder y a más poder, más actos que garantizaran los fines de la cofradía. En ocasiones se da de



FIGURA 35: Valdesangil. Libro de bautismos de 1722 de la parroquia encuadernado en cuero.

alta a algunas personas que han fallecido, buscando que su integración en la cofradía pueda ser una garantía de salvación. La cuota de entrada era en principio de 6 reales, con una posterior cuota anual por cada miembro. La contabilidad de cada cofradía se llevaba a cabo en un libro y el dinero, al menos en la de los Remedios, se guardaba en un arca en la sacristía de la iglesia bajo llave.

En los dos primeros años de la fundación de la Cofradía de Sta. M^a de los Remedios (1736-1937) tres cabezas de familia del pueblo (un hombre que se apellidaba Martín de Gil y otros dos llamados Alonso de la Hoya y Alonso Martín Herrero) quisieron mostrar su prestigio y su posición económica con una donación total entre los tres de 495 reales. No era poco para la modestia de Valdesangil, sobre todo si tenemos en cuenta que tal cantidad era lo que podía ganar un jornalero aproximadamente en las tres cuartas partes de un año. El capital principal de la Cofradía de Sta. M^a de los Remedios en particular y también aunque en menor medida de la de las Ánimas, venía del arrendamiento de prados y tierras que fueron donándose con el tiempo, sobre todo por mozos y mozas solteros, además de con las limosnas que el mayordomo recaudaba fundamentalmente en la Fiesta Mayor y en la de San Antón, y por las subastas de

donaciones en especie que se hacían en fechas señaladas. Las donaciones eran de *mañas* (haces) de lino, fanegas de cereal, cántaros de vino, animales, además de roscas y *manteladas*, es decir lo que se producía en el pueblo. Su donación por determinadas personas obedecía a una manda hecha a la Virgen o algún santo de su devoción, o simplemente porque querían mostrar que algo les sobraba delante de los demás. Estas subastas tenían lugar a la puerta de la iglesia, con todo el pueblo congregado en tono de fiesta, muy parecidas a como han llegado a finales del siglo XX o principios del siglo XXI, aunque ya no guarden relación con la actividad de una cofradía.

Cuando un cofrade moría, los otros miembros acudían a buscar al muerto con el Santo Cristo y los emblemas y estandartes de la cofradía. El alcalde de la cofradía y el mayordomo presidían la comitiva con los demás hermanos portando cada uno un blandón o cirio grande. Había obligación de asistencia de los miembros de la cofradía, pero si alguno faltaba y era el entierro por la mañana, tenía que pagar 1 real a la cofradía o si le cogiera la noche en alguna parte, pagará una limosna. Acompañando al cadáver llegaban a la iglesia y colocaban sobre la tumba dos cirios apagados y dos velas encendidas, además de otras dos encendidas en el altar mayor mientras duraba la ceremonia. Cuando se daba tierra al cadáver los cirios se volvían a encender sobre su tumba. La cera de las velas y los cirios nunca podía faltar, era un elemento fundamental, era el símbolo de la purificación que esperaba el difunto para acceder al más allá, de ahí que cada cofradía destinara un porcentaje importante de sus recursos a velas y cirios o blandones.

La Cofradía de Sta. M^a de los Remedios llegó a tener un notable poder económico. Las propiedades donadas por cofrades a través de los testamentos, tanto en Valdesangil como en pueblos vecinos, hasta su desaparición en torno a 1868, producían rentas considerables, que se unían al dinero de las cuotas, al cobro por las sepulturas de la iglesia y al dinero obtenido por las subastas de lo donado en cereal o en lino.

Aparte de sus gastos en las misas y otros actos para los cofrades que la integraban, la Cofradía de Sta. M^a de los Remedios costeaba los gastos de cera, que no eran poca cosa porque el fuego de las velas y cirios estaba presente siempre; costeaban el aceite para las lámparas, el pan de las hostias y el vino para los actos litúrgicos, pero además pagaban o contribuían a pagar necesidades y obras de la parroquia: contribuyeron en 1738 con 210 reales para construir una espadaña desde la que tocar las campanas (anterior a la torre actual), espadaña que después necesitó de una escalera para subir a tocar las campanas, para la que la cofradía también dio en 1760 un donativo de 74 reales con que pagar los carros que transportaban la piedra, además de contribuir al año siguiente con 426 reales, que se le pagaron *al gallego* como adelanto para levantar la escalera de la dicha espadaña; en 1749 contribuye con 1.116 reales al enlosado de la iglesia, dinero que le dan a los maestros canteros Alexandro Martín Togore y Agustín Albáñez; ese mismo año también dan 180 reales para que fundan una campana a la que llaman esquilón; en 1794 compran un cáliz para el que el mayordomo aporta nada menos que 560 reales, a lo que se añaden 100 reales más en 1800 por sobredorarle; en 1803 compran por 60 reales una linterna *para cuando sale su divina majestad a los*

enfermos, es decir, una especie de farol en el extremo de un vástago con el que alguno de los ayudantes del cura le acompaña a darle el viático a un enfermo que se encuentra en el trance de la muerte. La cofradía costeaba así mismo al predicador de la Fiesta Mayor que ya por entonces, como se hizo hasta tiempos muy recientes, venía de alguna parte a predicar como invitado; costeaban también el gasto del monumento de la Semana Santa, el sueldo del tamborilero para la *Fiesta Grande de agosto*, y al menos a partir de 1800 para las de *la boda de la Virgen* (ya se llamaba así en el siglo XVIII) o *Fiesta Chica*, fiesta en la que se le pagaba menos, posiblemente porque había menos fiesta y menos baile, como ha llegado también a nuestros días. El tamborilero, con su dulzaina y su tambor dale que dale todo el tiempo animando la fiesta, no sabemos si todo el día o únicamente durante la procesión y al terminar la misa, cobraba por su trabajo 8 reales en 1745, sueldo que se le mantuvo invariable hasta el año 1786 en que se paga por este servicio 14 reales, casi el doble de una vez, si bien al año siguiente se le vuelve a rebajar a 10 reales, manteniéndose en torno a esa cantidad por lo menos hasta principios de 1800; ya por los años 1863-1865 se le pagan por esto mismo 15 reales... En fin, las cofradías eran muy importantes tanto por la ayuda que hacían en lo espiritual, como por lo que contribuían al mantenimiento de la parroquia. Los curieles sin duda se sentían más unidos como habitantes de Valdesangil que eran y como fieles de su parroquia a través de su pertenencia a estas organizaciones.

3.12. LAS FIESTAS. TIEMPO DE ESPARCIMIENTO Y DIVERSIÓN PARA LOS CURIELES

La frecuencia de la muerte debía de llevar a los curieles de este tiempo a un continuo luto. En las familias no sería fácil estar libre de alguna muerte familiar cercana y de su luto correspondiente, dadas las costumbres de los tiempos y los prejuicios que llenaban la mentalidad popular. Cosas así debían de mediatizar la entrega a la diversión que implicaban las fiestas. Estas tenían siempre como cometido de fondo alejar a las personas por un tiempo de las penurias terrenas y crear felicidad en todo lo que pudiera estar al alcance de las gentes. Las fiestas eran por tanto una forma de distracción de los problemas de la vida, una forma de olvido transitorio necesario y una forma de disfrutar de la alegría. En este sentido, la Fiesta Mayor constituía un día de exaltación especial en el que cada curiel se sentía más que nunca del lugar donde vivía y disfrutaba de esa circunstancia, protagonizando en la patrona y en toda su exaltación religiosa, el sentimiento de pertenecer a una comunidad con el resto de sus vecinos curieles. Perderse la Fiesta Mayor era, fue y quizá lo sea en cierta medida todavía, algo que no se podía consentir un curiel. Solo cuando las posibilidades de diversión se han expandido tanto, son tan diversas y tan asequibles en el mundo actual en el que vivimos, la Fiesta ha perdido la intensidad que tuvo en otro tiempo. Ese sentimiento ha decaído en cierta forma, dejándose atrás en una parte importante de la población un entusiasmo que llenó los corazones de los curieles durante muchas

generaciones y con ello marcó hermosos episodios de su historia, como hemos visto e iremos viendo.

Todo se volcaba ya entonces hacia una fecha tan señalada y bien elegida como era el 15 de agosto, que ha llegado invariablemente hasta la actualidad. A lo largo del año había otras fiestas, cada una con un cometido, pero siempre fiestas, es decir, motivos para hacer de un día algo extraordinario que le diferenciara de los días comunes, que eran el resto. Había muchas fiestas, pero ninguna como el 15 de agosto. Se daban varias circunstancias para que ese día fuera el más grande. El primero, la honra a la patrona, la Virgen de los Remedios; la segunda que la cosecha de centeno y lino se había recogido y guardado bien; la tercera que los pastores que normalmente emigraban a Extremadura con sus rebaños o a cargo de los de otros estaban en pleno periodo de estancia en el territorio curiel, dedicados a estercolar las tierras labradas comiendo la rastrojera; y el cuarto, que era verano, hacía buen tiempo y eso anima a las gentes a divertirse. Con todo ello estaba garantizado que la Fiesta Mayor fuera algo tan importante en las vidas de los curieles. Además, había baile, lo había en un tiempo en el que precisamente el hecho de haberlo era algo excepcional, por tanto animaba a todo el mundo. Cuando hay baile hay alegría, cuando hay alegría los que la disfrutan más son los más jóvenes; la alegría atrae a propios y a los de las cercanías y en ese juego los curieles se acercaban a la posibilidad de encontrarse con otros jóvenes de los pueblos cercanos que acudían a La Fiesta, con las consecuencias que vemos reflejadas en las partidas de nacimientos, en las que se hace constar la procedencia de padres y abuelos. Los curieles se casaban a menudo con parejas femeninas o masculinas de Vallejera, Navacarros, Fuentebuena y Palomar Alto y Bajo, sobre todo y por ese orden, pero también con mozos y mozas de Candelario, Becedas, Medinilla, Béjar y La Hoya. Como es lógico, era con gentes de los alrededores donde podía darse una frecuente relación. No consta en ninguna parte, pero, con seguridad, la Fiesta Mayor hacía mucho por ello, como también que los mozos y mozas de Valdesangil acudieran a las fiestas de los pueblos cercanos, para finalizar en casamientos, en los que el pago del *pijardo* era obligado cuando la novia era curiela y el novio forastero, de esa manera el novio compensaba a los otros mozos del pueblo por llevarse a una posibilidad que en teoría les correspondía a ellos. Pero no solamente venían los jóvenes, también era costumbre que acudieran al día de La Fiesta como invitados, familiares o parientes de otros lugares con los que se quería compartir tanta alegría, para que luego correspondieran la invitación.

Un predicador venía a la Fiesta Mayor desde alguna parte de los alrededores pagado por la Cofradía de Sta. M^a de los Remedios. Esto era importante y le daba un carácter más extraordinario al día del que se trataba. El predicador significaba otra voz, otro discurso, otra temática distinta a la de todos los domingos, protagonizada por alguien cuya elocuencia era reconocida. Todo ello por sí mismo ya contribuía como un detalle más a que el día fuera algo diferente sobre todos los demás. Luego estaba la procesión por las calles del pueblo, con los cánticos de todos conocidos, con

la alegría de fondo emanada de las campanas y con el tamborilero, atado a su tambor y con su dulzaina en ristre tocando incansable en la plaza para que todos bailaran a su son, produciéndose el placer de la propia danza, pero también propiciando el necesario y emocionante contacto entre los mozos y las mozas, animados por la música, el vino y el ambiente festivo que hacía olvidar todas las penas que hubiera. Tal vez de este ambiente surgió aquel dicho: *Vamos a Valdesangil a beber leche migá y a tocar el tamboril*, que todavía se oye decir. Por la tarde, muchos años había toros en la plaza, cerrada para la ocasión. Desconocemos si tal cosa implicaba la presencia de torerillos ambulantes o era cosa de aficionados locales que encontraban en ese día el momento de exhibir sus pasiones toreras.

No sabemos cuántos días duraba la Fiesta Mayor en ese tiempo, si se quedaba en el propio día 15 de agosto o se extendía dos días más, como era en el siglo XX y es en la actualidad.

Pero además de la Fiesta Mayor había otras, aunque no tuvieran la misma relevancia. La *Fiesta Chica*, también llamada de *la bodas de la Virgen*, a finales de agosto o principios de septiembre, hacía *padrinos* a los curieles que querían inscribirse como tales para *la boda de la Virgen*, nombrándoles por el cura en esa condición en las misas de los domingos anteriores, cosa que les prestigiaba ante sus vecinos. Luego pagaban en consecuencia al cura el *ofrecijo* por asistir a la boda, que consistía en una cantidad en dinero o en especie procedente de la cosecha, como forma de dar gracias a Dios por ella.

La fiesta de San Antonio Abad también era importante, aunque el invierno seguramente le quitaba bastante impacto, por el frío, pero también porque no estaban todos los curieles, ya que una parte de ellos se encontraban por ese tiempo en Extremadura ejerciendo de pastores con sus ganados. San Antonio era, junto con la Virgen de los Remedios, el patrón del pueblo. Su fiesta coincidía con la curación de la matanza, cuando todo ello había salido ya de los riesgos del primer momento y de la posibilidad de que se estropeará, con lo que tal cosa podía implicar en la economía familiar y en el estómago de las familias.

Fiesta y no poca, eran también la bodas, en las que las novias acudían a la iglesia veladas al uso de la época, emocionadas por haber encontrado marido, un anhelo, una lucha y un empeño que se producía personal y familiarmente a poco que hubiera edad para ello. Una mujer soltera era un mal camino para la vida futura. Vivir bajo la protección y el amparo de un hombre era anhelo de toda mujer. Contados eran los casos de solterías en ambos sexos, más en la mujeres; había necesidad del apoyo económico y social que daba el matrimonio. Socialmente no resultaba buena la soltería; si no era evidente la causa, siempre resultaba sospechosa y daba que hablar. Desconocemos por ahora si las bodas, en su ceremonia religiosa, antes de la construcción de la parroquia, se celebraban en la iglesia bejarana de San Juan o tenían lugar en la ermita. Tal vez el cura de San Juan subiera a Valdesangil para officiar la ceremonia en la ermita, dadas las circunstancias. Pero si no era así o por lo menos si no lo era

siempre, podemos imaginar la fiesta que se produciría con todos sus detalles bajando la comitiva a Béjar a la boda, con los novios engalanados sobre alguna caballería y lo que sería luego el ascenso de nuevo al pueblo con el ánimo exaltado para continuar la fiesta allí. En este sentido el Camino de Béjar será siempre depositario mudo de miles de historias propias de cada tiempo. Hubo de generarse en el día a día todo un repertorio de costumbres y anécdotas que difícilmente podemos rescatar a falta de documentación.

4. EL SIGLO XIX

La noche del 24 de diciembre de 1799, cuando faltaban muy pocos días para terminar el siglo XVIII, mientras las familias en grupo acudían a la Misa del Gallo o Misa de Noche, desconocían que el siglo que enseguida iban a estrenar con el año nuevo iba a ser muy complejo, con sucesos, problemas de gran trascendencia y con muchos peligros, pero también con avances importantes que supusieron las bases del mundo moderno.

En medio de aquella escena llena de recogimiento e intimidad de la noche del 24, envuelta, cómo no, en el frío de diciembre, si es que no lo era además en la nieve, los curiales acudieron al toque de las campanas de su todavía nueva torre, después de una sencilla cena de Nochebuena. Se les puede imaginar sin mucho desatino acudiendo por familias desde cada hogar, provistos de faroles para alumbrarse en las calles embarradas, abrigados unos con capas y otros con mantas, entrando en la iglesia iluminada con grandes cirios para celebrar la noche tan especial que era siempre. A las misas del gallo, como a las noches de Nochebuena, desde ya hacía mucho tiempo no asistían todos los curiales porque una parte de ellos estaban en Extremadura trabajando como pastores trashumantes durante todo el invierno y venir para Navidad dejando el rebaño a su suerte, no era posible. A aquella misa de 1799 irían los labradores, los jornaleros que trabajaban para ellos y sobre todo, mujeres con sus hijos pequeños, todos menos los pastores desplazados. Los pobres pastores es posible que no tuvieran nada que celebrar ni sitio al que asistir a misa esa noche, cobijados y malviviendo en chozas en medio del campo extremeño en el que pastaban sus ganados. Pero seguramente se acordarían como nunca de sus familias.

Es cierto que no eran tiempos para detenerse en muchos detalles, pero por poca cultura que hubiera, la incertidumbre por lo venidero hubo de desatarse en la mente de muchos a propósito de la fecha y del cambio de siglo. Nadie había vivido tanto como para tener una perspectiva de cien años atrás. Aunque no fuera mucho lo que supieran de su propia historia y lo conocido fuera por la tradición oral oída de unos a otros, ya que la gran mayoría no sabían ni leer ni escribir, sabrían que en el siglo que abandonaban, los núcleos de familias dispersas que dos siglos atrás habitaron aquel valle, habían logrado ya conformar un pueblo. Un pueblo con una iglesia de torre

sobresaliente, referencia y estandarte del casco urbano, con su campo cultivado y de pasto, con su organización administrativa dependiente de Béjar y una organización interna que le hacía funcionar.

Así, la noche del 31 de diciembre de 1799, reinando un rey llamado Carlos IV al que los curieles conocían, como a todos los anteriores, solo por su efigie en las monedas, pasaron al siglo siguiente, en el que les aguardaban grandes acontecimientos de los que tuvieron que tomar parte necesariamente, tales como guerras, revoluciones, sequías y bastantes penurias. Pero la noche de Nochebuena y la de fin de año, como todas las noches de fiesta y celebración, seguramente los curieles vivieron ajenos a cualquier pregunta pesimista que les empañara la felicidad y el optimismo que representan las celebraciones.

Efectivamente, nadie sabía todo lo que iba a suceder en el siglo XIX. Nadie tampoco esperaba vivirlo en su totalidad, teniendo en cuenta que pasar de medio siglo de vida en ese tiempo ya era mucho y solo para algunos privilegiados con buena salud y convenientemente bien alimentados. Estaban acostumbrados a una vida con incesantes peligros, preocupaciones y penurias, pero desconocían todavía en aquel momento que iban a vivir varias guerras, dos de ellas civiles, varios golpes de estado, una guerra contra el invasor francés y otras varias en el exterior, terminando finalmente en algunas de ellas con lo que había sido el imperio colonial español, de tanta importancia y riqueza cuatro siglos atrás, que ahora se les quedaría en nada. Habría grandes epidemias, revoluciones que significarían avances y modernizaciones en la forma de pensar, vivir y verlo todo, habría una gran inestabilidad política que no dejaría tranquilo a nadie... Puede decirse que no se vivió tranquilo nunca en el siglo XIX, nada que ver con los tiempos que se han vivido en España para la gran mayoría de los lectores de este libro. Un tiempo, pues, por completo distinto de lo que hoy vivimos y disfrutamos, de ahí que debamos conocerlo, pensarlo y archivarlo en nuestra memoria con interés y atención.

Los curieles participarían de todo ello directa e indirectamente dependiendo de los casos. Al ser un núcleo rural podemos pensar que la mayoría de los acontecimientos les llegaban en diferido. Nuestra televisión, nuestra radio, nuestros periódicos o nuestro internet que nos informa de todo a la hora o al minuto, en ese tiempo estaban muy lejos, eran algo impensable e increíble. Solo la prensa lo hacía y eso fue cuando ya estaba avanzado el siglo y a través de la cercanía a Béjar se sabían por ese medio los acontecimientos. Antes de eso las noticias llegaban a caballo o por diligencia, con verdad o en forma de rumores que provocaban inquietud, de tal manera que cuando querían saberlo en los lugares alejados de la noticia, que solía ser la capital de España o alguna de las otras ciudades importantes, ya podía ser otra la situación, o se había terminado o había empeorado aún más. De muchos acontecimientos pudieron enterarse con gran retraso en Valdesangil. Pero así era la vida entonces y hay que decir que a pesar de todas las vicisitudes que se atravesaron, fue en este siglo en el que se produjeron muchos de los avances que serían el embrión de los que luego darían en el siglo XX la modernidad que hoy se disfruta.

Para exponer este tiempo lo distribuiremos en tres partes fundamentales: en la primera situaremos el marco general que afectó a Valdesangil como parte de España, con sus vicisitudes políticas, sus avances y sus conflictos bélicos. Posteriormente se expondrá la situación administrativa de Valdesangil con respecto al territorio al que pertenecía, puesto que de ese funcionamiento dependía por completo. En tercer lugar, hablaremos del funcionamiento interno de la tierra de los curiales, de su población, de su urbanismo, de las profesiones, los nombres y las circunstancias que se vivieron enmarcadas en el marco político nacional y administrativo local.

4.1. LOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS

4.1.1. *La Guerra de la Independencia y sus consecuencias*

El siglo XIX empezó en toda España con perspectivas poco buenas. El coste de la vida era muy alto y la climatología adversa; lo era con frecuencia, lo cual en tiempos con economías tan delicadas provocaba desastres de distinta consideración. Es cierto que ese alto coste de la vida se evidenciaba más en las ciudades, puesto que en los núcleos rurales había formas alternativas de subsistir, pero aun así la situación no era fácil en el campo. Y para colmo, a poco de comenzar el siglo, en 1808, los ejércitos de Napoleón comenzaron a invadir la Península Ibérica, provocando lo que se ha llamado Guerra de la Independencia.

El recién inaugurado rey de España, el borbón Fernando VII, fue llevado a Francia por Napoleón con la voluntad de colocar en el trono a su hermano José Bonaparte, conocido después por *Pepe Botella*. Esto provocó una enorme inquietud en el país, sobre todo cuando las tropas nacionales, aliadas con las inglesas para lo mismo, no parecían dispuestas a tolerar la invasión y la sustitución a conveniencia de su rey. No lo querían por tratarse de la invasión de su territorio y también por atenuar la influencia de Napoleón, que pretendía hacerse dueño de Europa y de paso extender los logros de la Revolución francesa, algo que no cuadraba con una parte de la mentalidad española y, sobre todo, de las clases aristocráticas dirigentes, que veían amenazado su poder y privilegios de muchos siglos. Lo más importante para la población, al menos en principio, era que un ejército invasor estaba tomando España, y de invasiones así nadie se fiaba.

La invasión comenzó sigilosamente desde Portugal el día 22 de diciembre de 1807. Poco después, tuvo lugar la movilización del ejército español ayudado por el de Inglaterra y el portugués. Comenzaba un conflicto que iba a durar nada menos que 6 años, con lo que ello supone de coste en todos los sentidos para la población de un país, que a esas alturas no se caracterizaba por su riqueza.

El 6 de junio de 1808 se recibía en el Ayuntamiento de Béjar un escrito procedente de Salamanca para que se hiciera un alistamiento de todos los mozos del

Concejo de Béjar entre 16 y 40 años que fueran solteros y no estuvieran enfermos, ni tuvieran defectos físicos²⁹. Un mensajero fue llevando la orden de movilización pueblo por pueblo para que el alcalde correspondiente firmara dándose por enterado y procediera al recuento. La orden fue para todos los pueblos que formaban el Concejo de Béjar y su Tierra bajo el mando de la duquesa, que ante los problemas que se avecinaban se había trasladado a vivir a Cádiz. Algunos de los pueblos que formaban la jurisdicción bajo el mando de los duques de Béjar eran Medinilla, Fresnedoso, Sorihuela, Santibáñez, Navacarros, Candelario, Puerto, Valverde, Naval moral, Hervás, Aldeanueva... etc. Naturalmente estaba Valdesangil dentro de todo ello, en cuanto que era una parte de Béjar. Sin mucho riesgo a equivocarnos podemos imaginar aquel momento de la llegada del correo desde Béjar, con un hombre o dos a lomos de caballos, preguntando por la casa del alcalde y temiendo la gente, por la cara de los emisarios y porque sabían lo que significaban estas cosas, que traía noticias poco halagüeñas para los curiales. Lo que siguió después fue la reunión en la Casa Concejo de la Junta Administrativa de Valdesangil, presidida por el alcalde pedáneo y con el cura párroco don Manuel Hernández Caballero, puesto que en ese tiempo intervenían los curas en lo político. Se reunieron con el fin de organizar el recuento de los mozos que iban a verse afectados por la movilización. Acto seguido, con la lista correspondiente, que seguramente escribió el cura, el único que sabría escribir de todos ellos, irían casa por casa notificándolo a los afectados. De haber sucedido esto en el invierno muchos mozos hubieran estado ausentes con los ganados en Extremadura, pero como era junio ya habían vuelto y sus ganados pastaban en los montes y los rastrojos de Valdesangil, razón por la que tenían que ponerse a las órdenes del encargado de la leva en el Ayuntamiento de Béjar, donde se iban a centralizar todos los alistados.

La movilización significaba que una parte de la población de un lugar que vivía del campo, como era Valdesangil y que era precisamente la mano de obra más productiva al estar en la edad de la plenitud de fuerzas, tenía que dejar el trabajo del que vivían las familias para integrarse en el ejército. Los recursos eran muy limitados por sí mismos, como para, además, sufrir la ausencia de algunos de sus más valiosos elementos. A la tremenda congoja del propio hecho de la guerra con todo lo que suele traer aparejado, se unía desde ese momento el presagio fundado de la carestía para ganarse la vida. Si no se producía o no se obtenía dinero trabajando, la comida no llegaba. Con todo ese panorama Valdesangil se aproximaba al verano de 1808, en plena época en la que se precisaba mano de obra para la recolección del grano. No sería la única movilización de jóvenes que se dio contra la invasión francesa, puesto que, en marzo de 1809, ante el avance francés y ocupada ya Salamanca, con un

²⁹ Una buena parte de los datos que aquí se exponen proceden de las publicaciones de RODRÍGUEZ BRUNO, G. E., 1993 y MARTÍN RODRIGO, R., 2013, así como de la revisión propia de las Actas Municipales del Ayuntamiento de Béjar, en el Archivo Municipal de Béjar.

destacamento de tropas españolas atrincherado en Baños de Montemayor, se pidió un nuevo alistamiento en esta ocasión de los que hubieran cumplido entre 17 y 50 años e incluso los que padecieran algún defecto físico y hubieran quedado exentos del alistamiento anterior. Este hecho de la ausencia de un número importante de varones, condicionaría la vida de Valdesangil durante todo el tiempo que duró la guerra, que fue hasta septiembre de 1813.

El hecho de haber un invasor avanzando provocó una preocupación constante a los habitantes de la zona. En un tiempo en el que no había las comunicaciones que hay hoy y las noticias se llevaban de un lugar a otro mediante mensajeros a lomos de caballerías, entre noticia y noticia real debían de aparecer rumores que contribuían a crear mayor incertidumbre y congoja en las poblaciones. En momentos así había espías que observaban la situación y traían noticias de unos sitios a otros para que la población estuviera preparada y las autoridades tomaran las medidas oportunas con objeto de evitar perjuicios. Podemos imaginar que se ocultó grano, dinero y todo tipo de bienes en previsión de los saqueos que solían tener lugar en estos casos. El centro de recepción de las noticias era Béjar y de allí subirían a Valdesangil a través de los curieles que hubieran tenido que ir para alguna gestión, venta o al mercado de ganado que se celebraba los jueves y los domingos.

Durante bastante tiempo estuvieron llegando noticias inciertas sobre la aproximación del ejército francés. La posición geográfica de toda esta zona en la estrategia de la guerra no fue beneficiosa para todos los pueblos que integraban el Concejo de Béjar y su Tierra. Por otra parte, la proximidad a la vía natural de comunicación, que era la Calzada de la Plata y que atravesaba el valle de Sangusín de arriba abajo, irrumpiendo desde La Calzada de Béjar, hacía que fuera objeto de atención especial para las tropas de uno y otro bando por una cuestión estratégica. La Calzada de la Plata seguía siendo una de las principales «autopistas» de su tiempo, en una época en la que todo se hacía a pie, a caballo o como mucho, con diligencias. Todas estas circunstancias y las que se fueron dando con el paso de los meses y de los años que duró la contienda, hicieron que Béjar y su entorno padecieran los efectos de la guerra de una forma muy particular. No solo fue el coste en vidas que hubieron de darse, con lo que ello repercutió emocionalmente en la población, fue también el coste económico que empobreció sensiblemente a toda la zona, de por sí poco afortunada en lo que a vivir del campo significaba, como era el caso de Valdesangil.

Aunque no se dieron incidentes propiamente bélicos, la guerra afectó notablemente a Béjar y a su entorno inmediato. Como ya hemos señalado, la posición geográfica al lado de una vía de comunicación tan importante, a medida que se iban desarrollando los acontecimientos, hizo que tanto las tropas nacionales como sus enemigas las francesas estuvieran, unas veces unas y luego las otras, en Béjar y sus inmediaciones controlando el paso en la zona de Puerto de Béjar y Baños de Montemayor, por donde transcurría el camino y era más fácil atacar. Cuando esto sucedía, las estancias de

unos y de otros llevaban aparejado un coste en alimentos, dinero, telas y animales que rompían el equilibrio económico de la zona, provocando grandes quebrantos de la vida cotidiana. Naturalmente, la presencia de las tropas españolas era mejor recibida que la de las francesas, que estuvieron en varias ocasiones: la primera en el mes de julio de 1809, después en febrero y julio de 1811, para volver de nuevo en marzo y en abril-mayo de 1812, en esta ocasión con 3.000 soldados que había que alimentar con las provisiones de la zona y en muchos casos uniformar con los paños procedentes de las fábricas de Béjar. La primera de todas las veces citadas, concretamente el 28 de julio de 1809, llegaron persiguiendo a un batallón de tiradores que les habían salido al paso en la zona de Puerto de Béjar y que se habían refugiado en retirada en la propia Béjar. Ya que estaban y las circunstancias eran las que eran, aprovecharon para saquear algunas casas de Béjar y quemar algunas fábricas, además de cometer algunas otras tropelías y matar a algunas personas incómodas. Las crónicas cuentan que no solo saquearon casas en Béjar sino también en algunos pueblos de los alrededores, como Navalmoral de Béjar, de donde se llevaron dos cálices de la iglesia. No hay datos sobre si Valdesangil se vio afectado por tales actos. La proximidad a Béjar hace temerlo, aunque no queda en la conciencia de la gente, transmitida de generación a generación, memoria de algo notable en este sentido, ni tampoco en documentos.

Tanto si eran franceses como si eran españoles, cada vez que estaban cerca mandaban al Ayuntamiento de Béjar un requerimiento exigiendo paños, trigo, tocino, vino o caballerías y carros para el transporte. A nada de todo ello se podían negar. Solo cuando las peticiones fueron sumándose a lo largo del tiempo que duró la guerra, a lo más que se llegó es a la protesta, que no tuvo prácticamente en ningún caso consecuencia alguna para la rebaja de lo que tanto el ejército español, como el francés por su parte, demandaban. El Ayuntamiento de Béjar canalizaba la petición, haciéndolo llegar a todos los pueblos pertenecientes entonces a su Concejo, y organizando *el reparto* que suponía la obligada contribución según el número de vecinos. En cada entrega de lo exigido, el Ayuntamiento de Béjar recibía del ejército un documento acreditativo en forma de deuda, una especie de pagaré que garantizaba el reembolso por las arcas del Estado al prestamista. Pero en un primer momento debía adelantar el dinero el propio Ayuntamiento de Béjar, pagando enseguida cada ayuntamiento local, como el de Valdesangil, lo que sus vecinos habían entregado según les correspondiera. Es decir, en estos casos el Concejo de Béjar recaudaba de cada uno de los pueblos que constituían su tierra, puesto que a quien se lo demandaban eran a ellos como cabeza del Concejo. No hace falta decir que Valdesangil no quedó al margen de nada, porque todos estaban obligados a contribuir proporcionalmente, ya que lo que uno no contribuyera, caía sobre las espaldas de los demás. Era cosa de todos según sus posibilidades.

Los curieles podían aportar cereal, tocino, vino y caballerías. No fue fácil entregar lo que tanta falta les hacía para comer, para comerciar o para garantizar el trabajo campesino, en este caso cuando se trataba de animales para sacrificio, bestias y carros,

que como hemos dicho se exigieron también. Se le encargaba al alcalde, bajo su responsabilidad y con ayuda de un perito, organizar *el reparto* entre los vecinos según lo que tuviera cada uno. Y lo harían sin duda no sin grandes problemas, ya que muchos vecinos procurarían esconder sus cosechas o recurrir a la picaresca para no entregar lo que tanta falta les hacía para sí. Sin duda no fue un buen momento para los representantes de la Junta Administrativa. Pero la responsabilidad en lo veraz de lo que cada vecino debía aportar recaía en el alcalde, por lo que seguramente tuvieron que actuar lo más ajustado a la verdad posible. También en algunos casos hubo que inventar impuestos extraordinarios para hacer frente a las sumas que demandaban unos y otros. A las de los nacionales tenían un cierto derecho a réplica, a protestar o a argumentar que ya no podían con tanta carga, pero con los franceses no, estaban siempre bajo la amenaza de volver y tomarse la requisa por su cuenta casa por casa, cosa que atemorizaba a la población como parece lógico.

Una de aquellas requisas ordenadas por los franceses fue la de finales de octubre de 1811. El documento publicado por G. E. Rodríguez Bruno³⁰ por el que el Ayuntamiento de Béjar organiza lo que debe pagar cada pueblo de su jurisdicción, sirve para ilustrar sobre la situación. Se citan en el documento 76 vecinos a cotizar en ese momento, pero no sabemos si eran todos los vecinos que había en Valdesangil o simplemente los que podían aportar poco o mucho. Sin duda había más vecinos, pero no tendrían nada con lo que contribuir, serían los jornaleros que vivían al día dependiendo de si había algún trabajo o no. A los 76 que se citan en el documento les correspondió aportar 19.241 reales, además de 67 fanegas de trigo y 202 de cebada. No era poca cosa teniendo en cuenta que las peticiones de dinero, de grano, tocino y vino fueron frecuentes, normalmente cuando ya se había producido la recolección de las cosechas. En Béjar, además, se exigían paños para vestir a los ejércitos, por lo que era preciso aumentar la producción. En este sentido la Guerra de la Independencia, puede que enriqueciera a algunos fabricantes de paños, pero arruinó a la generalidad de los habitantes de la Tierra de Béjar.

Durante el tiempo que duró la guerra, que ascendió nada menos que a 6 años, las penurias y el empobrecimiento debieron de ser grandes. Las muertes provocadas por la guerra, perder alimentos necesarios para el autoconsumo, además de animales que servían para el trabajo en el campo, estar sometidos a más impuestos y soportar los desmanes de las tropas francesas cuando quisieron tomarse la justicia por su mano ante algún incidente, debieron de provocar años muy difíciles, tanto durante la guerra como después de ella. Además, la situación se vio agravada por la climatología muy desfavorable, con inviernos muy fríos, como el de 1812-13 o el posterior de 1816, con fuertes nevadas que afectaron a las cosechas. Producto de todo ello fueron años de hambre y penurias en los que se citan robos y gentes deambulando de unos sitios a otros en busca de trabajo o comida.

³⁰ RODRÍGUEZ BRUNO, G. E., 1993, pág. 293.

4.1.2. *El fin de la guerra y la llegada de un tiempo convulso*

No había terminado la guerra aún, pero iba pintando bien para los nacionales y mal para los franceses, cuando sucedió algo muy importante: el 22 de julio de 1812 se había librado la batalla de Los Arapiles en las inmediaciones de Salamanca, con resultado favorable para el ejército anglo-español, huyendo a Francia como consecuencia de ello el rey nombrado por Napoleón, José Bonaparte I, su hermano. A partir de esto el Gobierno de los nacionales, que tenía su sede en Cádiz, redactó la primera Constitución Española de la historia, que se ha dado en llamar *La Pepa* porque fue promulgada el día de San José de 1812. Pero como en ese tiempo las comunicaciones eran las que eran, con el agravante de la situación bélica, a Béjar no llegó la tal Constitución hasta el 9 de agosto de ese año de 1812.

Aquella Constitución no era cualquier cosa. Los avances que se habían dado en Europa desde la Revolución francesa llegaban por fin aquí. Eso significaba un gran avance en unas sociedades gastadas por la continuidad de las estructuras y formas políticas y sociales a lo largo del tiempo, que reclamaban a esas alturas un cambio. Hasta ese momento Béjar y su tierra eran una propiedad particular del duque de Béjar. Desde muchos siglos atrás venía siendo así. El duque gobernaba a su antojo, disponiendo quién administraba todo y quién no, pero siempre en su beneficio. Todos los que vivían en su territorio eran vasallos del duque. La nueva Constitución abolía ese sistema y si bien no era tan evolucionado como el sistema constitucional que disfrutamos hoy, significó un notable avance respecto a lo que había imperado tanto tiempo. Los que mandaban u organizaban estaban encumbrados en ese sistema simplemente por asuntos de su sangre noble heredada de unos a otros, a la cual no se podía aspirar si no se había nacido aristócrata. Todo lo más, había algunos con una excelente posición económica y social, aun sin ser nobles, que por trabajar para ellos y ser sus administradores y su gente de confianza, gozaban de oportunidades que no eran extensibles a la mayoría de la población. Con la nueva constitución todo ese privilegio que daba la sangre noble quedaba abolido; ahora eso ya no valía como forma de poder, el poder y el mando estarían desde ese momento en función de la posición económica de cada cual. Tanto se tenía, tanto se valía y con ello tanta influencia había. No era justo, pero significaba un adelanto respecto a lo anterior. Además, la nueva constitución instauraba algo que no había habido hasta ese momento: el sufragio censitario. Es decir, los acuerdos se tomaban votando, aunque es cierto que no tenían acceso al voto todos los ciudadanos o vecinos, sino solo los que poseían un determinado número de bienes, que eran muy pocos, por tanto, la gente corriente, que era la gran mayoría, no elegían ni votaban. Naturalmente las mujeres quedaban aparte, les faltaban más de cien años para tener en ese aspecto los mismos derechos de voto que los hombres, fueran pudientes o no.

Hasta la Constitución de 1812 los alcaldes y responsables de la administración de Béjar y su Tierra habían sido designados por los duques. Nada se hacía sin pasar por

ellos. Pero a partir de ese momento quedaban abolidos muchos de los privilegios de los duques de Béjar sobre su territorio y por tanto era Béjar en sí quien iba a nombrar, con la Constitución como base de la norma, a los integrantes del Ayuntamiento de Valdesangil, previa elección en el propio Valdesangil de candidatos. Como más adelante veremos, la designación por parte de Béjar del equipo de Gobierno en el Ayuntamiento curiel partía de elegir entre las propuestas que habían salido de la junta celebrada con el párroco como rector, sin que fuera ya sancionada por los duques. Sin duda se daba un paso adelante, por más que faltara mucho para ser una elección democrática como la entendemos hoy.

La promulgación de la Constitución de 1812 fue acogida con entusiasmo por buena parte de las gentes que componían la Tierra de Béjar, aunque es de imaginar que no por la totalidad. Lo nuevo normalmente asusta al que tiene la vida presente bien organizada, con éxito y posición, y anima a los que no tienen nada que perder con el cambio. La Constitución significaba un importante avance en la forma de organizarse la vida. No solo se abolían los señoríos como el que había gobernado a la zona por parte de los duques, sino que además establecía una serie de derechos para los ciudadanos que antes no existían, como la soberanía en la nación, la limitación de poderes del rey, el derecho a la propiedad, el de votar (aunque solo para los hombres), la libertad de industria... etc.

La Constitución llegó a Béjar con los calores del 1 de agosto de 1812. Al consistorio se le presentó el día 9 de ese mismo mes. El día 10 de agosto se citó a los vecinos de Béjar y de los pueblos cercanos que pertenecían a ella, como Valdesangil y Fuentebuena, en la Plaza Mayor para que se hiciera fiesta de regocijo y celebración. No sabemos cuántos asistieron de Valdesangil, pero podemos imaginar a los más concienciados apresurándose a bajar a Béjar ese día por el camino habitual, unos montados en burros y otros a pie dispuestos a conocer lo que era una esperanza en las formas para mejorar la vida. Las crónicas cuentan el ambiente festivo, que se prolongó toda la tarde en Béjar con toques de campanas y fiesta en general, aderezada con vino, como no podía ser de otra manera. Al día siguiente, en un tablado hecho en la Plaza Mayor de Béjar fue leída la Constitución para todos los asistentes, de forma que el pueblo conociera su contenido y estableciera las diferencias favorables con el pasado. Allí estarían también los curieles como parte del lugar.

Se acordó por parte del Ayuntamiento de Béjar que el 15 de agosto de aquel 1812, sábado, en todas las parroquias de Béjar y en las de Valdesangil y Fuentebuena se publicara la Constitución y se la jurara por parte de los habitantes tras misa solemne. En Valdesangil la solemnidad ya venía dada por el hecho de que ese mismo día era el de su Fiesta Mayor, pero lo era aún más con los actos en honor a la Constitución, actos a los que asistió un representante del Ayuntamiento de Béjar, nada menos que el regidor D. Alfonso Antonio Rodríguez. Además de todo, se presagiaba el fin de la guerra y la victoria, cosa que subía la moral aún más e inyectaba alegría a la fiesta.

Pero no duraría mucho la alegría constitucional, porque tras la firma del tratado de Valençai el 11 de septiembre de 1813 que ponía fin a la guerra con la derrota francesa y la retirada de sus tropas, el rey español Fernando VII, secuestrado en Francia por Napoleón, regresaba y una de sus primeras medidas fue la de anular la Constitución de 1812, que tanto júbilo había provocado en buena parte de la población. Este rey, uno de los peores de la historia reciente de España junto con su hija Isabel II, miraría siempre más por sus intereses que por lo que las gentes y los tiempos demandaban. Con la anulación de la Constitución, en la Tierra de Béjar se volvía al sistema anterior volviendo todo a estar bajo el dominio de los duques de Béjar. Esa tónica de avances y retrocesos sería la dominante durante los siguientes 56 años, en los que la inestabilidad política de España hacía que alternaran años de avances con los Gobiernos liberales y años de retroceso de aquellos avances, con Gobiernos absolutistas conservadores. Y todo ello, además, envuelto en varios golpes de estado y guerras civiles, como las llamadas Guerras Carlistas, que tuvieron lugar, la primera entre 1833 y 1839, la segunda entre 1846 y 1849 y una tercera, ya más tardía, entre 1872 y 1876, enfrentando en esencia a los liberales, como partidarios de los avances políticos hacia lo más democrático, contra los conservadores, menos partidarios de los avances sociales y políticos.

Todo ese tiempo lleno de convulsiones políticas, en el que la tranquilidad brillaba por su ausencia, no sabemos bien cómo se vivió en Valdesangil, tan próximo a Béjar, en donde las cosas no estaban nunca calmadas. No lo estaban en toda España y en Béjar tampoco lo podían estar, siendo como era una ciudad industrial en la que los trabajadores de las fábricas habían tomado conciencia de su clase social proletaria, demandando mejoras en el trabajo frente a los dueños de la producción. No pudo ser contagiado el mismo ambiente exactamente a Valdesangil, porque Valdesangil seguía siendo un núcleo rural que vivía del campo con todas sus consecuencias, aunque la cantidad de jornaleros que había, cada vez más a medida que avanzaba el siglo, debía de ser un caldo de cultivo adecuado para el fomento de las ideas liberales.

4.1.3. *La Revolución de 1868 y la participación del curiel Vicentillo*

Las grandes revueltas políticas han llegado siempre por el descontento popular ante una situación que se hace insostenible. Eso fue lo que sucedió en 1868. Los problemas venían de atrás y se iban incrementando con una gran crisis política y social en el reinado de Isabel II, acompañada además por otros factores como las epidemias de cólera en 1854 y 1856. El Estado padecía una gran crisis financiera, a la que se unía la crisis de las empresas por el encarecimiento de las materias primas. En el campo, la crisis agraria no era menor debida a la falta de evolución de las técnicas de producción, unido a las malas cosechas y sequías que se dieron en particular en 1866 y 1867, originando carestía, alza en los precios de lo básico y como consecuencia de

todo, hambre, porque el hambre era en lo que derivaba cualquier crisis. Ello provocó pobreza e incrementó la penuria de las clases bajas, siempre perjudicadas como nadie en estas situaciones. Cuando esa pobreza empieza a generalizarse y son muchos los que se encuentran en la misma situación, lo que demandan son cambios que les garanticen como mínimo lo básico. Por otro lado, la crisis industrial se manifestaba aún más dura en el sector textil, del que vivía mucho Béjar.

Toda esta situación va a ir provocando un descontento social que cala cada vez más en la conciencia general, demandando soluciones. Van a empezar a proliferar nuevos partidos políticos que ofrecen soluciones en un clima político de enfrentamiento, pero chocan con la oposición de otros de distinta mentalidad, muchas veces buscando que nada cambie para que permanezca lo que les beneficia. Las sospechas de corrupción en la misma reina y su gente extendían la idea de apartarla del poder. Liberales y conservadores estarán continuamente enfrentados provocando un ambiente que no favorecía la estabilidad; mientras tanto el pueblo vive cada vez más en la penuria económica.

En Béjar, por ser ciudad con muchos obreros, había prendido firmemente la ideología liberal. Cuando llegaron los cruciales hechos de 1868 ya contaba con experiencia revolucionaria del lado de los liberales³¹. En 1840 y 1854 había secundado pronunciamientos liberales. En 1867 el ambiente andaba muy caldeado, por lo que encarcelaron a algunos revolucionarios que fueron liberados mediante la fuerza por un grupo de bejaranos, provocando que llegara a la villa una columna de soldados para poner orden. Pero no lo lograron, al contrario, fueron desarmados por la población levantada, lo que provocó la llegada a la ciudad de un contingente mayor de soldados gubernamentales, contra los que Béjar ya no quiso enfrentarse porque tenía militarmente las de perder.

Cuando el 17 de septiembre de 1868 se produjo el alzamiento de Cádiz, movido por liberales, demócratas y unionistas, había comenzado la revolución que se ha llamado La Gloriosa y que terminaría con el abandono de España de la reina Isabel II. Béjar jugó un importante papel, sumándose desde el primer momento a los revolucionarios que suplantaron al alcalde nombrado por el Gobierno de Madrid, constituyendo una junta revolucionaria que iba a gobernar la ciudad. Es muy probable que Valdesangil siguiera los mismos pasos. Por ese tiempo había muchos jornaleros que vivían a expensas de lo que les contrataban los labradores y eso, sin duda, hubo de constituir un caldo de cultivo para que las nuevas ideas liberales calaran en todos, ya fueran los de la villa como los de los pueblos cercanos. Que por lo menos un joven de Valdesangil participó en la revolución de 1868 en Béjar, lo dice la muerte de un curiel en los incidentes que luego comentaremos.

Esto fue en resumen lo que sucedió en aquellos días de septiembre revolucionarios en Béjar y su comarca. Se constituye en Béjar una milicia armada por los

³¹ AVILÉS AMAT, A., 2011.

revolucionarios que vigilan en el puerto de Vallejera la llegada de tropas gubernamentales contra los bejaranos sublevados. Al frente de la milicia estaba un polaco liberal llamado Fronskey, experto en organización militar, que sería una de las cabezas visibles de la rebelión. Béjar se movilizó a favor del liberalismo organizando una defensa popular a base de utilizar todo lo útil para combatir a los 1.500 soldados que venían de camino. Se construyeron cañones artesanalmente, se recogieron todas las armas posibles y como mínimo, 300 hombres se pusieron a disposición de la defensa de la villa. Ante lo que se avecinaba, muchas familias huyeron a refugiarse a los pueblos vecinos. Valdesangil seguramente tuvo que acoger a gente, como sabemos que ante los incidentes del año siguiente acogió también a alguna familia temerosa de su suerte. Las fotos de esos días muestran a los bejaranos parapetados detrás de la muralla en la Puerta de la Villa, hasta donde esta llegaba en ese momento. También en otras imágenes al lado de las armas.

Llegados los 1.500 soldados a Béjar, se produjeron incidentes muy graves en La Corredera provocando la muerte de entre 26 y 28 personas, así como saqueos en las casas de la zona. Allí debía estar un joven curiel llamado Vicentillo³², porque las crónicas dicen que le llevaron ya muerto en la jornada más trágica al hospital que se había organizado en el convento de San Francisco para lo que pudiera pasar. Le llaman las crónicas así, Vicentillo, pero su nombre oficial era Vicente Sánchez *Plorijo* Garay, tenía 18 años y había nacido el 30 de enero de 1810, siendo sus padres, según consta en el acta de nacimiento, el labrador Ángel Sánchez *Plorijo* Martín *Manjarres* y Fermina Garay Chapa. Como ya hemos dicho en capítulos anteriores, *Plorijo* o *Manjarres* no eran apellidos propiamente, sino vulgos o sobrenombres que se aplicaban a familias, significando el clan familiar al que pertenecían. Ese trágico día del 28 de septiembre de 1868, era de mercado y el sitio donde se celebraba o uno de ellos, era La Corredera. No sabemos si la carga del ejército fue contra todo lo que había allí, si hubo enfrentamiento de algún tipo entre los revolucionarios o si Vicentillo, como es más probable, en realidad era un revolucionario liberal, dada su juventud, que había ido a sumarse a los que deseaban un cambio. Sabemos que él estaba allí, porque murió, pero de no haber muerto hoy desconoceríamos que hubo un curiel en aquellos sucesos. Seguramente había muchos más, pero tuvieron mejor suerte que el pobre Vicentillo, al que imaginamos físicamente por esa forma de nombrarle, un muchacho menudo. Finalmente, el ejército se retiró sin victoria, pero también sin derrota, con los bejaranos parapetados detrás de sus murallas dispuestos a resistir.

En otros puntos de España se dio algo parecido, lo cual ponía contra la pared a la reina. Finalmente, el mismo 28 de septiembre, la batalla de Alcolea entre las tropas gubernamentales y las de la rebelión liberal provocó que la reina Isabel II dejara el trono, inaugurándose una etapa nueva en la que el triunfo de las ideas liberales

³² Este dato se debe a las investigaciones de Ignacio Coll Tellechea, a quien agradezco su comunicación.

buscarían cambiar España. La actuación de los bejaranos le valdría a la ciudad desde el Gobierno de Madrid el título de Liberal y Heroica, conmemorándose todo, además, con el nombre de una calle: calle de la Libertad, que ha sobrevivido incluso a los tiempos en los que esa palabra era un símbolo prohibido por razones obvias. Gracias a todo aquello, entre otras cosas, los españoles y con ello los curieles, consiguieron un avance democrático importante, como fue que los hombres mayores de 25 años pudieran votar, ahora ya y por primera vez, sin atender a su nivel económico, a su formación o a que supieran o no leer y escribir. Para las mujeres quedaba aún mucho tiempo, de momento ese tipo de avances eran solo para los hombres.

Lo que vino a continuación no mejoró la situación de conflicto político permanente, ni en Béjar ni en España, por lo que las expectativas de aquella ilusionada revolución no se confirmaron. Hubo la regencia de un militar, en tanto se buscaba por Europa alguien que quisiera ser rey de España. Se encontró ese rey en Amadeo I de Saboya, pero solo duró dos años, proclamándose con ello a continuación la I República. En Béjar en ese tiempo hubo de nuevo incidentes graves. La ciudad y su entorno le habían tomado el pulso al descontento y no se conformaban. Los impopulares impuestos sobre las sustancias básicas y el deseo de eliminación de las quintas, que tenían a los mozos fuera de la producción varios años, no conformaba al pueblo, con lo cual había incidentes frecuentes. Así, en los sucesos de septiembre-octubre de 1869 el descontento popular provocó, entre otros hechos, la retención del gobernador civil de la provincia y del alcalde de Béjar³³ durante unas horas por parte de la Junta Revolucionaria. Estos incidentes debieron de suponer de nuevo la huida de gente bejarana a los pueblos vecinos, entre ellos Valdesangil, donde tendrían familia o conocidos. Un acta de bautismo registrada en la parroquia de Valdesangil lo refleja: el día 13 de octubre de 1869 el cura de Valdesangil bautiza a un niño de nombre Saturnino Hernández Parra, cuyos padres, Ignacio y Benita, vivían en Béjar, pero se habían trasladado a Valdesangil *con motivo de la revolución*. El niño había nacido en Béjar el día 2 de ese mismo mes y atemorizados por los acontecimientos que se estaban produciendo en Béjar, sus padres y él se habían refugiado en Valdesangil, sin bautizar al recién nacido. Allí, instalados en casa de algún familiar, viendo que el nacido corría peligro de muerte, acuden al cura del pueblo, Vicente García Domínguez, diciéndole que no lo habían bautizado por lo que estaba sucediendo. Seguramente era conocido de los dos pastores y un labrador, todos curieles, que actúan como testigos, siendo la madrina una viuda de Béjar que se encontraba también en Valdesangil en ese momento y que posiblemente había acudido a refugiarse allí ante el temor por su vida debido a los acontecimientos que en Béjar se estaban produciendo. Idéntico caso pudo ser el de otra familia que bautizó el 9 de octubre de 1869 a un niño llamado Dionisio Rodrigo, hijo de don Eduardo Laso de la Bega y de doña Sabina Miguel, él maestro de Primera Enseñanza residente

³³ ESTEBAN DE VEGA, M., 2013, pág. 202.

en Béjar³⁴. Sin duda el hecho de que se haga constar la residencia en Béjar de este maestro y que sea, además, uno de los padrinos del recién nacido el propio maestro de Valdesangil, don Joaquín González, hace suponer que, como el ya aludido Ignacio Hernández, se encontraba en Valdesangil por alguna razón obligada.

En los años 1872 y 1873 hay nuevas insurrecciones en Béjar. En la primera de las cuales, los quintos, sin duda con curieles entre todo el conjunto, se declaran en rebeldía no presentándose a la talla en el Ayuntamiento, con el consiguiente enfrentamiento con las tropas y la huida de los quintos al monte. Ese fue uno de los muchos incidentes. Solo cuando la economía mejora parece aplacarse la situación iniciándose un periodo de calma³⁵.

En 1874 un nuevo pronunciamiento militar termina con la I República y un año después es proclamado rey Alfonso XII, que reinará durante 10 años, sucediéndole a la muerte su segunda esposa, María Cristina, que gobernará durante la minoría de edad de Alfonso XIII hasta principios del siglo siguiente. Aunque en España será un tiempo de relativa tranquilidad, en Béjar, sobre todo, y también en su comarca, la situación no será buena en el final de siglo, con desindustrialización, paro, hambre y emigración fuera de España³⁶. Algo bueno hubo también entre tanta agitación, como fue la implantación del sufragio universal, por el que podían votar a partir de 1891 los hombres mayores de 21 años. Para las mujeres seguía faltando tiempo, no lo harían hasta 1931. Por tanto los curieles desde ese momento podían elegir a sus representantes.

El último cuarto del siglo fue difícil para Valdesangil. Había crecido la población llegando a tener más de medio millar de habitantes, con un número demasiado alto de jornaleros que dependían en el trabajo de un día a día precario e inestable. No había perspectivas de mejora, ni en Béjar estaban las cosas mejor, con una industria textil atravesando una grave crisis. La situación hubo de ser muy difícil para mucha gente, que, para alimentarse, recurrió a lo que pudo, incluso a robar las cosechas de otros. Por esta razón y con el fin de cortar con lo que estaba pasando, el Ayuntamiento de Valdesangil decidió convocar en noviembre de 1883 la plaza de guarda municipal con un sueldo de una peseta diaria³⁷. El guarda debía custodiar todo el término municipal, tanto en la parte pública como en la privada, reteniendo las cargas de leña o de hierba cortadas y segadas sin autorización en terreno privado o público y multar a los dueños de todo tipo de ganados que invadieran terrenos sin autorización. Como incentivo para no resultar ser consentidor, la mitad de lo que denunciara sería para él, sumándolo a su sueldo diario, que lo cobraría por trimestres vencidos; pero si no daba con los causantes de los daños, la responsabilidad y el daño recaía sobre él. Así

³⁴ Archivo Parroquial de Valdesangil. Libro 4º de Bautizados, pág. 161.

³⁵ ESTEBAN DE VEGA, M., 2013, pág. 203.

³⁶ ESTEBAN DE VEGA, M., 2013, pág. 203.

³⁷ Archivo del Ayuntamiento de Valdesangil. Libro de Actas Municipales. Acta del 16 de noviembre de 1883.

mismo si fuera consentidor de faltas, se le castigaría con arreglo a la ley, pagaría 3 pesetas de multa y sería destituido. Sin duda el designado para el cargo tenía un cometido duro, dado todo lo que tenía que vigilar. Con su trabajo debió de granjearse muchos enemigos.

4.1.4. *La emigración como salida de la crisis*

La respuesta a la dura crisis por la falta de trabajo y por el crecimiento de la población no pudo ser otra que la emigración³⁸. No había para todos y parecía haberlo, aunque fuera circunstancialmente, en otros lugares, incluso de algunos de esos lugares llegaban noticias de grandes oportunidades y de triunfadores que habían hecho fortuna. Nada tenían que perder marchándose. En varias oleadas, se fue una parte de la población, cuyo número exacto desconocemos. Solo en Béjar en 1877 emigraron unas 1.400 personas³⁹, entre las que no cabe ninguna duda que había curieles, bien dentro de esa cifra o aparte.

Al menos dos oleadas fueron importantes al final de este siglo: la citada de 1877 y la de 1888-90. Posteriormente entre 1911 y 1913 se daría otra gran partida de emigrados, aún más importante que las anteriores, donde se calcula que 17 de cada 1.000 habitantes emigraron⁴⁰. De algunos en esta oleada todavía queda memoria en Valdesangil, incluso fueron varios los ya no volvieron nunca más, se quedaron, por ejemplo, en Argentina para siempre. La emigración se produjo tanto dentro del territorio nacional como fuera de él, fundamentalmente a Cuba y Argentina. En un principio jóvenes y hombres casados emprendieron solitarios el camino, luego fueron las familias enteras. No debió de ser fácil marcharse tan lejos y a territorios del todo desconocidos, tampoco era fácil pagarse el viaje. Muchos hubieron de vender algo de lo que tuvieran o pedirlo prestado. Solo los más valientes y algunos de los más necesitados, con el dinero para costearse la aventura, fueron capaces de ello. Hay que tener en cuenta que muchos eran analfabetos, únicamente contaban con la fuerza de sus manos para el trabajo que se les ofreciera en un lugar de donde lo desconocían todo.

4.2. EL AYUNTAMIENTO DE VALDESANGIL Y SU DEPENDENCIA DEL DE BÉJAR

Valdesangil había empezado siendo un conjunto de casas individualmente dispersas en territorio de Béjar. Cuando, con el paso del tiempo y fundamentalmente en

³⁸ GARCÍA MARTÍN, F., 2002.

³⁹ GARCÍA MARTÍN, F., 2002, pág. 46.

⁴⁰ GARCÍA MARTÍN, F., 2002, pág. 45.

los siglos XVII y XVIII, se constituyó en un núcleo urbano, no cambió su forma de depender de Béjar. Podía haberse constituido en un municipio, pero por razones que desconocemos no lo hizo, siguiendo como parte de Béjar, al igual que Fuentebuena y de una forma parecida a como lo era también El Palomar, hoy conocido como Palomares, porque eran dos los Palomares: el Alto y el Bajo. Otros lugares, como por ejemplo, La Hoya y Vallejera dependían de Navacarros al menos en el siglo XVIII y luego se constituyeron en municipios. Era por tanto una parte de Béjar, aunque con su propio territorio. Su verdadero alcalde era el de Béjar, si bien para garantizar un gobierno de proximidad había un alcalde pedáneo o alcalde de barrio, que era el que tenía que transmitir a Béjar las necesidades más importantes del arrabal, ya que las pequeñas las solucionaban autónomamente a través de sus propias recaudaciones.

La diferencia entre Valdesangil y otros pueblos cercanos que eran municipios radicaba en que el Ayuntamiento de Valdesangil por estar integrado dentro del de Béjar, no tenía la misma independencia en la toma de las decisiones importantes. Valdesangil era administrado por Béjar al ser parte de la villa, por lo cual tenía que aportar una cantidad determinada. Todos los años se acordaba la cantidad con la que Valdesangil debía contribuir y se acordaba también la subasta de determinados bienes de consumo controlados como bienes de primera necesidad que no podían faltarle a la gente, de ahí que se subastaran por el Ayuntamiento. Se trataba de la distribución del vino, del aguardiente, el pan y las carnes saladas o frescas y de algún otro bien de los que se consideraban esenciales para la población, debiendo estar bajo el control municipal, de forma que no faltaran, porque de faltar podía ser motivo de descontentos y revueltas que no interesaban.

Fuera en el tiempo que fuera, la mayor parte de las decisiones importantes las adoptaba Béjar por iniciativa propia o valorando las propuestas del Ayuntamiento de Valdesangil, conocedor más directo de los problemas y las soluciones. Solo una determinada parte de las decisiones, de las que puede decirse que eran de orden estrictamente interno, las adoptaba Valdesangil por su cuenta.

El Ayuntamiento de Béjar entendía que las características físicas y geográficas de Fuentebuena y de Valdesangil merecían tener una cierta autonomía y con ello su propio representante-administrador que estuviera al tanto de sus problemas y obligaciones y los representara en el pleno municipal cuando hiciera falta. En ciertos aspectos funcionaban las dos pedanías como municipios propiamente dichos, con su propio territorio y alcalde, pero a efectos económicos era Béjar quien tomaba las decisiones importantes, quien recaudaba los impuestos, administraba el dinero y quien autorizaba las obras de cierta envergadura que fueran necesarias. Para proyectos pequeños en lugares comunes a todo el pueblo, como el arreglo y limpieza de caminos, la Junta Administrativa de Valdesangil organizaba trabajos comunitarios mediante el sistema de *peonadas*, por las que a cada vecino le correspondía un número determinado de jornadas de trabajo según el baremo que hiciera la propia Junta.

También la Junta Administrativa de Valdesangil se ocupaba de asuntos internos de cierta importancia, como por ejemplo la subasta de los pastos y la subasta de la fragua municipal. La fragua era municipal para asegurarse un servicio eficiente a los agricultores, ya que en todo momento tenían que tener sus aperos listos para el trabajo en el campo. Así, cada cierto tiempo se reunía la Junta Administrativa y dos de tres partes de los labradores para acordar las condiciones en el alquiler de la fragua municipal. Hay constancia documental de una de estas reuniones que tiene lugar el 1 de septiembre de 1883, siendo el alcalde Manuel Sánchez *de Marcos* y asistido por cuatro vocales con los que componía el Ayuntamiento⁴¹. Se reúnen con Manuel García Sánchez, un hombre de 27 años que es maestro herrero. Se reúnen para adjudicarle la fragua municipal, si acepta las condiciones siguientes: tener la fragua constantemente abierta y *estar disponible día y noche* para que los labradores no pierdan de llevar a cabo sus labores; solo se ausentará de la fragua los martes y viernes de cada semana que irá a trabajar a Fuentebuena y otros días no fijos que deberá ir a trabajar a Béjar. La contratación se basaba en prestar sus servicios a cambio de que cada uno de los labradores le dé media fanega de trigo y una cuartilla de centeno de lo que recolecten. Cada año el contrato quedará prorrogado a menos que los labradores lo anulen. Este sistema explica que haya llegado a la actualidad un edificio público todavía conocido como La Fragua, que era el lugar donde el herrero ejercía su actividad.

Antes de 1812 no había una definición para conocer hasta dónde era Béjar y dónde empezaba Valdesangil. A partir de 1812, Valdesangil, según se consigna en el acta municipal de Béjar correspondiente a la sesión del 12 de abril de 1812, se pide que se fijen los límites del término⁴². Se entiende que desde poco después de ese momento Valdesangil tuvo definido su propio territorio, como si fuera un término municipal. Quedaba pues la tierra de los curieles a medio camino entre la situación de municipalidad independiente y la de dependencia administrativa, situación que se mantiene todavía.

El alcalde hasta 1812 y de forma intermitente hasta 1837, según gobernaran los absolutistas o conservadores, lo designaban los duques de Béjar ratificándolo el rey mediante un documento que llegaba al Ayuntamiento de Béjar anualmente con los nombres de los elegidos. El alcalde era designado para un periodo de 12 meses, de principios a finales del año. Todo ello derivaba del mismo procedimiento que se daba en Béjar, cuyo Ayuntamiento lo componían, además de los administradores, los representantes de las tres parroquias bejaranas (San Juan, El Salvador y Santa María) y los de las de Fuentebuena y Valdesangil. Cada año en Valdesangil se reunían los vecinos varones presididos por el cura y elegían a dos equipos, compuestos cada uno por un alcalde y un teniente alcalde. Se los proponían al Concejo de Béjar, que, entre

⁴¹ Archivo del Ayuntamiento de Valdesangil. Libro municipal de actas. Acta del 1 de septiembre de 1883.

⁴² RODRÍGUEZ BRUNO, M., 2001.

los dos, elegía a uno, enviándoles la propuesta a los duques, que lo ratificaban, proponiéndolo al rey, que lo sancionaba favorablemente. Ya con el nombramiento, Valdesangil tenía cada año un nuevo alcalde tomado de sus vecinos, al que se nombraba en el documento como «Oficial Público». Desde ese momento el alcalde cobraba un sueldo por ejercer tal responsabilidad. Al menos así sucedía en 1873, en cuyo pleno del 3 de agosto el alcalde de entonces reclama al Ayuntamiento que se le abone la cantidad correspondiente porque ha ejercido de alcalde entre el día del cese de su antecesor y el día de su propio nombramiento⁴³.

A partir de 1837 en que queda definitivamente abolido el poder de designación de alcaldes ejercido hasta ese momento por los duques, la situación cambiará: ahora el pueblo de Valdesangil se reúne y elige a varios hombres proponiéndolos al Ayuntamiento de Béjar, que elegirá entre los propuestos a un alcalde y a un teniente alcalde, además de a un secretario. Lo llamarán la Junta Administrativa de Valdesangil. El Ayuntamiento de Béjar se volvía más democrático con la nueva situación, siendo elegido el alcalde por elección en la que participaban representantes de las cinco parroquias, las tres de Béjar y las de Fuentebuena y Valdesangil, que contaban con un compromisario cada una. A partir de ese momento, los curieles mayores de 25 años y varones, elegían a sus representantes, ratificándolos el Ayuntamiento de Béjar por su pertenencia administrativa. Por mucho tiempo esa sería ya la forma de elección. En las décadas finales del siglo XIX la elección fue más directa y procedía del propio Valdesangil, que elegía mediante votación de sus miembros mayores de edad y varones a los representantes de la Junta Administrativa. El tiempo de permanencia era de dos años y la componían el alcalde y cuatro vocales. No varió sin embargo la costumbre de no asistir a todos los plenos municipales del alcalde curiel, salvo que se abordara algún tema expresamente de Valdesangil, para lo cual acudía él mismo por propia iniciativa o se le convocaba expresamente. Con frecuencia en las actas municipales de Béjar se hace constar lo siguiente: *Se presentó el alcalde de Valdesangil...* Solían asistir a los plenos para pedir algo necesario y prácticamente siempre eran atendidas sus peticiones por el Ayuntamiento de Béjar. Así, por ejemplo, en el pleno del 8 de julio de 1856 se autoriza la construcción de un pontón en Los Rodeos, para el que Béjar aportará el trabajo de la Comisión de Obras del Ayuntamiento, mientras que los vecinos de Valdesangil aportarán la piedra necesaria. Al año siguiente, en el pleno del 28 de agosto *se presenta* de nuevo el alcalde de Valdesangil en el pleno solicitando que se construya un pontón *en el punto del río al pie de la cuesta en que se halla el arrabal*, aportando el pueblo los carros y lo que sea preciso para el acarreo, corriendo por cuenta del Ayuntamiento de Béjar el coste del material, los canteros... etc.⁴⁴. Se entiende que se trata del llamado Puente de la Glorieta en el que comenzaba el camino a Valdesangil. Una nueva petición es la del 23 de enero

⁴³ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1626. Acta de 1878, pág.142 bis.

⁴⁴ Archivo Histórico de Béjar. Caja 166. Acta de 1857, pág. 84 bis.

de 1874 en la que se pide en esta ocasión que se arregle el camino a Palomares que enlaza con la carretera a Salamanca y que se aprueba con el compromiso de aportar Valdesangil toda clase de materiales⁴⁵. Se entiende que ese camino era uno anterior a la actual carretera del que todavía hay huellas; partía de Valdesangil, llegaba al Pradohoyo, discurriendo desde allí entre este y la pared de la Cerrallana, llegando al Asomadero y desde allí, en la curva del Vegón, bajando a continuación hasta Riofrío.

Las relaciones entre los ayuntamientos de Valdesangil y el de Béjar no debieron de ser conflictivas, salvo en algunos momentos y casos, como se puede ver a través de las mencionadas peticiones de colaboración entre los dos ayuntamientos para llevar a cabo algunas obras públicas en Valdesangil. Béjar colaboraba, pero siempre considerando que Valdesangil debía poner una parte, puesto que era el beneficiario principal. Valdesangil pagaba los impuestos que le correspondían al Ayuntamiento de Béjar, por lo que esperaba de él su colaboración económica cuando lo necesitaba. Aun así hubo momentos de descontento por una y otra parte. Un ejemplo de ello es la solicitud presentada en 1820 por la Junta Administrativa de Valdesangil para tener Ayuntamiento propio. Debía decidirlo la Diputación de Salamanca, que estudió el caso con el fin de ver si era posible. Salamanca adujo que para ser municipio necesitaba tener demarcación clara de término municipal y la demostración de poder tener arbitrios propios. Encargaron al alcalde de Béjar que nombrara una comisión para estudiar ambos aspectos, pero al parecer los acontecimientos posteriores impidieron el deseo municipal curiel⁴⁶. Cincuenta años después se inaugurará un tiempo de conflicto entre los dos ayuntamientos que durará al menos 9 años. Béjar se queja continuamente de la morosidad de Valdesangil con respecto a sus obligaciones económicas con el Ayuntamiento del que dependen. Allá por marzo de 1872, en el pleno celebrado el día 1, el Ayuntamiento de Béjar formula advertencia al de Valdesangil sobre la mala disposición de los curieles a contribuir a los gastos municipales, a pesar de lo mucho que aquel Ayuntamiento dice contribuir para que Valdesangil tenga algunos servicios importantes, como la enseñanza gratuita y la *subvención para redención de quintos*, que suponemos era un dinero que daba el Ayuntamiento para que, a base de pagar, hubiera menos jóvenes curieles que tuvieran que acudir al servicio militar. El pleno advierte que de persistir en su actitud se podrían limitar los gastos en el arrabal⁴⁷. Unos días después, el 15 de marzo, acude el alcalde curiel al pleno y expone que va a reunir a los curieles al respecto, comprometiéndose para el año siguiente a contribuir con la mayor cantidad posible. En julio de ese mismo año el Ayuntamiento de Béjar amenaza con solicitar la segregación de Valdesangil, ya que al parecer contribuye con la quinta parte de lo que recibe⁴⁸. La situación económica en ese momento debía ser comprometida para Valdesangil, ya que si es Béjar quien amenaza con la segregación,

⁴⁵ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1625. Acta 1874, pág. 52.

⁴⁶ MARTÍN RODRIGO, R., 2013, pág. 166.

⁴⁷ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1625. Actas Municipales de 1872, pág. 31 bis.

⁴⁸ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1625. Actas Municipales de 1872, pág. 97 bis.

es porque Valdesangil no lo desea en ese momento. La crisis de la ganadería fue mermando a los pastores, convirtiéndolos en jornaleros a expensas de trabajos ocasionales por parte de los labradores. Primero fueron las epidemias que se dieron hacia mediados de los años 20; una década después, la supresión de La Mesta que había facilitado la cría de las ovejas merinas y, finalmente, la decadencia del poder de los duques en Extremadura, habían terminado con la estabilidad relativa de los pastores curieles, que tuvieron que vender sus ganados y estar a expensar de otros como jornaleros. La crisis textil en Béjar por su parte, tampoco facilitaba que dicha población de jornaleros pudiera trabajar en las fábricas. La mitad o más de los trabajadores de Valdesangil eran jornaleros en ese momento y no había trabajo para todos. Pagar impuestos en tales condiciones precarias era difícil, de ahí la supuesta causa de la morosidad curiel. Cinco años después, en el acta del 24 de julio de 1877, el Ayuntamiento de Béjar vuelve a quejarse de lo poco que recibe de Valdesangil en comparación con lo que gastan para ellos. Meses después el descontento continúa, cifrando la desproporción en la sexta parte de lo que recibe respecto a lo que da⁴⁹. El 19 de julio de 1881 no ha mejorado la situación. El acta del pleno del Ayuntamiento de Béjar se hace eco de que en Valdesangil se han reunido la Junta Administrativa Local y la Junta de Hacienda de Béjar, en la que los segundos comunican a los primeros que las 2.500 pesetas que se habían pagado el año anterior deben subirse en el presente año a 3.750 pesetas, observando que mientras que en Béjar cada contribuyente paga 8 pesetas, en Valdesangil los curieles pagan la tercera parte de eso, a pesar de que Béjar sostiene en ese momento las dos escuelas, el facultativo y demás servicios. Les instan a que al menos paguen lo que paga Fuentesbuena, que son 3 pesetas y 78 céntimos por contribuyente, aunque Fuentesbuena no disfruta de los mismos beneficios que Valdesangil. La Junta Administrativa de Valdesangil, acompañada por algunos vecinos, ha comunicado en el Ayuntamiento bejarano que no pueden pagar la cantidad solicitada. Ante esta situación el Ayuntamiento pide a la Comisión de Hacienda que adopte las medidas oportunas⁵⁰. Tras varias reuniones, Valdesangil aceptará pagar 3.000 pesetas, con lo cual el asunto queda zanjado por el momento, aunque al parecer algunos vecinos se niegan a pagar la cantidad que les ha correspondido, posiblemente por falta de fondos, por lo que el pleno acuerda que la Comisión de Hacienda se reúna con ellos para tratar el asunto.

4.3. LA POBLACIÓN Y SUS CIRCUNSTANCIAS. NACIMIENTOS, MUERTES Y CASORIOS

Desgraciadamente no existen documentos en el Archivo de Béjar que hablen en forma de censo de la población de Valdesangil para el siglo XIX, como tan eficientemente lo hizo el Catastro de Ensenada de 1753, al que tantas veces hemos aludido.

⁴⁹ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1625. Actas Municipales de 1872, pág. 44 bis.

⁵⁰ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1627. Actas Municipales de 1881, pág. 17 bis.

Al no haber estos documentos no pueden darse cifras exactas sobre cuánta gente vivía en Valdesangil en ese tiempo. Solo podremos acercarnos a cuantificarlo utilizando datos menos precisos procedentes de referencias concretas, de estadísticas comparativas o de lo que aportan los libros parroquiales de bautizos y muertes.

Si en 1753, con ocasión de la redacción del Catastro de Ensenada, la población curiel era de 117 vecinos, 67 años después, es decir en 1820, el número de vecinos ascendía a 130⁵¹. El crecimiento había sido de 13 vecinos, es decir 13 familias más. A primera vista puede decirse que no fue mucho el crecimiento, pero teniendo en cuenta la poca esperanza de vida que había en la población, con altísimo índice de muertos al nacer y la frecuencia de fallecimientos de adultos debido a las condiciones de vida e incluso la movilidad de familias o de individuos que muchas veces se daba, teniendo que buscarse la vida allí donde era posible, el aumento de 13 vecinos no era poca cosa en un espacio temporal de 58 años. Hay que reconocer que Valdesangil era un núcleo relativamente reducido de personas y por tanto la multiplicación, con las limitaciones que imponía la alta mortalidad, no podía ser mucha. Un dato nos da idea de cómo eran las cosas a este respecto: los niños que nacían en Valdesangil durante el siglo XIX, en el momento de nacer conservaban como media menos de la mitad de los 4 abuelos que les correspondían. Solo al final del siglo esta tendencia fue reduciéndose, a la par que otras que mejoraban la vida de los curieles y que iremos señalando.

Como es lógico, ante tantas muertes, solo llegaban a la edad adulta unos cuantos, que eran los más preparados y más fuertes para afrontar la vida. Entre los peligros que se conjugaban para limitar la vida y diezmar a la población estaban la escasa o mala alimentación, las deficiencias en las viviendas, el escaso progreso sanitario, la mala higiene pública, los periodos de hambre por diversas circunstancias, la alimentación poco equilibrada, las epidemias (de cólera, por ejemplo en 1830, 1854 y 1855 y 1885) o las enfermedades endémicas de la población y de los tiempos que corrían, como la viruela, el sarampión, el tifus, paludismo, escarlatina o difteria, que hoy son prácticamente anécdota en gravedad, pero que hasta el invento de las vacunas y el progreso en las condiciones higiénicas, fueron un duro azote de la población. Los supervivientes a tanto peligro eran una minoría y claramente eran los que tenían organismos más fuertes. Hoy los débiles están protegidos por los avances en la medicina y pueden vivir, aunque sea con muchas carencias. En ese tiempo, antes y todavía también un cierto tiempo después, los más débiles morían sin más, con lo que el progreso de las poblaciones era siempre lento.

Para calcular, aunque sea solo por encima y para hacerse una idea, la población que pudo haber en Valdesangil en distintos momentos del siglo XIX, tendremos que valer nos de algunos datos sueltos. No podrán ser datos exactos como los que tuvimos para 1753 y los que tendremos para el siglo XX, pero al menos servirán para acercarnos

⁵¹ MARTÍN RODRIGO, R., 2013, pág. 158.

a la realidad. Teniendo en cuenta los datos para 1820, en los que se nos habla de 130 vecinos⁵² y los de 1910, en los que la cifra es de 159, equivalentes con exactitud a 471 habitantes totales, podemos calcular que hacia 1820 Valdesangil tenía una población en torno a 385 personas más o menos. Teniendo en cuenta el número de nacimientos podremos considerar que desde ese momento la población curiel no hizo sino aumentar. Las cifras lo dicen: si en la década de 1820 a 1830 nacían una media de 18'6 niños al año, en la década de 1841 a 1850 la cifra media de nacidos al año era de 24'5, todavía un poco por debajo de los 25'4 que nacían de media en la década de 1871 a 1880. Si atendemos al número de nacimientos al año, puede decirse que Valdesangil registró su máximo de población entre los años 1840 y 1890, con unos 500-550 habitantes aproximadamente. Nunca antes hubo tanta gente viviendo en Valdesangil. Tales cifras implican necesariamente una reflexión sobre el modo de vida en esos años, puesto que la población, hasta donde sabemos, seguía viviendo del campo. Los recursos en Valdesangil no habían aumentado, pero ahora eran a repartir entre menos personas, lo cual debió de implicar muchas dificultades, puesto que no se hacía sostenible tener lo mismo para más gente. Carecemos de datos para evaluar la situación que hubo de darse, pero sin duda no debió de ser fácil. Tal vez algunas de las zonas de monte actuales en las que encontramos hoy majanos, producto de la recogida de piedras para despejar en suelo con el fin de hacerlo cultivable, tenga que ver con las necesidades de este tiempo. Aunque fueran terrenos con muy baja



FIGURA 36: Llaná de Cabeza Gorda. Majanos que atestiguan antiguos cultivos en la zona.

⁵² MARTÍN RODRIGO, R., 2013, pág. 158.

productividad, si daban algún rendimiento, por bajo que fuera, eso se traducía en comida y comida era no pasar hambre. Valdesangil, en definitiva, debió de conocer en la segunda mitad del siglo XIX la mayor cantidad de habitantes de su historia, pero también la peor situación, puesto que no solo no había trabajo para todos, sino que además el pastoreo con trashumancia a Extremadura, que había sido importante en el siglo XVIII y la primera parte del XIX, ahora había quedado en mínimos. La solución, aunque no se dio hasta principios del siglo XX, fue la emigración, de esa manera quedó más equilibrada la balanza entre los recursos disponibles y la cantidad de población que se beneficiaba de ellos.

4.3.1. *Emprender una familia. Las bodas*

Contribuye a asegurar estos datos que entre 1853 y 1900 se celebraron nada menos que 252 bodas en Valdesangil, es decir una media de 5'3 bodas cada año, mientras que entre 1901 y 1936 la media de bodas al año cayó a 3'7. Cayó en la misma proporción que lo hizo la población curiel a partir de principios del siglo XX.

Los curieles a lo largo del 1800 se casaban entre paisanos o buscaban maridos o mujeres en los pueblos de al lado, en Navacarros, Palomares, Fresnedoso, Sanchotello, Fuentebuena, Navalmoral, Medinilla, Vallejera, Béjar, Candelario..., es decir en los sitios inmediatos donde tenían alguna relación, ya fuera de trabajo o durante las fiestas. Pero no faltó quien fue un poco más lejos a buscar marido o mujer y hubo bodas con naturales de Cristóbal de la Sierra, Baños, Aldeanueva de Santa Cruz (Ávila), Pizarral, Guejo de Reyes, Navalconcejo, Casas de Millán o Plasencia en la provincia de Cáceres, o como en el caso de la maestra Leonarda Gallego, que tras el suicidio de su esposo encontró un marido ganadero-carnicero de Mogarraz, del que no sabemos su relación con Valdesangil antes del compromiso con la maestra. Desconocemos las circunstancias que llevaron a algunos curieles a conocer a hombres o mujeres en pueblos más alejados del entorno inmediato. Quizá trabajos temporales, quizá arreglos matrimoniales, que en ese tiempo se daban también. Lo habitual era casarse con alguien del pueblo. Cuando no era así, observamos la costumbre de irse a casar al pueblo de la novia, que ha pervivido hasta el tiempo actual. Puede cifrarse en que 1 de cada 4-5 novios que se casaban con curielas, eran de fuera. Durante todo el siglo XIX hubo una gran mezcla de sangre de curieles con la de otros lugares en un determinado radio geográfico. Esto lo reafirman, además, las actas de los bautizos, donde los curas hacen constar la procedencia de los abuelos del recién nacido. Por ello lo sabemos. Un aporte muy valioso, que nos lleva a calcular que en la primera mitad del siglo aproximadamente 1 de cada 3 abuelos de los recién nacidos no era curiel. En la segunda mitad del siglo, cuando se va a incrementar la población de Valdesangil significativamente, la llegada de gente de fuera queda manifestada en los datos siguientes: entre 1850 y 1873 1 de cada 2

abuelos del recién nacido era de fuera. Entre 1880 y 1893, 1 de cada 4 abuelos era curiel, la tendencia se redujo.

Lo normal era casarse en la veintena de edad por parte de los dos contrayentes cuando eran de primeras nupcias. A veces se quedaban a vivir en Valdesangil y a veces no, porque tenían mejores posibilidades en otros lugares, sobre todo cuando se vivía por cuenta ajena. Los agricultores con tierras suficientes o ganados permanecían en el pueblo, dando trabajo a los que vivían como jornaleros o criados. Pocos se quedaban solteros, la soltería en estos tiempos no era buena cosa y además daba que pensar. Fuera por amor o movidos por la necesidad recíproca de tener un marido o una mujer, con lo que cada una de esas circunstancias implica por separado y junto, el matrimonio era algo que se buscaba a partir de cierta edad y lo era hasta la muerte de uno de ellos y, si llegaba ese caso, buscar sustituto constituía un deseo apremiante.

En las actas parroquiales de casamientos encontramos numerosos casorios entre viudos. Si un hombre no deseaba seguir viudo, porque necesitaba una mujer que le atendiera la casa e incluso a los hijos que tenía de su matrimonio anterior, para una mujer era aún más apremiante la necesidad de tener un marido, tuviera unos hijos de su matrimonio anterior o no, porque el mercado de trabajo para ellas era escaso y el que había, era muy sacrificado y con beneficios muy limitados. Era mejor tener asegurada la comida con un esposo que trabajara en un mercado de trabajo con posibilidades. Nada mejor que encontrar un marido; nada mejor que sentirse protegida económica y socialmente. Tal vez el amor en estos casos era algo secundario. Pudo ser ese el caso de una boda celebrada en Valdesangil en 1856 entre un viudo de 60 años (José Sánchez *Andaluz*), que para ese tiempo era un anciano y una mujer de 30 (María López), que, como él, era también era viuda. No fueron los únicos: en 1859 un viudo de 40 años (Juan Manuel Martín García) se casó con una soltera de 22 años (Tomasita de la Hoya García), o al año siguiente otro viudo de 40 con una joven de 20. También en parecidas circunstancias hubo bodas hasta final del siglo con desproporciones de edad entre viudos (siempre viudos) con mujeres viudas o solteras, a las que sacaban entre 15 y veintitantos años. En 1 de cada 4 bodas celebradas en Valdesangil entre 1853 y 1900 había un viudo y de todas estas bodas, en el 34 % los contrayentes eran viudo y viuda, es decir 1 de cada 3.

No hace falta decir que era más fácil casarse siendo viudo que viuda, salvo que esta fuera pudiente; en ese caso podía estar rifada; en el caso contrario, es posible que tuviera muchas garantías de pasarlo muy mal el resto de su vida si no encontraba un marido. En la mente de cada persona estaba que no convenía llegar a cierta edad sin familia directa, porque podían pasarse penurias económicas muy graves, que traducidas a la realidad, significaba pasar hambre, ya que la forma de vida no era otra que trabajar hasta el último día, y si no se trabajaba y no se obtenía dinero para vivir a diario, ineludiblemente se pasaba mucha hambre. El hambre, además, llevaba a las enfermedades, de las que recuperarse era difícil. Para conquistas sociales como la

jubilación que hoy disfrutamos, faltaban aún muchos años y muchos progresos en diversos ámbitos. La jubilación a una cierta edad y el disfrute de la llamada «tercera edad» es un invento demasiado moderno del que han carecido las gentes del pasado y no de un pasado demasiado lejano.

Durante los 76 años en los que tenemos registro de nacimientos (1723-1799) del siglo XVIII, en Valdesangil nacieron de media de 15 niños por año, de los que la mitad aproximadamente –unas veces más y otras un poco menos– morían al poco de nacer, como ya hemos dicho. Ese era un primer filtro muy importante debido a las carencias y la debilidad de la infancia en ese tiempo, pero había mu-



FIGURA 37: *Madre e hija de Valdesangil, aproximadamente en 1906.*

chos otros filtros posibles antes de la edad adulta. Llegar a ser adulto era un éxito y a partir de ese momento había que rezar para que ninguna de las enfermedades que rondaban por todas partes, por las causas ya expuestas, no terminaran con ese triunfo particular que significaba llegar a la juventud. Con dicha dinámica y el poco tiempo que vivía la gente en realidad, no le era posible al pueblo crecer mucho, ni en Valdesangil ni en toda España. Cuando se inició el siglo XIX, se mantuvo la misma tónica de nacimientos durante los primeros 10 años, para ir ascendiendo a partir de 1816, llegando a números tales como 25 niños de media al año entre 1871 y 1890, tiempo en el que la población de Valdesangil alcanzó las cifras más altas de toda su historia y su lógica correspondencia en el número de nacimientos. Hubo años con un número extraordinario de bautizos, como en 1877, 1878 y 1887 en los que se bautizaron 29 niños o los 30 de 1875, los 31 de 1885 o los 34 de 1863, máximo que contabilizan los libros de bautismos parroquiales. A los ojos del tiempo actual tal cifra resulta casi increíble. A partir de 1890 los nacimientos comienzan a caer paulatinamente, primero con una media de unos 20 bautizados al año y después, a partir ya del 1911, con

una gran caída hasta solo los 10-11 bautizados por año, que llegan a los años 50 del siglo XX, desde donde se desmoronará la natalidad hasta nuestros días, como sucede en todo el mundo rural de una buena parte de España.

Tampoco en todo el siglo XIX fue fácil sobrevivir al nacimiento. Ya habíamos visto para el siglo anterior que más de la mitad de los niños que nacían no sobrevivían, ya fuera en los días siguientes al nacimiento o en un par de meses. Esa misma situación sigue prácticamente igual hasta la mitad del siglo XIX. No siempre los curas anotan en el acta de nacimiento si el niño muere o sobrevive, lo hacen solo algunos curas y es en esos casos cuando podemos establecer conclusiones. Según las anotaciones del cura Vicente García Domínguez entre 1859 y 1861 mueren más de la mitad de los que nacen (67 %), incluso parece que más aún de los que morían en el siglo anterior, cuya media estaba en el 43 %. A partir de 1862 la situación cambia, mueren el 42 %, es decir por cada 1 que muere 2 se salvan. Aunque es un porcentaje muy alto que de 350 nacidos entre 1862 y 1876 al menos 150 murieran antes de los 2 años, las nuevas cifras significaban un avance, que habrá que atribuir a los progresos de la medicina, al hecho de contar Valdesangil con un médico/cirujano como asistente a los partos y a algún progreso en la higiene y en la prevención de enfermedades de la infancia, poco en este caso porque las condiciones de vida en las casas y en general no cambiaron mucho. Hoy resulta impensable una situación así. La muerte de un recién nacido nos resultaría noticia fuera de lo común y naturalmente una tragedia familiar. En aquel tiempo la gente sabía que era más difícil que un crío sobreviviera a que muriera, por tanto, aunque una muerte no dejara de ser siempre una tragedia para los padres que querían tener un hijo, estaban más preparados emocionalmente para que muriera que lo estaríamos en este tiempo.

Un parto debía de ser un momento de muchos nervios e incertidumbre en la oscuridad de aquellas casas, en aquellos camastros, a la sola luz de las velas y los candiles. Las dificultades de los partos y lo que ello podía derivar en la supervivencia del recién nacido, llevaba a bautismos de urgencia, como había sucedido en el siglo XVIII. Era tiempo de mucha creencia y de muchos temores con el Infierno, el Purgatorio y el Limbo siempre auestas, en medio de una palabra sobrecogedora como era la eternidad. Por eso cuando las cosas parecían venir mal, alguien practicaba también en este tiempo un bautismo de urgencia en el mismo lecho donde la criatura acababa de nacer, con la madre agotada y todavía sangrante, temiendo por su propia vida y deseando que el tiempo corriera para sentirse mejor y que su hijo sobreviviera. En muchas actas de nacimiento el cura reseña que al niño *le han echado aguas en el momento de nacer*, es decir, le han bautizado de urgencia por temor a que muriera sin ser bautizado. Lo hace alguien de los que asisten al parto, alguna mujer que ya sabe de esto. A esas personas, si el niño sobrevive, les pregunta el cura si lo han hecho correctamente, ya que, como si Dios mismo hubiera estado mirando, si no lo han hecho de la forma debida, el bautismo no vale y esa alma puede quedar

desprotegida de por vida, arriesgándose con ello a una eternidad que no sería la debida, de haberlo hecho bien. Así las cosas, cuando el cura duda porque el bautizador de urgencia no recuerda bien las palabras rituales que dijo en el momento del trance, lo vuelve a bautizar asegurándose de que el alma queda cristianizada para siempre y, naturalmente, cobrando el bautizo.

A veces Valdesangil se despertaba por la mañana con la noticia de un niño recién nacido *expuesto* a la puerta de la iglesia, es decir, lo había abandonado su madre porque no quería hacerse cargo de él. No será difícil imaginar el revuelo que la noticia provocaría, aunque en la primera mitad del siglo se hizo tan frecuente que aparecieran niños así, que terminaría por no ser tan escandaloso como las primeras veces. Aunque se había dado algún caso también en el siglo anterior, es en el siglo XIX cuando aparecen de una forma ciertamente frecuente, lo que el cura nombra en el libro de bautismos como *niños expuestos*. Aprovechando la oscuridad de la noche aparecía por la mañana un niño recién nacido a la puerta de la iglesia o a la puerta de un vecino, como sucedió en dos ocasiones en el año 1851. Solo entre 1800 y 1851 aparecieron 17 niños expuestos, cantidad que parece sorprendente. Después de esa fecha ya no pasó más y sin embargo a partir de entonces y en concreto desde 1854 lo que sucede en 8 ocasiones es el nacimiento de niños sin padres conocidos, asumiendo la madre los dos apellidos. Lo primero constituiría una noticia cuyo final era entregar la criatura a la inclusa de Béjar, que lo llevaría previsiblemente a la de Salamanca; lo segundo sin duda sería un escándalo en una sociedad muy condicionada por la moralidad y el guardar determinadas formas, sobre todo en las mujeres. Hasta 1837 solo se había dado el caso del nacimiento de una niña sin padre conocido, pero a partir de 1854 y hasta 1889 nacerán 8 niños de 6 madres diferentes, ya que 2 de ellas tienen 2 hijos cada una de esta forma en un espacio de 3 años. Dadas las circunstancias y el ambiente de aquel tiempo, quizá podamos ver en esas desgraciadas mujeres personas con una vida un tanto desordenada, tal vez personas con algún tipo de carencia o desequilibrio, ya que el hecho de tener un hijo sin marido, e incluso dos, significaba una marca negativa para toda la vida.

Es posible que algunos o todos esos niños nacidos en tales circunstancias terminaran en el hospicio, como sin duda terminarían los expuestos a la puerta de la iglesia. Resulta difícil saber con exactitud si los niños expuestos eran de madres de Valdesangil o fueron llevados desde otros sitios a un punto más alejado y menos sospechoso para deshacerse de ellos. Aunque no debía de ser fácil ocultar un embarazo en el pueblo, tal vez en algunos casos, la forma de vestir de las mujeres, con faldas muy amplias podría haberlo disimulado. En cualquier caso, el nacimiento implicaba la ayuda de alguien experto en partos y ello no sería en principio garantía de mucha privacidad, aunque siempre habría alguna forma de solucionarlo.

No dejaría de ser escandaloso, también, que una mujer quedara embarazada sin estar casada. Hasta bien avanzado el siglo XX, en un tiempo considerablemente diferente, una situación así todavía provocaba un escándalo. Un siglo antes de eso

hubo de serlo mucho más. Que una mujer se casara embarazada podría pasar más a menudo, pero solo sabemos de cosas parecidas cuando la criatura ha nacido antes de que los padres se casen. Esto llama la atención. Tal vez el novio estaba fuera y antes de marcharse dejó a su novia embarazada sabiéndolo o sin saberlo. El caso es que conocemos 4 casos entre 1807 y 1888 en que la criatura nace y a los pocos meses se casan los padres; no parece que haya ningún problema en el hombre en reconocerse padre, aunque desconocemos las circunstancias de cada una de las historias. En ocasiones, para hombres que tenían que marcharse a trabajar lejos, dejar embarazada a su novia era una forma de asegurarse que en su ausencia no iba a formalizar una relación con otro hombre.

Pintoresco fue el caso de una viuda llamada Manuela Sánchez, que estuvo casada con el curiel Manuel Martín *Colorado* y que, estando ya viuda, tuvo un hijo con un viudo sin estar casados. El hombre se llamaba Fidel Sánchez *de Marcos*. Nadie debió darse cuenta del embarazo (se supone que oculto debajo de tantos *faldamentos* como se usaban) hasta que parió una niña a finales de octubre. Con el fin de aclararlo y se supone que por si acaso, el presunto padre se presentó en casa del cura 3 días después acompañado del teniente alcalde, del secretario y de otra persona, como testigos de que era suya. Sorprende el caso, de que sea precisamente el hombre el que se erige como padre sin saber al cien por cien si lo es y sin que la mujer aparezca por allí y diga nada. La niña moriría 2 meses después y no hay constancia escrita de que se casaran después en Valdesangil los dos viudos, con lo cual podemos entender que lo que sucedió entre Fidel y Manuela hubo de ser desde el principio una situación un tanto compleja.

Las habladurías, con razón o sin ella, las mujeres marcadas por episodios de hombres, las presiones y venganzas de padres o de hermanos ofendidos... debieron de ser algo habitual en una sociedad rural como la Valdesangil. Era una sociedad un tanto cerrada en su espacio, en la que se creaban relaciones y situaciones muy peculiares, donde la eterna atracción y relación entre hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, hubo de dar lugar a innumerables historias que nunca conoceremos si no es a través de conjeturas. Esas conjeturas no irán, sin duda, muy desencaminadas de la realidad, viendo en los testimonios expuestos que por más que fuera un tiempo antiguo, con tantos prejuicios y trabas, la pasión, la ocasión para la pasión y los sentimientos se saltaban las reglas en numerosas ocasiones, sabiéndose de ello solo cuando había consecuencias, que serían sin duda las menos veces.

4.3.2. *Los nombres de los curieles*

Hablando de bautismos hay que detenerse también en este siglo en el asunto de los nombres, porque hay curiosidades dignas de mención. Para empezar, el nombre de los curieles no lo determinaba el calendario. Algunas veces sí, pero eran las

menos. Hemos querido cotejar las fechas de nacimientos con los nombres puestos y se ve que no casan apenas. Tampoco vemos que los padres quieran poner por sistema el nombre de ellos mismos a sus hijos, ni el de sus abuelos o el del padrino del bautizo. No sabemos a qué respondía la elección de los nombres. Una curiosidad que llama la atención la vemos reflejada en las actas de nacimientos no solo en lo que concierne al siglo XIX sino al anterior siglo XVIII: en muchos casos, tantos como 58 entre 1739 y 1895, se le da el mismo nombre a dos niños que nacen consecutivamente, ya sea nacidos en el mismo día o simplemente que se trate del siguiente niño nacido en el pueblo a consignar su bautizo en el libro de bautizados. Puede pasar medio mes o más, pero se llaman ambos igual. En ocasiones los nacidos son un niño y una niña y en esos casos se les llama por su correspondiente nombre en masculino o en femenino. Un caso aún más curioso es el sucedido en 1856 en que nace primero Mateo Sebastián y la siguiente que se inscribe es Sebastiana Matea. En otro caso, de 1829, son 3 los nombres iguales y consecutivos, los dos primeros usando Juan y el tercero Juana; en 1883, también son 3 los implicados: Marcelina Bernabela, Bernabé y Marceliano. En el año 1808 se dieron 6 casos, cuando a lo más que se había llegado y no de forma frecuente, fue a 2 casos en un año. Da la sensación de que el padre del nacido acude de urgencia al cura a nombrar a su hijo y el cura le pone el primero que se le ocurre, que es el último anterior. Esta costumbre termina a partir de la primera década del siglo XX.

Cuando abordábamos el siglo XVIII veíamos que en ese tiempo había dos etapas con distinta forma de comportamiento en los curiales para con los nombres de los recién nacidos: una hasta la mitad del siglo y otra en los 50 años siguientes. Entre 1725 y 1750 se usaron un total de 31 nombres masculinos distintos y 44 femeninos en



FIGURA 38: Niña de Valdesangil a principios del siglo XX.

los 345 bautizados. En el periodo 1751 y 1779 se usaron 83 nombres distintos masculinos y 90 femeninos en los 439 nacimientos, lo cual fue un considerable y significativo aumento, testimonio de la llegada de nuevas formas de ver la vida, cambiante desde ese momento por el fenómeno de la Ilustración, por más que estas nuevas ideas llegaran más tarde a las poblaciones rurales. En el final de este siglo, entre 1780 y 1800 se frena un poco esa tendencia al uso de nuevos nombres, quedando en 75 los nombres usados en los hombres, por 69 en las mujeres para 348 nacimientos. En todo el espacio total de 75 años, en los hombres, Manuel y Juan fueron los nombres más usados, seguidos de Francisco, Joseph, Pedro, y Antonio, por María, Josepha, Ana y Manuela en las mujeres.

En el siglo XIX se distinguen dos momentos: el primero, que puede llegar hasta mediados del siglo y otro en el último cuarto. En la primera mitad hay una similitud aproximada con lo que veíamos para el final del siglo anterior. En los niños llegan a utilizar en 486 bautismos, 128 nombres diferentes. De ellos, 7 nombres acaparan nada menos que el 52 % de los nombres. Lo hacen por este orden: Manuel es el más usado. A 1 de cada 11 niños le ponen de nombre Manuel. Le siguen, aunque a cierta distancia y por ese orden: Juan, José, Antonio, Francisco, Miguel y Pedro. En las niñas la variedad de nombres es mayor: usan 164 nombres distintos en 456 bautizadas. De ellos 6 nombres copan el 38 % del total, es decir hay más variedad que en los niños. Manuela fue el nombre más usado. A una de cada 9 niñas en este periodo de tiempo le pusieron de nombre Manuela. Le siguieron, por ese orden, María, Josefa, Antonia, Juana y Ana. Todos los demás nombres fueron usados pocas veces en esos 50 años.

En el último cuarto del siglo, entre 1876 y 1900 van a cambiar las costumbres considerablemente, dándose una mayor diversidad en los nombres que ponen a los recién nacidos: en un total de 289 varones nacidos, usan 138 nombres distintos, de los que 74 solo son utilizados una vez. Ahora, nombres tan usados antiguamente como Manuel, Juan, José y Francisco, que 25 años antes coparon entre los 4 el 40 % de los nombres de varones, solo llegan al 19 %. La misma tendencia, pero más acentuada, sucede con los nombres de las niñas: sobre un total 280 bautizadas, se usan 129 nombres distintos, de los que 71 son usados una sola vez en esos 24 años. Manuela, Francisca, Josefa, Juana, Encarnación y María copan entre todas el 17 % de los nombres, una cifra lejana respecto a la de la primera mitad del siglo (32 %).

Hay, por tanto, un cambio de mentalidad en la forma de nombrar a los niños. Se busca una mayor creatividad en los nombres, lo cual tiene que ser una manifestación del espíritu evolutivo que se respira en la sociedad con la expansión de las ideas liberales y con el menor aislamiento que sufren los núcleos rurales. En esta última parte del siglo, no solo van quedando relegados los viejos nombres de siempre (Manuel, José, Juan, Antonio, Francisco) y sus correspondientes femeninos, tan usados durante mucho tiempo, sino que se va a producir una situación curiosa en la que cada padre o quien quiera que fuera el que postulaba el nombre del recién nacido, busca una forma de hacerlo individual a través de un nombre que no viene

del día del santoral en el que ha nacido la criatura; no sabemos de dónde viene, pero se busca la originalidad. Quizá inconscientemente se busque la individualidad y la afirmación de la personalidad propia de las nuevas ideas que van calando más en la población y más aún cuando Valdesangil era un lugar tan próximo geográficamente y tan dependiente en muchos sentidos de Béjar, cuyo enraizamiento de las ideas novedosas y más evolucionadas la caracterizaron en aquella España siempre en lucha entre lo conservador y lo liberal.

En esta última parte del siglo XIX parecen incluso rebuscarse extraordinariamente los nombres, tanto si son de uno como si son compuestos, moda que cala profundamente en las dos últimas décadas del siglo. Damiana Julia, Perfecta, Ciriaca, Jovita, Bernabé Valeriano, Serapio, Agustina Martina, María Santa, Severiano Telesforo, María Loreto, Mariano Tomás, Juan Gabriel, Agapito, Brígida, Lucio Francisco, Teresa Mercedes Florentina, Facundo Primitivo, José María de Loreto... etc., son solo una pequeña muestra de lo que dejan reflejadas las actas de bautizados. A la vez que se hacen muy populares los nombres compuestos, parece rebuscarse muy hondo en el santoral hasta obtener el nombre adecuado para el recién nacido; no hay prejuicios ni temores a los malos sonidos como los tenemos hoy, al contrario, todo parece a favor de la originalidad.

En este apartado hay que hacer mención de nuevo a un dato de difícil interpretación que ya observábamos en el siglo anterior: ni un solo nombre en todo el siglo, en los 2.113 nacimientos, asociaban a la patrona de Valdesangil, la Virgen de los Remedios, con una niña recién nacida. En el siglo siguiente solo a una niña se le puso tal nombre, al contrario de lo que suele suceder en otros lugares, incluso inmediatos, como ha sucedido con la Virgen del Castañar en Béjar.

Para finalizar este apartado hay que hacer mención a algo que tuvo lugar en el último tercio del siglo: el fin de la consignación en las actas y por tanto, del uso de los vulgos ligados a los apellidos de los curiales. Ya se ha explicado en capítulos anteriores cómo Valdesangil se había organizado socialmente desde sus orígenes mediante una serie de apodos (que no motes) o vulgos que distinguían a unas familias de otras consignándose a modo de linajes, uniendo al apellido real de cada persona el vulgo, que podía ser Andaluz, Prolijo, Vallijera, Casado, de Marcos, Calama... etc. Se ha dicho también que este sistema era tan corriente entre los curiales, que ya fuera en la partida de bautismo, en la de defunción o en cualquiera de los documentos que firmaran, los que eran propiamente de Valdesangil añadían el vulgo como un apellido más, conformando con ello una especie de apellido compuesto. Esto había sido así desde los más remotos orígenes del arrabal como tal arrabal. Pero desde la década de los 70 de este siglo XIX empezó a decaer con fuerza tal forma de organización, de la que tanto y tan bien dan cuenta los libros parroquiales. De tal manera decayó que, coincidiendo con la llegada del nuevo siglo, el cura de la parroquia, don Sotero Maillo, que lo fue entre 1885 y 1901, dejó de consignarlo en las actas parroquiales en el mismo 1900, señal de que ya estaba en desuso la costumbre, aparte de que la

mejor organización de todos los registros donde se escribían los nombres de la gente, desaconsejaban incluir vulgos, utilizando solamente los apellidos. Desde ese momento se dejaron de distinguir entre sí, por ejemplo, los apellidados Sánchez, que antes eran de distintos «linajes» (Sánchez *Andaluz*, Sánchez *Calama*, Sánchez *Vallijera*... etc.) para ser Sánchez a secas, lo que explica que haya tantos Sánchez en Valdesangil y no tengan en principio vínculos familiares entre sí.

4.3.3. *Los autóctonos y los venidos de fuera*

Ya habíamos visto en el siglo pasado cómo una serie de familias parecían ser los originarios pobladores de Valdesangil, llegados allí ya fuera en el momento de la supuesta repoblación de curieles por el duque de Béjar en el siglo XV o inmediatamente después. Vimos que a esas familias se las identificaba, además de por su apellido, uniéndoles un vulgo o alias que les asociaba con una familia en concreto, con la que constituían una especie de clan, permaneciendo la costumbre en el siglo XIX. Así unas 15 familias aproximadamente representaban lo más antiguo del pueblo, aunque parece que no era motivo de ningún tipo de distingo que diera más o menos prestancia. Era solo una circunstancia, una forma de entenderse. No parece que hubiera un interés especial en mostrar esta circunstancia frente a los que llegaban; era más bien una forma de asociarse, una costumbre de denominarse que venía de atrás y se mantenía por inercia sabiéndose la pertenencia a los Sánchez *de Marcos*, Martín *Colorado*, Sánchez *Andaluz*, Sánchez *Vallejera*, Martín *Carretero*, Martín *Herrero*, Sánchez *Casado*, Sánchez *Prolijo*, Martín *Manjarrés*, Sánchez *Carretero*, Sánchez *Pabón*, Sánchez *Miñana*, Martín *de Gil*, García *Repas* o Sánchez *Marrolla*. Entre ellos se mezclaron a través de matrimonios en el siglo XVIII y durante todo el siglo XIX con naturalidad y sin prejuicio alguno. No era pues una cuestión de alcurnias, porque dentro de uno mismo de estos clanes los había con mejor posición y con menos, dentro, como ya se ha dicho de la humildad general.

Algunos apellidos bien conocidos todavía en Valdesangil como Rodilla o Matas se unieron en el siglo XVIII a los que hemos citado anteriormente como genuinos. El apellido Rodilla en concreto, cuando llegó a Valdesangil provenía de Navalmoral de Béjar. El testimonio más antiguo conocido es el de una niña (María Rodilla Hernández) que nace en agosto de 1729, cuyos padres (Juan y Catalina), los dos son de Navalmoral. En los años siguientes, además de Juan Rodilla, tienen hijos en Valdesangil otros hombres y mujeres que se apellidan igualmente Rodilla procediendo sus padres también de Navalmoral. En el siglo siguiente llegarán otros Rodilla desde Navalmoral.

Asímismo en este siglo, en la década de los 80, gentes con el apellido Matas se van a asentar en Valdesangil procedentes de La Calzada de Béjar y Fuentebuena. En 1784 una mujer de Fuentebuena (María Mathas), cuyos padres también son de Fuentebuena,

casada con un hombre de Béjar, pero residente en Valdesangil, tiene una hija. En 1786 y 1790 hay sendas mujeres con ese apellido, ahora originarias de La Calzada que tienen hijos en Valdesangil. Al no poder continuar el apellido ellas, vemos que ya en siglo XIX son hombres procedentes de esa misma zona los que se casan con mujeres de Valdesangil, consolidando el apellido Matas de aquí a la actualidad.

Será en el siglo XIX cuando llegan a Valdesangil para quedarse otros apellidos procedentes de fuera, como Curto, Alisente, Mateos, Orgaz o Garay. Curto lo encontramos por primera vez en 1873; es un labrador procedente de Baños de Montemayor, siendo sus padres, de Cepeda él y ella de Baños. Después de esa fecha y con la misma procedencia, llegarán otros Curto. El apellido Mateos en Valdesangil provino de la aldea abulense de Casas del Rey, en la zona de Piedrahita-Barco de Ávila. Lo encontramos en un pastor en 1877, cuyos padres son también de Casas del Rey.

El apellido Alisente, con testimonios en Valdesangil y en Béjar, proviene del original Alisent, al que se le añadió con el tiempo la *e* para hacerlo más fácilmente pronunciable. Se trata de gentes venidas de Elche. En 1844 un tendero llamado Bartolomé Alisent bautiza en Valdesangil a una hija que ha tenido con su esposa que es también de Elche, así como lo son igualmente sus respectivas familias, según consigna el cura. En 1868 un tal Juan Alisent, jornalero, natural de Elche, tiene una hija en Valdesangil casado con una mujer del pueblo salmantino de Matilla de los Caños. El cura deja escrito en el acta de bautismo la procedencia de los testigos, que son de Alcoy, Frades de la Sierra y Hervás, de los que dice que son todos operarios en Béjar. Debió de haber una cierta emigración de gentes procedentes de la zona de Alicante/Murcia a Béjar hacia la mitad del siglo XIX, porque hay más personas procedentes de Orihuela, de Elche y Murcia relacionados con Valdesangil, aunque no se apelliden Alisent.

El apellido Garay llegó desde Plasencia/Montemayor/Lagunilla, por más que sea en origen un apellido vasco. En 1817 un tal Santiago Garay, natural de Plasencia, pero cuyos padres son de Montemayor, casado una mujer de Palomares, tiene un hijo en Valdesangil. Desde ese momento, distintas personas con el apellido, originarios ellos o sus padres de Plasencia y de Lagunilla, van a vivir en Valdesangil hasta finales del siglo XX llegando a la actualidad.

Los Orgaz de Valdesangil proceden del pueblo abulenses de Tórtoles, en la zona oeste del Puerto de Villatoro. En 1816 un hombre de Tórtoles llamado Santiago Orgaz, casado con una curiela de nombre Juana Sánchez *Vallejera* tienen un hijo en Valdesangil. Los padres del tal Santiago son también de Tórtoles. Con ellos al parecer comienzan los Orgaz de Valdesangil.

Finalmente mencionaremos un curioso y anecdótico caso que no tiene que ver con los apellidos, pero que ilustra bien no solo la llegada a Valdesangil de gente de fuera, sino también la forma en la que se originaron algunos alias o apodos. En Valdesangil aún quedan familias a las que se les identifica con el apodo *Majo*. Son de la familia Alonso. Al parecer todo viene de la presencia en Valdesangil en 1888 de un hombre

llamado Magín Alonso Gómez, procedente de Pizarral de Salvatierra, que tiene un hijo con una mujer de Valdesangil llamada Manuela Martín. Cuando lo tienen no están casados, aunque 3 años después ya figuran como matrimonio. Con toda probabilidad este hombre dio lugar a los Alonso *Majos* que residieron en Valdesangil durante el siglo XX y de los que todavía quedan algunos miembros residentes.

Todo lo expuesto y mucho más que podría añadirse, muestra un cierto trajín de gentes que vienen y van, a veces llegados desde fuera, que se quedan un tiempo o entroncan, instalándose definitivamente. Esto mismo sucedería al contrario con curieles emigrantes a corta, a media o a larga distancia, buscando trabajo allí donde lo hubiera en las décadas finales del siglo XIX, cuando la cantidad de población era superior a los recursos y a las posibilidades de trabajo para todos ellos.

4.3.4. *Muertos, cementerio, nuevo camposanto y costumbres relacionadas*

Para averiguar las circunstancias, causas y los efectos de la mortalidad en el siglo XIX en Valdesangil, no hemos podido contar con un elemento fundamental como es el libro parroquial de difuntos en el periodo entre 1803 y 1894, desaparecido de los archivos parroquiales. Ello es un grave obstáculo en nuestro intento de reconstruir ciertos aspectos de la vida de Valdesangil a lo largo del siglo XIX, ya que nos priva de conocer aspectos de gran valor histórico como las edades de los muertos, las enfermedades de las que morían, el tipo de entierro que se les daba y la evolución de las costumbres funerarias.

Con los únicos datos funerarios que se pueden manejar en la parroquia, que van desde 1800 a agosto de 1803, interrumpiéndose luego hasta septiembre de 1894 y continuándose desde entonces a 1899, podremos llegar a algunas conclusiones generales. Teniendo en cuenta que la población era mayor a finales del siglo XIX que al principio, podemos decir que la frecuencia de nacimientos era muy similar (1800-1820: 16 nacidos por año; periodo 1895-1915: 19 nacidos por año). En 1830 con una población de 130 vecinos, morían al año una media de 16 individuos, de los que la mitad eran niños. A principios del siglo XX (1910) con una población de 159 vecinos (471 habitantes) la frecuencia de muertes por año era de 14-17. Por otra parte, en el periodo 1790-1802 mueren antes de los 2 años el 48 % de los niños nacidos. Un siglo después, en el periodo 1895-1915 mueren 43 % de los niños nacidos antes de 2 años. Si había más gente viviendo y morían aproximadamente los mismos, eso significaba que algo habían progresado en este aspecto. Pero nunca tanto como lo que sería medio siglo después, tiempo en el que la muerte de un solo niño en esas mismas circunstancias empezó a ser un acontecimiento inusual.

Tanto a principios del siglo XIX como a finales, 1 de cada 2 muertos en Valdesangil eran niños que no habían cumplido un año de vida y que enfermaban por causas gastrointestinales o bronco-respiratorias, las mismas que segaban con facilidad la

vida de los pequeños en todo el siglo anterior. En 1800 nacieron 8 niños de los que 5 murieron; de 23 fueron 9 los muertos al año siguiente y solo 1 sobrevivió de los 11 que nacieron en 1802. A finales del siglo las cifras indican un claro progreso: si a principios podían morir antes de los 2 años en torno al 51 % de los nacidos, ahora mueren el 30 %; claramente hay una diferencia. Cien años sirvieron para progresar en este aspecto. Aun así, las enterocolitis, disenterías, trastornos de la dentición, anemias, gastroenteritis o bronquitis... eran el azote de los más pequeños. Amenazados estaban también cuando parecía que habían salido del tiempo crítico de los 2 años de vida; entonces eran las epidemias de sarampión, como la que hubo en 1896 que mató en septiembre y octubre a 3 niños o las de viruela, que mataron a otros 3 niños en octubre y noviembre de 1899.

La gente adulta de Valdesangil moría fundamentalmente por afecciones del aparato respiratorio (tuberculosis, pleuroneumonía, catarros pulmonares, bronquitis, enfisema, asfixia o asma...), del aparato digestivo (enteritis, cáncer de estómago, catarro intestinal...) o afecciones cardiovasculares (pasma, apoplejías...). Podían morir de estas enfermedades en la treintena de edad o con 50 años; las enfermedades no parecían ligadas a una franja de edad, aunque los pocos que llegaban a los 60 u 80 sus problemas de salud finales parecen ligados más frecuentemente a las afecciones broncopulmonares. Las humedades en las casas, los trabajos inevitables en el campo, lloviera, nevara o hiciera frío, la mala curación sin antibióticos de catarros, gripes o bronquitis, con las obligaciones diarias de trabajar y en las peores condiciones, sin duda eran la vía para llegar a la vejez con este tipo de problemas. Llegar a los 70-80 años era una proeza muy lejos de alcance de la mayoría. Muy pocos llegaban tan lejos y hay que imaginar que los que llegaban lo hacían trabajando, siempre trabajando, aunque debía de ser en lo suyo porque para trabajar en lo de los demás se preferiría a los más jóvenes, como es lógico.

No faltaban las muertes por accidente, como la de un niño de 6 años en 1899 al que no sabemos lo que le pudo suceder porque el cura solo consigna que ha sido por accidente; mueren también por fiebres tifoideas, a resultas de un parto o por la peritonitis provocada por la tenia o solitaria. A algunos también les mataron las condiciones de vida y pobreza en las que vivían, como al pobre de solemnidad Feliz Matas Sánchez, que procedía de Sanchotello y murió con tan solo 35 años *al aire libre, de pulmonía*, según escribe el cura.

La muerte, como sucedió en el siglo anterior, era algo cotidiano, ya fuera de un recién nacido, de un adulto o de los dos. La muerte estaba tan implicada en la vida diaria casi como la vida misma. Hoy la muerte parece algo lejano, algo que nos llegará con toda probabilidad tarde y con mucho vivido; entonces la muerte era algo que podía sobrevenir por poco y con poco, de ahí, también, que tuvieran que estar preparados y la religiosidad estuviera tan calada en el acontecer de la vida diaria. El cura, entre bautizos y entierros, tenía sin duda bastante trabajo que hacer y de ello sacaba un beneficio, que debía repartir con la diócesis y con los ayudantes en los

servicios religiosos. Una idea de cuánto costaba y cómo se repartía el dinero nos la dan los datos de 1895, ya que el cura Francisco Martín Guerrero crea unas disposiciones que regulan los servicios religiosos. Establece lo que era un entierro mayor y uno menor. El mayor consistía en 12 misas, 9 vigiliias, una ofrenda importante de cera (una parte era para el cura y la otra para la iglesia) y vino. El entierro menor son 7 misas, 5 vigiliias y una misa de indulgencia. El cura cobra 16 reales por cada misa, de los que 4 son para el sacristán y 2 se los reparten entre los monaguillos.

Al cura le ayudaron hasta poco más allá de la mitad del siglo en todos estos menesteres relacionados con la muerte las tres cofradías que había en el pueblo (de las Ánimas, de Sacramento y Cruz y de Santa M^a de los Remedios), herencia de la exagerada religiosidad del siglo anterior, habitual de la ideología barroca. Las cofradías ayudaban en el sostenimiento de la iglesia parroquial y sobre todo, ayudaban a morir a las gentes en ese paso trascendental a lo supuesto y deseado, pero en el fondo desconocido, que les llegaba como fin de la vida. Luego, a partir de 1868-1870, en parte contagiados por el espíritu liberal que iba eliminando prejuicios del pasado haciendo más fluidas las ideas y en parte también porque les fueron expropiados sus bienes inmuebles con las distintas desamortizaciones, las cofradías desaparecieron después de tiempos en los que gozaban de mucho poder económico, determinado por las cuotas de los cofrades, además de las propiedades legadas por moribundos que querían asegurarse con la donación de un prado, de tierras o de una casa que se rezara por su alma, no fuera a ser que por falta de las oraciones necesarias para limpiar su alma pecadora, estuviera más tiempo en el Purgatorio o incluso terminara en el Infierno. Las cofradías desaparecieron en torno a 1868 en Valdesangil y seguramente a la mayoría de los curiales no les importó mucho la falta de asistencia al momento de su muerte, convencidos de que con una buena extremaunción a tiempo era suficiente. Aquellas tierras donadas a las cofradías fueron subastadas y pasaron a manos de los que pudieron pagarlas, incluso es posible que algo similar sucediese en ese momento con los llamados Prados Cabildos, que por su extensión al salir a subasta, nadie tenía el dinero suficiente y fue preciso crear una sociedad anónima que lo comprara por acciones o como se dice en Valdesangil: *por suertes*.

Con la decadencia en torno a mediados del siglo de los largos testamentos religiosos que tanto juego e ingresos habían dado a quienes vivían de ejecutarlos, como eran la Iglesia por medio de la parroquia y la diócesis, que se llevaba su parte correspondiente, el cura y la parroquia se quedaron sin una fuente importante de ingresos. A ello se le unió la desaparición de las cofradías, cuyo aporte de dinero y elementos eran fundamentales, por ejemplo comprando la cera para las velas, el aceite para las lámparas (del que se compraban todos los años nada menos que 3-4 cántaros, porque se pasarían el día encendidas como símbolo de la resurrección de los muertos), dorando el cáliz (1800), adquiriendo una linterna para ir a la asistencia a los moribundos (1803), pagando el vino de las misas o financiando al tamborilero en la Fiesta Mayor y en la Menor... El cura, pues, hubo de sentirse desasistido cuando

las cofradías desaparecieron. Los entierros quedaron limitados a lo esencial: la extremaunción del cura en aquellas salas y alcobas oscuras de las casas de Valdesangil, a la luz de los faroles y las velas, a la ceremonia del entierro, de primera, segunda o tercera, e incluso de misericordia cuando el muerto y su familia no tenían para pagar otra cosa y a poco más que a la misa de año.

La iglesia fue el cementerio todavía durante algunas décadas del siglo XIX, después de que las leyes dispusieron a finales del siglo anterior que, por razones higiénicas, los cementerios se sacaran fuera. Era lógico, con aquel trajín de muertes anuales y por tanto de continua remoción del suelo, con los olores de la putrefacción de los cuerpos, por más que estuvieran enterrados, los riesgos de epidemias y la falta de espacio, determinó que tuviera que haber un cementerio en otro lugar, fuera del espacio urbano, pero bajo la misma tutela de la parroquia. En 1787 el rey Carlos III promulgó una Real Cédula en la que se prohibía el enterramiento en iglesias como riesgo para la población. Propició con ello que se construyeran cementerios fuera del interior de las iglesias, ya fuera inmediatos a ellas o un tanto alejados de la población, para evitar así las epidemias constatadas en algunos puntos de España, a las se culpó de los enterramientos en las iglesias. Los cementerios seguirían no obstante bajo la tutela de la parroquia, sobre todo en los pequeños núcleos rurales. Como la orden no fue tajante por el momento para todos los lugares y como seguramente Valdesangil no había sufrido ninguna epidemia sospechosa de proceder del cementerio del interior de la iglesia, a causa de la acidez del suelo, que eliminaba pronto los cuerpos, no hubo cambio de emplazamiento en el mismo 1787. El cambio pudo ser quizá más de medio siglo después. Decimos esto porque en el cementerio actual no hay constancia de tumbas de aquel momento, si bien es probable que la señalización en un principio no fuera como la que se instauró a finales del siglo XIX y principios del XX, con tumbas señalizadas a base de cruces metálicas. Tal vez eran simplemente de madera. Por tanto y teniendo en cuenta que no hay la más mínima prueba de otro cementerio intermedio, creemos que hasta más de la mitad o más allá del siglo XIX, la iglesia parroquial siguiera siendo el cementerio de los curiales, levantando a cada poco tiempo las dos o tres losas que componían la cubierta de cada tumba, alquilada por un determinado tiempo pagando cada año una cuota que al menos en 1859 era de 4 reales para los párvulos, 13 reales para las tumbas normales y 22 para las de mayor categoría, estas situadas, como venía siendo costumbre desde el siglo anterior, en la zona inmediata a los altares. En ese punto donde quedaba depositado el muerto bajo las losas de granito que cubrían toda la iglesia, las mujeres dolientes escuchaban los oficios religiosos sobre la tumba de los familiares, como forma de comunicación con sus difuntos, costumbre que llegó todavía en las mujeres del pueblo hasta los años 70 del siglo XX; en ese tiempo posiblemente ya nadie identificaba al asiento que ocupaban cada vez que asistían a un acto en la iglesia (fuera de reclinatorio o ya de bancos de madera) con la tumba del difunto familiar, porque se habría perdido mucha o toda memoria de ello; solo quedaba la costumbre de tener un sitio concreto.

La construcción de un nuevo recinto, ahora llamado *campo santo*, a la salida del pueblo y habilitado exclusivamente para cementerio, supuso el progresivo olvido de los muertos en el templo, una vez que su memoria fue desapareciendo. Quedaron así para siempre como anónimos los enterrados debajo del suelo de la iglesia, ya que no constaba su nombre en la losa; para identificar a cada uno estaba el aludido gesto de las mujeres de asistir a los oficios religiosos sobre la tumba de los familiares.

4.4. LA ESCUELA Y EL MÉDICO DOS GRANDES AVANCES

4.4.1. *La escuela y el maestro. La posibilidad de dejar de ser analfabetos*

Algo tan esencial y tan normal en nuestro tiempo como es la escuela y la asistencia de los niños a ella, en ese tiempo no parecía tan esencial, acostumbrados a que no la hubiera. Ser analfabeto era lo corriente, quizá muchos pensarán entonces, como se ha pensado hasta mucho tiempo después, que estudiar era cosa de vagos. La gente vivía para trabajar. Trabajar era comer y la comida no llegaba fácilmente a la mayor parte de la población, había que buscarla denodadamente. Leer o escribir no parecía esencial ni a la gente ni a las autoridades en los medios rurales. Solo poco a poco se fue pensando lo contrario, gracias a mentes más avanzadas que sabían de la importancia de la educación, porque una sociedad que sabe, tiene más herramientas para manejarse con mejores posibilidades en la vida. No fue fácil inculcar esto en la mentalidad rural. Las ciudades, cuanto más grandes eran, funcionaban de otro modo, más avanzado, aunque no con la escolarización de todos los niños, puesto que la enseñanza en principio era algo que había que pagar y no todo el mundo se podía permitir algo así ni en las ciudades. Los niños, en lugar de ir a la escuela, que como se ha dicho, costaba dinero a sus padres, podían en su lugar trabajar y así llevar algún dinero a sus casas, donde tanta falta haría. No es de extrañar que, sobre todo en los pueblos donde todo era escaso, donde había más atraso de todo tipo y también en las zonas más desfavorecidas de las ciudades, la admisión de la escuela dentro de la vida de la población general, fuera un proceso lento.

En los sitios rurales, durante mucho tiempo era el cura el que ejercía de maestro, pero no de manera formal y continuada, como se hace en una verdadera escuela. El cura era de las pocas personas, o la única, que sabía leer y escribir con soltura y por tanto el que podía enseñarlo. Posiblemente estas enseñanzas del cura no serían gratuitas, pero tampoco caras. A ella irían algunos niños y es posible que en los más inteligentes surtiera el efecto de aprender más o menos a leer y a escribir. Naturalmente, se enseñaba sobre todo el catecismo, porque era lo más propio del cura y porque todo lo que tuviera que ver con la enseñanza iba impregnado de espíritu religioso. Aprender más de lo que el cura podía enseñar, implicaba ingresar en un centro religioso o acudir a la escuela allí donde la hubiera, que era solo en los puntos con



FIGURA 39: Valdesangil. Local donde estuvo la escuela de niñas en el siglo XIX y la mitad del XX.

más población, no en los pueblos. Eso costaba dinero. Los padres que no pudieran ni siquiera aportar lo que estipulaba el cura para estas cosas, que serían la generalidad, dejarían a sus hijos sin esos mínimos conocimientos, siendo la única enseñanza la correspondiente de padres a hijos y encaminada a aprender lo suficiente para ganarse la vida en los mismos términos en los que lo hacía su padre y antes lo había hecho su abuelo y antes todos sus antepasados. Se buscaban esencialmente conocimientos prácticos, los demás, aunque se consideraran convenientes, eran secundarios por el tiempo que se invertía en ellos, por el dinero que costarían y porque la creencia era que para cultivar el campo no era necesario ir a una escuela. El tiempo invertido en aprender, aunque se tratara de niños y eso hoy nos extrañe, era tiempo que perdían de aprender los conocimientos necesarios para ganarse la vida de mayores e incluso tiempo que perdían de trabajar en alguna cosa que pudiera ser de utilidad a la familia, como cuidar animales o, en tiempo de trilla, trabajar como *trilliques* montados en el trillo conduciendo al animal que daba vueltas a la parva. Así venía siendo desde tiempo atrás.

Las dificultades económicas eran las que eran. El problema estaba en que no había una conciencia integrada en la gente para entender que el analfabetismo era perjudicial para el desarrollo de las personas individualmente y, en consecuencia, de la sociedad. Cuando hubo mayor conciencia de la importancia de la educación, venida sobre todo de las nuevas ideas políticas y sociales, y por tanto de la evolución de la sociedad, las medidas tomadas para aprender se dieron primero en los lugares grandes,

extendiéndose con el tiempo a los pequeños. Por esa regla, sitios como Valdesangil estaban en lo más bajo de la cadena y por tanto les hubo de tocar de los últimos.

La Constitución de 1812, de la que ya hemos hablado, la primera de la historia de España, propiciada por los liberales que buscaban terminar con lo antiguo y rancio que tenía fosilizada a España desde mucho tiempo atrás, en su artículo 366 decía que en todos los pueblos del país se establecerían escuelas de primeras letras, en las que se enseñara a los niños a leer, escribir y contar, así como el catecismo de la religión católica. Pero ya hemos hablado de que un rey tan zafio como Fernando VII no estaba dispuesto a terminar con los privilegios de la gente que más le importaba, por lo que abolió aquella constitución y con ello las esperanzas de que las gentes pudieran acceder a algo tan importante como la educación. Las circunstancias políticas ya dichas, con alternancia de Gobiernos liberales, a los que sustituían otros conservadores que anulaban lo liberal, hizo que algunos adelantos elementales tardaran más tiempo en llegar a lugares como Valdesangil. Béjar había tenido escuela desde el siglo anterior, naturalmente de pago. Lo que se dirimía ahora con las ideas liberales que tanto calado tuvieron en Béjar era que la educación llegara a todas las capas de la sociedad.

Es en 1857 cuando se promulga una ley (Ley Moyano) en la que se proclama, entre otras muchas disposiciones, que hubiera una enseñanza elemental de carácter gratuito impartida en las escuelas. Antes de ese momento ya contaba Valdesangil con una escuela y su maestro correspondiente. Sin duda el espíritu liberal que circulaba por Béjar favoreció tales cosas para Valdesangil. Lo sabemos porque en el acta de bautismo de una niña de nombre María y de apellido Antonio que se bautiza el 21 de mayo de 1845, su padre, Manuel Antonio López, natural del pueblo abulense de Fuentes de Año, consta en el acta como «maestro de niños». Este maestro, fue quizá el primero que tuvo Valdesangil, o fue sin duda de los primeros. Por las circunstancias que veremos a continuación debemos entender que este hombre ejercía de maestro de forma privada o semiprivada, es decir, había puesto una escuela en Valdesangil. Es probable que ya contara en este momento para ello con una subvención del Ayuntamiento de Béjar, como se dio con seguridad un poco más adelante. El carácter privado o semiprivado de esta escuela motivaba que asistieran a ella solo los que podían pagar la cuota correspondiente. Si en la mentalidad popular no estaba todavía asentada la importancia del saber y, además, costaba dinero asistir y además de todo eso, «se perdía» de trabajar en otras cosas, aunque fueran niños, el éxito de la escuela no pudo ser mucho en un principio, de ahí que el maestro tuviera que ser incentivado por las autoridades bejaranas. Un documento de 1866⁵³ da algunas pistas de la situación: en él se dice, por un lado, que se ha cambiado de lugar a los niños de la escuela de Valdesangil, «cuyo estado era deplorable», por otro a la espera de que se construyera una escuela de nueva planta (cosa que tardaría 80 años en llegar). Por otra parte, se hace mención del detalle que está teniendo la esposa del maestro,

⁵³ Boletín de Primera enseñanza de la provincia de Salamanca n.º 10, 2 de enero de 1866, pág. 7.

también maestra, de admitir a las niñas pobres, que de ninguna manera podrían asistir a la escuela, puesto que tenían que pagar alguna cantidad de dinero, aunque no fuera mucha. La escuela no era gratuita en este momento y había quien no podía pagar ni el mínimo estipulado.



FIGURA 40: Valdesangil. Local donde estuvo la escuela de niños en el siglo XIX y la mitad del XX.

La designación del maestro venía dada por la Junta Provincial de Primera Enseñanza proponiendo 1 o 2 nombres al Ayuntamiento de Béjar, que designaba a uno de los dos. Los maestros, aunque no llevaban un uniforme establecido, solían vestir de una forma muy común todos ellos, muy sobria, austera y seria, poco llamativa en el caso de ellas, pero bien vestidas, conscientes de que con su ejemplo contribuían también a la educación de los niños. Las maestras vestían faldas largas hasta los pies y a menudo pomposas, camisas abombadas con cinturones o fajines ajustados a la cintura, sin ningún tipo de escote y con colores oscuros. Los maestros vestían trajes o al menos con pantalones y chaqueta, dando la misma sensación seria y austera.

Sabemos con más seguridad que 7 años después, ya en 1852, en el acta del pleno del Ayuntamiento de Béjar del 31 de diciembre consta la licencia para ejercer como maestro de don Calixto Parra para que desempeñe provisionalmente la enseñanza del arrabal de Valdesangil, concediéndole un sueldo anual de 100 ducados y el permiso para establecer una cuota de 2 reales al mes para los alumnos de lectura y 3 para los de escritura⁵⁴. Quiere decir esto, primeramente, que el Ayuntamiento

⁵⁴ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1621. Acta de 1852 y 1853, pág. 95.

de Béjar subvencionaba una parte de la educación de Valdesangil, pero que la enseñanza no era del todo gratuita, ya que los alumnos debían aportar una cuota mensual. Y, en segundo lugar, indica que se podía optar por aprender tan solo a leer o, además, por aprender a escribir, lo cual salía al mes, en el caso de utilizar las dos, por 5 reales. Debemos entender con ello que algunos tendrían que conformarse con aprender a leer y otros más avanzados y con mejores posibilidades de pagarlo, por aprender a escribir. No se dice nada de contar, pero con seguridad es posible que eso constituyera otro nivel.

Al menos en 1864 ya hay dos maestros, uno para los niños y una maestra para las niñas. En este caso eran marido y mujer. Se llamaban Joaquín González y Leonarda Gallego. Él era natural de Arcediano de la Armuña (Salamanca) y ella expósita, es decir, procedente del Hospicio de Salamanca, en el que fue acogida como niña sin padres reconocidos, recibiendo una educación que la convirtió en maestra. Se les nombra como *Maestros de Instrucción Primaria* y en las actas de los bautismos de sus hijos tienen la consideración de *don* y *doña*, lo cual indica que había en ellos una categoría y un respeto especial por parte de los curiales por ser quienes eran. Cuando llegan a Valdesangil deben de ser jóvenes porque tendrán allí al menos 5 hijos entre 1866 y 1873, por cierto, 2 de ellos muertos al poco de nacer, como era frecuente en ese tiempo. Este don Joaquín González debió ser un buen maestro porque en el acta que expide el inspector de Enseñanza Cesáreo Antolín Viñé, después de la visita a la escuela y del examen que hace a los alumnos, se hace eco del grado de instrucción de los niños *como nunca he visto en este pueblo*, escribe, atribuyéndole al maestro tal responsabilidad *a pesar del poco tiempo que lleva en esta escuela*⁵⁵, continúa escribiendo.

Hay un hecho curioso y trágico relativo a este matrimonio: en el acta del pleno municipal de Béjar del 10 de febrero de 1874 se cita que ha quedado vacante la plaza de maestro por el suicidio de Joaquín González, nombrándose maestro interino a don Fernando Marcos⁵⁶. Dos años después, la esposa del maestro suicida, la maestra en activo Leonarda Gallego, figura ya casada con un ganadero de Mogarraz llamado Simón Parra, al que suponemos trasladado a Valdesangil antes o con ocasión de la boda. Con él, en septiembre de 1876, tiene un hijo. Este mismo hombre en 1878 figura con la profesión de *cortador*. Imposible de imaginar lo que le pasó por la cabeza al pobre maestro para suicidarse, aunque es inevitable hacer conjeturas sobre la rápida boda de ella, como mínimo transcurrida un año y muy poco después del suicidio de su marido. Conocemos a Leonarda Gallego por la fotografía de la maestra con las alumnas de principios de siglo de la que hablaremos en páginas siguientes.

La afluencia a la escuela no debía ser la debida ni la deseada por los maestros, porque continuamente los inspectores que visitan a cada poco la escuela de Valdesangil para vigilar cómo se enseña a los niños, hacen constar en las actas que se pase relación

⁵⁵ Libro para las visitas de inspección. Valdesangil, pág. 9.

⁵⁶ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1625. Acta de 1874, pág. 58.

al Ayuntamiento, por parte del maestro, sobre los niños que no asisten, de forma que se obligue a los padres para que los manden a la escuela. El Ayuntamiento de Béjar y la Junta Local de Enseñanza presionan continuamente en este sentido, pero la insistencia de los inspectores hace pensar que no se les hacía todo el caso debido. El espíritu liberal que inunda la política en Béjar se ve en la preocupación por la enseñanza del pueblo y en el compromiso en ese sentido que tienen quienes son los encargados de llevarlo a cabo. Se percibe singularmente esto mismo en algunas de las actas de inspección de la escuela de Valdesangil, en la que el inspector inicia el acta con una frase que es una verdadera declaración de principios y compromiso: *Los pueblos instruidos, como aconseja la ley natural y su esencia, marcharán siempre a la cabeza de la civilización y en consecuencia, resolverán sin dificultades sus problemas y la vida de los mismos será próspera*⁵⁷.

Desde primeros de 1870 la enseñanza se hará gratuita en Valdesangil, como sucederá también en Béjar. La maestra Leonarda Gallego, que hasta ese momento había sido maestra privada ayudada con una subvención municipal, se convierte a los efectos de la enseñanza gratuita en funcionaria municipal, ratificándola el Ayuntamiento como maestra de niñas de Valdesangil por un acuerdo de 21 de diciembre de 1869⁵⁸; no se dice nada del que todavía era su marido, el maestro Joaquín González, pero se supone que se le ratificó igualmente.

La gratuidad de la primera enseñanza a partir de 1870 provocaría la masiva afluencia de niños a la escuela, puesto que ya no costaba nada aprender a leer, a escribir y a contar, y la mayoría de los padres veían en ello un adelanto para el futuro de sus hijos. Lo veían no tanto para aspirar a algo más a través de lo que iban a aprender, pero al menos les serviría para manejarse mejor en lo que les esperaba. Esto llevó al Ayuntamiento de Béjar en el mes de octubre de 1870 a buscar soluciones para la ampliación de los locales de la escuela *incapaces de contener* el número de niños de ambos sexos, autorizando a la Comisión de Obras a llevar a cabo los trabajos necesarios. Un mes después, el Ayuntamiento aprueba invertir 1.027 reales en las obras. En la misma sesión del 4 de noviembre se aprobará que los maestros perciban el sueldo que percibían, además 112 reales *en razón de las retribuciones que dejan de percibir en virtud de la enseñanza gratuita*. El sueldo que se aprueba es, en el caso de la maestra de 2.500 reales anuales y de 3.400⁵⁹ para el maestro. No enseñaban peor las maestras que los maestros, ni seguramente había más niños que niñas para justificar la desproporción del salario, era que las mujeres contaban en los trabajos menos que los hombres para todo, incluido en las decisiones políticas, que como ya hemos dicho, ni siquiera en aquella constitución tan adelantada como fue la de 1812 se les concedía el derecho al voto, fueran ricas o pobres.

⁵⁷ Libro para las visitas de inspección. Valdesangil, pág. 17.

⁵⁸ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1624. Acta de 1869, pág. 43 bis.

⁵⁹ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1625. Acta de 1874, pág. 215 bis.

Desconocemos dónde estaban localizadas con exactitud las escuelas en este momento. Al no construirse un edificio expresamente, debieron de habilitarse algunos de los disponibles que pudieran ser los más adecuados. Eso motivó, si es que no hubo otros argumentos (por ejemplo, no tener cercanos a niños y niñas) que estos recibieran las clases en lugares separados. Solo hubo en una ocasión un único edificio para ambos, pero separados, lo hubo con la construcción de Las Escuelas en los años 50 del siglo XX que han llegado hasta nuestros días, aunque ya transformadas en otros usos. Tal vez las escuelas de ese tiempo estaban en el lugar donde las encontramos también a principios del siglo siguiente: es decir, la de los niños a la entrada del pueblo, en la planta baja de uno de los edificios de la manzana de casas que hay allí y cuyo nombre aún persiste (La Escuela), aunque ya no quede rastro de ello. La de las niñas pudo estar cerca de la plaza de Abajo, en el callejón sin salida que hay cerca de la entrada de El Cerrado, conocido como La Calleja de Serena. Al menos en los años 20 y 30 del siglo XX en estos dos puntos estaban localizadas las escuelas y es muy probable que fueran el lugar originario.

En las actas del Ayuntamiento de Béjar aparecen varios acuerdos para realizar obras en la escuela en los años siguientes a 1870, de forma que se pudieran acomodar a lo que se consigna como *gran afluencia de niños*, dado que, además, por ese tiempo la cantidad de habitantes de Valdesangil era de las mayores que se han conocido a través de su historia. Que sepamos, se hacen obras al menos en 1876 y 1879. A este respecto y en esta última fecha, debemos hacer mención de algo que no debe olvidarse en la historia de Valdesangil, por más que no sea un hecho trascendental, sino más bien un detalle encomiable: era el maestro en este tiempo un tal don Isidro Calvo Rodríguez, natural del pueblo salmantino de Arabayona de Mójica. Este hombre fue maestro al menos desde 1876 y hasta 1900, año en el que murió en junio a la edad de 57 años, según el cura escribe en el acta, de una endocarditis y en cuyo entierro se dijo una misa de cuerpo presente, una novena y una misa de indulgencia por su alma. Este hombre hubo de ser un maestro responsable, comprometido con su profesión y generoso, además de excelente maestro. Esto último lo consignan, constante y elocuentemente, los diversos inspectores de Enseñanza y presidentes de la Junta Local de Enseñanza de Béjar, cuando acuden a visitar la escuela, interrogando para ello al maestro y examinando a los niños como forma de control en la calidad de lo que se impartía. Los inspectores se deshacen en elogios hacia su labor como maestro. Isidro Calvo el 24 de abril de 1879 escribe una carta al Ayuntamiento de Béjar en la que le pide 300 pesetas para ampliar la escuela, ya que tiene 44 alumnos en el local habilitado para ella, pero en realidad caben cómodamente solo 24, es decir, aproximadamente la mitad. El Ayuntamiento de Béjar le contesta que está de acuerdo en lo que pretende siempre que Valdesangil aporte la mitad. Pero la Junta Administrativa de Valdesangil dice no disponer del dinero correspondiente a su parte, ofertando, todo lo más, ayuda con peonaje local. Ante lo cual y viendo que su propuesta no pueda llegar a realizarse, el maestro propone encargarse él mismo de las obras si Béjar le da

la mitad prevista, adelantando él de su bolsillo lo que no puede poner Valdesangil, a condición de que se le reintegre *de los fondos de la escuela en los años sucesivos, y en último caso, aunque sea sin reintegro*⁶⁰. Es decir, está dispuesto a pagar de su dinero la parte de la reforma que le corresponde al pueblo de Valdesangil, verdadero interesado en ello.

Se deja entrever por la actitud del maestro que Valdesangil no debía estar en una situación económica boyante, porque de lo contrario Isidro Calvo no hubiera tenido ese gesto altruista que tanto le comprometía con la esencia de su labor. El maestro es quien dirigirá las obras contratando a un albañil y a un carpintero curieles, que tardan 3 semanas en llevar a cabo las obras, ayudados por peonadas locales dispuestas por la Junta Administrativa de Valdesangil. El presupuesto para las obras se ciñe finalmente a las 300 pesetas totales. El Ayuntamiento de Béjar pagó la mitad comprometida: 150 pesetas. Los vecinos de Valdesangil abonaron 12 peonadas voluntarias por un importe de 18 pesetas, lo cual sumaba 168 pesetas en total, faltaban 132. Pero el maestro observa que es necesario, además, poner unas contraventanas para el balcón y dos marcos con cristales para las ventanas que eviten los fríos, y doblar la cocina y hacer chimenea, con lo cual salía toda la obra por 353'36 pesetas disponiendo solo de 168. Ante tal situación el maestro abonó de su bolsillo 185'36 pesetas, según hace constar en el libro de correspondencia con fecha 14 de agosto de 1877⁶¹, víspera de la Fiesta Mayor. No sabemos si se le reintegró el dinero o, como había dicho en la segunda carta al Ayuntamiento, lo puso a fondo perdido de su bolsillo. De milagro hemos podido saber este hermoso gesto del maestro Isidro Calvo. Quedó reflejado en un antiguo libro de cuentas rescatado del expolio y abandono de las escuelas recientes cuando quedaron en desuso en los años 70 del siglo XX y cuando todo lo que había allí quedó expuesto a la desaparición⁶². Isidro Calvo no quiso pasar a la historia, solo quiso dignificar la escuela aun a costa de su dinero. Y hemos sabido de su gesto tan solo porque esos libros no se perdieron. Sirva como homenaje a su gesto la mención en este trabajo y la consideración de Valdesangil a un hombre responsable y altruista que contribuyó eficientemente a la educación de los curieles en un momento en el que era tan necesario.

El mal estado de las escuelas de Valdesangil, en las que había ventanas rotas, goteras y entraba el intenso frío del invierno, será una constante hasta final del siglo y en buena parte de las décadas iniciales del siglo siguiente, como veremos más adelante por la preocupación para Valdesangil, pero también para muchos otros núcleos rurales, de un personaje histórico de nuestra provincia, Filiberto Villalobos, como ministro de Instrucción Pública de la II República que era, y hombre profundamente comprometido con los valores de la educación.

El peligro de contraer enfermedades contagiosas ya aludido afectaba a veces a la escuela. Algo hoy tan superado como es el sarampión infantil, en ese tiempo podía

⁶⁰ Libro de correspondencia oficial de la Escuela de niños de Valdesangil, pág. 9.

⁶¹ Libro de correspondencia oficial de la Escuela de niños de Valdesangil, pág. 3-5.

⁶² Tras la finalización de este trabajo, tales documentos irán a parar al lugar donde deben estar para su custodia e investigación: el Archivo Histórico de Béjar.

acarrear la muerte en un organismo debilitado por mala alimentación. Por ello, de vez en cuando se tomaban medidas como cerrar la escuela ante la epidemia. Así sucedió entre el 14 y el 23 de abril de 1882 de acuerdo entre el maestro, el médico del pueblo y la Junta Administrativa de Valdesangil. Remitida la epidemia, se abrió de nuevo.

Finalmente añadiremos una curiosidad, más que un hecho: en 1888 se acuerda en la Junta de Enseñanza que un niño se encargue de los dos toques de entrada, el de la mañana y el de la tarde. Será un cargo remunerado con 30 reales a pagar por la Junta Administrativa o por Ayuntamiento de Béjar. Lo que no sabemos es cómo se las ingenió el maestro para adjudicar el trabajo; tal vez se le asignó a algún niño de las familias más necesitadas, que por ese tiempo y a juzgar por el número de jornaleros, debían de ser muchas.

4.4.2. *El cirujano y el médico*

Si la escuela fue un gran avance para Valdesangil, contar con una persona dedicada a la sanidad lo fue también en gran medida. Nos referimos a la figura del cirujano, que no a un médico, por lo menos en la primera parte del siglo. No sabemos exactamente desde cuándo contó Valdesangil con un sanitario que sirviera para paliar algunas de las enfermedades de los curieles. Pero tenemos alguna pista que puede esclarecerlo. Así, en 1830 se le trata de *don* en un acta de bautismo a un tal Isidro Hernández Bueno, que reside en Valdesangil. Es natural de Béjar, como sus padres. El tratamiento de *don* para un residente, que además tuviera hijos, solo lo hemos visto para el maestro, o para el médico, por tanto, podemos sospechar que ya en 1830 Valdesangil contaba con alguien dedicado a la sanidad. En 1837 se cita dos veces a un cirujano asistiendo a un parto en Valdesangil. Al año siguiente un cirujano residente en Valdesangil llamado Antonio Rodríguez Ramos, natural de Béjar, bautiza a una hija; suponemos que era el mismo que había asistido al parto el año anterior.

El trabajo de cirujano no era propiamente el de médico, se trataba de una escala inferior equivalente aproximadamente a lo que en nuestro tiempo es un enfermero o ayudante técnico sanitario (ATS). En un primer momento, cuando se le nombra, se le dice *cirujano*. Solo transcurridos 50 años, allá por 1882 se cita como *Médico Titular* al mismo que años atrás se le había denominado como *Cirujano Titular*. No sabemos si había alcanzado la categoría superior de médico o era un cambio de denominación general. Probablemente, avanzado este siglo, los cirujanos eran más de lo que lo fueron en el anterior siglo XVIII, tiempo en el que se denominaban cirujanos-barberos sangradores y servían para sacar muelas, cauterizar heridas, provocar sangrías supuestamente sanadoras, inyectar y hasta afeitar las barbas de los necesitados. Aprendían sus conocimientos como aprendices de otros y solo avanzado el tiempo, precisaron

un certificado para ejercer⁶³. Ahora debían de acercarse más, como hemos dicho, a los ATS de ahora. Los contrataban los ayuntamientos cobrando una iguala a los vecinos y en este siglo XIX los nombraba el Gobierno Político de Salamanca mediante la participación en un concurso público cuya convocatoria debía aparecer en el Boletín de la Provincia, costeando Valdesangil el anuncio, que no solía ser barato. Pero le interesaba sobremanera tener un cirujano, porque la salud, como es lógico, era algo muy serio.

En un primer momento de este siglo el cirujano en Valdesangil era un profesional de la medicina que no abarcaba a todos los campos de la enfermedad; ayudaba a los partos, evitando el dolor como medida de primeros auxilios, las hemorragias y las infecciones, tres de los aspectos más temibles en ese tiempo. Su trabajo en Valdesangil y luego el del médico, si es que no era lo mismo en cuanto a la denominación posterior, era un trabajo privado, auspiciado por los ayuntamientos. No tenemos una constancia documental, pero debemos entender que se trataba de un profesional financiado a través de una iguala entre los vecinos, que cobraba el Ayuntamiento y que a veces era en dinero y a veces en especie. Naturalmente no todos podían pagar, había también pobres de necesidad. Para esos casos la solidaridad que mueve también a los seres humanos estaba contemplada en el comportamiento de las instituciones oficiales. Lo vemos en las actas municipales de Béjar del 5 de agosto de 1872, cuando el que figura ya como médico (antes cirujano) Atanasio Montero, solicita al Ayuntamiento de Béjar que se le asigne una cantidad anual por asistir a los pobres de Valdesangil y Fuentebuena, que en ese tiempo debían ser numerosos debido a la crisis que se estaba viviendo. El Ayuntamiento se da por enterado ese día y propone a la Comisión de Beneficencia que estipule una cantidad⁶⁴. Once días después se acuerda que se le den 100 pesetas anuales por la asistencia a estas familias en la miseria. Precisamente este hombre, Atanasio Montero, natural de Pinedas, fue cirujano titular durante muchos años en Valdesangil. En 1849 ya figura como tal, tiene 31 años y entre 1849 y 1867 bautizará a 7 hijos en Valdesangil, de los que la mayor parte de ellos murieron al poco de nacer, por más que su padre fuera el cirujano de la localidad. En 1882 continúa ejerciendo en Valdesangil a sus 68 años, porque bautiza a un nieto, constando en el acta del bautizo como abuelo de la criatura y médico titular de Valdesangil. Este hombre morirá en Valdesangil a los 81 años de una *hemorragia meníngea*, según hace constar el cura. Llama la atención que recibe un entierro de tercera, siendo como había sido el médico y suponiéndosele una posición acomodada. Seguramente no era tan acomodado ser médico en Valdesangil precisamente, aunque se le tuviera un respeto como hombre con una profesión relevante y con capacidad para curar determinados males de los curieles. El caso es que le hicieron un entierro de tercera con novena, un paternóster por un año una vez al mes y misa al cabo de año.

⁶³ SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M., 2015.

⁶⁴ Archivo Histórico de Béjar. Caja 1625. Acta de 1872, pág. 115.

Desde este tiempo y hasta principios de siglo XX Valdesangil va a contar con un sanitario, desapareciendo luego en las primeras décadas del siglo XX, quedando entonces centralizada la medicina exclusivamente en Béjar.

4.5. LABRADORES, PASTORES Y JORNALEROS

Ya hemos dicho que la Tierra de Béjar, constituida por la villa y una serie de pueblos asociados a ella, entre los que estaba Valdesangil como arrabal, fueron durante mucho tiempo el territorio propiedad del duque de Béjar, en el que este disponía todo, desde los que trabajaban en su administración hasta los que impartían justicia. Era, por tanto, Béjar y su Tierra un señorío como otros muchos en España. Esta forma de organización había ido disgustando a las gentes de tal manera que había un sentimiento más o menos soterrado de descontento creciente en la mentalidad liberal, que quería cambiar la situación enfrentándose con ello a lo conservador. La adelantada Constitución de 1812 contemplaba ya la abolición de los señoríos como Béjar y su Tierra y así sucedió, como también se ha dicho ya, pero como aquella constitución quedó abolida dos años después, los señoríos volvieron como estaban hasta antes de 1812 y por tanto todo estuvo de nuevo en manos del duque hasta 1820 en que los liberales volvieron al poder y repitiendo lo hecho en 1812, eliminaron de nuevo los señoríos. El duque de Béjar deja de ser de nuevo el señor de la villa y su Tierra, pero no definitivamente. Tres años durará esto porque en enero de 1823 otra vez los conservadores o absolutistas vuelven al poder para ostentarlo durante 10 años, instaurando de nuevo el poder del duque. Este celemineo político (en Valdesangil se dice *cilimineo*) debió de ir calando en la mentalidad y en el aguante de la gente, conformando una ideología liberal que estallaría en 1868 con una revolución en toda regla en la que la reina Isabel II tiene que dejar el trono y marcharse. En todo este quitarse unos para ponerse los otros, en 1837 son abolidos definitivamente los señoríos y ya para siempre el duque de Béjar deja de ser el señor absoluto de su villa y Tierra. Esto va a traer consecuencias importantes a Valdesangil, además de las que podemos entender como lógicas, por liberalizarse el funcionamiento de la vida para sus habitantes. Vamos a ver cómo sucede esto en adelante.

El duque de Béjar, con todo su poder, tenía derechos y acuerdos para explotar los pastos con fines pastoriles de la zona de Extremadura en forma de trashumanza. Ya se ha mencionado lo que mostraba el Catastro de Ensenada de 1753, en el que se cita a las numerosas cabezas de ganado lanar y caprino que pasaban los seis meses más fríos del año en tierras extremeñas distribuidos en diversas localidades, al ser Valdesangil una parte de Béjar y su Tierra. Cuando el poder del duque de Béjar es mermado considerablemente con la desaparición del régimen de los señoríos en 1837, su influencia y poder para llevar los ganados a Extremadura van a ir perdiendo valor en poco tiempo, por lo que el pastoreo curiel va a verse afectado

por una gran decadencia, acelerada también por la desaparición de La Mesta, que era una organización estatal dependiente del rey para proteger la codiciada lana de las ovejas merinas. Esto se aprecia muy claramente cuando revisamos el libro de bautismos de la parroquia de Valdesangil correspondiente al siglo XIX. En este libro y dependiendo del cura que inscribe a los nacidos, se hace constar la profesión del padre. Desgraciadamente algunos curas no consideraron necesario este dato pero los que sí lo consignaron entre 1839 y 1852 (el cura Manuel Rico Gómez) y después entre 1865 y 1879 (Hipólito Narros Granado) le hicieron un gran favor a la reconstrucción de la historia de Valdesangil, porque gracias a ellos se pueden vislumbrar de forma general, pero efectiva, las profesiones de los curieles en ese tiempo y todo lo deducible de ellas. Aunque hay que tener en cuenta que solo aparecen allí los que tenían hijos, es decir, un sector de la población, al ser periodos de 13 y 14 años sirven para entender las tendencias, que en el caso de los pastores parece muy significativo. Lo dicen los datos: entre 1839 y 1851 la media de los nacidos en Valdesangil, cuyos padres son pastores, es del 51'8 %. Unos 100 años antes, en 1753 el porcentaje de pastores consignados en el Catastro de Ensenada era del 52'7 %, es decir muy parecido. Pero entre 1865 y 1879 el porcentaje baja al 24'4 %. Curiosamente es la tendencia contraria de lo que sucedía con los jornaleros, es decir, aquellos que vivían pendientes de que se les contratara puntualmente para algo, porque no tenían una profesión fijada, al no haber trabajo concreto al que aspirar o por haber perdido el que tenían. Entre 1839 y 1845 representan los jornaleros el 15 % de los padres que bautizan hijos; entre 1846 y 1852 son ya el doble (31 %), porcentaje que se mantiene entre 1865 y 1867 (30'7 %), incrementándose aún más entre 1868 y 1879 (47'6 %). Por el contrario, la cantidad de labradores se va a mantener estable entre 1839-1852 (16'2 %) y 1865-1879 (18 %). Lo que debemos ver en todo esto, dicho más fácilmente, es que la pérdida de influencia de los duques de Béjar en Extremadura favoreciendo el pastoreo entra en decadencia a partir de 1837. No debió de ser algo fulminante, pero tampoco tardó mucho. Aquellos pastores curieles que emigraban a Extremadura para 6 meses, dejaron de hacerlo, por lo menos en la misma cantidad y en las mismas circunstancias, en unos pocos años, buscando ahora pastos para sus rebaños en el propio Valdesangil o en las inmediaciones. Pero como el término curiel no daba para tantas cabezas de ganado (en 1753 eran nada menos que 7.566 entre cabras u ovejas), la mayoría de aquellos pastores debieron de vender su ganado, pasando a depender como jornaleros o en el mejor de los casos como sirvientes, de la oferta de trabajo de otros, los labradores, que les contrataban para lo que les iba haciendo falta, pero implicando que no había trabajo a tiempo completo. Algunos es posible que se incorporaran a la industria textil de Béjar, pero esa industria no hubo de ser muy acogedora para los antiguos pastores, o no había trabajo suficiente para todos, porque el número de jornaleros era elevado en Valdesangil entre 1868 y 1879, señal de que no fueron derivados a lo textil. El número de padres con la profesión de jornalero que bautizaban a sus hijos ascendía al 47'6 %, casi la mitad de la población.

Ya que hablamos de los pastores que se quedaron a ejercer su trabajo en los pastos de Valdesangil, hay que mencionar la presencia y sus consecuencias de los lobos en la zona, como queda reflejada en las noticias de la prensa. Hay que imaginar que los ataques de lobos pudieron ser algo frecuente antes, pero al no disponer de datos que lo reflejen, como sí sucedió cuando había periódicos, hoy lo desconocemos. Sí sabemos que a finales de este siglo y durante casi la primera mitad del otro, los ataques de lobos se sucedían. Una de las primeras noticias al respecto de las que hay noticia es de 1878 y se publica en el periódico salmantino *El Eco del Tormes*⁶⁵ remitiéndose a otro periódico titulado *El Fomento*. Allí se citan ataques en La Calzada, Valdehijaderos, Valdefuentes, Valdesangil y otros pueblos, donde se han organizado batidas para matarlos.

Sin duda este hubo de ser un tiempo especialmente crucial para una buena parte de los curieles. El volumen de la agricultura y su rentabilidad no daba para una oferta estable a los jornaleros por parte de los agricultores, es decir, el jornalero no trabajaría habitualmente a diario. Quien no trabajaba a diario no cobraba a diario. Naturalmente no existía el subsidio de paro ni nada parecido que no fuera la caridad. Un determinado número de gente debía de estar en situación muy difícil. Quizá fue en este tiempo, si no lo había sido antes también, cuando se pusieron en cultivo zonas cuya rentabilidad era muy baja, pero que cultivadas proporcionarían algo de lo que disponer. Poco era algo. Nada era nada. Un ejemplo de ello es la zona llamada *La Llaná* o los *Llanos de Cabeza Gorda*. Es una planicie al sur y debajo del pico de Cabeza Gorda, donde todavía se aprecian los amontonamientos de piedras para despejar y facilitar el cultivo (*majanos*). Territorialmente esa zona pertenece a Vallejera, pero hemos oído decir a los más antiguos que, tiempo atrás, allí se cultivaba, se supone que alquilando el terreno a quien era el propietario. Subir allí a cultivar e incluso estar pendiente de que la cosecha no se frustrara por la acción de animales o de ladrones, recogerla y transportarla, fue un problema añadido a la baja rentabilidad por sembrar a tal altura. No es el único sitio escarpado y difícil de Valdesangil donde se puede ver esto, también en el valle de Cabezón y en la zona de Piquitos.

Todo este tiempo fue una etapa de grave crisis en la que influyeron diversos factores, con los problemas derivados de todo ello, en los que, además, el aumento de la población constituyó un inconveniente al ser más, pero haber menos trabajo. Si bien la esperanza de los recién nacidos no era mucha, la frecuencia de nacimientos garantizaba más supervivientes. En el periodo de 1837 a 1892 se bautizaban una media de 24 niños por año, frente al tiempo inmediatamente anterior entre 1823 y 1836 que estuvo en 15'6 niños/año o los 14'5 en la posterior entre 1893 a 1950. Como ya veíamos en 1753, algunos que se decían labradores en la profesión y en el recuento, tenían una hacienda estable en la que conjugaban una economía mixta, con tierras para el cultivo y ganados para pastoreo, manteniendo una economía suficiente y estable.

⁶⁵ *El Eco del Tormes* n.º 11 (Segunda época). 10 de marzo de 1878, pág. 2.

No se puede decir que fueran todos los labradores los que vivían así, solo una parte de los que se definían como tales. Ni entonces ni un siglo después, los labradores mejor situados eran grandes propietarios; únicamente una parte de ellos vivían mejor que los demás, no pasaban hambre y sus riesgos por una mala cosecha, una plaga o epidemia eran un contratiempo serio, pero no el desastre del que se quedaba sin nada. Buena parte de los labradores siempre tenían algo de lo que echar mano, aunque si el problema se extendía a más años, si consumían sus reservas, caían ineludiblemente también. Es posible que la condición de crisis, cuando esta tenía lugar, hiciera que algunos de aquellos pastores arruinados vendieran sus escasas tierras a los labradores, aumentando estos sus posesiones y garantizando con ello la contratación temporal de más jornaleros, al tener más volumen de trabajo.

La presencia importante de jornaleros detectada entre 1865 y 1879, que constituía una cifra en torno a la mitad de la población curiel, debió de ser un foco de descontento importante debido a las malas condiciones de vida en las que vivían y las pocas perspectivas de mejora. No conocemos datos que lo avalen, pero seguramente implicó la extensión a Valdesangil de las ideas liberales tan extendidas en Béjar entre la población trabajadora de las fábricas, por ser más cercanas a establecer formas de gobierno favorecedoras de la clase más humilde, que eran la mayoría. Por ello, aunque no lo sepamos de momento expresamente, debemos creer que la participación y muerte del pobre curiel Vicentillo Sánchez *Prolijo* en la Revolución de 1868 es un síntoma de la presencia de determinadas ideas entre la gente de Valdesangil, propiciada seguramente por la situación difícil que se vivía y en la que la esperanza en algo mejor a lo que había, pudo llevar a militar en determinadas ideas. Las malas condiciones de vida y la falta de una esperanza real en que se solventara la situación, llevó por lo menos a algunos de aquellos curieles a la emigración, como también a numerosos bejaranos sin muchas posibilidades en el textil. La prensa del momento dice que en 1878 hay 2.000 parados en Béjar, eso era una buena parte de la población. Tenía que haber una salida y la emigración fue la puerta de escape de la miseria creciente y sobre todo, de la falta de esperanza en la solución.

Labradores, pastores y jornaleros componían a mediados del siglo XIX el grueso de la población trabajadora masculina de Valdesangil; también había otras profesiones minoritarias que un siglo antes no existían. Las ejercían muy pocos individuos en cada rama, eran la de arriero, herrero, ganadero (no sabemos si serlo se refiere a ganaderos de vacuno o de ovino y caprino también), carretero, *perchero*, zapatero, tabernero, sirviente o criado, cortador, hilandero, tendero, carpintero, maestro, cirujano o mayoral. Desconocemos si todas en su totalidad coincidieron en el tiempo o algunas eran profesiones ocasionales que las ejercían determinados individuos, pero queda constatado a través de los libros de bautismo de la parroquia que se dieron en hombres en edad de procrear entre 1839 y 1879.

Es preciso comentar algo sobre ciertas profesiones. Por ejemplo, la presencia de algún hilandero, cortador y tejedor se explica porque una rama de la industria textil

de Béjar tenía que ver con el trabajo a destajo como autónomo. Ello permitía vivir de lo textil a algunos hombres en sus talleres, llevando en el caso de Valdesangil, la materia prima desde Béjar y regresándola procesada de nuevo a Béjar, donde era adquirida por los fabricantes de paños. En Béjar muchos otros hombres vivían así mismo de esto.

Los oficios minoritarios no podían ser de otra manera que minoritarios porque la demanda de sus servicios no daba para más en una población pequeña. Era, por ejemplo, el caso del herrero, del carpintero o del zapatero, a los que vemos ejercer su profesión en Valdesangil en la segunda mitad del siglo. La agricultura precisaba del herrero para el mantenimiento de las herramientas de labranza en la herrería municipal y no menos necesario era el zapatero, en un tiempo en el que reparar las suelas de las botas que todo el mundo llevaba era la garantía de conservarlas para más tiempo. También había algún arriero y algún carretero. Desconocemos si la profesión de carretero era la de fabricar y reparar carros, indispensables también para el trabajo del campo o era alguien que se dedicaba a transportar con su carro determinadas mercancías por encargo, como por ejemplo recoger en el otoño hojas de castaño en la zona de El Castañar, en Béjar, que hacían buen estiércol (llamado *vicio* en Valdesangil), después de haber servido de cama para las vacas en los corrales, tarea que se siguió llevando a cabo hasta mediados del siglo XX. El arriero que se cita en una partida de bautismo en 1867, es un tal Sebastián García Calles, natural de Sorihuela. Debía de ser alguien dedicado al transporte de mercancías con animales de carga, posiblemente con las mulas de Santibáñez de Béjar, que tan buena prensa tenían en la zona. Por ese tiempo, el lino es posible que se cultivara todavía en Valdesangil, por más que estuviera ya en el final de su trayectoria. El transporte del lino, una vez limpiado y preparado para ser tejido, era una actividad que se dio con bastante frecuencia en la provincia de Salamanca⁶⁶. Tampoco se puede descartar que tuviera que ver con la distribución de la industria chacinera de Candelario que precisó siempre de la profesión de arriero para la distribución de su codiciada chacina. Tanto él como su mujer, eran naturales de Palomares y al menos estuvieron en Valdesangil hasta finales de 1870, en el que tienen el último de los cuatro hijos que tuvieron en Valdesangil. Este mismo arriero o se marchó de Valdesangil a otra parte o no tuvo más hijos, porque desaparece de las actas bautismales. En su lugar, posiblemente sustituyéndole, se cita en 1873 a otro arriero, León Herrero, que era natural de Herguijuela de la Sierra, casado con una mujer de Cantagallo⁶⁷ y del que no se vuelve a saber que tenga más hijos estando en Valdesangil. Posiblemente estas profesiones tenían un carácter ocasional, ligado a determinadas coyunturas puntuales, ocupándolas gentes venidas de otros lugares que se movían en su profesión buscando oportunidades allí donde las había. Ese pudo ser el caso de un tal Romualdo Álvarez, de Palomares, que primero estuvo en 1867 como arriero, para ser después tabernero por lo menos 3 años, entre el

⁶⁶ CEA GUTIÉRREZ, A., 1982.

⁶⁷ Archivo Parroquial de Valdesangil. Libro 4º de Bautizados, pág. 184 bis.

1872 y 1874, tiempo en el que había, como mínimo, dos tabernas en Valdesangil con sus dos taberneros jóvenes, que bautizan hijos.

Las actas parroquiales hablan también de hombres que trabajan como sirvientes y criados, lo que estimamos pudo ser lo mismo en los años 40 y 70 de este siglo. Se trata de jóvenes originarios de Valdesangil que entran a trabajar como asalariados fijos de un labrador o pastor local con hacienda suficiente para necesitar ese tipo de servicios. Esta gente sería un trabajador para todo lo que se necesitara en la hacienda del amo, en realidad un jornalero con contrato indefinido, como lo entenderíamos hoy.



FIGURA 41: Valdesangil. Casa del siglo XIX.

Llama la atención que en 1876 el cura de entonces, don Hipólito Narros Granado, adjudique a algunos individuos la profesión de *propietarios*. El caso es que lo hace a 3 hombres en 2 partidas de nacimiento consecutivas, sin que lo vuelva a repetir⁶⁸. Eran todos naturales y vecinos de Valdesangil. No sabemos qué quiso decir con ello, pero no es probable que se tratara de gentes que vivían de tener algo, posiblemente tierras, y arrendarlas viviendo de las rentas, como más o menos entenderíamos hoy esa profesión.

La profesión de tabernero estuvo ligada al control del vino desde el Ayuntamiento de Béjar. El vino y el aguardiente eran bienes muy preciados en una sociedad que se servía de ello para ver la mejor cara de la vida, aunque esa forma a través del vino, no fuera del todo real más que mientras duraban los efectos del alcohol. El vino bejarano y de sus arrabales de Fuentebuena y Valdesangil, al menos desde la segunda mitad del siglo XIX, era controlado de alguna manera por el Ayuntamiento para asegurarse de que el municipio consumía primero lo que producía y si esto se terminaba, usaría lo de fuera. El Ayuntamiento imponía una vigilancia para que no entrara vino de otro

⁶⁸ Archivo Parroquial de Valdesangil. Libro 4º de Bautizados, págs. 216 y 216 bis.

lugar. Así mismo cada año sacaba a subasta la taberna con un precio para el vino y el aguardiente, de forma que hubiera un acceso general a estos productos sin muchas complicaciones. También había un control parecido sobre otros bienes de primera necesidad (carnes saladas o sosas, por ejemplo), sin los que el pueblo no podía estar. Era esa la razón de todo este control. Así las cosas, sabemos que al menos en 1860 había una taberna con su tabernero correspondiente, porque el Ayuntamiento de Béjar le avisa de que debe pagar lo que adeuda.

Finalmente, llama la atención la profesión de *militar licenciado* que tiene un hombre —Epifanio Gómez Magdaleno— en 1848 y que no debe de ser mayor porque tiene un hijo, de ahí que sepamos de su existencia. Es un hombre nacido en Cuéllar, provincia de Segovia, casado con una mujer zamorana de Sanzoles, cuyas familias son respectivamente de esos mismos lugares. Quizá tuvo alguna relación con su participación en la segunda Guerra Carlista que tuvo lugar entre 1846 y 1849.

Es posible que hubiera algunas otras profesiones minoritarias, además de las citadas, que no han dejado rastro al no quedar consignadas en las actas de bautismo, porque los que las ejercían fueran mayores, solteros o no tuvieran hijos. Lo que sí parece quedar claro es que jornaleros, pastores y labradores fueron las tres profesiones con más número de individuos en Valdesangil, tanto en el siglo XVIII como en el XIX.

4.6. LA VIDA DIARIA, SUS CIRCUNSTANCIAS Y SUCESOS

Quien mirara en cualquier momento de este siglo hacia el norte desde El Castañar de Béjar, vería en el Valle de San Gil un paisaje prácticamente similar al que hoy podemos ver. Con menos árboles, eso sí, pero en lo esencial sería la misma fotografía. Esa *fotografía* que alguien podía observar desde lejos en este momento se había consumado sobre todo ya en el siglo anterior. Los siglos XVII y XVIII configuraron el paisaje general de Valdesangil para mucho tiempo, con la imagen del caserío situado en la vega del fondo del valle, rodeado enseguida por un semicírculo montañoso de piedra gris, escoltándolo y protegiéndolo del norte.

En el siglo XIX poco cambió de lo ya establecido como el conjunto del paisaje urbano y rural de Valdesangil. A diferencia de hoy, la necesidad de leña para el fuego diario de las casas mantenía los montes bien despejados y limpios, además de la presencia frecuente de rebaños de cabras y ovejas que complementaban la limpieza. Las dificultades actuales para transitar por la mayoría de la zona montañosa de Valdesangil no eran tales en este tiempo y eso que la contribución del pastoreo fue decayendo poco a poco a lo largo del siglo como consecuencia de la imposibilidad para los rebaños de ir a invernar a Extremadura y de la caída del precio de la lana, que redujeron considerablemente el número de cabezas de ganado ovinas y caprinas de Valdesangil. Aun así, disminuida la cabaña pastoril, había un buen número de pastores

que mantenían a raya las malezas y sus brotes en el monte. Si a principios del siglo XIX y hasta su mitad, 1 de cada 2 curieles se dedicaba al pastoreo por cuenta propia o ajena, a partir de la mitad del siglo y hasta su final, eran 1 de cada 4. Ese dato por sí solo nos habla de la cantidad de rebaños que había, aun en los tiempos de menos posibilidades para dicha actividad. Esto y la necesidad de leña para el fuego diario implicaban tener limpia y transitable toda la zona de monte. Quiere eso decir que visto el territorio de Valdesangil desde El Castañar tendría el aspecto de una gran masa rocosa de color gris bordeando el verde o el amarillo, según la estación, del fondo del valle, donde se cultivaba y donde estaban los prados. En el centro de todo, el humilde conjunto urbano, del que destacaba la torre de la iglesia. Sin necesidad de abundar en apasionamientos, era y es una imagen verdaderamente idílica la del Valle de San Gil contemplada desde lejos.

La masa de arbolado que hoy vemos si miramos desde el mismo punto de El Castañar, tampoco sería tal entonces. Los árboles eran en cierto modo objeto de cultivo y de sumo cuidado por parte de los habitantes. Hoy son en la mayoría de los casos meros adornos mantenidos o simplemente dejados crecer a su albedrío, pero entonces formaban parte de las necesidades de los curieles. No sobraba ninguno entonces: los robles proporcionaban hojas, bellotas y leña; los fresnos, ubicados en los límites de los prados, eran sombra para las vacas en verano, así como sus hojas comida para las vacas cuando los agostos lo secan todo y era necesario *cortar el ramo*, que, descarnado de las hojas, era leña para el hogar. Los castaños daban castañas, un alimento con suficientes calorías para trabajar y para aguantar el hambre; también eran madera para las vigas de las casas y leña si llegaba el caso. Los árboles frutales eran menos en cantidad, se les vería menos entre la frondosidad de robles, fresnos y castaños. Había en Valdesangil en este tiempo los árboles justos para lo que se necesitaba de ellos y por tanto se les cuidaba, porque proporcionaban elementos esenciales para la vida diaria. No podemos imaginarnos una de aquellas casas sin una provisión de leña suficiente para los inviernos, incluso para cuando no era invierno, puesto que se dependía del fuego para la comida, no había otra posibilidad. Mucho tiempo tendría que pasar hasta que en los años 60 del siglo XX llegaron las primeras cocinas de gas que terminaron en poco tiempo con las chimeneas encendidas a diario y los pucheros y calderos puestos *a la lumbre*.

El paisaje, por tanto, tenía menos masas boscosas de las que hoy pudiéramos contemplar desde El Castañar. A medida que fue avanzando el siglo XIX, las masas heredadas del siglo anterior que se habían salvado de ser cortadas, debieron reducirse bastante como consecuencia de la necesidad de obtener nuevos campos de cultivo y prados para satisfacer las necesidades de la creciente población curiela, que durante este siglo XIX alcanzó las cotas mayores de toda su historia, como ha quedado dicho en apartados anteriores. Además, dado que se había reducido el número de pastores, muchos de estos reciclados en jornaleros, tendrían que buscar tierras para cultivo, por más que no fueran muy productivas. La vista desde lejos, pues, en este siglo XIX del



FIGURA 42: *Valdesangil. El carro a cubierto, ejemplo de la vida campesina en el siglo XIX y parte del XX.*

territorio de Valdesangil, estaría marcada por las líneas del arbolado que delimitaban las parcelas dedicadas a prados y, donde no era así, se extendían los campos de cereal, con sus tonos verdes en primavera e invierno y su amarillo estival. Y en el centro, el casco urbano, que se había ido conformando en los dos siglos anteriores, consolidado definitivamente con la construcción de la iglesia en el medio de todo, queriendo ser, como no podía ser de otra manera, referencia para los curieles.

Poco o nada cambió el trazado urbano a lo largo de 1900 respecto de lo que ya se había conformado a lo largo de los dos siglos anteriores. Con respecto a lo que tan exactamente nos indicaba el Catastro de Ensenada de 1753, Valdesangil seguía teniendo la misma estructura urbana, con una calle principal que iba de norte a sur, del Calvario, construido ya en algún momento de este siglo, hasta La Iruela y con una calle bifurcada de esta principal que, partiendo de la iglesia, llevaba hacia el oeste tras cruzar el arroyo por el puente de piedra, entonces solo con el ancho original (4'84 m). El centro quedaba conformado en la Plaza, referencia fundamental del casco urbano, donde se llevaban a cabo los principales actos civiles al aire libre y donde se hacía el baile durante las fiestas y celebraciones. Al lado de la Plaza, ampliándola, se construyó en 1884 la fuente llamada por los curieles *El Pilar*, tan importante para

abastecer de agua al pueblo, un adelanto considerable puesto que hasta ese momento el agua habrían de ir a buscarla a las fuentes de la entrada del pueblo, por ejemplo, a la llamada Fuente Vieja y alguna otra que había por la misma zona y que constan en los documentos del siglo XVIII. No fue cualquier cosa este adelanto, implicaba dos factores favorables: el acercamiento de los curieles a un bien imprescindible para la vida diaria como es el agua y, por otra parte, la dignificación de un espacio central como era la plaza, asociándose todo ello con la iglesia.

La mayor parte de las casas, eran de una o de dos plantas; levantaban poco para ahorrar material, a excepción de la del cura, la más grande del pueblo, que para eso era la del cura. La humildad de las construcciones, con viviendas de poca altura, aunque fueran de dos pisos, le daba al casco urbano un aire humilde y apacible. Las familias vivían en estas casas a las que hoy entramos y nos resulta difícil imaginar que allí viviera la gente, acostumbrados a la comodidad de las actuales. No eran diferentes de las construidas en el siglo anterior. Ahora, como entonces la mayoría, las levantaban con materiales muy pobres a base de piedra y barro y, cuando se podía, de cal; solo las jambas de la puerta y el dintel eran de piedra tallada. Sin balcones; solían tener un ventanuco en el piso de arriba como única forma de comunicación con el exterior, para desde allí verter las aguas de los fregaderos, ya que las cocinas, muchas con su horno para cocer el pan, durante todo este siglo estaban en el piso de arriba, arrastrando seguramente la costumbre del tiempo anterior de reservar, si no en todos, en muchos casos, el piso de abajo para las gallinas, almacén y caballerías, que ayudaban a darle calor a la planta alta, tan necesitada de algo esencial en territorios como estos donde los inviernos son crudos. A la puerta de muchas casas, seguía estando el inevitable poyo de piedra, que en Valdesangil se llama *machadero*, porque en ellos se llevaban a cabo determinados trabajos con el lino que implicaban *macharlo*, ya fuera para extraerle las semillas necesarias para la siembra del año siguiente o en el momento de separar las fibras, acción en la que también el golpeo sobre una superficie dura tenía mucho que ver. Al menos durante una parte de este siglo el lino siguió siendo un cultivo rentable.

El hecho de que no encontremos albañiles entre los oficios que se consignan en las actas, hace pensar que la gente construía sus propias casas o a lo sumo las construían o ayudaban en su planificación maestros albañiles de otro lugar que se desplazaban a Valdesangil para ello. En estas casas humildes, que fueron en el siglo siguiente cambiando hacia algo mejor, vivían los curieles una vida humilde y dura no estuvo exenta de penalidades. En la oscuridad de estas casas, asistidos por faroles, candiles y velas seguían naciendo los niños, como lo habían hecho en los siglos anteriores, tan prolíficamente como hemos dicho en otro apartado, en principio ayudada la parturienta por las mujeres expertas del pueblo y luego, cuando lo hubo, por el cirujano.

Volvamos al ambiente urbano de Valdesangil. Desconocemos si las calles estaban empedradas por completo o si lo estaban en algunas zonas donde era mayor el riesgo

de formarse barrizales. Es posible que no lo estuvieran por lo menos en su totalidad. Al menos las inmediaciones de la iglesia estaban bien empedradas. Lo fueron a partir de 1814. En ese año visitó Valdesangil el canónigo de la Diócesis de Plasencia Miguel Peñaranda en lo que se llamaba la Santa Visita y que no era otra cosa que el control que se hacía desde el Obispado de Plasencia de las cuestiones parroquiales de cada pueblo de la diócesis, además de recaudar la parte correspondiente de los ingresos que recibía el párroco por entierros, bautizos y demás servicios. Este canónigo hace constar en el libro de bautismos, donde dejaban constancia de lo que veían de bueno y de malo, lo siguiente: *Que se enrolle todo el rededor de la iglesia para sanearla de las humedades y para evitar los muchos lodos que se hacen en el tiempo de lluvias e impiden el tránsito de las procesiones. Que para toda la obra contribuyan los vecinos con las yuntas para conducir las piedras y demás materiales, manifestando en esto el mucho celo, piedad y devoción que han tenido siempre a su iglesia...* Como se aprecia por las palabras del canónigo, sus requerimientos eran órdenes directas, implicando al vecindario como si fuera una orden ejecutiva dada por el propio Ayuntamiento. Desde ese momento los alrededores de la iglesia fueron empedrados, dignificando aún más el templo respecto a cualquiera de los elementos del casco urbano.

Hasta más allá de mediados del siglo XX la plaza era de tierra, siendo como era el centro de todo. Por ese tiempo se recuerda todavía el barrizal que se formaba con las lluvias cada año, ayudadas por la presencia de excrementos acumulados de los ganados que transitaban por las calles. Por aquellas calles discurría la vida diaria de Valdesangil, de día marcada por las idas y venidas de la gente a sus tareas con los ganados, unas veces arreciando el frío, otras con el duro calor del verano y también otras con el estímulo de la primavera o con la calidez del otoño y sus primeras lluvias. Por las noches, sería el ir y venir de la gente con faroles para orientarse, topándose con frecuencia con el cura y sus monaguillos, o con los miembros de una cofradía camino de la casa de un moribundo para ayudarlo a morir o, en mejor ocasión, del cirujano, luego médico, que acudía a ayudar en el nacimiento de un niño, del que no se sabía si tiraría para adelante o sería de ese alto porcentaje que se quedaba en el principio del camino, para desconsuelo de sus padres, que lo seguirían intentando. De noche, también en el tiempo del final de agosto y septiembre, habría un cierto ambiente, puesto que había trabajos que era preciso llevar a cabo precisamente durante la noche: las mujeres cuyas familias complementaban su economía con el cultivo del lino, trabajarían, como era costumbre necesaria, en el *espadeo*, la separación de la fibra de la estopa, sentadas en los *machaderos*, a la luz de un farol, porque era conveniente que fuera a esa hora con el relente y la marea que traían el rocío, ya que ablandaba la fibra. Este trabajo nocturno daba algunos problemas de orden moral⁶⁹ que los curas no toleraban, presionando a los ayuntamientos para lo que controlaran o prohibieran. No era bueno para ellos que una mujer anduviera por la noche fuera de su casa, ya

⁶⁹ CEA GUTIÉRREZ, A., 1982, págs. 172-173.

estuviera casada o soltera, sabiendo que los hombres ante estas situaciones estaban siempre alerta y buscando algo. Aquí, como en tantos sitios donde se hacía este trabajo necesario, daba lugar a habladurías e incluso a algo más.

El ambiente en el pueblo en cualquier tiempo debía de ser de gran animación, dada la cantidad de gente que llegó a habitar. Ya fuera en los días de labor, cada cual yendo y viniendo a lo suyo, sería sobre todo en las fiestas y dentro de ellas, más que en ninguna otra, en la Fiesta Mayor y en la siguiente llamada *la boda de la Virgen* o a *Fiesta Chica*, en la que el tamborilero animaba con su tambor y la dulzaina para que la gente bailara y los mozos, con sus mejores galas, autóctonos o forasteros invitados, y las mozas con sus manteos bordados, emprendieran el juego amoroso que terminaría en bodas, si era de fuera él, previo pago del *pijardo*, «el impuesto» que había que pagar a la mocedad masculina por llevarse a una moza del pueblo, en detrimento de las posibilidades de elección para los mozos curieles. Esta costumbre seguramente en la mayor parte de los casos, aunque no les fuera agradable a los forasteros, no creaba habitualmente problemas, pero en algunos casos sí, como por ejemplo el que tuvo lugar a mediados de marzo de 1897, comentado como una barbaridad intolerable por el semanario bejarano de *La Victoria*⁷⁰. Se cuenta allí cómo el domingo anterior hubo una gran pelea en Valdesangil motivado por la exigencia de vino o dinero a un mozo de Navacarras por casarse con una moza del pueblo. El caso es que se le habían exigido 25 pesetas, que el novio pagó, pero como le parecieron a unos curieles bien y a otros mal, la discusión se convirtió en disputa, insultos y riña. Lo que no aclara el periódico es si la riña era entre curieles o entre ciertos curieles y el novio de Navacarras. La conclusión fue que uno de los contendientes resultó herido de un navajazo en el pecho y otros tres con heridas más leves provocadas por palos y piedras. De este caso se hizo eco el periódico, pero no cabe duda que hubo más, aunque no llegaran tan lejos las consecuencias, dado que fue una costumbre mantenida hasta los años 50 del siglo XX. Y hablando de barbaridades no puede dejar de mencionarse una sucedida hacia 1895 de la que premeditadamente no se ha querido hablar apenas en Valdesangil, solo a través de confidencias y en voz baja, porque esconde una cierta vergüenza. Al parecer, en una noche de fiesta en Valdesangil y por razones que no se han aclarado (pudo ser una gamberrada o una venganza), uno o varios mozos de Palomares rompieron la cruz principal del calvario de piedra de la entrada al arrabal. Sintiendo heridos en su orgullo, los mozos de Valdesangil decidieron vengarse. No sabemos de qué forma llegaron a saber la identidad del autor, pero al parecer la conocieron y esperaron a que volviera por Valdesangil. Cuando lo hizo, lo atraparon, siendo objeto de diversas vejaciones como venganza, de las que se hacen eco algunos periódicos de Béjar. Tiempo después, ya en 1901 sería repuesto el calvario con una obra representando a Cristo crucificado, obra de Román Manuel Hernández, hermano del insigne escultor bejarano Mateo Hernández. De ese tiempo y posiblemente de

⁷⁰ *La Victoria* n.º 139. 27 de marzo de 1897, pág. 2.

ese suceso, data una cierta rivalidad entre Valdesangil y Palomares durante una parte del siglo XX, por la que se llegaron a dar algunos encontronazos entre los mozos de ambos pueblos, como los que a veces tenían lugar en la zona de la bodega de Vista-hermosa, en los años 40 del siglo XX cuando acudían allí en las tardes de domingo a beber vino, terminando a pedradas.

De fiesta era el día de los quintos. Lo era al menos el día de la talla, porque significaba un paso de un estadio de la vida a otro en plena juventud. Llevaba a una parte de los mozos al servicio militar mediante un sorteo, salvo que pagaran por librarse, cosa que pocos estarían en disposición de ello. Todo había comenzado en 1770 con la Real Ordenanza de Reemplazo Anual del Ejército Obligatorio. Esa ley hacía que 1 de cada 5 jóvenes tuviera que ir nada menos que 8 años al Ejército, salvo que tuviera un trabajo relacionado con la nobleza, con la Casa Real y algunas otras razones que discriminaban sobre todo a los pobres campesinos que vivían de su trabajo. Eso motivó que jóvenes curieles, 1 de cada 5 (de ahí lo de *quintos*) tuviera que ausentarse de sus hogares, con lo importante que era su contribución al trabajo y al sustento de la hacienda familiar. A partir de 1800 se redujeron las causas por las que se podían librar, en un impulso hacia la igualdad que no llegó a ser nunca tal igualdad. A partir de 1812, si se podían pagar 15.000 reales, un mozo podría librarse; e incluso podía pagarse una cantidad a uno que estuviera dispuesto y era él el que sustituía al que había resultado quinto. Sin duda muy pocos curieles podían llegar a esas cifras, si es que podía alguno, por lo que puede decirse que continuó el grave inconveniente para la situación de las familias perjudicadas con el sorteo de los quintos. En los momentos de guerra, por ejemplo las que se produjeron con las colonias americanas al final del siglo XIX, seguramente las familias con alguna mejor posición harían el esfuerzo porque su hijo no tuviera que exponerse a tales peligros en tierras lejanas. Por algunos acuerdos del Ayuntamiento de Béjar intuimos que este contribuía con dinero a la exención de mozos para el servicio militar, aunque desconocemos a través de qué sistema, para que no fuera discriminatorio. Más de un curiel tendría que afrontar la aventura, por decirlo de una manera más amable, de ir a combatir a América o a Filipinas en las guerras por las que esos lugares querían liberarse del colonialismo español. Probablemente algunos no regresaron nunca más.

Ya en el siglo siguiente, a partir de 1912, se reducirían los tiempos y el dinero a pagar por librarse, hasta que más adelante el servicio militar fue obligatorio para todos y la discriminación por disponer de más medios dejó de marcar la diferencia en algo tan elemental como hacer un servicio que se entendía obligado por la patria. Con esa situación durante todo el siglo XIX, Valdesangil debió de asistir en numerosas ocasiones a la partida de los mozos nada menos que para 8 años, quizá sin volver en todo ese tiempo ni una sola vez. A su vuelta ya había pasado lo mejor de su juventud; quizá algunos familiares habrían muerto. No es extraño que una situación así motivara rebeliones como la que se dio en Béjar en noviembre de 1872, cuando el Gobierno había anunciado nuevas posibilidades de exención para ir al servicio

militar y no lo cumplió. Los quintos de Béjar, entre los que estaban los de Valdesangil, que no serían pocos porque en ese momento la población era elevada, se negaron a presentarse a la talla animados por la Junta Revolucionaria, que se constituía cada vez que había un conflicto serio en Béjar. Se negaron de tal manera a tallarse los quintos que el Ayuntamiento dio parte al comandante militar, al cual no le tembló la mano al declarar el estado de guerra, produciéndose choques entre los sublevados y la tropa, que finalmente los redujo tras haberse echado al monte.

El sistema de las quintas con servicio militar de 8 años siguió adelante durante bastantes años más. En el siglo XX, en 1912, el avance consistió en pagar 2.000 o 1.000 pesetas por cumplir 5 o 10 meses respectivamente, en lugar de los 3 años que debían cumplir los que no pagaran algunas de esas cantidades.

A pesar de todo, ante algo así como la partida para 8 años de los mozos, las despedidas con los otros mozos más afortunados en el sorteo debían de ser un acontecimiento importante en el pueblo, como lo siguieron siendo mucho tiempo después, por más que ya para entonces no se pareciera casi nada a lo anterior, teniendo en cuenta la cantidad de años fuera de casa y por todas las circunstancias que lo rodeaban.

Con una alta cantidad de población, como nunca había conocido, terminaba Valdesangil el siglo XIX. Hubo de ser un tiempo poco estimulante por la falta de expectativas y oportunidades que se ofrecían. Así comenzarían el siglo XX, el siglo donde iban a producirse los mayores cambios en todos los sentidos de su historia.

5. EL SIGLO XX

Cuando se dio por iniciado el siglo XX en la noche del 31 de diciembre de 1899, nadie sospechaba que empezaba el siglo más importante de la historia de Valdesangil y de la humanidad, en el que tantos y tantos hechos insospechados iban a suceder, desde el sueño de volar colectivamente dentro de un avión, al de pisar la Luna, de hablar por un pequeño aparato desde un hogar a otro al otro lado del mundo, de vivir mucho más tiempo... entre otros muchos adelantos y de disfrutar de la vida con todo ello como no se había hecho nunca en todos los tiempos anteriores. Si los curieles y todos los españoles hubieran podido pedir un deseo en el momento de comenzar el año, puede que colectivamente se hubieran conformado con decir que además de salud, que es lo básico, deseaban trabajo, porque no había mucho en ese momento y no trabajar significaba no comer. Algo hoy tan simple y tan normal como es tener para comer, en ese tiempo no lo era para toda la gente, como tampoco lo había sido en los siglos anteriores. Nunca hubieran pedido –porque no se imaginaban que era posible– disfrutar de los adelantos, las comodidades de todo tipo y la calidad de vida que en menos de un siglo iban a disponer, alcanzando una existencia que era sin duda perfecta e inimaginable para cómo se vivía aún en ese tiempo. Algo sí sabían ya: que los seres humanos somos capaces de lo mejor y también de lo peor y por ello no les resultaría tan difícil imaginar en el mismo ejercicio las guerras o los conflictos que iban a tener lugar, aunque posiblemente no los hubieran sospechado tan devastadores y trascendentales como los que tuvieron lugar en el siglo que comenzaba.

Quien ha tenido la posibilidad de vivir en buena parte del siglo XX, habrá tenido una perspectiva más exacta de la evolución del mundo, aunque de una manera un tanto desconcertante, porque se ha pasado en poco más de cinco décadas de una sociedad todavía en circunstancias bastante precarias, a veces hasta miserables, a otra en la que la comodidad y el disfrute pleno de la vida han sido la característica principal, al menos en la adelantada Europa de la que formamos parte privilegiada.

El siglo XX comenzó en España como había terminado y como llevaba ya bastante tiempo: con al ambiente muy revuelto. No se daba con la fórmula adecuada y cuando no se da con ella, los problemas no hacen más que acumularse. Lo que pareció aplacarse con el reinado de Alfonso XII, fue solo un efecto momentáneo que pronto

se desvaneció. Había de fondo mucha miseria y mucha injusticia en España y ello facilitaba que lo que se llama la condición humana (en lo bueno y en malo) hiciera de las suyas cuando había oportunidad. Béjar y todo lo que tenía que ver con ella, no se escapó a todo ese panorama complicado, en el que de forma diversa y muchas veces enfrentada entre unos y otros, se quería dar una solución a los problemas sin tener en cuenta las otras formas de resolverlos. La situación llevó a una guerra civil, lo peor que puede ocurrirle a un pueblo. Y después de esa tormenta, en la que unos resultaron vencedores y otros vencidos, vino una larga calma como resaca de la derrota de unos y de la victoria de los otros. Se llevó muchos miles de muertos por delante y con ello mucho dolor, rencor, miedos y retraso. Luego de medio olvidado aquello, después de 40 años, volvió la luz de un tiempo nuevo que es el que disfrutamos y con el que se ha terminado el crucial siglo XX, siempre con la percepción de que ha bastado menos de un siglo para alcanzar un nivel de vida que nunca hemos tenido, en el que la gente vive en casas confortables, trabaja solo hasta cierta edad, no se pasa hambre, se vive más que se vivió nunca antes y se disfruta de la vida sin el agobio pasado de vivir para trabajar, cuando ahora es trabajar para vivir.

Como siempre había sucedido, Valdesangil vivía en mucho a expensas de Béjar. Aunque con cierta autonomía, su proximidad física y su dependencia administrativa, hacían a los curieles ser una parte del ambiente bejarano. Y el ambiente en Béjar, arrastrado ya de las últimas décadas del siglo anterior, tenía una intensidad que no se rebajaba nunca, todo lo más se acrecentaba ante determinados acontecimientos. Una villa plagada de trabajadores en las fábricas, como era Béjar, sometidos a los vaivenes de la industria textil, fue durante las tres décadas primeras del siglo XX un hervidero social y político, en el que las ideas conservadoras y las de izquierda se enfrentaban continuamente. Como consecuencia de tanta intensidad, proliferaban los periódicos en Béjar, cada cual asociado a una corriente de ideas. Si en el principio del siglo anterior las noticias llegaban con retraso a estos pagos, a principios del siglo XX ya no era así. Se podía estar informado de lo que pasaba en la capital de España o en las ciudades más importantes sin tanta demora de tiempo. Por tanto, entre unas cosas y otras, la población estaba informada y concienciada en cierta medida, participando de la actualidad.

Para entender mejor la historia de Valdesangil en el siglo XX, puede dividirse en tres etapas esenciales. La primera iría desde el 1900 hasta el fin de la Guerra Civil en abril de 1939. Representaría la continuidad del ambiente que se había vivido desde finales del siglo XIX, algunos de cuyos problemas mayores, como la falta de trabajo motivada por la crisis que se vivía y alentada por el crecimiento en número de los curieles, derivaron en la emigración de muchas familias. La segunda etapa iría desde el fin de la guerra hasta los años 60, caracterizada por la tremenda resaca originada a causa el conflicto en toda España, con su reflejo en Valdesangil, por más que la guerra en sí y sus consecuencias no tuvieran aquí una influencia directa y crucial como la tuvieron en otros lugares. Ese tiempo se caracterizará por el decrecimiento



progresivo de la población y la reconversión laboral de una parte importante de la población, pasando de ser jornaleros a obreros textiles. La tercera etapa se iniciaría en los años 60, con el despertar general a un tiempo nuevo, alejada la larga resaca de la guerra y de los conflictos en Europa; llegaría hasta el fin del siglo, propiciando desde ese momento un tiempo que a la vez que iba siendo de gran decadencia para la población de Valdesangil, era también un tiempo de una gran prosperidad, el mismo que se vivía en general en toda España y que se vería continuado con las mismas pautas en el presente siglo XXI.

FIGURA 43: Valdesangil. Militar curiel hacia los años 30 del siglo XX.

5.1. LA POBLACIÓN DE VALDESANGIL EN EL SIGLO XX

A diferencia de lo visto para el siglo XIX en Béjar, durante la primera mitad del XX se llevaron a cabo padrones de población cada 10 años en Béjar y sus arrabales de Valdesangil y Fuentebuena. El detalle con el que se describe a cada persona (edad, origen, estado civil, si está ausente o presente, si sabe o no leer y escribir...) son de una gran utilidad para comprender las características y la evolución de los pobladores de Valdesangil en ese tiempo.

En 1910 había una población residente en Valdesangil de 462 personas, encuadradas en 151 unidades o vecinos. El total de matrimonios era de 104, las viudas con hijos a su cargo 14 y los viudos en igual situación 7. Dos viudos, sin hijos al menos en ese momento, tenían lo que el catastro llama un *serviente*. En realidad, la población censada como habitantes de Valdesangil eran 512, los 50 que faltaban estaban ausentes, probablemente muchos de ellos emigrados. Aunque en las últimas décadas del

siglo anterior había llegado a sobrepasar en bastante los 500 habitantes, los 512 de 1910 (contando residentes y ausentes) no eran pocos, sobre todo teniendo en cuenta que esa población caería considerablemente en las dos décadas posteriores. Solo en los 10 años siguientes cayó 100 habitantes y los 10 que siguieron, es decir en 1930, ya solo había 305 habitantes viviendo de continuo en Valdesangil. En 20 años hubo 207 habitantes menos. De 104 matrimonios en 1910 quedaban 67 en 1920. Todo este descenso se vería frenado en el padrón de 1940 en que vuelve a subir la población a 417 habitantes (62 familias) y a 448 (86 familias, de las que 70 tienen hijos) en 1950, motivado por la afluencia de gentes venidas de otros lugares del entorno para trabajar en sector textil de Béjar, gentes que encontraron acomodo momentáneo en Valdesangil, algunos de ellos para quedarse definitivamente.

La tendencia a la baja de la población después de lo visto para la segunda mitad del siglo XIX, se manifiesta en el índice de nacimientos por década. Si entre los años 1840 y 1890 nacían como media al año unos 24 niños, entre las décadas de 1910 y 1940 nacían ya solo unos 14 niños por año. Evidentemente faltaban los matrimonios que habían emigrado. Aun así, no eran pocos los 14 niños al año, sobre todo si lo comparamos con lo que iba a venir después, con una bajada anual más considerable hasta llegar a los 1'4 nacimientos al año en la década de 1971 a 1980, todavía por encima de los 0'5 niños entre 1991 y el 2000. Puede decirse que a partir de 1910 la población de Valdesangil, aunque llegará a tener pequeños repuntes ocasionales, no hizo otra cosa que caer, dinámica en la que se ha mantenido hasta el presente, en el que la cifra es la más baja de toda su historia, similar a lo que sucede en todo el mundo rural castellano.

Años	N.º de bautizos	Media nacim./año
1725-1734	139	13'9
1735-1744	123	12'3
1745-1754	131	13'1
1755-1764	144	14'4
1765-1774	165	16'5
1775-1784	173	17'3
1785-1794	167	16'7
1795-1800 ⁷¹	90	12'8
1801-1810	141	14'1
1811-1820	184	18'4
1821-1830	186	18'6
1831-1840	191	19'1

⁷¹ Para cuadrar mejor los periodos a partir de inicio de la contabilidad de nacimientos en 1722, se establece en este caso un periodo menor, solo de 6 años (1795-1800), lo cual da una cifra también menor, que solo obedece a haber tenido en cuenta menos número de años. De haber seguido con la misma contabilidad de periodos de 10 años, la cifra correspondiente a los 10 años entre 1895 y 1904 es de 196, acorde por completo con la tendencia.

Años	N.º de bautizos	Media nacim./año
1841-1850	245	24'5
1851-1860	241	24'1
1861-1870	226	22'6
1871-1880	254	25'4
1881-1890	252	25'2
1891-1900	193	19'3
1901-1910	212	21'2
1911-1920	120	12
1921-1930	139	13'9
1931-1940	115	11'5
1941-1950	107	10'7
1951-1960	89	8'9
1961-1970	73	7'3
1971-1980	14	1'4
1981-1990	6	0'6
1991-2000	5	0'5

5.1.1. *La emigración como causa de la baja en la población*

La emigración fue el resultado del crecimiento considerable de la población en la segunda mitad del siglo XIX y de la falta de recursos capaces de proporcionar un modo de vida a tanta gente. Ello coincidió con el auge económico en algunos puntos del mundo, sobre todo en el continente americano, lo cual hizo soñar con una vida mejor a numerosas personas en toda España; una vida mejor en la que nunca se dejaba de pensar que la suerte y las oportunidades podían darle la vuelta a sus existencias, convirtiéndose, si se daba el éxito, en lo que se dio en llamar *los indianos*, aquellos que se fueron pobres y volvieron ricos, para envidia de los que se habían quedado y para alimentar el sueño de los todavía indecisos. Pero no fue solo apostar por el continente americano, la emigración se dio también dentro del territorio nacional. Allí donde se suponía que había trabajo, impulsaba a ir a buscarlo a los que no lo tenían en su tierra. Hubo, por tanto, un continuo movimiento de personas buscándose la vida por todas partes, que lo mismo llevaba a habitantes de Elche a venir a nuestras tierras, como vimos para la familia Alisent o a gentes de Zamora o Teruel, ya en el siglo XX, recalando en Valdesangil, como los propios de Valdesangil irían a otras tierras utilizando para ello contactos que les posibilitaran no ir a la aventura. La emigración fue, en definitiva, una salida a la crisis profunda, en la que la miseria y la falta de perspectivas para salir de ella se estaba extendiendo cada vez a más gente.

La emigración en la comarca de Béjar comenzó en la década de los 70 del siglo XIX⁷². En 1877 ya se dio una emigración temporal en Béjar de 1.800 personas que

⁷² Para este tema vamos a seguir de forma continuada el trabajo de F. García Martín sobre la emigración bejarana publicado en el 2002.

significaba el 14'1 %⁷³ de la población. Sin duda entre ellos se hallaba gente de Valdesangil, porque las expectativas de vida en el arrabal, con tanta gente viviendo, no daban para todos. Fue el primer intento de buscar una solución a la desproporción entre el aumento de la población y los recursos disponibles. Desde ese momento y durante más de 50 años, la emigración fue un fenómeno importante y tuvo lugar a oleadas, según iban llegando noticias de posibilidades aquí o allá que animaban a los más necesitados y dentro de ellos, a los más valientes para tomar una decisión de ese tipo. El hambre llamó a moverse y a arriesgarse si era preciso tal y como lo ha hecho siempre. Naturalmente fueron los jóvenes los que más se animaron. La familia tomaba las decisiones con los más preparados para viajar e invertía en ellos su dinero, porque el viaje no era barato; esperaban como contrapartida alguna rentabilidad a través del éxito del emigrado, deseando también que su acto valiente de marcharse y dejarlo todo, pudiera servir de base a otros miembros de la familia para seguir la misma suerte. Eso fue cuando *ir a hacer las Américas* se convirtió en una de las mejores soluciones. Antes, los emigrantes fueron temporales, iban a otras provincias donde había trabajo para la siega, por ejemplo, para trabajar en la chacinería o a cualquier trabajo que no exigiera un aprendizaje consolidado. Allí donde se suponía que había trabajo, corrida la voz de boca en boca, allí se iba. Las distancias pequeñas no eran un obstáculo en ese primer momento, esas se podían cubrir montando una caballería e incluso a pie, pero la emigración a América ya era otra cosa.

Entre los últimos años el siglo XIX y durante las tres primeras décadas del XX, la emigración a tierras lejanas constituyó una salida a una situación que no parecía transitoria, sino definitiva: no había para todos y además, en lugares como Valdesangil, el campo no era tan productivo como para que, incrementando la producción, se fuera a solucionar el problema. Fue necesario emigrar, arriesgar, marcharse lejos. Este fue un fenómeno que afectó a toda la provincia de Salamanca, por citar solo lo más cercano. Para ello el emigrante necesitaba vender algo de lo poco que tenía, porque el viaje en barco, aunque fuera en la más baja de las categorías, costaba un dinero. Fue el momento en el que muchas familias tuvieron que vender o hipotecar algunas de sus pequeñas fincas, lo cual les empobrecía más aún, aunque confiando en que el sacrificio diera resultado. No se esperaba que el padre o el hijo emigrante volvieran ricos, eso sin duda sería un sueño lejano, como que les tocara la lotería; se conformaban con que consiguieran un trabajo digno y les enviaran más dinero que las aproximadamente 2 pesetas que ganaba un jornalero al día trabajando muchas horas. Posiblemente en un primer momento los emigrantes eran hombres solteros o padres de familia que viajaban en solitario y según les fuera y vieran el futuro y sus posibilidades, reclamarían a sus familias, en los casos de los casados, para asentarse definitivamente. Pero también sabemos de casos en los que toda la familia decidió embarcarse de primeras.

⁷³ GARCÍA MARTÍN, F., 2002, pág. 46.

No tenemos datos de cuántos fueron los emigrados de Valdesangil, porque en las cifras que se pueden consultar, el arrabal aparece integrado en el conjunto de Béjar. Las cifras ofrecidas por los padrones y por el índice de nacimientos, nos hablan de una paulatina y constante caída de la población, de la que hemos hablado más atrás. Si en la década de 1881-1890 nacían una media de 25'2 niños al año, en la de 1911-1920 era menos de la mitad (12 niños al año), media que se mantuvo muy similar hasta 1940. Esa misma caída, como es lógico, se ve en los censos de población. De 600 o casi 600 habitantes en la última parte del siglo XIX, se pasa en 1920 y 1930 a 386 y 305 respectivamente. En el semanario bejarano *La Victoria* aparecerán con frecuencia las quejas de su corresponsal en Valdesangil (el cura don Pablo González Fraile) observando el abandono constante de curieles, la mayoría partiendo hacia América. Aunque no informa de cada familia que abandona el arrabal, de cuando en cuando eleva su queja citando alguna de las partidas recientes. Por ejemplo, en noviembre de 1917 el periódico se hace eco de la partida hacia New York de 5 personas. Imaginamos que no sería el destino definitivo, sino el primer *recalaje*, para ser distribuidos después donde las agencias consideran oportuno. Añade el corresponsal que de los 150 vecinos que tenía Valdesangil hasta no hacía mucho tiempo, han quedado reducidos a 100⁷⁴. En 1929 escribe que han salido para Argentina 3 personas recientemente y añade que *hay en Argentina un pueblo más numeroso que el que queda en Valdesangil*⁷⁵. Ese mismo año ha dejado también el dato de que en 30 años se ha pasado de tener 130 vecinos a solo 90, cifra en la que se incluyen familias y personas solas⁷⁶. Años después, en 1933, el mismo corresponsal habla de que por término medio emigran cada año 5 familias⁷⁷, aunque imaginamos que ese ritmo no sería continuo, sino en las oleadas de propensión a emigrar que se daban a media que llegaban noticias de posibilidades de trabajo en determinados lugares. Como consecuencia de ello quedarán casas deshabitadas, algunas de las cuales, por ser más confortables, se ofrecen en la prensa del momento para alquilar en el verano a la burguesía y gente acomodada bejarana, e incluso se cita que en el verano de 1929 hay instalada en Valdesangil una colonia de veraneantes bejaranos, que para el cronista compensa el continuo goteo que supone la emigración⁷⁸.

Desde los puertos de salida de los emigrantes de la zona, que solían ser Vigo y La Coruña, lugares hasta donde viajarían en tren, los destinos principales de los emigrados fueron Argentina, Brasil, Cuba y Panamá, pero también Estados Unidos. Los destinos dependían de la demanda de trabajadores. Por ejemplo, la emigración a Panamá tuvo mucho que ver con la construcción del canal que iba a comunicar los océanos Atlántico y Pacífico, desviándose, cuando el canal quedó terminado, hacia Cuba,

⁷⁴ *La Victoria* n.º 1214, 3 de noviembre de 1917, pág. 2.

⁷⁵ *La Victoria* n.º 1829, 17 de agosto de 1929, pág. 1.

⁷⁶ *La Victoria* n.º 1816, 18 de mayo de 1929, pág. 2.

⁷⁷ *La Victoria* n.º 2013, 18 de febrero de 1933, pág. 1.

⁷⁸ *La Victoria* n.º 1829, 17 de agosto de 1929, pág. 1.

en la que emergía el sector azucarero en los años 20. Otros prefirieron Estados Unidos. A Argentina se fue en principio para participar en las tareas de siega en La Pampa y cuando finalizaban, los emigrados se acogían a la construcción de viviendas para la población que iba llegando en medio de la prosperidad que Argentina tenía en aquel momento⁷⁹. A Brasil hubo un auge emigratorio entre 1903 y 1906. De forma excepcional se registró la emigración de miembros de una misma familia –los hermanos Cándido y Benito Amor– al Camerún francés en la segunda década del siglo XX.

La prensa también registra algunas penurias que sufrió aquella pobre gente buscando una forma de ganarse la vida. Por ejemplo, en 1927 regresará un contingente de emigrantes procedentes de Cuba que lo han perdido todo en uno de los ciclones que azotaron a la isla el año anterior. Entre ellos venían dos curieles: Tomas Barrientos y su esposa, que sin duda no tenían fuerzas ni esperanza para empezar de nuevo⁸⁰.

Por mucho que pongamos en marcha nuestra imaginación actual, seguramente no podremos acercarnos más que de lejos a lo que hubo de ser aquel ambiente migratorio, con todas sus circunstancias. Desde el momento de la decisión y lo que ello debía representar de emoción y también de congoja para las familias, hasta todo lo que debió de venir después en el nuevo destino. La emoción se daría, si acaso, sobre todo en la juventud, con el ánimo exaltado que suele dominar en ese tiempo de la vida, buscando aventura y suerte en lugares de los que se ha oído hablar, y soñando con algo mejor a lo que se tiene, motivo por el que se toma la decisión de partir. Imaginables son los padres viendo partir a sus hijos, sin saber si les volverían a ver. La partida de familias enteras, quizá dispuestas a no regresar si todo pintaba bien, hubo de motivar momentos de mucha emoción en aquel Valdesangil de finales del siglo XIX y, sobre todo, de principios del XX. Dejar la tierra en un tiempo de tanta incultura, sin saber nada sobre dónde se viajaba ni a qué riesgos se enfrentarían en una tierra tan lejana, hubo de constituir situaciones de honda preocupación. Muchos no volvieron nunca más. La despedida de los emigrantes, como primer paso de todo, debió de dar para emotivas y entrañables escenas. El hacinamiento en el largo viaje para los cientos de emigrantes que entraban en cada barco, tuvo que ser de una gran penuria. Sin duda ninguno de todos ellos habría visto nunca antes el mar, pero ahora se iban a encontrar en medio de él para muchas semanas. A algunos les ha dado tiempo a contarlo a sus descendientes y por eso lo sabemos. Un largo viaje cruzando el océano, incómodo, con mala alimentación y con la congoja que produce dejar atrás lo que ha sido la casa, la gente y el territorio particular, fue otro de los pasajes difíciles en la aventura. Pero lo peor en muchos casos estaba en los lugares de destino. Había que encontrar trabajo, en lo que hubiera, sin poder elegir mucho, con la desorientación de estar tan lejos y con tanto miedo. Solo estaba el respaldo del paisanaje, de

⁷⁹ Todos los datos de esta información se deben a GARCÍA MARTÍN, F., 2002.

⁸⁰ *El Adelanto* n.º 13310, 4 de octubre de 1927, pág. 1.

los compatriotas que habían partido con cada familia y de todos los que en situación similar llamaban a la solidaridad y a la unión. Muchas penurias debieron de pasar aquellas pobres gentes lejos de su tierra, soñando con los paisajes del pueblo, familiares y amigos que habían dejado atrás, con los días de fiesta, con la patrona y todo lo que había conformado su vida hasta el momento de la partida. Y mucha debió de ser la frustración cuando comprobaron que la suerte beneficia a pocos.

De ese tiempo y de ese contexto hay en Valdesangil una imagen fotográfica muy ilustrativa y hermosa⁸¹. Alguien de los que iban a marcharse quiso llevar consigo, por si tardaban en volver o por si no volvían nunca más, la imagen de su patrona la Virgen de los Remedios, a la que podrían encomendarse en la distancia y pedir la protección contra las tribulaciones de una nueva vida en un lugar desconocido, a la vez que ser el nexo de unión con el lugar y sus símbolos que se dejaba atrás. Fue, posiblemente, entre 1910 y 1912, porque en ella se ve al joven párroco don Pablo González Fraile, que había llegado a Valdesangil en 1905. No era barato contratar un fotógrafo que subiera a Valdesangil para hacer una foto, pero las circunstancias y el fin que se pretendía, debieron merecerlo. Además, podía pagarse colectivamente, como de hecho debió de suceder para que hubiera más copias en el pueblo.



FIGURA 44: Valdesangil. Entre 1910 y 1912. Foto de curiales con la Virgen de los Remedios para recuerdo de un emigrante.

El hecho de que en la fotografía aparezcan solo 91 de los algo más de 500 habitantes de Valdesangil en ese tiempo, hace pensar que se trató de una fotografía en cierto

⁸¹ FABIÁN GARCÍA, J. F., 2010.

modo selectiva, ya fuera porque no quisieron prestarse todos a ella, porque no estaban o porque el interesado no quiso tener a todo el mundo. Puede que fuera un poco de todo. En cualquier caso el medio millar de habitantes del pueblo en ese tiempo no hubieran cabido en una foto de tal forma que se les identificara. Ni siquiera los 139 niños que había entonces en edad escolar o preescolar, aparecen todos en la foto, ni tampoco las 166 mujeres que ejercían *sus labores* según el padrón. A los interesados, voluntarios o congregados específicamente, se les agrupó en el recodo bien empedrado entre la torre y la cabecera de la iglesia para hacer una foto de recuerdo. El cura don Pablo (al que en Valdesangil se le ha llamado siempre *don Pablos*) accedió a sacar de la iglesia a la Virgen, porque uno de los fundamentos del *encargante* de la foto era que apareciera la patrona. Colocados todos, instalaría el fotógrafo su cámara montada en un trípode, ocultando la cabeza debajo de una tela para enfocar. Y tras un obligatorio *No se muevan por un momento*, apretó el botón que les inmortalizaría a todos ellos y nos dejaría una prueba fiel de cómo era la gente de aquel momento, cómo se comportaba, cómo vestían... Las mujeres vestían con *manteos* negros y encima de ellos, por delante, delantales o *mandiles* rayados o amenizados con motivos que rompían la monotonía del negro. Sobre el pecho y la espalda, cruzada y sujeta por la falda, estaba el pañuelo, que ejerciendo a modo de jersey, protegía del frío en la parte media del cuerpo. Algunas, las más mayores, cubrían la cabeza con un pañuelo anudado al cuello, las más jóvenes dejaban ver, quizá como un símbolo de cierta modernidad, el pelo sin pañuelo, bien recogido en una trenza y con la raya al medio. Las niñas, sin embargo, casi todas van con pañuelo a la cabeza, quizá en su caso como forma de protegerse del frío y con ello de los sabañones en las orejas que tanto proliferaban entonces. Debajo de la mantilla, que se vea, llevan camisa blanca sin cuello. Las mujeres de más edad no tienen dientes, no eran tiempos de dentaduras postizas, ni de mucha higiene en ese sentido, por lo que la caries que daba dolor, proporcionaba de inmediato trabajo al barbero.

Los hombres, que son pocos y jóvenes, o relativamente jóvenes, visten chaqueta oscura, chaleco y camisa blanca, abrochada hasta el último botón y sin corbata. No se les ven los pies, pero es seguro que calzaban botas con suela ribeteada de tachuelas, como se ve a los niños más pequeños que están sentados. Era la forma más eficiente de gastar menos suela y ahorrar bota. No hay ningún hombre con los típicos blusones que llegarían hasta el principio de la segunda mitad de este siglo, aunque sabemos que era una prenda de uso común en los hombres, como también en los niños; así lo veremos un poco más adelante cuando exponamos otra foto muy importante de este momento, en la que los maestros son fotografiados con los escolares. Los niños varones imitaban a los padres y abuelos, embutidos en ajustados trajes con chaqueta, chaleco y camisa. Uno de aquellos curieles quiso que se le recordara al otro lado del océano con su acordeón, con la que amenizaría no pocas veladas de alegría y baile a sus paisanos y posiblemente, como forma de ganarse algún dinero.

Pero volvamos a la experiencia que representaba marcharse. Los emigrantes curieles llegaban a lugares donde todo o casi todo era distinto, desde el clima a la gente.

Menos mal que podían entenderse –salvo cuando se trataba de Brasil– en el mismo idioma, aunque es de suponer que para los trabajos que iban a hacer y con la gente que se relacionaban, no era necesario saber el idioma, si era otro. Las tribulaciones en un lugar extraño debieron de ser muchas. No sabemos cuántos se quedaron en el intento, una buena parte de ellos regresó tiempo después, unos con algún dinero ahorrado, pero la mayoría con lo mismo que se fueron, aunque hubieran mandado lo ganado a sus familias para que fueran tirando en su ausencia. Y algunos se asentaron en el nuevo lugar para siempre, dejando en la memoria de la segunda mitad del siglo XX que tal o cual familia tenía y tiene familia al otro lado del Atlántico.

5.1.2. *La muerte como parte de la vida en el Valdesangil del siglo XX*

El siglo XX pasará a la historia de nuestra sociedad como el tiempo en el que se luchó con más éxito contra la muerte. Hasta bien avanzado el siglo XX la vida tenía relativamente poco recorrido; ganarle muchos años al hecho de vivir era más una suerte que otra cosa de la que muy pocos podían disfrutar. Morir joven no era ninguna novedad, morir a poco de rebasada la cincuentena era lo más habitual. Ya se han señalado en capítulos anteriores las causas principales: la falta de higiene y de conocimientos sobre ella, la pobreza del vivir cotidiano y la falta de medios, sobre todo en las zonas rurales... todos ellos hacían de la vida algo efímero, aunque no por ello las gentes dejaban de tener ganas de vivir. Si esto había sido así en el siglo XIX, no fue muy distinto en las primeras décadas del siglo XX. El hecho de que Valdesangil tuviera en una parte de este tiempo un médico residente en el arrabal pudo ser un adelanto, pero no parece que en principio ello cundiera mucho en las esperanzas vitales de la gente. El índice de mortalidad siguió siendo muy alto al menos en los primeros 20 años del siglo, tanto para los recién nacidos como para los adultos. Puede decirse que en este tiempo poco cambió con respecto a las décadas anteriores. Entre 1900 y 1910 morían una media al año de 14 personas entre adultos y niños de todas las edades. Los entierros, por tanto, seguían constituyendo una fuente de ingresos importante para el sostenimiento de la parroquia, como lo eran también los bautizos. La cantidad de muertos no puede tomarse en términos absolutos, es decir, por el mero número de los que morían, sino siempre en referencia a la cantidad de población que había. Con más población, en las circunstancias de mortalidad del tiempo que se trataba, es lógico que hubiera más muertes. Relativizando, podemos comparar, sabiendo como sabemos la población total que había en Valdesangil, tanto en el 1753 como en 1910. En 1753 a los 366 habitantes censados en el tantas veces referido Catastro de Ensenada, les correspondió una media en la década de 1745 a 1754 de 17'4 muertos cada año. En 1910 la población era de 512 habitantes y la cantidad de muertos por año en la década de 1900 a 1910 fue de 20'7. En términos relativos, con esa cantidad, si hubiera tenido Valdesangil una población similar a la

de 1753, el número de muertos que les hubiera correspondido habría sido de 24'3 muertos al año, pero la cantidad fue de 20'7, cercana e incluso mayor a la que se daba para 1753. Según esto poco habría cambiado en la forma de morir de los curieles en 150 años, incluso podríamos decir que las condiciones de vida se habrían puesto peor en ese tiempo, ya que no decreció la cantidad de muertos por año, sino que aumentó. No fue rotundamente muy distinto en la década de 1920 a 1930, pero bajó el número de muertos por año. Solo a partir de la década de los 40 y ya significativamente de ahí en adelante, el porcentaje de muertos por año bajaría mucho como consecuencia del progreso en la forma de vivir y de la medicina. Para corroborar este progreso y su consecuencia en la longevidad de las gentes, es necesario mencionar un dato significativo: el aumento con el tiempo de las personas que llegaban a más edad. Si en el ya lejano siglo XVIII llegar a los 70-80 años era algo excepcional y a finales del siglo XIX resultaba solo un poco más fácil (13 de cada 100 llegaban a los 70 años entre 1895 y 1905), a partir de 1915 y hasta 1965 se elevó la cifra a 25-30, es decir de cada 100 fallecidos entre 25 y 30, según los años, habían llegado a los 70, que para ese tiempo todavía era una edad elevada. Algo similar sucedió con llegar a los 80 años y rebasarlos. Si entre 1895 y 1905 llegaban solo 6 de cada 100, en el periodo de 1915 a 1945 llegaban 9 y en la década de 1955 a 1965 nada menos que 16 de cada 100, preludio de lo que sería a finales del siglo y los primeros años del siglo XXI, en el que el porcentaje es muy elevado.

Aunque había cada vez menos muertos al año a medida que avanzaba el siglo XX, el cementerio de Valdesangil siguió siendo un recinto pequeño para tanta cantidad de muertos. Sabemos por las actas municipales que en 1915 hubo un proyecto para construir un nuevo cementerio, debido al mal estado del que había. Puesto que los cementerios se habían convertido tras su salida de las iglesias en un lugar civil tutelado por el Ayuntamiento, aunque seguramente con mucha influencia de la parroquia, que era quién organizaba el ritual, la Junta Administrativa de Valdesangil, se reúne para comprar una finca que se vende en Las Cabañuelas y construir allí un cementerio nuevo. El plan era comprar la finca y destinar una parte a cementerio. Pero porque sobraba terreno o porque las calicatas que se dicen en el acuerdo que hay que hacer no resultaron del agrado de la Junta, la finca no se compró y en su lugar debió de ser arreglado el que había para perpetuarlo así hasta la actualidad.

La frecuencia de niños muertos es un indicativo muy fiel del progreso de la vida de las gentes de Valdesangil. Durante la primera mitad del siglo XVIII la mitad de los niños nacidos en Valdesangil, morían antes de cumplir los 2 años de edad. En la segunda mitad del XX el porcentaje de niños muertos con 2 años o menos estaba en torno al 30-35 %. Fue una rebaja, pero aún era significativo pensar que, de cada 3 niños nacidos, 1 moría. Morían sobre todo en los primeros días o meses de vida. Esto debía de ser una tragedia muy asumida por las gentes de Valdesangil, por más que la muerte sea siempre un asunto muy difícil de asimilar. Ya se ha hablado de ello en el capítulo correspondiente. Ha quedado dicho también que la

falta de datos sobre defunciones del siglo XIX, en ausencia del libro parroquial correspondiente, imposibilita cualquier dato que implique una continuidad respecto a los del siglo XVIII.

Con un siglo de por medio, la cantidad de niños que morían con 2 años cumplidos o menos fue elevada e incluso mayor que la había habido en la segunda mitad del siglo XVIII. En la década de 1900 a 1910 el 43 % de los niños que nacieron, murieron como muy tarde con 2 años. Eran casi la mitad, como había sucedido en la primera parte del siglo XVIII. Esto enlaza con lo que veíamos antes para el total de muertos de todas las edades en este mismo tiempo, que coincide con las décadas de mayor población conocida en el arrabal. Sin duda debe de estar detrás de todo ello la calidad de la vida motivada por ser muchos para pocos recursos, lo cual, como es lógico, hacía la vida complicada. Solo a partir de la década de 1910 mejoró la situación, justo cuando la población decreció como consecuencia de la emigración y, por tanto, del mejor ajuste entre los recursos disponibles y las personas que podían disfrutar de ellos. En las tres décadas entre 1910 y 1940 la cifra de niños muertos con 2 años o menos bajó a 23-22 %, para descender definitivamente al 10 % en la de 1950-1960 e incluso al 5 % en la del 60 al 70. Todo ello evidencia el progreso paulatino y en muchos sentidos, alcanzado en general a lo largo del siglo XX, pero sobre todo en su segunda mitad, del que decíamos al principio de este capítulo que no ha tenido parangón conocido a lo largo de toda la historia.

En este aspecto de la mortandad infantil a principios de siglo, había años en los que la muerte se cebaba de una forma especial con los niños. Tenía que ver con epidemias puntuales, fueran graves (como las de sarampión, escarlatina o viruela) o menos graves, pero agravadas por las condiciones de vida, debidas a la mala higiene, al desconocimiento de la forma de tratarlas y en general a la mala calidad de vida que había. Solo a partir de los años 50-60 todo fue distinto: que un niño muriera antes de los 2 años no sucedía ya en ese tiempo. En la época de mucha mortandad infantil, los niños morían de afecciones pulmonares, gastrointestinales o relacionadas con problemas de la dentición. Lo dejaba anotado el cura al certificar su muerte en el libro de defunciones. Por su parte los ancianos morían con frecuencia de afecciones broncopulmonares o relacionadas con lo cardiovascular, ya fuera con ataques al corazón o cerebrales en forma de apoplejías. La alimentación, basada en mucho en el consumo de la carne de cerdo, debía de tener sus consecuencias. La tuberculosis o el tifus también ocasionaban muertos, así como en cáncer, del que seguramente no se diagnosticaban todos los casos por el desconocimiento que había todavía sobre esta enfermedad. Puntualmente se dieron graves epidemias en toda España como fue la de gripe de 1918, cuyo efecto en Valdesangil provocó la muerte de 9 personas entre septiembre y octubre de ese mismo año; en Béjar llegó a provocar solo entre el 1 y el 28 de septiembre la muerte de 111 personas, de las que 22 eran niños⁸². Ha quedado

⁸² *La Victoria*, n.º 1662, 28 de septiembre de 1918.

en la memoria de Valdesangil que a los entierros de los fallecidos, transportados al cementerio en parihuelas, no asistía apenas gente por temor al contagio. La psicosis colectiva hubo de ser muy grande.

No faltaban las muertes por accidente e incluso violentas, que elevaban el carácter trágico de la tranquila sociedad en el arrabal. Los periódicos de la época informaban puntualmente de ello. Así, en 1904 muere en el camino de Béjar el niño de 12 años Cipriano Sánchez López por un disparo fortuito de pistola en el corazón causado por otro niño amigo suyo. Juntos jugaban con una pistola antigua para la que acaban de comprar munición en Béjar⁸³. En enero de 1915 un curiel llamado Luciano Martín, resultó muerto al estrellarse contra el tren una vagoneta en la que viajaba reparando las vías del ferrocarril. El pobre Luciano tenía 6 hijos y se dio la circunstancia de que su mujer había muerto medio año atrás también al ser atropellada por el tren en Arapiles⁸⁴. En agosto de 1918, según informaba *El Adelanto* de Salamanca⁸⁵, un hombre llamado Santos Hoya, *de una familia muy considerada y admirada*, que al parecer padecía algún tipo de desequilibrio mental, intentó agredir con una navaja de afeitar a su mujer y al interponerse su hijo auxiliando a la madre, el tal Santos se dio un corte en el cuello que le provocó la muerte. Algunos años antes, en 1885, un niño de corta edad cayó a un pozo y se ahogó⁸⁶. En 1899 un rayo mató a un pastor de 14 años que se hallaba en el campo con el rebaño⁸⁷. En 1919 un curiel llamado Francisco Martín Hoya murió, junto con otro trabajador, en la zona de la Tejera por un desprendimiento de tierra cuando se hallaba extrayendo arcilla para el tejar⁸⁸. En 1937 murió un niño de 7 años al caerle un árbol encima que su padre estaba cortando. También un niño murió quemado en 1950 tras un golpe de viento cuando hacían limpieza en un prado... Sin duda estos sucesos trágicos alteraban la vida cotidiana de Valdesangil, creando la lógica conmoción general.

5.2. LA JUNTA ADMINISTRATIVA DE VALDESANGIL COMO ORGANIZADORA DE LA VIDA DEL ARRABAL

Ya se ha dicho más atrás que el nombre que le se daba al Ayuntamiento era Junta Administrativa de Valdesangil, quizá para distinguirlo del verdadero Ayuntamiento, que era el de Béjar, del que dependía orgánicamente.

Posiblemente fue a partir de la segunda mitad del siglo anterior, ya bien avanzado, cuando Valdesangil organizó su Ayuntamiento de una forma más operativa para

⁸³ *La Victoria* n.º 499, 20 de febrero de 1904.

⁸⁴ *La Victoria* n.º 1172, 13 de enero de 1915, pág. 3.

⁸⁵ *El Adelanto*. Diario político de Salamanca, n.º 10500, 27 de agosto de 1918, pág. 2.

⁸⁶ *El Progreso*. Periódico político bisemanal, n.º 121, 18 de junio de 1885, pág. 2.

⁸⁷ *La Victoria*, n.º 265, 26 de agosto de 1899.

⁸⁸ *El Adelanto*, n.º 10.913, 24 de diciembre de 1919.

el mejor funcionamiento de cara a la administración de los intereses vecinales. Todo pudo coincidir con el progreso político, con las formas de elección y con la autonomía que disfrutaba el arrabal para algunos aspectos. Al siglo XX llegó el Ayuntamiento organizado de la siguiente manera: lo componían el presidente de la Junta Administrativa —en realidad alcalde pedáneo— y 4 vocales. Ellos constituían, por decirlo así, el poder político, habiendo sido elegidos por los vecinos varones, aunque no por todos, sino solo en principio por aquellos que tenían unas rentas determinadas y por tanto eran los mayores contribuyentes. Es decir, contribuían más con sus impuestos y por ello tenían más derechos en la elección de los gobernantes. Por lo menos así fue hasta mediados de los años 20, en que el número de electores se extiende al resto de los contribuyentes, pasando de haber 71 electores a 129⁸⁹, es decir la elección se convirtió en algo más democrático. Como venía siendo la norma, las mujeres no tenían derecho a voto, no lo tendrían hasta 1931. Los electores elegían al alcalde y a 2 concejales, que tenían que pertenecer a los mayores contribuyentes también. Los otros 2 concejales, hasta los 4 que componían el Ayuntamiento con el alcalde, se elegían entre exconcejales. Como apoyo a las tareas administrativas y a otras propias del Ayuntamiento, y de alguna forma en calidad de funcionarios municipales, estaban también el secretario, el alguacil y el sepulturero, que cobraba por tumba abierta.

La Junta tomaba las decisiones, manejaba el dinero y era suya la responsabilidad, pero estaba auxiliada por otras dos juntas que representaban a todos los vecinos, constituyendo, entre todas, una forma de organización cooperativa que representaba los intereses de todos los vecinos. Estas dos juntas complementarias eran la Junta de Asociados y la Junta Repartidora de Consumos. La primera de ellas era una especie de órgano de apoyo y asesoramiento a la Junta Administrativa, sin un carácter decisivo, representante directo de los intereses de los habitantes del arrabal, hubieran participado en la elección de la Junta Administrativa o no, porque no tuvieran rentas suficientes para votar. Estaba compuesta por 4 o 5 vocales que participaban de las decisiones de la Junta Administrativa, quedando reflejado en el acta su participación. Decidían con la Junta Administrativa sobre compras de tierras, arreglos de caminos, reformas o construcciones, contratación del médico... La segunda era la Junta Repartidora de Consumos. Servía de apoyo ayudando al Ayuntamiento en el reparto de los impuestos a pagar a Béjar. En ocasiones estaba compuesta hasta por 12 personas. Una de sus ayudas importantes era la de clasificar a los diversos vecinos de Valdesangil calculando los impuestos que debían pagar en función de lo que disponían, de forma que su aportación fuera la justa. Béjar acordaba con Valdesangil una determinada cantidad de dinero a pagar cada año. Ese dinero lo recaudaba el arrabal a través de los impuestos a los vecinos según sus posibilidades, pero también a partir del arrendamiento de los pastos comunales y del también arrendamiento de los llamados *artículos de consumo*, que eran la taberna, la panadería, la carnicería, los

⁸⁹ *La Victoria*, n.º 1556, 24 de mayo de 1924.

ultramarinos... , todos ellos controlados desde el Ayuntamiento de Béjar como bienes de primera necesidad para que no les faltaran en ningún caso a los vecinos. Con todo ello pagaba a Béjar, según acuerdo entre las dos partes, por ejemplo 2.600 pesetas en 1912, de las que 782 provinieron ese año de los arriendos de los bienes de consumo citados, además de 730 pesetas de los fondos de la Junta Administrativa, por lo que a los vecinos les correspondió entre todos y proporcionalmente a sus recursos, pagar 1.088 pesetas. No era siempre la misma cantidad a pagar, dependía de las necesidades o de la inversión que el Ayuntamiento de Béjar fuera a hacer, y ello se acordaba en una negociación. Entre 1931 y 1936 Valdesangil pagaba 2.200 pesetas anuales, bastante menos que lo que pagó el año 1912. Pero a partir de 1936 Béjar propuso una subida de 800 pesetas, lo cual motivó la imposición en Valdesangil por la Junta Administrativa de un impuesto de 10 céntimos por kilo sobre los cerdos muertos en la matanza anual; pero si un vecino no mataba tendría que pagar 6 pesetas y si se trataba de una viuda, 3. En este tipo de acuerdos y en otros, como la imposición de multas, reparaciones o el estudio de nuevas construcciones, las tres Juntas ayudaban a organizar lo público, garantizando el correcto funcionamiento de los deberes y los derechos de los curieles. De esta manera querían garantizar que no primaran los intereses de los de mayor renta sobre los de menor.

En algunas ocasiones la Junta Administrativa y la de Asociados acordaron en consenso permutas de terreno, como la que propuso a principios de siglo un particular de Salamanca que tenía tierras en la zona de La Mingarrama y El Colmenero a cambio de una del común del pueblo en el Arroyo de los Olmos. También participan juntas en 1905 en la compra del lugar llamado Cabezón de Arriba, propiedad de un señor de Béjar llamado Inocencio Maillo, que la vende por 4.625 pesetas. Como no hay dinero en las arcas municipales para esa cantidad se propone pedir un préstamo a particulares de Valdesangil a cambio de un interés. Prestan el dinero los que más disponen, a cambio de un interés del 8 %⁹⁰.

Por alguna razón que desconocemos, a partir de 1926 la Junta de Asociados y la de Reparto de Consumos desaparecen del texto de las actas del ayuntamiento, ya sea por su desaparición real o simplemente porque dejan de figurar en los textos al no ser organismos contemplados por la ley, por lo que no deben figurar en las actas, aunque pudieran seguir ayudando al ayuntamiento. Es muy probable que su desaparición tenga mucho que ver con una mayor libertad de elección entre todos los curieles, pudiendo tener participación en las decisiones generales no unos cuantos elegidos sectorialmente, sino los que el pueblo ha elegido para representar sus intereses.

⁹⁰ Los prestamistas fueron Francisco Amor (1.290 ptas.), Pablo García Sánchez (1.000 ptas.), Antonio Hoya Martín (750 ptas.), José Hoya Gil (500 ptas.), Rafael Martín Sanpedro (250 ptas.), Bernardo García Castaño (175 ptas.) y Francisco Sánchez Casado (75 ptas.). Con ellos un tal Mariano Zúñiga, de Béjar, pone 1.000 ptas., sin intereses. Entre todos suman 5.000 ptas. para cubrir gastos. La deuda no se saldará hasta 1910 en que se paga lo último a Francisco Amor, el aguardentero del pueblo, que se hizo famoso como tal aguardentero y ganó bastante dinero con el aguardiente, sobre todo vendiéndolo por los pueblos.

5.3. LA ENSEÑANZA, LA ESCUELA Y TODOS SUS PROBLEMAS Y CONSECUENCIAS

En una sociedad pobre aprender lo que decían los libros podía considerarse algo con poco valor real. Cuando los recursos son pocos y se obtienen con mucho esfuerzo, e incluso ni con ello se obtienen suficientemente, pensar en aprender de los libros no resultaba rentable. El tiempo que un niño invertía en la escuela era para muchos padres tiempo perdido en producir algo, aunque fuera poco y sobre todo, era tiempo que perdía en aprender los conocimientos de su padre para ganarse la vida en lo que ineludiblemente se la tendría que ganar. Ya hemos hablado de esto para el siglo pasado. Lo malo de las sociedades incultas es que no alcanzan o tardan bastante en entender como debieran, que el saber abre caminos en todos los sentidos y que la falta de formación y la ignorancia no hacen progresar ni individualmente ni a la sociedad. Costó mucho hacer entender a todo el mundo rural de las primeras décadas del siglo XX, e incluso después, que su culturización les haría mejores en todos los sentidos. Aquellos seres más inteligentes de la sociedad y con el suficiente poder para decidir sobre el resto, entendieron que por ese camino sería mejor para todos y contribuyeron eficazmente con su esfuerzo para que, aunque fuera paso a paso, las gentes pudieran saber más a base de proporcionarle los medios para ello.

Ya hemos mencionado cómo los gobiernos municipales liberales de una villa que presumía, y lo era, de liberal, Béjar, hacían muchos esfuerzos en la segunda mitad del siglo XIX por dotar a Valdesangil de una enseñanza gratuita, que no lo era en principio, lo que motivaba que muchos padres no pudieran pagar la escuela de sus hijos. Pero cuando fue gratuita e incluso mucho tiempo después, los analfabetos seguían siéndolo en una cantidad importante. No se trataba de hacer carreras universitarias, ni de aprender el latín que solo sabían los curas, se trataba tan solo de saber leer y escribir como algo básico y, en el mejor de los casos, aprender a sumar, restar, multiplicar y dividir, que para ese tiempo suponía saber mucho, porque saber dónde nacía el Ebro o quiénes fueron los Reyes Católicos importaba menos a la generalidad en una sociedad rural. Se trataba de saber lo más elemental y aun así mucha gente no llegó a saberlo nunca, porque ir a la escuela para muchos no fue algo cotidiano, ya tuviera que ver con que los padres fueran tan incultos que no lo consideraran importante o porque esos niños, a pesar de ser tan pequeños, tenían algo en lo que ayudar y aportar en la casa. Todavía en los años 40 del siglo XX, lo primero para muchos niños eran los pequeños trabajos que se les encomendaban, como por ejemplo llevar la comida a sus padres, trabajadores en las fábricas de Béjar. Eso era más importante que asistir a la escuela y para hacerlo, si había que faltar a clase o abandonarla a determinada hora, se hacía porque era necesario. De esta forma muchos niños de 10 a 12 años bajaban diariamente a Béjar con las cestas de las comidas de sus padres para que comieran caliente y a su tiempo. Esa y otras razones, todas relacionadas con la necesidad, motivaban una falta de continuidad a la escuela de los niños, que acudían intermitentemente a las clases, hecho del que tanto se quejan los maestros en muchos casos e incluso alguno de los

concejales del Ayuntamiento de Béjar en 1906; en un pleno de ese año un concejal se quejará de lo poco concurrida que suele estar la escuela de Valdesangil⁹¹. No se le hará mucho caso, porque en 1908, entre otras ocasiones, el maestro se lamenta mediante escritos de que no asisten a la escuela todos los niños que deben o de que no son puntuales. Circunstancias como las que se han citado, unidas a otras como el hacinamiento de los niños en un local insuficiente y mal dotado, además de los malos métodos de algunos maestros, motivaron que aún en 1940 todavía hubiera en el censo de Valdesangil 45 personas analfabetas entre los 631 adultos que tendrían que saber leer y escribir. Lo más grave de esto es que de los 45, 31 tenían menos de 50 años.

Si esto sucedía en 1940, en las dos primeras décadas del siglo XX la situación era mucho peor. Gracias a que en los censos de población se especifica si cada habitante del arrabal sabía leer o escribir, podemos hoy conocer el grado de culturización que había en la sociedad de Valdesangil en ese tiempo. Tenía en 1910 Valdesangil 512 habitantes totales, de los que 139 eran niños que iban a la escuela, por tanto 360 personas, hombres y mujeres, estaban en edad de trabajar, es decir, eran de alguna manera adultos. De ellos 142 eran analfabetos (el 38 %), no sabían ni leer ni escribir. Eran mujeres, sobre todo: 101 mujeres por 41 hombres. Por cada hombre analfabeto había más de 2 mujeres que lo eran. Habían pasado nada menos que 53 años desde que la enseñanza se hizo gratuita por ley y aun así había muchos analfabetos y lo eran de todas las edades. Más de la mitad superaban los 50 años, con lo cual puede achacarse a las deficiencias que el tema de la educación padeció todavía en el último cuarto del siglo anterior. Pero no deja de sorprender que 24 del total de los analfabetos (16'9 %) tengan menos de 30 años.

Diez años después la situación había mejorado poco: 89 individuos entre masculinos y femeninos (34 %) de más de 10 años, que ya tendrían que haber aprendido a leer y escribir, puesto que empezaban a ir a la escuela con 6 años, eran analfabetos. El 70 % eran mujeres y el 30 % hombres, igual que en 1910. De la situación en 1930 no tenemos datos, sí de 1940, año en el que el progreso en este sentido es manifiesto, por más que no deje de extrañar que haya todavía 45 personas que no sabían leer ni escribir, ahora en porcentajes similares para hombres y para mujeres, lo cual era ya un progreso a favor de ellas. Llama la atención que entre estos analfabetos los hay en parecidos porcentajes de todas las edades, siendo la mitad de menos de 30 años, lo que quiere decir que un determinado número de niños y niñas en edad escolar no asistieron a la escuela cuando debían. En 1950 ya solo hay 10 analfabetos en Valdesangil, 6 hombres y 4 mujeres, todos sobrepasan los 51 años, menos 3 que tienen 26, 28 y 35 años; 2 de ellos no son nacidos en Valdesangil, por lo que no es posible saber las circunstancias que les llevaron a ello. En 1960 ya no hay ningún analfabeto en Valdesangil, podemos decir que se ha consumado en ese aspecto el progreso en la educación de la gente. Pero había pasado un siglo desde

⁹¹ *La Victoria*, n.º 624, 14 de julio de 1906, pág. 3.

el momento en el que los niños podían ir a la escuela gratuitamente. Algo había fallado para que esto sucediera.

Al parecer, en las primeras décadas del siglo XX los niños iban a la escuela entre los 6 y los 11 años, aunque la obligación fuera llegar hasta los 13 o los 14. La necesidad mandaba, a la escuela se iba si se podía. En las familias con pocos recursos y muchos hijos, los niños desde muy temprana edad tenían trabajo que hacer, en su casa o fuera de ella, por lo que ir a la escuela en esas familias no era generalmente lo prioritario. No ir de forma continuada representaba descogarse de lo aprendido y teniendo en cuenta que el maestro tenía muchos niños que atender y de muchas edades, no podría preocuparse de poner al día a aquellos que se retrasaban por las razones dichas. Esto a su vez provocaba el desinterés de los niños ante su propio retraso y enseguida el abandono de la escuela, aunque para muchos ir a la escuela era una forma de no trabajar, con las pocas fuerzas de que dispone un niño, un alivio. En 1910 solo asisten 4 niños de 13 años a la escuela de los 139 escolarizados, el resto ya la han abandonado para trabajar en una u otra cosa. Al menos por los años 30 estaba prohibido contratar para el trabajo a niños menores de 14 años, pero se admitían en casos de necesidad, por caridad, a niños de 13. Naturalmente esto sucedía en casos de contratación, es decir, cuando se trataba de trabajar en las fábricas de Béjar, pero en tareas agrarias de Valdesangil, como podía ser el pastoreo, tanto haciéndolo para la propia casa como por cuenta ajena, un niño con 11 años trabajaba si era necesario sin que se tuviera en cuenta ninguna ley.

Algunas familias, mediante pago al maestro de un dinero, llevaban a los niños a la escuela con 4 años, es decir, a 2 años de la entrada habitual, liberando así a sus madres para trabajar en las labores de la casa o en los trabajos propios de mujeres en ese tiempo, como por ejemplo el lavado de ropa o el escardado en los sembrados de cereal.

Otro tanto sucedía con los adultos en cuanto a pagos adicionales al maestro. En este caso un Real Decreto de 1906 obligaba a dar clases a los adultos, con el pago de una cuota. El maestro organizaba clases particulares por la noche para los mayores de 14 años que ya trabajaban, todo previo pago de una cantidad y a veces con una subvención del Ayuntamiento de Béjar.

A los problemas particulares que motivaban la ausencia a la escuela y las dificultades del maestro para enseñar en esas circunstancias a muchos niños, con sus consecuencias correspondientes, se unía la calidad de lo que enseñaban. Podía ser un buen maestro/a o malo y ello sería un problema o una ventaja para los niños que coincidían con la situación, una consecuencia para toda la vida, puesto que si no aprendían a tiempo sería muy difícil hacerlo después. Algunos maestros (solo tenemos constancia de esto en la escuela de niños) reciben los elogios del inspector de Enseñanza de Béjar, que una vez al año va por la escuela y hace una especie de examen entre los niños para ver la calidad de lo enseñado y aprendido y por tanto, el nivel de la enseñanza. En varias ocasiones el inspector deja constancia del buen nivel que tienen y felicita a los

maestros por ello dejándolo escrito en el libro de inspecciones. A los niños más aplicados se les daban premios. El maestro hacía una lista de los alumnos más aplicados en las tres categorías que se marcaban en la escuela: 1ª enseñanza ordinaria, 2ª y 3ª, según la edad y la evolución en los conocimientos enviándola a la Junta de Primera Enseñanza de Béjar, quien repartía los premios en un acto de final de curso al que asistía el maestro y el presidente de la Junta Administrativa.

Pero ya hemos dicho que la enseñanza no era siempre buena, dependía de los maestros que tocaran y como normalmente estaban bastantes años, si no eran buenos podían arruinar los conocimientos de una generación escolar para siempre. Aun en los años 60, que ya era mucho decir, Valdesangil conoció casos de malos maestros, condicionando en gran medida el futuro de algunos de los niños que tuvieron la mala fortuna de coincidir con ellos.

A través de los testimonios directos de quien lo ha vivido y aún lo puede contar, podemos hacernos una idea de cómo era la enseñanza en los años 30 para la escuela de niñas. Tocó un tiempo y no fue poco, una maestra de avanzaba edad que solía dormirse en la mesa; hacía poco más que entretener a las niñas, que entraban y salían de la escuela a su antojo, jugando en realidad más que aprendiendo. Otra maestra, esta «a pupilo» en una casa del pueblo, se permitía acudir a las clases vestida con un albornoz de listas. Por la mañana se les enseñaban las letras, leían colectivamente de pie haciendo un círculo y pasándose el libro de unas a otras, rematando la mañana con algo de Aritmética. Muchas niñas abandonaron la escuela a los 13 años sin aprender a multiplicar y dividir. Por la tarde era otra cosa: acudían a la escuela portando una caja con lo que llamaban *los guapos*, que eran los trozos de tela con los que hacían vestidos a sus muñecas, muñecas fabricadas de trapos por ellas mismas o por sus madres. Las muñecas de cartón llegarían ya por los años 40.

Acudían aquellas niñas vistiendo una bata de percal con botones desde la cintura al pecho, debajo la saya o *combinación*. En el crudo invierno cubrían las piernas con medias y cuando suavizaba el tiempo, con calcetines. Como hacía mucho frío, generalmente cada niña acudía a las clases portando una lata grande, provista de un asa de alambre para su transporte, en la que llevaban los carbones incandescentes sacados de *la lumbre* de la chimenea. Así cada niña tenía su propio brasero que colocarse entre las piernas para no pasar frío.

En los padrones de 1910 y 1920 aparecen uno y dos *estudiantes* respectivamente en el censo. Al ser consignados como tales y distinguirlos así del resto de los escolares que acuden a la escuela local, es muy probable que estén indicando a chicos que reciben una enseñanza superior, tal vez llevando a cabo estudios en un seminario, antes de que puedan ser consignados como sacerdotes o cercanos a ello.

La gratuidad de la enseñanza se extendía a todos los niveles, de forma que no hubiera ningún obstáculo de tipo económico directo para no asistir. Los niños no tenían otra cosa que hacer que asistir a la escuela. El dinero necesario para ello llegaba a través de la Junta Provincial de la Instrucción Pública mediante dotaciones trimestrales. El

maestro elaboraba un presupuesto de necesidades directas y lo elevaba a la Junta Local de Primera Enseñanza de Béjar; esta, a su vez, informando favorablemente, lo elevaba a la Junta Provincial de la Instrucción Pública con sede en Salamanca, que remitía el dinero a la escuela, teniendo que rendir las cuentas correspondientes el maestro en un libro de registro de gastos e incidencias. En el curso de 1903-1904 el presupuesto de cada trimestre fue de 23 pesetas, que se gastaba en pizarras, tinta, plumas y cortaplumas, pizarrines, papel blanco y rayado, libros, limpieza, leña para calentar la escuela y algún adecentamiento de paredes hasta donde diera el presupuesto.

Como cuando nacieron, las escuelas de los niños y de las niñas en Valdesangil siguieron separadas. Hasta la inauguración de las construidas expresamente para ser tales en 1955, siempre estuvieron en el mismo lugar ya citado: la de los niños a la entrada del pueblo, en la zona de El Calvario y las de las niñas en las cercanías de la plaza de Abajo, en lo que se ha dado en llamar con el tiempo el Callejón de Serena. Al menos el local de la escuela de los niños era privado, por lo que se pagaba por parte de la Junta Administrativa un alquiler por utilizarlo. Nunca estuvieron las escuelas en buen estado, pero había momentos en los que la situación era aún peor. En 1904 se encontraba en muy mal estado, razón por la que el maestro pide a los dueños que lo arreglen, pero estos le contestan que no es asunto suyo. Otro tanto pasó en 1908 en el que las lluvias del otoño habían inutilizado la escuela. Ahora es el Ayuntamiento de Béjar el que insta al propietario a arreglarlas. Pero el problema estuvo lejos de solucionarse definitivamente, porque en 1933 el estado de las escuelas seguía dando para la protesta por lo lamentable que era, así lo expresa con las siguientes palabras el corresponsal del periódico *La Victoria* (en realidad el cura don Pablo González Fraile, disfrazado esta vez con el seudónimo de A. Navarro Babiloni): *Es un local pequeño de techo bajo, de poca luz, rodeado de corrales de ganado vacuno y pasando el camino vecinal por la puerta de la escuela, este lugar es el menos indicado para los fines que está destinado. Los ruidos que producen los animales en los corrales inmediatos, el olor de los excrementos, el paso de las personas y carros por la puerta de la escuela, tiene a los niños en constante distracción su pensamiento... El pequeño local de techo bajo, con pequeñas ventanas por donde penetra alguna luz, se queda muy por debajo de las celdas de las cárceles modernas. De vez en cuando se oyen las pisadas de los vecinos que habitan el piso superior y basta se oye su conversación*⁹². Durante muchos años, este corresponsal disfrazado de otros nombres que era el cura don Pablo, no se cansó de pedir en sus escritos en el periódico *La Victoria* una escuela nueva, como tampoco que se arreglara el camino de acceso rodado para Valdesangil. Aún por entonces le quedaban para conseguirlo muchos años, aunque no se marchó de Valdesangil sin ver sus reivindicaciones colmadas, tanto de la carretera (1946) como de las nuevas escuelas (1955). Lo que no sabemos es en cuánto sus desvelos fueron una de las razones para lograrlo o ambas cosas llegaron a Valdesangil por su propio peso.

⁹² *La Victoria* n.º 2024, 29 de abril de 1933, pág. 2.

Posiblemente la escuela de las niñas tenía mejores características físicas, porque no constan tantas quejas. No sería el lugar ideal, pero era mejor. Al menos en los años 30 era una casa de dos pisos, en la que el inferior se usaba como escuela en una nave que, sin ser grande, podía agrupar a un cierto número de niñas. El piso de arriba en esos mismos años servía al marido de la maestra para hacer la comida, ya que vivían en otro lugar del pueblo y el hombre no solía tener otro oficio que ser el marido de la maestra.

Para concluir este apartado sobre la escuela hay que mencionar el testimonio gráfico que supuso llevar a cabo una fotografía colectiva de la escuela de niñas y de la de niños⁹³. A finales del siglo XIX y a principios del XX se hizo costumbre hacer una fotografía conjunta de los niños escolarizados junto con sus maestros. Por entonces la fotografía era algo novedoso, sobre todo en los pueblos, por tanto, que un fotógrafo ambulante subiera a Valdesangil, a lomos de su caballo cargado con todo el instrumental, no fue excepcional. Agrupó a los niños por un lado y las niñas por otro, les llevó a la casa del cura y en la puerta que daba acceso al huerto de la casa parroquial, les fotografió a todos, con sus maestros correspondientes. Puede calcularse, a través de la identificación física de muchos de los niños fotografiados, a padres y



FIGURA 45: Valdesangil. El maestro y los alumnos entre 1903 y 1906.

⁹³ FABIÁN GARCÍA, J. F., 2010.

a abuelos de actuales curieles, y con ello calcularse que la foto pudo hacerse entre 1903 y 1906.

En total aparecen 106 niños y niñas. Sabemos por el censo de 1910 que la población total de niños que iban a la escuela era de 139 en ese año, es decir, 33 más de los que aparecen en las fotografías, que no habrían nacido todavía o serían muy pequeños para ir a la escuela. Con ellos comparece el maestro.

Empezaremos por la de los niños. Es muy posible que el maestro que aparece en la fotografía fuera don Román de la Rúa y Alonso, que ejerció entre 1901 y 1904. Dado que no sabemos la fecha exacta del momento, también podría ser el maestro que le sustituyó como interino desde algún momento del curso 1903-1904 hasta julio de 1904: don Francisco Alonso Sánchez. Tampoco puede descartarse por completo que el fotografiado fuera don Matías Sánchez Martín, que tomó el relevo en julio de 1904 y fue el maestro hasta el curso 1910-11, viéndose envuelto en varios conflictos tanto con la Junta Administrativa de Valdesangil, como con el cura y con algunos padres de los escolares. Merece la pena dejar constancia de aquellos problemas. Su conflicto debió de ser bastante serio puesto que provocó que los alumnos, todos o una buena parte, faltaran a las clases entre marzo y mayo de 1908, trasladándose los niños a Béjar a recibir las clases. Lo que llevó a la situación, aunque no parece muy claro, podría haber tenido algunos tintes políticos, puesto que muchos padres y el propio párroco, que actuaba de portavoz de la Junta Administrativa, le acusaron de no ir mucho a la iglesia, de irreligiosidad, de hacer uso de armas prohibidas, de hablar contra los escolares salesianos de Béjar y de ir contra el párroco y las autoridades. Al parecer no eran buenos tiempos en un pueblo para discrepar de según qué cosas. El médico también puso lo que pudo de su parte en el conflicto, recomendando que se le hiciese un reconocimiento mental, puesto que sospechaba de algún tipo de desequilibrio. Con la opinión en ese sentido de un médico, ya había motivos más supuestamente objetivos para ir contra él. La situación desembocó en la suspensión de empleo y sueldo del tal don Matías en 1908 sobre la base de un expediente que fue luego sobreesido, incorporándose de nuevo a las clases el 1 de septiembre de 1909. Un mes después, el 1 de octubre, el maestro rebelde remite una carta al ministro, que hace constar en el libro de correspondencia de la escuela, en la que expresa haber sido obligado a firmar la jubilación en blanco. Al parecer esta no se produce inmediatamente, puesto que durante el curso 1909-1910 sigue en activo, siendo sustituido definitivamente desde los inicios del curso 1910-1911 y desapareciendo así para siempre de la escuela de Valdesangil y posiblemente de Valdesangil, porque no constará posteriormente su muerte. Siendo las cosas de ese modo por reflejo en los documentos, es posible que hubiera un informe a favor de un presunto desequilibrio mental, que, como no podía ser de otra manera por el tiempo del que se trataba y sus circunstancias, fue más influyente que reconocer sus ideas supuestamente progresistas, en las que enfrentarse al poder religioso representaba siempre un grave riesgo. La pose que muestra el maestro en la fotografía acompañado de los alumnos, parece hablar a un hombre con

personalidad, pero no puede saberse si fue don Matías Sánchez o don Román de la Rúa, del que sabemos que ganaba al año en 1901 la cantidad de 625 pesetas.

Las fotografías sirven de documento para ilustrar las formas de vestir propias de su tiempo, datos que hay que unir a la fotografía ya comentada en páginas anteriores en la que aparecen un grupo de curieles con su Virgen de los Remedios. Sin duda las madres vistieron a sus hijos con lo mejor que tenían para quedar en la fotografía más presentables. Por tanto, debemos ver en esas fotos el traje de fiesta, el mejor traje posible en cada uno. En líneas generales se les puede dividir entre los que visten chaqueta y los que visten blusón de color gris, prenda que los mismos fotografiados llevarían en Valdesangil hasta su vejez, a finales de los años 60 y principios de los 70 del siglo XX, siendo los últimos en lucirla. El blusón formaba parte de la vestimenta cotidiana de los varones curieles, sobre todo los dedicados al campo. Unos y otros, vestían debajo de la prenda más externa el chaleco de pana a rayas o lisa, a juego con los pantalones también de pana. La pana quitaba el frío intenso de los inviernos serranos y duraba mucho. Los más pudientes solían llevarlos de pana lisa. Debajo del chaleco, estaba la camisa blanca abrochada hasta el cuello. Muy pocos llevan cuello de puntillas, muestra de mejor posición. Las diferencias sociales, que en Valdesangil no eran tan marcadas como en las ciudades, se manifestaban con frecuencia a ese respecto. De los chalecos cuelga la cadena del reloj, aunque lo más probable es que no hubiera en realidad reloj, algo reservado a los mayores. La cadena inducía a pensar que lo había y eso también contaba. Los pantalones no siempre llegaban al tobillo; en muchos casos se quedaban un poco por encima de este, a veces acampanándose levemente y colgando cordones terminados en botones charros. Debajo, los más pudientes, podían llevar unas medias blancas caladas y los demás, medias de algodón negro de las llamadas *de cinco agujas*. Como calzado, botas de cuero rematado el suelo con tachuelas para evitar el desgaste de la suela. Este detalle hacía que, al contacto con el suelo enrollado de las calles, se oyeran claramente las pisadas y fuera inevitable resbalar, pero compensaba económicamente, que era de lo que se trataba. Todos visten como adultos, es decir, quieren parecerse a los adultos. Eso solo puede significar que no había una forma de vestir propiamente infantil en el traje de fiesta. Dos de los niños mayores llevan pañuelo al cuello, posiblemente como símbolo de su mayor proximidad a la edad adulta. Una parte de ellos portan, colgadas en bandolera, las carteras de cuero en las que llevaban los instrumentos para escribir y tal vez un cuaderno y, si había para ello, algo que comer en el recreo. Algunos enseñan a la cámara los libros que han traído de la escuela en los que estudian a diario. De todo el conjunto, solo 3 parecen ser más mayores que el resto, rondando ya los 14 años que era la edad límite para dejar la escuela. Esos eran afortunados porque los demás de su edad ya estarían a esas alturas trabajando.

La maestra en la foto de las niñas era doña Leonarda Gallego, de la que ya se ha hablado para el siglo XIX. Había llegado a Valdesangil en los años 60 del siglo XIX, era hospiciaria y había recibido formación como maestra. Se había casado con otro maestro,



FIGURA 46: Valdesangil. La maestra y las alumnas entre 1903 y 1906.

don Joaquín González, viniendo a ejercer muy jóvenes los dos a Valdesangil. Como ya se ha citado, Joaquín se suicidó y ella al poco tiempo se casó con un ganadero de Mogarraz, del cual enviudó también para casarse otra vez con un jornalero más joven que ella. Esta mujer estaría ejerciendo en Valdesangil hasta su jubilación en junio de 1912, abandonando posteriormente el arrabal porque no consta su muerte en las actas parroquiales.

A las niñas, como a los niños, las vistieron de mayores para la fotografía, todas arropando a la maestra, que estaba ya cercana a los 40 años de ejercicio de la docencia en Valdesangil. Parece una mujer reposada y tranquila, de buen aspecto físico a pesar de su edad, que a esas alturas había pasado nada menos que por tres matrimonios, que para ese tiempo no era poca cosa en una mujer.

En la parte inferior sentaron al sector de párvulas, mirando a la cámara con atención e incluso con desconfianza, al ver al fotógrafo ocultarse debajo de la tela, sin saber muy bien qué iba a hacer aquel hombre desconocido y en qué terminaría todo aquello después de haberles dicho que se mantuvieran quietas, que algo iba a suceder. El resto de las niñas parecen más confiadas y seguras, posan con naturalidad y algunas con cierta coquetería, sabiéndose elegantes para una ocasión tan especial. Las tres cuartas partes llevan pañuelos floreados de Manila sobre los hombros, cruzados en el pecho o pañuelos sin flores rematados con flecos. Estos pañuelos se ponían sobre

el vestido. Era una prenda de fiesta que a diario se sustituía por un pañuelo de menor porte. Solo un pequeño número lucen directamente un vestido, mostrando con ello su estatus. La sencillez de la maestra la hace integrarse en el grupo de los humildes, cubriéndose también con pañuelo. Debajo del pañuelo unas llevaban vestido y otras falda y blusa. Las faldas eran largas, fruncidas y ajustadas a la cintura. La mayor parte de color oscuro. Esa misma vestimenta era también para diario, pero con ropa de menos calidad. Algunas, encima de la falda llevan mandil, que podía ser negro o de colores, prenda que también era para ir mejor arregladas. Debajo de la falda estaban las enaguas, fruncidas en la cintura al igual que la falda. En los días duros de invierno, entre la falda y la enagua, muchas mujeres llevaban un manteo, para dar calor y también para que ahuecara su figura. Las formas reales del cuerpo no debían marcarse. La ropa interior propiamente dicha no se usaba; a lo sumo algunas mujeres llevaban pololos, pero únicamente cuando iban más arregladas. Era una prenda blanca, rematada con puntillas y ajustada a las piernas hasta debajo de la rodilla, con una abertura en la zona del sexo.

La blusa que llevaban en la parte superior era muy ajustada al cuerpo, con manga larga. Debajo, una camisa muy larga hasta las rodillas. Era una especie de camisón sin mangas, con escote redondo rematado en una puntilla. El pecho no debía marcarse, por eso se apretaba mucho la blusa al cuerpo, para aplastarlo.

El peinado más habitual es la raya al medio y una trenza larga a la espalda que no se aprecia. Solo aquellas con el pelo muy rizado o rebelde llevan otro peinado. Como los niños, la mayoría calzan botas superando el tobillo y rematadas en la suela con tachuelas de hierro para ahorrar desgastes. Debajo de las botas, medias de color negro hechas con *cinco agujas* o blancas para ir más elegantes. Todavía no era el momento, pero poco después, cuando se convirtieran en jovencitas, llevarían para arreglarse mejor una mantilla cubriendo parte de la cabeza o un pañuelo, si no había dinero para llevar mantilla. En el invierno, mujeres y niñas solían cubrirse la cabeza con un pañuelo de diario menos lujoso. Todas llevan pendientes. Eran pendientes llamados *de calabaza* o *de almendra*. Los primeros mostraban una especie de calabaza larga y redonda en el remate. Los de almendra eran más aplastados y largos. Algunas niñas se han cuidado mucho de que se les vea la cadena y la medalla de oro, porque para eso la tenían. Eran tiempos en que lo poco que se tenía para distinguirse, había que exhibirlo y mostrarle a los demás que lo poseían. El abanico que muchas llevan entre las manos era un objeto común para complementar la elegancia en las ocasiones de vestirse mejor.

5.4. ALGUNOS CAMBIOS EN EL PAISAJE URBANO

Valdesangil en el siglo XX tenía ya configurada desde hacía dos siglos la estructura de su casco urbano, es decir nada o muy poco cambió cuando llegó el siglo XX. Ni el aumento considerable de la población a finales del siglo XIX y principios del

XX cambió la trama urbana, con su tradicional calle principal desde el sur hasta la plaza, para bifurcarse a partir de la iglesia en dos ramales, uno hacia el norte y otro hacia el oeste. Esto ya estaba así al menos desde el siglo XVIII y ahora no cambió en absoluto. Cuando era necesario, la gente derribaba sus viejas casas y construía otras nuevas sobre el mismo solar. Las nuevas casas cuando se construían ahora, adoptaron una disposición que ya no era la tradicional: si antes las cocinas estaban siempre en el piso de arriba, seguramente para destinar el piso de abajo a menesteres que tuvieran que ver con la intendencia e incluso con la presencia de animales, por ejemplo gallineros y para diversas labores, ahora la casa se convirtió en un todo integral para la vida de sus habitantes, dejando que los animales tuvieran su espacio propio y aparte en cuadras y corrales. Quien construía una casa nueva situaba la cocina en la planta baja, al lado generalmente de un espacio lo más amplio posible, según las capacidades disponibles y el uso, llamado *portal*; este servía como espacio de trabajo, almacenamiento o negocio, e incluso como habitaciones para dormir. Esta nueva disposición las convertía en más higiénicas, lo que revertía como consecuencia en una mejor calidad de vida.

A principios del siglo XX se construyeron casas de cierto empaque en Valdesangil que evidenciaban la importancia económica dentro de la generalidad de los que tenían dinero suficiente para levantarlas. Eran casas bien acomodadas, con buena mampostería, que luego era encalada y con recercados de piedra de buena calidad. Casi siempre protegían determinadas fachadas más expuestas a la climatología adversa con hastiales de teja curva. Se trataba de casas que destacaban sobre la generalidad, sin que fueran exactamente grandes mansiones. Indicaban claramente la mejor posición de los que se las construían, labradores-ganaderos de mejor hacienda, que se habían hecho con tierras y prados de buena calidad, que seguían mandando sus rebaños a Extremadura en invierno como antaño, ahora pagando de otra forma por ello y que contrataban a los jornaleros para trabajar. Formaban parte, además, de la Junta Administrativa, aunque no parece que lo hicieran en su propio beneficio, ya que, en el fondo, su poder no era aplastante como para aprovecharse sin que nadie pudiera alzar la voz. Como había sido una constante en la historia de Valdesangil, no puede decirse que fueran una clase adinerada en toda regla. De hecho, cuando se referían a ellos los que no eran de su mismo estatus, no les solían llamar en la mayor parte de los casos *ricos*, sino *riquillos*, porque en realidad eran labradores con mejor posición, con comida más segura a la mesa, pero en nada equiparable a lo que, por ejemplo en Béjar, era alguien de buena posición, un industrial. Ya lo hemos dicho para el siglo XVIII y XIX, eran trabajadores con mejor posición, pero siempre trabajadores, no vivían de las rentas o de mirar el trabajo de los contratados. Dirigían su negocio, pero trabajaban manualmente también. Eran una fuerza más de trabajo.

No todos podían construirse casas así. La mayoría o se las construían más modestas o seguían viviendo en las casas tradicionales levantadas en el siglo anterior, cuya construcción no era buena; eran alargadas y estrechas, pequeñas y una buena



FIGURA 47: Valdesangil. Una de las primeras casas iniciadoras de una nueva forma de edificación respecto al tiempo anterior en familias con recursos. 1874.

parte de ellas con techumbre *tejivana* (tejavana), es decir, no tenían sobretecho, por lo que implicaba que el frío del invierno, la lluvia y la nieve, si venían con ventisca, podían penetrar con facilidad en el interior. Solo a partir de mediados del siglo y más aún a partir de los años 60, la transformación en este sentido y para mejor ya fue absoluta; la ubicación de las cocinas en el piso de abajo fue una norma ineludible. Las casas que no se adaptaron a la nueva tónica y teniendo en cuenta que muchas fueron vendidas al emigrar la población, quedaron como establos dependientes de las viviendas habitadas.

En las primeras décadas del siglo se construyeron algunos de los espacios urbanos y elementos que han llegado a la actualidad y que supusieron un avance importante. Paralelamente fueron llegando algunos adelantos que implicaron el principio de la lenta llegada de la modernidad a Valdesangil. Una de las modificaciones fue la construcción de la hoy también llamada plaza de don Agustín Jiménez «don Agus», en conmemoración del actual cura párroco y sus 50 años de ejercicio en Valdesangil. No resulta fácil imaginar esa plaza actual como era en su origen, es decir, sin plaza propiamente dicha, con una calle que salvaba el arroyo a través del puente, a cuyo lado sur estaba la pendiente correspondiente por donde iba el cauce del arroyo, y a su vera, en desnivel respecto de la calle, unas pocas huertas



FIGURA 48: Valdesangil. Casa de finales del siglo XIX o principios del siglo XX.

que se beneficiaban del agua del arroyo. Al parecer en 1901 una gran tormenta arrasó buena parte de las huertas del término de Valdesangil. Tanto fue el desastre, que se dio al arrabal una subvención para paliar los daños desde algún organismo oficial. Se trataba de una subvención a devolver por cada afectado, a menos que se empleara en su conjunto en una obra comunal. La Junta Administrativa, de acuerdo con los vecinos, lo dedicó a construir la plaza tal y como se encuentra en la actualidad, que durante mucho tiempo y por razones obvias,



FIGURA 49: Valdesangil. Casa construida en 1903.

se llamó *la Plazuela de las Tormentas*. La obra se hizo a base de ampliar hacia el sur el estrecho puente existente, creando un espacio que hasta ese momento existía mínimamente y que llevaba a la zona de acceso a El Cerrao y a la calleja donde estaba la escuela de las niñas. Nació así la plaza de Abajo y, tal vez con ella, la fuente que se conoce hoy como Pilar de Abajo. Aunque el hecho de que este se encuentre en una zona muy lateral, puede estar indicando que ya estaba allí, porque de lo contrario tal vez se hubiera puesto en el centro mismo de la nueva plaza. En ese momento debió de plantarse también un álamo para dar sombra y adorno a la plaza, cuyo vital crecimiento se vio intensificado por la presencia del agua del arroyo hasta su muerte a finales de los 90 a causa de la inevitable enfermedad de grafiosis que afecta a los álamos. La frondosidad que alcanzó dio sombra durante muchos años en los calores del verano y fue cobijo de niños jugando y ancianos viendo pasar la vida, cuando los ancianos pudieron disfrutar de ese privilegio de los tiempos, mientras todos, unos y otros, estaban pendientes de no ser picados por *las tiñas*, que a menudo caían de su copa.

No fue lo único que afectó a esta zona del casco urbano la construcción de la plaza y la plantación de álamo: en 1926 se acuerda por la Junta Administrativa la construcción del lavadero, conocido como la Pila de Abajo, construyéndose enseguida. Ello proporcionaba un espacio necesario para el lavado de la ropa, aprovechando el agua sobrante del Pilar de Abajo. Se trató de una obra necesaria que modernizaba para su tiempo la tarea de lavar la ropa, que hasta ese tiempo se venía haciendo directamente sobre el cauce del arroyo en diversos lugares, como también en la Poza de Cabezón o en pozos privados, quien podía disponer de ellos. A pocos metros de esta plaza, en



FIGURA 50: Valdesangil. Estructura interna de la plaza de Abajo construida a partir del antiguo puente. Principios del siglo XX.



FIGURA 51: Valdesangil. La pila de la plaza de Abajo, construida en 1926.

1906 se construyó *el Potro* para herrar a las caballerías, desaparecido sin mucha justificación a finales de los años 80.

En 1926 se hace también el enrollado de la calle de Arriba. Posiblemente ya estaba en parte empedrado porque en el acta del Ayuntamiento se dice que se enrolla *en todo lo que se necesite*, prueba de que algunas zonas lo estaban ya o lo había estado todo, que sería lo más probable, pero se encontraba deteriorado. Desde entonces hasta finales de los años 70 en que se pavimentó definitivamente de cemento, permanecería enrollado, si bien para entonces ya con muchas deficiencias. Otra obra fue cubrir el canal de aguas sucias que, viniendo del Pilar de Arriba, iba a desaguar al cauce del arroyo. Que hubiera este canal implicaba que la gente vertía visiblemente las aguas sucias allí, un símbolo de atraso que había que paliar, porque el progreso iba avanzando, aunque fuera lentamente. En 1926 se aprobó cubrirlo hasta el puente, se supone que dejando un punto para verter las aguas individuales, puesto que ninguna casa tenía agua corriente por ese tiempo, que no llegaría hasta 1978.

Otros proyectos necesarios tuvieron que esperar mucho más para verse realizados. Reiteradamente el cura don Pablo González se quejaba, como corresponsal en Valdesangil disfrazado de un seudónimo en el semanario bejarano *La Victoria*, de la necesidad de unas nuevas escuelas y del no menos necesario arreglo del camino vecinal por el que llegaban los coches, que unía la carretera a Salamanca con Valdesangil. Tampoco se calló don Pablo con el asunto de la luz eléctrica. Fueron muchas veces las que pidió, se quejó y protestó de ello, unas haciendo gala de ironía y mordacidad y otras



FIGURA 52: Valdesangil. El potro, construido en 1906, actualmente desmantelado.

mostrando su indignación por el estado de abandono que Valdesangil padecía y del que parecía no importarle mucho, según se deduce de sus palabras, al Ayuntamiento de Béjar. En varias ocasiones el asunto de la carretera estuvo cerca con la intermediación por parte de un curiel que era jefe de Correos en Salamanca y por tanto tenía alguna influencia mediática, pero en ocasiones, cuando parecía ya inmediato llevar a cabo el proyecto, quedaba de nuevo paralizado, provocando, una vez más, las quejas del cura-corresponsal, que nunca se rendía. Ambos proyectos, las nuevas escuelas y la carretera, se harían realidad mucho tiempo después, la carretera en 1946 y las escuelas en 1955. Los dos, llegaría a verlos conseguidos para su satisfacción, antes de abandonar el pueblo en 1959, tras tanto haberlos reivindicado.

Lo que sí se consiguió fue la luz eléctrica, solicitada desde hacía muchos años sin éxito por la Junta Administrativa y también reivindicada por el corresponsal del periódico *La Victoria*. Fue un progreso necesario recibido en Valdesangil con gran alegría el lunes 2 de febrero de 1920. La población, acostumbrada desde siempre a la luz de los candiles, los faroles y las velas, ahora, accionando un interruptor, podía ver iluminadas las estancias de las casas; pero no solamente era eso, también las calles quedaban iluminadas para poder transitar de noche sin la ayuda de los faroles. Con seguridad, este alumbrado de las calles motivó cambios sustanciales en el ambiente callejero general de los días propicios para estar fuera de las casas, como sucedía en el verano e incluso para el baile en La Plaza cuando había fiesta. El corresponsal de

La Victoria, que firma en este caso con las iniciales R.A., describe con toda exactitud bajo el título «Fiesta en Valdesangil» el ambiente del día de la inauguración⁹⁴, que coincidía con el día de la Purificación de la Virgen, por lo que las gentes del pueblo se hallaban, según dice la noticia, *engalanados como en los principales días de fiesta*. Fue a las 3 de la tarde. Asistieron al acto 2 diputados provinciales, el alcalde y 3 concejales del Ayuntamiento de Béjar, así como el reportero del Béjar en Madrid. Las autoridades fueron recibidas *por el pueblo en masa entre el volteo de las campanas, los acordes de la música de violines y guitarras y el estampido de voladores. Se organizó la comitiva, trasladándose a la Casa del Concejo en la que se sirvió un pequeño lunch consistente en dulces y vino de Málaga. A continuación, se rifó a la puerta de la parroquia el tradicional roscón de la fiesta de las Candelas. Después, el ilustrado párroco señor González, de capa y acompañado de las autoridades, hizo la bendición, conforme al ritual, del transformador colocado en la torre de la iglesia. Transcurrió la tarde en amena charla y a las cinco y media, en el amplio local que, en el piso de abajo, tiene la Casa del Concejo, se sirvió a unos 50 comensales, una abundante y bien condimentada merienda bien dirigida por el industrial don Francisco Amor con el siguiente menú: paella, cabrito, pescadilla, postres y sidra champagne. Al descorcharse ésta, el alcalde (de Béjar) don Antonio Gosálvez, se levantó a hablar y dijo: que se congratulaba de que estando él desempeñando la alcaldía de Béjar, se hubieran realizado las aspiraciones, tanto tiempo alimentadas, de Valdesangil; que los hilos conductores de la energía eléctrica, significaban el amor de Béjar a su arrabal, y los que, desde la torre de la iglesia se esparcían por el pueblo, estaban indicando que en todas sus empresas debían mirar hacia arriba, hacia Dios, dado de todo bien... Después el secretario señor Curto, leyó dos originales y chispeantes poesías alusivas al acto, que fueron muy celebradas y aplaudidas. Tras el ofrecimiento del diputado provincial para colaborar en otras mejoras para Valdesangil, tomó la palabra el cura don Pablo. Con la facilidad de palabra y la fogosidad que le son peculiares, agradeció en nombre del pueblo al Ayuntamiento de Béjar, diputados provinciales y a cuantos habían cooperado para llevar a cabo la instalación del alumbrado eléctrico, su trabajo y su ayuda. Dijo que si bien había estado abandonado Valdesangil, ahora parecía que se le consideraba como hijo mayor de Béjar y que esperaba que, así como se le había concedido la luz material se le concediera la luz para la inteligencia, construyendo locales para las escuelas. Ni en los mejores momentos se rendía pidiendo mejoras para Valdesangil el cura don Pablo. Así lo seguiría haciendo en adelante viendo que ni las escuelas ni la carretera llegaban. Con el optimismo de aquel día no sabía el pobre don Pablo que para que llegara el momento anhelado aún faltaban 35 años para las escuelas y 26 para la carretera.*

No todo eran festejos y felicidades. De vez en cuando había problemas, accidentes o sobrevenían circunstancias que alteraban la vida de los curieles, como habíamos visto también para el siglo anterior. De algunos para este siglo hemos hecho mención en apartados anteriores, como el joven que fue sepultado por tierra cuando trabajaba en una cantera en la Tejera, el padre de 6 hijos que murió al estrellarse una vagoneta en la

⁹⁴ *La Victoria* n.º 1332, 7 de febrero de 1920, pág. 1.



FIGURA 53: El cura don Pablo González Fraile a principios de los años 50.

que trabajaba contra un tren o la muerte del niño de 12 años por disparo de pistola fortuito provocado por su amigo... Los periódicos de la época se hacen eco de algunos de estos sucesos, por eso podemos mencionarlos aquí. Uno de los casos más reiterados fueron los constantes ataques de los lobos, que de vez en cuando hacían presencia en Valdesangil matando ganado, como por ejemplo los de 1915⁹⁵, 1916⁹⁶, 1933 y 1935. En ocasiones, ante esta amenaza se producía la movilización de los curiales haciendo batidas, que en el mejor de los casos terminaban con la matanza de algún animal. En el caso de 1916 la prensa dice que el cura los ha tiroteado en varias ocasiones. El corresponsal de *La Victoria* en Valdesangil clama a menudo contra estos animales dedicándoles los peores adjetivos. Está claro que el cura don Pablo, el corresponsal de

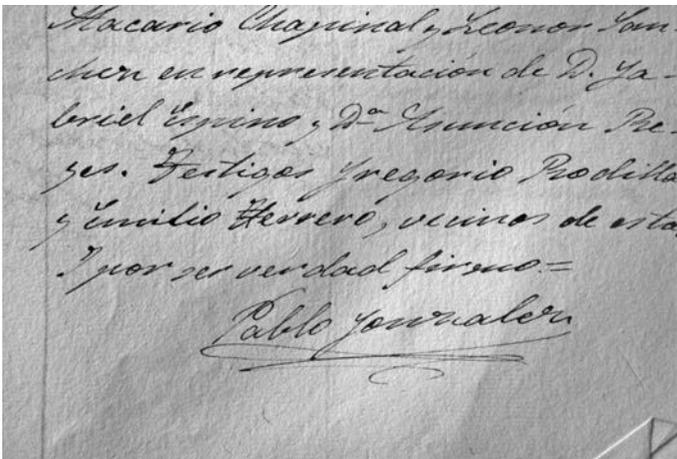


FIGURA 54: Letra y firma del cura don Pablo González Fraile en un acta de los años 40.

⁹⁵ *El Salmantino* n.º 991, 26 de octubre de 1915, pág. 1. *La Victoria* n.º 1099, 21 de agosto de 1915.

⁹⁶ *El Adelanto. Periódico político de Salamanca* n.º 9728, 11 de febrero de 1916, pág. 2.

La Victoria, no les tenía mucha estima. La presión contra los lobos fue grande en todos los pueblos. Lo era de tal manera que de vez en cuando, si la situación había provocado una cierta psicosis colectiva, alguno de los matadores de lobos (generalmente gente con pocos recursos) se paseaban de pueblo en pueblo portando a un animal abatido, para recibir donativos por ello como alivio general. Todavía en los años 60 podía verse por Valdesangil al mendigo Juanito *el de la loba*, portando una piel de lobo, siempre la misma, como forma de animar para recibir alguna limosna. Por este tiempo era muy raro que los hubiera. Se habló alguna vez de su presencia en La Losa, pero nunca se verificó si se trataba de perros asilvestrados o de los últimos lobos. A veces eran otros animales los que provocaban el problema, como el sucedido en 1911 cuando un perro con la enfermedad de la hidrofobia mordió a varios de su especie y a 30 cabezas de ganado, lo cual motivó una nueva batida hasta dar con él y abatirlo⁹⁷.

En 1903 a uno de los pocos obreros curieles en las fábricas textiles de Béjar, José Hoya Hernández, le fue amputada una pierna al cogerle una máquina del lavadero en la fábrica donde trabajaba. En 1913 se produce el incendio de 3 pajares que los deja completamente destruidos⁹⁸. En 1908 unos niños llegados de fuera a Valdesangil para pedir limosna entraron a una viña *a rebusco*, clavándose uno de 12 años la lanza de hierro de una verja en el estómago, sin que en principio hubiera que lamentar por su vida. A finales de julio o principios de agosto de 1913 hubo un gran fuego en Valdesangil cuya magnitud llega al pleno del Ayuntamiento de Béjar, en el que se pide que se socorra a los vecinos de Valdesangil⁹⁹. El 16 de mayo de 1934 durante una tormenta un rayo cae en Las Eras y mata 8 ovejas de Juan Sánchez Gil guardadas por el pastor Julián Martín, que resultó conmocionado, pero ileso¹⁰⁰. En octubre de 1934 se produjo un robo en la iglesia, por el que fueron detenidos dos hombres y una mujer que ya lo habían hecho también en otras iglesias de la zona. Robaron el dinero de los cepillos, algunas alhajas y además, algunas gallinas en las cuadras donde pudieron penetrar. Estos mismos tipos habían atracado un banco en Santibáñez de la Béjar¹⁰¹... En fin, Valdesangil, como cualquier otro lugar, participaba de la normalidad de la vida, con sus buenos momentos y sus malos, con sus riesgos y sus emociones, con sus sobresaltos y la calma cotidiana de su ambiente íntimo.

5.5. DE JORNALEROS A TRABAJADORES DEL TEXTIL

Entre la decadencia del pastoreo que se produjo en el siglo anterior y el aumento demográfico, Valdesangil se convirtió en un nido de jornaleros entre finales del siglo

⁹⁷ *El Salmantino* n.º V, 15 de abril de 1911.

⁹⁸ *El Noticiero* n.º 59, 26 de junio de 1913.

⁹⁹ *La Victoria* n.º 993, 9 de agosto de 1913, pág. 3.

¹⁰⁰ *La Victoria* n.º 2074, 19 de mayo de 1934.

¹⁰¹ *La Provincia. Diario de Valencia*, n.º 20225, 3 de noviembre de 1934.

XIX y principios del siglo XX. El jornalero dependía del jornal diario. Si trabajaba, ganaba dinero, si no trabajaba, no. Ganar el sustento diario era comer, no ganarlo era pasar muchas privaciones. Así era de dura la vida. El jornalero ayudaba a sembrar, a recoger la cosecha de grano y de heno, a limpiar, podía ser pastor, cortaba leña, limpiaba prados, regaba las huertas... estaba a expensas del labrador-ganadero necesitado de mano de obra, pero solo cuando le era necesario; si no lo era, el jornalero no tenía trabajo y se veía abocado a enormes dificultades económicas y con ello alimentarias, porque en ese tiempo todo lo económico derivaba en una palabra: hambre o no hambre. En las familias de los jornaleros conseguir dinero costaba mucho esfuerzo, esfuerzo en el que se implicaban sus esposas lavando ropas de gentes adineradas de Béjar, escardando en los sembrados... etc., e incluso sus hijos pequeños a costa de faltar a la escuela por tener que hacer trabajos a su medida, como cuidar cerdos y pequeños rebaños de cabras o llevar la comida a sus padres y abuelos a jornal.

Cuando se redactó el Catastro de Ensenada en 1753, el porcentaje de jornaleros varones sobre el total de la población asalariada estaba en el 10 %. Entonces los pastores representaban el 52 %. Cuando hacia la mitad del siglo siguiente la actividad del pastoreo que mantenía a un alto número de pastores, llevando sus rebaños en el invierno a Extremadura, se vino abajo, esos pastores no encontraron acomodo en el mercado laboral de Valdesangil y su entorno. La progresión se ve en las cifras ya expuestas en páginas anteriores: entre 1839 y 1845 el 15 % de los bautizados en la parroquia eran hijos de jornaleros. Entre 1846 y 1852 la cifra se duplicó, para llegar a ser entre 1868 y 1879 del 47 %, casi la mitad de la población laboral. La industria textil bejarana, en crisis también, no fue capaz de absorber a aquella mano de obra derivada del fin del pastoreo, por lo que la situación se hizo difícil de sostener, desembocando en las tres primeras décadas del siglo XX en la inevitable emigración. Aun así fueron muchos los jornaleros que no se atrevieron o no tuvieron nada que vender para pagarse el viaje, quedándose en Valdesangil a expensas de trabajos, que por la falta de continuidad en muchos casos, hacían de sus vidas una existencia miserable, solo paliable, y no en todos los casos, mediante los cultivos hortícolas propios, que garantizaban, al menos en parte, la necesidad alimentaria de la gente que tenía esas huertas en las que cultivar patatas, uno de los salvavidas posibles. Hemos oído relatarlo en numerosas ocasiones a muchos habitantes de aquel tiempo difícil, con la perplejidad que provoca, desde la diferencia, respecto al tiempo actual. En 1910 el porcentaje de jornaleros sobre la población trabajadora era del 47 %, cifra que subió al 62 % en 1920, para bajar en 1940 al 24 % y quedarse en el 16 % en 1950. Ese proceso se explica cuando vemos a la inversa la cantidad de curieles que trabajan en el textil bejarano. En 1910 tan solo el 2 % de los trabajadores lo son del textil. Poco más crece en 1920, pero en 1940, 20 años después, terminada la Guerra Civil y con una enorme afluencia de trabajo en las fábricas bejaranas motivada por las contratas destinadas al Ejército, son ya el 24 %, pasando al 47 % tan solo 10 años después.

La población jornalera que no optó por la emigración e incluso algunos que optaron en principio, pero regresaron más tarde, encontraron en las fábricas bejaranas un modo de vida que les salvó. Para ellos resultaba mejor este trabajo por ser más continuo que la ocasionalidad de ejercer como jornaleros. Por otro lado, se pagaba mejor, lo cual provocaría que los labradores curieles no pudieran competir en los sueldos en las fábricas bejaranas, contribuyendo con ello a la decadencia de la agricultura que se vería consumada a finales de los años 60, decadencia en general de la vida agraria en Valdesangil reducida luego a mínimos desde los años 70. Todavía hubo un tiempo en los años 50 y 60 en los que la escasez de jornaleros motivó la importación ocasional de mano de obra, por la que llegaban a Valdesangil segadores de Las Hurdes para ayudar a los agricultores, ya en un momento de transición a la extinción de la agricultura en Valdesangil, al no poder adaptarse por falta de rentabilidad a las tecnologías de recolección que a partir de ese momento empezaron a generalizarse. Con esta situación, puede decirse que, avanzando la segunda mitad del siglo XX, tiene lugar un tiempo nuevo, donde la miseria y las penurias de antaño quedaron como relatos del pasado propios de los más mayores y en muchos casos de sus hijos, pero lejanos para las nuevas generaciones nacidas a partir de los años 70.

El cuadro siguiente ilustra bien la estructura de la población asalariada curiel en la primera mitad del siglo XX:

OCUPACIÓN	1910	1920	1940	1950	1960
Jornaleros	89 (47 %)	79 (62 %)	33 (24 %)	31 (16 %)	2 (1 %)
Labradores	14 (7 %)	6 (4 %)	36 (26 %)	50 (27 %)	51 (33 %)
Sirvientes	55 (29 %)	11 (8 %)	1 (0'7 %)	5 (2 %)	—
Empleados textiles	5 (2 %)	7 (5 %)	45 (33 %)	88 (47 %)	72 (47 %)
Carpinteros	3 (1 %)	2	1	2	2 (1 %)
Herrero	—	—	—	1	—
Cartero	—	—	—	1	—
Panadero	—	—	—	1	1 (0'6 %)
Militar	1	1	—	—	—
Cura/Religioso	1	1	1	1	4 (2 %)
Maestro	3	2	2	2	2 (1 %)
Albañil	1	1	6 (4 %)	3	3 (2 %)
Zapatero	4	3	2	—	—
Comerciante	—	—	1	—	—
Industrial	—	—	1	—	1 (0'6 %)
Ordenanza	—	—	1	—	—
Pastor	—	—	2	—	2 (1 %)
Mozo de venta	—	—	1	—	—
Propietario	10 (10 %)	8 (6 %)	—	—	—
Dependiente	2	1	—	—	3 (2 %)
Barbero	1	—	—	—	—
Ganadero	—	1	—	—	—
Aprendiz	—	1	—	—	1 (0'6 %)

OCUPACIÓN	1910	1920	1940	1950	1960
Sastra	–	–	–	–	1 (0'6 %)
Contable	–	–	–	–	2 (1 %)
Empleado	–	–	–	–	2 (1 %)
Electricista	–	–	–	–	1
Municipal	–	–	–	–	2
Mecánico	–	–	–	–	1
TOTAL ASALARIADOS	189	126	136	185	153

Aparte de los asalariados había también una parte de la población que, sin constar como tales, suponen una cantidad importante de los habitantes del arrabal. Son los que figuran en el siguiente cuadro:

OCUPACIÓN	1910	1920	1940	1950	1960
Sus labores	166	159	131	139	110
Escolares	139	86	137	64	52
Jubilado	–	–	–	4	9
Mendigo	–	–	–	2	–
Sin ocupación	6	5	–	37	–
Estudiante	1	2	–	–	8
Impedido	1	–	3	–	–
TOTAL	313	252	271	246	179

Anecdóticamente aparecen en 1950 un tal Laureano Nieto Nieto, de 39 años, curiel de toda la vida y una mujer, Rafaela Jiménez Díaz, de 60, viuda, ambos mendigos que viven de la mendicidad como si fuera una profesión. Tal vez la llamada *Cueva de Lauriano* (refiriéndose al mendigo Laureano), en Las Cabañuelas, tenga algo que ver con este mendigo, del que después del 1950 no vuelve a haber constancia alguna, como tampoco de Rafaela.

5.6. LA VIDA DIARIA Y SUS CIRCUNSTANCIAS EN LAS TRES PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

Gracias al contacto con la gente que vivió en las tres primeras décadas del siglo XX en Valdesangil y a que ha dado tiempo para que pudieran contar su tiempo y lo que vivieron, se han recuperado muchos datos que hablan de la forma de vivir de los curieles en esas primeras décadas. Y se ha recuperado no solo lo que afecta a ese tiempo en concreto, sino también en lo que tiene que ver con el anterior, puesto que a principios del siglo XX prevalecían muchas de las costumbres que formaron parte de las gentes que habitaron el arrabal en tiempos anteriores.

Hasta que rebasados los años 50 del siglo XX se produjo un cambio paulatino camino de lo que hay en la actualidad, la mayor parte de las costumbres permanecían

intactas respecto a los tiempos anteriores. Desde ese momento el progreso y la nueva forma de ver y vivir la vida, fueron dejando atrás mucho de lo que había formado parte de la vida de los curieles en su Valle de San Gil. Luego, el progreso fue imparable y ahora que tanto se ha dejado atrás, tenemos la responsabilidad de recordarlo y dejarlo escrito para que no se pierda nunca. Por esa razón hubo que escuchar todo lo que contaron los últimos que vivieron lo distinto, justo cuando habían comenzado a vivir en un tiempo que ya se veía en todo diferente.

Hay que insistir de nuevo en una realidad que estaba en el trasfondo de todo: en general la vida era dura en Valdesangil en las tres primeras décadas del siglo XX y no lo era menos de lo que lo había sido anteriormente. Hemos hablado de sus circunstancias en las páginas anteriores. A pesar de ello, la gente sobrevivía, se las apañaba como les era posible, tal y como ha hecho siempre el ser humano, equilibrando los problemas y las carencias con todo aquello que era capaz de provocarles satisfacción. Así, el trabajo en el campo o el estrés y la congoja de no tenerlo y no saber cómo alimentar a la familia, se compensaba con los momentos de fiesta y con la fe puesta en salir de la situación, todo ello mezclado en una lucha diaria por disfrutar de la vida en la medida de lo posible. Las fiestas servían para olvidar los problemas y para entregarse por unos días a la sensación de carecer de dificultades, aunque pasadas esas fiestas siguieran existiendo los problemas. Por tal razón, es necesario describir el comportamiento de los curieles ante esos momentos en los que se buscaba y encontraba la felicidad olvidando las miserias, las carencias y las desgracias. Es necesario dejar constancia de ello porque aunque las esencias permanecen, las formas se han ido perdiendo.

Valdesangil, como todos los lugares, tenía un calendario de fiestas fijas marcadas por celebraciones religiosas (Fiesta Mayor, Fiesta Chica, San Antón, la Navidad...). Incluso alguna también había no religiosa, como el carnaval, y otras que podemos llamar fiestas aleatorias, condicionadas por hechos puntuales que se producían de forma privada, como por ejemplo las bodas, los bautizos, la talla de los quintos... etc. De ello vamos a hablar a continuación.

Todas las fiestas eran fiesta, pero la fiesta por excelencia del año era la Fiesta Mayor o la Fiesta Grande, para diferenciarla de la Fiesta Chica o de *la boda de la Virgen*. En eso nada había cambiado en las tres primeras décadas del siglo XX respecto a todo el tiempo anterior. Solo durante la Guerra Civil no hubo Fiesta Mayor en los términos que lo había sido hasta ese momento. Nunca ha hecho falta, salvo en caso de duda muy puntual, llamarla Fiesta Grande; los curieles dicen simplemente *La Fiesta* o *el Día de la Fiesta* y todos saben el día del que están hablando sin lugar a confusión. La Fiesta era una celebración religiosa que se convertía inmediatamente en una forma de gozar de la vida y de la alegría por parte de las gentes del arrabal. Por tener la raíz religiosa que tenía, la organizaba en mayor medida el cura, a veces con aportaciones económicas del Ayuntamiento, como en 1928, en el que aporta 25 pesetas al cura.

La Fiesta, era el día en el que había posibilidad de estrenar ropa. Pero no era seguro que se pudiera estrenar. Si algo de lo mejor que podía tener cada persona se

encontraba ya gastado de usarlo otros años, en otras fiestas o los domingos, el día de la Fiesta Mayor era el propicio para inaugurarlo. Pero tampoco sería mucha la novedad, ya que las modas, por ejemplo, en el principio del siglo, no ofrecían grandes posibilidades de variación y menos en los sitios rurales. Nada parecido a lo que sucedería poco a poco después. Unos zapatos, un pantalón o un chaleco, en el caso de los hombres; un vestido o una especie de bata, en el de las mujeres, que ya iba a servir para el resto del año. No había mejor momento para lucir un estreno, ya fuera durante la asistencia a la misa, como en toda la algarabía posterior que se organizaba en torno al baile, que con el tiempo había ido evolucionando y de la dulzaina y el tamboril se fue pasando poco a poco, por ejemplo, al violín y al laúd ya por los años 20. Los hombres en este tiempo y también en los posteriores, solían arreglarse el pelo. Cortarse el pelo para La Fiesta era una especie de obligación, porque todo lo mejor se hacía para ese día o para el de la propia boda. A los niños se lo cortaba el barbero local, a las niñas solía subir el día de la víspera un barbero de Béjar llamado Flores que les hacía el corte a la moda, si se atrevían los padres, a *lo garsón* o a *tazón*. Era el principio de un cambio de mentalidad.

Como era tradicional, la Fiesta Mayor comenzaba con la misa solemne, a la que todo el mundo asistía con una emoción especial. Las emociones seguramente eran menores a escala general en la gente que estaba de luto y que no podría participar en todo lo que durante esos días tenía lugar, teniendo que esperar, como poco, al año siguiente. Para tan gran día, en la misa, que no era poca cosa en el conjunto, siempre se buscaba un predicador bueno, que hablara bien y con solemnidad. Con todo el preámbulo religioso y tras la procesión, que era un momento también para lucirse con las mejores ropas, empezaba el baile, que paraba para comer y volvía a las 8 o las 9 para prolongarse hasta entrada la noche con una parada para cenar. Así 3 días. Desde el año en que hubo electricidad (1920) podemos entender el baile a esas horas de la noche, pero antes de eso resulta más difícil. Pudo hacerse con faroles, antorchas o algo semejante que diera luz suficiente.

La comida de este día era una comida extraordinaria, como no podía ser de otra manera. También en eso debía ser un día especial. Muchas familias durante un tiempo engordaban un pollo para la comida de La Fiesta, pero al parecer había que tener cuidado porque en más de una ocasión el pollo desaparecía poco antes de su sacrificio, dejando la comida de un día tan importante sin su plato principal. Ese era el segundo plato, el primero en muchas casas eran las alubias, algo que no se puede comprender con la mentalidad de los tiempos actuales. Las alubias eran entonces una comida extraordinaria, de ahí que se reservara para fechas señaladas. Tampoco se conocían las lentejas, que llegaron en los años 40 de la mano de un señor llamado Pedro Martín, procedente de Horcajo Medianero, asentado en Valdesangil con toda su familia. Pero, además, las familias para tales días hacían *perrunillas*; las hacían para los propios y los allegados que les visitaban con motivo de La Fiesta, cosa que solía ser costumbre entre amigos, familiares o parientes con buena relación.

Todo era extraordinario ese día 15 de agosto, día de la Virgen de los Remedios, incluso que se acercara por el arrabal un heladero. En tiempos así, comer helados era algo extraordinario, que solo cabía en día tan señalado. Los helados consistían en llevar el heladero barras de hielo y desmenuzarlo dentro de unos recipientes cilíndricos forrados de corcho. El hielo se mezclaba después con leche y con azúcar haciendo las delicias, por la novedad y la excepcionalidad, de los niños y también de los mayores, que en una ocasión tal se apuntaban a ello, envueltos en el sopor del calor del mes de agosto. Todavía en los años 60, como más adelante veremos, la presencia del heladero en La Fiesta era un motivo de emoción para los niños y jóvenes, si bien en ese tiempo ya con mejor tecnología y alguna variedad mayor de género para elegir. Por la tarde, muchos años había toros en la plaza. Se cerraba con carros y se soltaba un becerro o una vaquilla para espontáneos y aficionados.

La *Fiesta Chica*, a principios del mes de septiembre, era menos que la Grande, pero también era una fiesta de importancia. No asistía tanta gente de fuera. Era y así lo ha seguido siendo, más una fiesta para los locales que para los forasteros. Se celebraba la *boda de la Virgen* y los curiales se hacían padrinos de esa boda, por lo que debían apuntarse como padrinos y dar algo, cuyo receptor era el cura. Si no era con dinero directamente, lo era donando productos de la cosecha, porque por ese tiempo ya se había recogido la mies y también muchos de los frutos de las huertas. El cura se garantizaba así un buen lote de alimentos y dinero proveniente de las donaciones y de las subastas sobre algo de lo donado, subastas en las que competían las familias de mejor posición.

Ya hemos comentado en capítulos anteriores que había otras fiestas, pero siempre de menor categoría, nunca la alegría y el alborozo podían ni siquiera acercarse a La Fiesta. Cualquiera otra fiesta de las señaladas del año era un pretexto para comer mejor y para que hubiera baile, como por ejemplo en Navidad y el Carnaval, en los que nunca faltaba la música, ahora en locales cerrados, como podía ser la Casa Concejo o alguna de las tabernas. En estas dos fechas incluso lo había en sendas sesiones, por la tarde y por la noche, aunque a la de la noche no estaba bien visto que asistieran muchachas sin hermanos que las vigilaran por si acaso.

La Navidad también era una fiesta importante, pero siempre más familiar que las demás, lo hacía su propio carácter. También lo hacía el invierno, que invitaba más a la intimidad, aunque por la noche el día de Navidad, por Año Nuevo o Reyes hubiera baile en las tabernas o en la Casa Concejo. La fiesta de la Navidad llevaba aparejados algunos extraordinarios, porque para eso era la Navidad. Muchas familias comían natillas de postre en esas fechas, el turrón era solo para los que podían pagarlo, como también la *enguila*¹⁰² que llevaban los niños de merienda el día de Navidad. Pero

¹⁰² *La enguila* era una especie de bizcocho relleno de *cirigallote* (cabello de ángel hecho con calabaza dulce llamada cidra) con forma redonda y a la que se adornaba con frutas escarchadas sobre la superficie. Por las calorías que solía aportar, era un dulce muy apropiado como alimento de los niños en tiempos de carestía.

como no todos podían comprar en Béjar *la enguila*, ya que lo importante era ir de merienda ese día, muchos llevaban otra cosa, algo que no se pareciera a la merienda habitual y que pudiera parecer extraordinario. Los niños y jóvenes ya menos niños, iban la tarde de Navidad *de merienda* a algún sitio de los montes, con frecuencia a las zonas donde había abrigos rocosos. Lo hacían en este caso, como en todos los demás, juntos los chicos y las chicas, distribuidos en pandillas por franjas de edad. Así iban surgiendo relaciones de todo tipo entre ellos, que con el tiempo podían derivar en algo más. La noche de Reyes también era una noche de ilusión dentro de la Navidad. No como lo sería unas décadas después, ya a partir de finales de los 50 y en los 60, pero por todo lo que rodeaba a esa noche y todas sus magias, no dejaba de tener emociones para los niños. Los Reyes Magos no venían a Valdesangil cargados de regalos, como llegarían después. En la mayor parte de las familias sus majestades les habían dejado por la mañana una naranja y una peseta, pero la peseta se la quedaban los padres de nuevo. En las familias más pudientes, si no eran muchos, les podían dejar a las niñas una muñeca de cartón y a los niños algún juguetito pequeño, pero nunca mucho más, porque como ya hemos dicho, la riqueza en Valdesangil, no dejaba de ser una riqueza humilde, lo cual no era en realidad riqueza, sino mejor posición y comida más segura.

Otra fiesta importante eran las bodas. No tenían fecha fija, no eran para el conjunto de los curieles, solo para *los que iban de boda*, pero representaban un tipo de fiesta muy importante, por lo que se celebraba en ellas, por lo que representaba de divertimento y por lo que se comía, ya que no hay que olvidar que comer en estos tiempos no era cualquier cosa y comer bien representaba un extraordinario que a todos estimulaba. Sabemos cómo eran las bodas en las primeras décadas del siglo XX, resultado también de la tradición venida de atrás. Aunque pudieron variar en algunos detalles, se mantuvieron casi intactas en sus rituales y costumbres hasta los años 60 del siglo XX, tiempo en el que muchos detalles de la vida tradicional comenzaron un proceso acelerado de cambio que ha llevado al tiempo actual, en el que todo aquello es puramente ya historia. Por eso es necesario dejar constancia de cuanto sabemos de ello, para que nunca se olvide y constituya, como todo lo que sabemos y podemos contar, el patrimonio histórico del pueblo de Valdesangil, ya sea con restos materiales o inmateriales.

Después de lo que duraba un noviazgo, que podía ser normalmente tres o cuatro años, salvo que se tratara de viudos o viudas, casos en los que al parecer urgía un poco más, y después, también, de todos los pasos que podríamos decir *burocráticos* hasta llegar a la boda (entrar en casa de la novia, la pedida de mano...), la boda era la consumación de todo el proceso y como tal era un día muy grande para los novios. Había que celebrarlo por todo lo alto, cosa muy importante para novios, familiares de los novios que querían quedar bien y no ser objeto de habladurías y para los asistentes, que esperaban lo mejor de los organizadores.

La boda era en domingo, pero todo había empezado ya el viernes con la muerte del choto que iban a comerse. Los mozos invitados a la boda exhibían al choto atado

con una maroma por todo el pueblo, para matarlo finalmente a la puerta de la Casa Concejo. Una vez muerto, las mujeres de las familias implicadas (menos la novia que tenía reservarse en todo para el día de la boda) iban esa misma tarde a lavar las tripas, a la vez que se iban pidiendo por las casas recipientes grandes para cocinar y para servir la comida el día de la boda. Así hasta que hubo calderos propios de la Casa Concejo. Por la noche ese mismo viernes había un convite a base de pimientos y fruta en casa de la novia con la asistencia de los mozos y mozas amigos, además de parientes jóvenes de los todavía novios. Allí, comiendo y bebiendo y tocando almirces y tapaderas, cantaban:

*Qué bonita está la sierra
con el timillo florido.
Más bonita está la novia
al lado de su marido.*

Al final salían por las calles cantando y convidando a los que iban a ser invitados. No solamente ellos mostraban su alegría, también era importante mostrarla a los demás, que todo el mundo supiera que se avecinaba un día grande.

El sábado había de nuevo convite en casa de la novia, también con los pimientos y la fruta, como en el día anterior. Por la noche, casados y solteros convidados a la boda, acompañados de los novios, iban a cenar a la Casa Concejo patatas con arroz y bacalao y sangre y asadura guisada, todo ello aderezado con vino, como era natural, porque el vino no faltaba en nada que hubiera de celebrarse. Animados por la comida y la bebida, con los mozos, cantando y bailando, iban a la casa en la que viviría

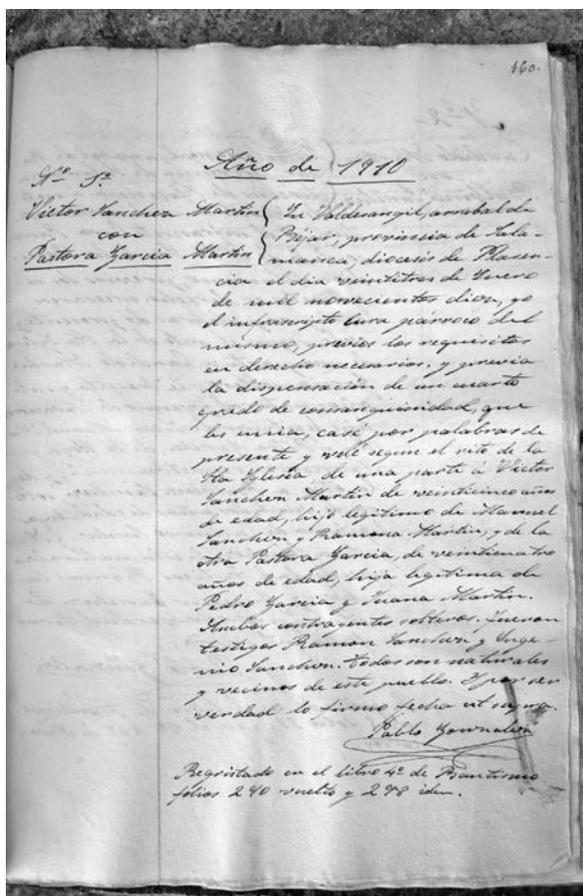


FIGURA 55: Valdesangil. 1910. Acta de una boda.

el futuro matrimonio y hacían alguna gamberrada propia de la ocasión, como por ejemplo revolverlo todo. Ya se sabe que en estos casos cualquier idea gamberra que surgía en un determinado momento con éxito, se podía convertir enseguida en una costumbre para mucho tiempo, por tanto, había algunas, como revolver todo en la futura morada del matrimonio, que debió de convertirse en algo fijo, además de las improvisaciones con mayor o menor fortuna.

El domingo, día de la boda, comenzaba con un chocolate en casa de la novia para las mozas convidadas por ella, al igual que en casa del novio con los mozos que iban de boda por él. Era evidente que la mocedad estaba en todas las acciones, porque para eso eran los que creaban el ambiente necesario en un hecho tan importante como una boda. Los mozos siempre tenían que hacer su papel: el de mozos, que tenía fecha de caducidad cuando se casaban y empezaba el tiempo de *criar formalidad*.

Antes de la misa matrimonial, los novios iban en ayunas a confesarse y a comulgar en un rito de solo ellos con el cura. Terminado esto, volvían a casa a desayunar y a *aviarse*. Al menos en los primeros años del siglo, los novios más tradicionales y los que podían, vestían de la siguiente manera: el novio camisa blanca de lienzo con el cuello abrochado hasta el último botón y sin corbata, chaleco negro con botones dorados y encima chaqueta negra corta con muchos botones en la bocamanga. Como prenda interior, calzones hasta la rodilla abrochados con abotonadura, pantalones, calcetines blancos y finalmente, botas o zapato bajo, cubriéndolo todo con la capa. La novia vestía camisa blanca o blusa de tira bordada negra abierta por los hombros, encima un pañuelo de ramo que era negro, si la novia estaba de luto y si no lo estaba, de color. Sobre ello, la mantilla de rocador que le tapaba la cabeza. En la parte inferior, llevaba como prenda más interior, la enagua, hecha a ganchillo, generalmente confeccionada a mano por la propia novia, falda blanca con tira bordada, encima un manteo amarillo o blanco, sobre él una *faldiquera* con bolsillos para guardar el dinero; y finalmente un mandil negro de satén con flecos abajo y agremas. El calzado consistía en botas hasta la rodilla con botones en una fila. Ya en la década de los 30 este tipo de vestimentas de boda serían sustituidas por los trajes de chaqueta de ambos contrayentes. Eran trajes en colores oscuros, sin una parafernalia especial de ceremonia y así se mantendrían hasta la llegada de la moda de los trajes blancos de novia de finales de los 50, solo para ese día, emulando las vestimentas ceremoniales para estas circunstancias de las clases altas en las ciudades y expresando también la mejor calidad de vida de la gente.

Entre tanto que se vestían los novios, los mozos, reunidos en la Casa Concejo, estaban comiendo el bocadillo, que en este caso se llamaba *la tajailla*, consistente en carne *momia* guisada. Se llegaba el momento de la boda. El tamborilero con la dulzaina iba a buscar a los padrinos, que solían ser casi siempre de la parte del novio. Padrinos y novio iban ahora con el tamborilero a buscar a la novia, que los recibía en casa con una bandeja de dulces, y ya todos, con el acompañamiento de los invitados,

se encaminaban a la iglesia. El cura los casaba en el atrio de la iglesia e inmediatamente entraban a la misa ya como un matrimonio.

Durante toda la misa los novios estaban de rodillas. Desde un momento determinado de la ceremonia (el *orate frater*) hasta el final, tenía lugar el *velambre*, un rito por el que la novia con un velo se cubría su propia cabeza y el hombro del novio, como símbolo desde ese momento de la intimidad y la complicidad que iban a compartir. Terminada la misa, salían de la iglesia como marido y mujer, se daba la enhorabuena a la puerta de la iglesia y mientras tanto se repartían vino y dulces en bandejas a los asistentes.

Antes de la comida, en la Casa Concejo había un pasacalle de música para anunciar que todo estaba listo y que había que ir a comer. Unas cuantas cocineras dirigidas por una experta, ya con muchas bodas a cuestas, llevaban desde muy temprano esa mañana trabajando en la cocina de la Casa Concejo. Todo estaba organizado para empezar a comer, con las mesas hechas a base de burrillas y tablones y bancos para sentarse. El menú era sopa de fideos, garbanzos, carne del choto muerto para el convite, tocino y también a veces chorizo. Cada tres o cuatro comían en el mismo plato, algo que no debe extrañar porque por aquel entonces en buena parte de las casas, sino en todas, se comía a *gamellón*, que era todos cogiendo la comida de la cazuela colocada en el centro de la mesa.

Al finalizar, se daba el *ofrecijo* entre cantos de las mujeres. *La madrina es una rosa/ el padrino es un clavel./La novia es un espejo/ y el novio se mira en él.* Con los novios y los padres escoltándolos, iban pasando los invitados a *ofrecer* ante la mirada de todos y en medio de los cantos de las mujeres. El *ofrecijo* lo encabezaba la madre de la novia con media fanega de trigo, unas sábanas, un almohadón, un mantel, una toalla y una manta para cuando tuvieran el primer hijo. La madre del novio llevaba lo mismo. Las hermanas daban una cuartilla de trigo y algo de ropa, los hombres y hermanos, dinero. Por 1920 los hombres invitados ofrecían un duro (5 pesetas) y las mujeres 3 pesetas, los padres de los novios 25. La madrina ofrecía una cuartilla de trigo y un mantel. Los demás invitados daban lo que podían. El nuevo matrimonio recibía así lo más esencial para empezar una nueva vida desde cero. Inmediatamente venía el baile en el que las mozas bailaban con el novio y los mozos con la novia. Por cada baile se le daba un real.

Remataba el día de la boda la cena a base de patatas con carne del choto y de nuevo, baile. Cuando les era posible, los novios desaparecían, lo que llevaba a los mozos a investigar para averiguar el lugar donde iban a dormir con el fin de rondarles o, simplemente, a molestar con gracias y gamberradas la tan esperada primera intimidad. Todavía se cuentan algunas gamberradas de mozos escondidos en las habitaciones donde los novios iban a pasar su primera noche.

Al día siguiente aún quedaba un día de celebraciones: *el lunes de la boda*. Ese día, temprano, se almorzaban sopas, callos y patatas. Al mediodía la comida era cocido. La mocedad hacía ponche en algún prado y se visitaba la casa de los novios *para ver qué tal habían dormido*; allí se ofrecían dulces y vino. Para el martes ya solo quedaba

el recuerdo de toda la fiesta pasada y limpiar los cacharros usados y la Casa Concejo. De eso se encargaban las mujeres por ambas partes de la nueva familia. Comenzaba desde ese momento para los recién casados un tiempo de convivencia en el que los hijos tenían que llegar pronto y asegurar, sin límite de número, dada la brevedad de la vida, la continuidad de las familias.

La matanza no era una fiesta propiamente dicha, pero ya que era algo que había que hacer, se procuraba que tuviera algún carácter de fiesta. Lo que tenía de fiesta lo tenía sin el apasionamiento de las fiestas puras. No había música, pero en determinados momentos, si había que inventarla, se inventaba. Por cantar no quedaba nunca y si no había instrumentos musicales propiamente dichos, una botella de anís, un almirez o cualquier otro objeto que produjera sonido, podía servir. El hecho de que una familia estuviera junta para trabajar, les unía a todos y significaba reciprocidad, puesto que enseguida sería lo mismo en casa de otro de los familiares. La matanza era una forma de reunir a la familia en torno a la muerte de los cerdos, que iban a ser la base de la alimentación consistente para todo un año. Algo así tenía que tener motivos para la alegría.

Todo empezaba el día antes de matar los cerdos cociendo las calabazas con cebolla para hacer las morcillas. Esto bien podía ser un viernes para así aprovechar el sábado y domingo en lo más importante. El picado de las calabazas solía ser trabajo para las mujeres. Al día siguiente mataban los cerdos. Los chillidos del pobre animal sujeto en una mesa de matar por los hombres, con el matarife armado de un buen cuchillo buscando dar la puñalada de gracia en la garganta del cerdo, se oía en buena parte del pueblo, muchas veces a la par de otra en otro punto, puesto que la temporada de matanzas era siempre por el mismo tiempo, entre diciembre y enero, momento en el que el frío intenso contribuía a los primeros pasos de *la curación*. Las mujeres, durante el momento de la muerte, recogían la sangre en un cubo con una cuchara de madera sin dejar de remover para que no coagulara. Iba a ser el almuerzo del día siguiente, las *sopas de frege* (pan, cominos, clavo fino y sangre), con hígado frito o asado de segundo plato, o alguna presa del cerdo asada en la sartén. Cada grupo de los que hacían la matanza sabía bien lo que tenía que hacer a partir del socarrado (*asocarrado*) del cerdo con helechos recogidos en verano de La Mingarrama o de Cabezón, helechos que había que vigilar cada año porque de vez en cuando algún grupo de *corpales* de Sanchotello se decía que venían a robarlos al término del arrabal. Era un momento que no se perdían los niños; no se lo perdían por el fuego en sí y todo lo que atrae, sobre todo porque se salía del habitual fuego de la chimenea, pero también por ver cómo el cerdo iba tomando aquel color tostado, por ver a los hombres raspar la piel para quitar la mezcla de helechos y pelos quemados adheridos y para quitarle las pezuñas al cerdo, que se desprendían solas una vez quemadas como determinación de que estaba concluido aquel trabajo. Probablemente nadie que lo haya conocido ha olvidado nunca el olor peculiar del socarrado que daban los helechos.

Los hombres, inmediatamente de socarrado el cerdo, lo abrían para sacarle las vísceras y dejar que se enfriaran las carnes; las mujeres iban a lavar las tripas a lugares apartados del pueblo, muchas veces rompiendo el hielo de las pozas donde lo hacían, helándose las manos con el agua del invierno. En medio de los ajetreos propios de los primeros momentos, los niños merodeaban y estorbaban, preparándose enseguida para ir a distribuir *las probaduras*¹⁰³ por las casas de los allegados, recibiendo a cambio una propina en forma de dulces o de alguna perra chica, que les vendría bien, si es que no había que entregarla en casa, que sería por esa época lo más probable. Solían comer todos juntos un buen cocido, con algunos trozos fritos de los cerdos recién matados y de postre, un inevitable arroz con leche. Por la tarde los hombres despedazaban al cerdo en un trabajo que habían ido aprendiendo desde muy pequeños y en el que participar con una responsabilidad implicaba ya haberse hecho mayor. En el incesante trabajo de ese día, cada uno según lo que se le daba mejor, hacía una función: unos despedazaban cuidadosamente a los cerdos separando las faldas de tocino, los jamones y cada parte según el cometido que se le fuera a dar; otros picaban la carne para el embutido y, acompañados de las mujeres, lo adobaban con las cantidades justas de sal, de orégano, de ajo y otras especias según el gusto de cada familia, creando *el mondongo*, del que se separaba una pequeña parte para freír unas *chichas* en la sartén, para comerlas a media tarde con el pretexto de medirle el tono de sabor al *mondongo* que iba a dar los chorizos. Entre tanto se hablaba, se fumaba y se bebía vino. Pero no se perdía un momento. Era una carrera por llegar con todo terminado y preparado para el día siguiente a la cena y a sus patatas con arroz y bacalao y fritos de diversas partes del cerdo, que inauguraban así, en fresco, lo que iba a ser comida para todo el año. Sin duda un motivo de alegría, porque tener para comer, por mucho que hoy pueda parecer otra cosa, era un motivo de satisfacción y tranquilidad en un tiempo en el que se tenía lo justo e incluso escaseaba, que sería lo más probable. Esa cena de toda la familia en el día del trabajo intenso, era importante. Era la cena de la satisfacción porque ya había pasado lo más trabajoso.

El trabajo del día siguiente, fuera en domingo o lunes, era para ellas sobre todo y lo era con el embutido. Ese día era el de las mujeres, agrupadas en una cocina, en una bodega o en el portal de la casa, bien organizadas, unas embutiendo en la tripa con un embudo (hasta que llegaron las primeras máquinas de embutir) y otras cortando, atando y pinchando la tripa de los chorizos y salchichones para que respirara el interior. Madres, hijas y cuñadas sentadas en tajos y tajuelas, atentas a lo que se traían entre manos, pero sin parar de hablar, e incluso cantando, sacaban el trabajo adelante, dejando las artesas llenas de chorizos que colgarían los hombres ese día o al siguiente sobre las varas en los lugares oportunos para la curación. Al caer la tarde, una merienda a base de chichas y el inevitable chocolate remataban el día y la matanza. La siguiente sería en casa de cualquiera de los que habían participado. La ayuda entre

¹⁰³ Las probaduras eran pequeños regalos llevados en un plato metálico consistentes en trozos de las vísceras del cerdo (hígado, riñones, sangre...) que se llevaban a las casas de los familiares y allegados.

todos y la solidaridad general, era una forma de fiesta íntima que unía a las familias, de tal manera que, aunque ya apenas lo hace alguna, todavía se recuerda.

5.7. LA GUERRA CIVIL (1936-1939), UN TIEMPO DE CONGOJA, TENSIÓN Y DOLOR

La Guerra Civil española fue un sangriento conflicto entre españoles sucedido como consecuencia de un golpe de Estado, por el que dos facciones de ideas contrapuestas que arrastraban sus diferencias desde mucho tiempo atrás, entendieron que solo el imperativo de la fuerza sería la solución, culpándose mutuamente de ello. Un bando, queriendo imponer el orden que creía alterado, optó por dar un golpe de Estado, no estando el otro bando dispuesto a tolerar esa medida de fuerza sobre un régimen que creía legal y solo transformable mediante la democracia. Pero esta definición tan simple dada solo a modo de resumen para la iniciación de este apartado, fue en realidad mucho más compleja, con muchas más variables, matices y con numerosos conflictos de todo tipo que evidenciaban una enorme división en las formas de pensar de los españoles. Valdesangil no estaría al margen de todo este ambiente. A su modo, de acuerdo con su posición en el mapa y con su tamaño, Valdesangil vivió este tiempo con sus propias connotaciones y como todos los lugares de España, tuvo su pequeña historia.

La cercanía de Valdesangil a Béjar y, además, su dependencia administrativa, vinculaban de alguna manera a los curieles con el ambiente político y social que se vivía en la villa. Béjar era una ciudad industrial con una masa mayoritaria de proletariado ligada a la producción textil, que desde hacía décadas venía dejando claro su pasado progresista, llamado en un principio *liberal*. Así las cosas, cuando la situación se fue poniendo peor en España, no tardó en tomar partido. El contagio a Valdesangil fue solo relativo, puesto que por los años 30 no había todavía una masa de curieles ligados a las fábricas que pudieran importar determinadas ideas políticas y sociales. Ya hemos visto cómo en 1920 la población de jornaleros alcanzaba nada menos que el 62 % y la de empleados en las fábricas textiles de Béjar era solo el 5 % de la población. A pesar de ser tan elevada la cifra de jornaleros y de la posibilidad de que, dada su situación, se diera en ellos el caldo de cultivo necesario para una militancia de izquierda, los ideales que movían a la agitación en el sector textil no tuvieron un eco masivo en Valdesangil. Los obreros del campo no estuvieron tan mentalizados de querer cambiar la situación, como sucedía en la mente de los obreros textiles. Eso motivó que hubiera una distinción entre la ideología de unos y la de otros, y su consecuente posicionamiento. El sector campesino, ligado a los intereses de la tierra, era más conservador que el textil, envuelto este en la mentalidad del proletariado industrial, heredero del liberalismo que a mediados del siglo anterior había protagonizado gestas locales en la Revolución del 68. Por otra parte, a los jornaleros curieles no les interesaba crear algún tipo de mal

ambiente ideológico y de enfrentamiento con los labradores que les contrataban; eso eliminó muchas tensiones sociales en Valdesangil en todo momento, incluso cuando el ambiente conoció las más altas tiranteces. Nada fue más allá que alguna manifestación exaltada y puntual, sobre todo de quien no tenía nada que perder y sí, probablemente, algo que ganar reivindicando que las propiedades privadas de los que las tenían iban a ser de todos.

Por otra parte, los labradores y ganaderos propietarios de las mejores tierras y prados, no constituían una clase muy politizada en Valdesangil en confrontación con los que no tenían nada. No eran tildados de *señoritos explotadores*, porque no eran en realidad grandes propietarios que vivieran muy cómodamente, mientras los demás se deslomaban a trabajar. Tampoco eran en general más cultos que los demás, ni sus hijos recibían una cultura distinta, ni estudiaban en otros lugares diferentes. Ya lo hemos dicho: trabajaban como los demás sin descanso, pero pasaban menos privaciones, ese era su único privilegio y con el tiempo, a lo sumo, pudieron construirse una casa mejor. Por todo esto, el caldo de cultivo de las ideas que circulaban por Béjar no parece que tuvieran mucho impacto en los campesinos de Valdesangil, pero sí en los obreros textiles curieles, influenciados y envueltos en otro contexto ideológico distinto y soñadores de que, con un cambio radical, ellos, que no tenían ninguna propiedad, iban a tener algo, aunque fuera compartido con el resto. Al menos no lo verían en manos privadas, que era lo que ciertos idearios de izquierda les inculcaban. Cuando por los años 30 había que referirse a la gente con ideología de izquierda, se referían a ellos en Valdesangil como *los obreros*, ello es sintomático de que por ese lado y solo o prácticamente solo por él, era por donde venían ciertas posturas políticas.

Por las razones dichas, ligadas al conservadurismo agrario, en las décadas anteriores a los años 30, Valdesangil se había caracterizado en general por un espíritu más conservador, muchas veces protagonizado y alentado por los sacerdotes de la parroquia y por el espíritu cristiano muy ligado a la población. Ello no significa que no hubiera algunos campesinos con otro tipo de ideología, pero sin duda serían poco beligerantes y minoría. Hay algunos detalles que así lo corroboran. En 1907 el periódico republicano *El Combate*, órgano radical del partido republicano de Béjar, se hace eco¹⁰⁴ de un incidente protagonizado por el cura párroco don Julián de la Paz. Al parecer este cura se presentó acompañado de 20 electores en uno de los colegios electorales de La Corredera recomendando el voto hacia un determinado sector político, que como podemos imaginar no era precisamente el que tuviera un discurso anticlerical. El periódico se hace eco de los hechos y en lugar de llamar al párroco por su nombre o simplemente *cura* le llaman *el sotana*, dedicándole la frase: *También queda tomada razón de este pájaro para otorgarle la recompensa oportuna*, una velada amenaza que estaba ya indicando tan prematuramente el ambiente que se

¹⁰⁴ *El Combate* n.º 4 de 17, marzo de 1907, pág. 3.

vivía, incluso dos décadas antes de lo más trascendental que sucedería. Otro detalle a tener en cuenta para valorar cómo era el ambiente entre unos y otros es lo sucedido en 1911, contado por el periódico católico y conservador bejarano *La Victoria*¹⁰⁵. El domingo día 16 de abril de 1911 subieron a Valdesangil un nutrido grupo de militantes de las Juventudes Obreras Católicas, celebrándose, además de un rosario en la iglesia, un mitin en la plaza. Allí, subido a un balcón, un estudiante llamado Francisco López González da un discurso, según el periódico, al que asisten muchos curieles. El tal Francisco atacará duramente a las ideas liberales, haciendo ver que las libertades que defienden van contra lo religioso, y criticará, además, a la prensa liberal de Béjar por su contribución al acoso a las ideas religiosas. En realidad se trató de un mitin religioso con un claro matiz político, como exponente de las hostilidades entre las ideas que favorecían lo religioso y las que lo culpaban de determinados males que venía padeciendo España. El cronista del acto se hace eco también de que desde una taberna les han dedicado eructos de desprecio, pero según él no han podido con el espíritu que imperaba en la congregación entre los curieles asistentes y las Juventudes Obreras Católicas.

Todo aquel ambiente culminó en un hecho trascendental como fue la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931 tras la celebración de unas elecciones municipales en toda España. En Valdesangil resultó elegido en esas elecciones como presidente de la Junta Administrativa un republicano moderado llamado Inocencio García García, al que acompañaban 4 vocales elegidos entre los 5 mayores contribuyentes del arrabal. Fueron Emilio Herrero Rivas, como vicepresidente, Julián Curto Sánchez, Juan Sánchez Gil y Victoriano Gil Hoya. Esta circunstancia de contar en la Junta con los contribuyentes de más renta resultaría beneficiosa cuando el arrabal necesitaba avalar préstamos que pedía para determinados proyectos, como el arreglo del camino vecinal.

El nuevo Ayuntamiento se constituyó en mayo de 1931. Durante los años que siguieron tuvo un gran dinamismo en cuanto a propuestas para mejorar la calidad de la vida del pueblo. Se pidió un crédito para arreglar el camino vecinal que unía a Valdesangil con la carretera y que era la única vía rodada de acceso, también se presionó al Ayuntamiento de Béjar para construir una nueva y más digna escuela, aunque sin éxito, el arreglo del fluido eléctrico que al parecer por 1932 se encontraba muy defectuoso... La concordia y el consenso entre todos durante el tiempo que compusieron la Junta queda de manifiesto en las actas municipales. Esta Junta Administrativa, desde su constitución hasta su disolución en 1936, consumado ya el golpe del estado que terminó con lo establecido hasta ese momento, no registrará tensiones entre sus miembros, símbolo sin duda de la escasa politización reinante en el ambiente de Valdesangil. Que el alcalde elegido fuera republicano no debió de molestar a muchos de los que no le habían votado, porque era persona conocida. Aunque seguramente no fue la persona sino el bando por que salió elegido, a uno de

¹⁰⁵ *La Victoria* n.º 873, 22 de abril de 1911, pág. 2.

los que no le gustó fue al cura párroco don Pablo González, corresponsal del semanario *La Victoria*, que desde ese momento empezó a mostrarse irónico en algunos de sus artículos sobre lo que no hacían y debían hacer desde la Junta Administrativa, cosa que hasta entonces lo había hecho solo con el Ayuntamiento de Béjar. Incluso el presidente de la Junta propone en 1933 y así consta en las actas municipales, publicar en el periódico *La Victoria* una nota *para evitar que la injerencia del corresponsal del dicho semanario en Valdesangil pueda mermar la autoridad de esta Junta*. Por unanimidad se aprueba la nota, aunque en el acta solo firmarán el alcalde y el vocal Julián Curto. Extraña (o a lo mejor se puede comprender) que los demás vocales no quisieran exponer su firma, aunque dieran su consentimiento. Seguramente que las empatías con el cura no eran las mismas entre los firmantes y los no firmantes. Desconocemos si la nota fue publicada en *La Victoria*.

No sería el único encontronazo entre el alcalde y el cura, aunque no parece que fuera una enemistad declarada. Bien parece que el cura sea el hostigador y el alcalde el hostigado. Por los datos que tenemos, el alcalde se defiende simplemente y siempre de una forma respetuosa y nada vehemente, cosa que no sucede con el cura, cuya verborrea queda de manifiesto en sus artículos en *La Victoria*, siempre escondido detrás de pseudónimos. El incidente más sonado fue a principios de 1933 cuando el Ayuntamiento de Béjar, amparado en el artículo 27, párrafo 3º de la Constitución vigente¹⁰⁶ prohibió en su jurisdicción el toque de campanas llamando al culto, además de otros toques tradicionales que se llevaban a cabo a ciertas horas del día, bien para convocar a un acto o a la oración a los que estaban en el campo. En Valdesangil la Junta Administrativa no lo había aplicado, denunciándolo en el pleno bejarano un concejal el 7 de febrero de 1933, que inmediatamente instó a la Junta de Valdesangil, como a la de Fuentesbuena¹⁰⁷, a aplicarlo, cosa que estas hicieron de inmediato. El cura, disfrazado una vez más como *El Corresponsal* publica en *La Victoria* un extenso artículo titulado «Sectarismo fulminante» queriendo demostrar que la prohibición del toque de campanas era inconstitucional, ilegal y antidemocrática¹⁰⁸. Sobre este asunto, añade el cura que dos comisiones actuando por separado, una de mujeres y otra de hombres, se han dirigido al presidente de la Junta para manifestar su disgusto por la supresión del toque de campanas, a lo que este les ha manifestado que lo expresen por escrito, lo que hicieron al día siguiente. Pero el cura se queja de que ha pasado tiempo y no les han contestado al respecto. Béjar era quien tenía la palabra.

Poco a poco la tensión política y social se fueron incrementando allí donde había caldo de cultivo para ello, como era el caso de Béjar. Los pocos obreros curieles que trabajaban en sus fábricas y algún otro jornalero de Valdesangil contagiado, protagonizaron incidentes aislados que causaba estupor en el resto de la población curiel,

¹⁰⁶ «Todas las confesiones podrán ejercer sus cultos privadamente. Las manifestaciones públicas del culto habrán de ser en cada caso autorizadas por el Gobierno».

¹⁰⁷ *La Victoria* n.º 2012, 11 de febrero de 1933.

¹⁰⁸ *La Victoria* n.º 2015, 4 de marzo de 1933.

temerosa de un desenlace incierto ante la creciente tensión por lo que estaba sucediendo, tensión a la que no se le veía un fin, sino todo lo contrario. Uno de aquellos días, aprovechando la noche, alguien colgó un gato muerto a la puerta de la casa del cura don Pablo con un cartel que decía: *Cura curato, te vamos a hacer lo que al gato*. En otra ocasión, al paso de la procesión del Corpus, un pequeño grupo de jóvenes se pusieron a afilar una guadaña en actitud provocadora, ya fuera por el solo hecho de querer representar con su gesto una amenaza o simplemente queriendo desmarcarse con evidencia de la celebración religiosa en domingo, algo que no gustaba al cura. Curiosamente alguno de los provocadores se volvió todo lo contrario de lo que había sido antes tras el golpe del estado de 1936. En otra ocasión y de forma provocadora, algunos de los que no tenían participación en el proindiviso de La Cerrallana metieron burros a pastar dentro, a sabiendas de que no tenían derecho a ello, todo bajo la idea de que La Cerrallana era, o por lo menos iba a ser, de todos. El alcalde Inocencio García, no solo mandó sacar los animales de La Cerrallana, sino que impuso una multa a los que lo habían hecho por haber incumplido la norma. Quedaba demostrada con esta acción su equidad, sentido de la justicia y falta de radicalidad en un momento en el que no era difícil que esta proliferara.

En alguna ocasión llegó a Valdesangil el clima de efusividad que inundaba determinados sectores de la vida bejarana. Una de las veces fue en forma de mitin por parte de los republicanos enfervorizados llegados desde Béjar. Al parecer fue un momento de incertidumbre para mucha gente. Si bien algunos se sumaron para escuchar a los oradores, otros prefirieron no significarse, temerosos de consecuencias que presentían. Pero Valdesangil, salvo casos muy aislados, nunca tuvo una militancia masiva en las ideas propiamente de izquierdas, al margen de las que podía representar el alcalde Inocencio García, un hombre moderado. Se vivía pues en un ambiente poco propicio para la tranquilidad, que incluso se veía incrementado puntualmente con sucesos pintorescos producto de la interpretación popular que asociaba, naturalmente sin justificación, hechos y circunstancias que nada tenían que ver entre sí. Ese fue el caso de lo que se llamó entre los curieles *el día de la aurora boreal*. Aquel día, por circunstancias meteorológicas, el cielo se puso muy rojo, de un rojo inusual que nadie había visto antes. Empezó a correrse el rumor de que era un símbolo anunciador del fin del mundo. Algunos subieron a Piquitos con el fin de descartar que se estaban quemando las dehesas de Sanchotello. Descartado tal hecho, no había otro remedio que interpretar que era un asunto del cielo, por lo que había que esperar sus designios. Más de una familia durmió junta en la misma cama esa noche, temiendo que el mundo fuera a terminar. Detrás de cualquier decisión posible en ese sentido por parte del cielo, sin duda para muchos estaba la situación política y social de degradación de la vida social y ciudadana que se estaba viviendo en lo inmediato, pero también en toda España.

El 18 de julio de 1936, en plena siega, llegaron las noticias del golpe de Estado y de la consecuente oposición a él de una parte de España, quedando el país dividido

militarmente y en pie de guerra. Desde hacía un tiempo parecía temerse lo peor, observando cómo estaban las cosas y sobre todo, viendo que estaban lejos de solucionarse. Los que segaban la mies en la zona del Vegón vieron pasar camiones de soldados y voluntarios armados lanzando disparos al aire y, asustados, regresaron a sus casas. Aquello que acababan de ver no pintaba nada bien. Las noticias se recibían a través de la radio del cura, que era el único que la tenía. Como era verano y la radio estaba instalada en la cocina de su casa, solo tenía que abrirla para que niños y algunos mayores se apiñaran desde fuera a escuchar los partes sobre la marcha de los acontecimientos. También llegaban noticias venidas de Béjar, donde se decía que había guerra. Algunos bejaranos en los siguientes días subieron a esconderse a los Picos. A Valdesangil llegó, conminando a decir ¡Arriba España!, alguna de las personas que trabajaban en cargos de responsabilidad para terratenientes de los alrededores del arrabal y que estaban del lado de los sublevados. En los días siguientes, familias de Béjar que se habían caracterizado por su pensamiento izquierdista, viendo que Béjar se encontraba en la zona controlada por los contrarios a sus ideas, llegaron a Valdesangil atemorizadas, ocupando casas que estaban deshabitadas entonces, queriendo así evitar los cortes de pelo ejemplares y las purgas con aceite de ricino, dos de las prácticas más usadas en ese tiempo como represalia. Luego para muchos sería el tiro en la nuca... El ambiente general en aquel caluroso julio de 1936 fue inequívocamente de miedo generalizado, pero más aún para los que se habían caracterizado por su pensamiento y militancia en la izquierda, puesto que quedaban encerrados en una zona en la que la sublevación había triunfado. Los pocos obreros del textil que vivían en Valdesangil seguramente no conciliaron el sueño en muchos días e incluso en meses, sobre todo cuando les fueron llegando noticias de las represalias. No sería menos la congoja del propio alcalde.

El día 7 de agosto de 1936 a las 9 de la noche, es decir, 20 días después del golpe de Estado y del consiguiente inicio de la guerra civil, se celebra en la Casa Concejo una reunión extraordinaria por parte de la Junta Administrativa y 3 guardias civiles. Se trata del cabo de la Guardia Civil Fernando Crespo Sánchez, el guardia 1º Juan Aparicio Pérez y el guardia 2º Nicolás Mora Manzano. Han subido a Valdesangil para cesar a la Junta Administrativa. El acta dice que la firma se hizo sin oposición y de conformidad, entregando a los guardias el bastón de mando. El secretario del Ayuntamiento en su escrito del acta emplea mucha tinta, como si presionara la pluma y comete varias faltas de ortografía que no solía cometer. Quizá estaba nervioso en exceso ante lo que estaba sucediendo y por lo incierto que podía suceder. A continuación, tiene lugar el nombramiento ante la Guardia Civil de la nueva Junta Administrativa en calidad de gestora provisional, en la que el alcalde será Emilio Herrero Rivas, que había sido el vicepresidente, el teniente alcalde será Juan Sánchez Gil, y los 3 vocales, por ese orden: Victoriano Gil Hoya, Ángel Sánchez García y José Sánchez Sánchez. En esta acta es la primera vez que se hacen las especificaciones sobre la posición de cada uno de los miembros en la escala de poder del gobierno en el arrabal. Desapareció del

Ayuntamiento por tanto el alcalde republicano Inocencio García García y también el secretario Juan S. Curto, por no ser de confianza del nuevo régimen, algo que justificaría tal vez el previsible nerviosismo manifestado en la caligrafía por el secretario el día de su destitución. Esta Junta Administrativa no sería definitiva puesto que el 6 de junio de 1938, 10 meses después, se reúnen de nuevo en la Casa Concejo un miembro de la Guardia Civil y la Junta Administrativa que llevaba rigiendo el arrabal desde agosto de 1936. El cometido es cumplimentar un oficio del gobernador de Salamanca nombrando una nueva Junta, que estará presidida por Gervasio Amor como alcalde, siendo el presidente segundo Evaristo Curto Sánchez y 3 vocales: Leandro Sánchez, Serafín Sánchez Martín y Emilio Herrero Rivas, que es el único que permanece respecto a la anterior Junta. En el acta que se levanta al respecto se dice, como no hubiera podido ser de otra manera, dadas las circunstancias, que *todos son competentes y adictos al Movimiento Nacional*. El 12 de julio de ese mismo año toma posesión la nueva Junta. En la misma sesión se cambia también al secretario y se vuelve a nombrar al que había durante la República: Juan S. Curto. Con Gervasio Amor como alcalde terminará la guerra, siendo sustituido únicamente él entre los miembros que componían la Junta, cuando en agosto de 1940 se nombra un nuevo alcalde, a José Sánchez Sánchez, que lo será durante la inmediata postguerra hasta 1945. En ese año le sustituirá Juan Sánchez Gil. Todos ellos, desde la destitución del alcalde republicano Inocencio García, son nombrados directamente, sin elección alguna, como lo serían los alcaldes siguientes hasta las primeras elecciones municipales democráticas en 1979, 48 años después.

En los siguientes días al golpe de Estado se vivieron puntuales momentos de extrema tensión en Valdesangil, como cuando llegaron los falangistas de Cantalapiedra, que se habían hecho famosos en la zona por sus acciones de represalia contra todo lo que había sido republicano. Venían, con su habitual pose, portando una lista de cinco o seis obreros en ella, dispuestos a llevárselos al haberse caracterizado por sus posiciones y acciones de izquierda. Posiblemente también, a pesar de su moderación, querían llevarse al anterior alcalde por el mero hecho de haber sido republicano, circunstancia que fue motivo por sí misma para la ejecución de otros similares en muchos sitios. El ambiente en esos días podía llevar a cualquiera a la muerte por esa razón y por menos en los dos bandos, según el que ocupara la zona. El revuelo ante la llegada de los falangistas, con la prepotencia de la que solían hacer gala y toda la parafernalia armada y de uniformes que les caracterizaban, provocó un enorme revuelo e inquietud en el arrabal. Pero don Pablo González, que era un cura prestigioso en la zona, bien conocido a través de su oratoria en los sermones de otras parroquias, a donde que se le llamaba en ocasiones solemnes para predicar, se puso frente a ellos y les dijo (así ha quedado en la memoria de la gente) que de Valdesangil no se llevarían a nadie, porque no había nadie malo. Se ofreció en todo caso para que se lo llevaran a él primero que a cualquiera otros. La autoridad de don Pablo y también la influencia de alguno de los hombres más pudientes del pueblo, que sin embargo no era beligerante con los de otras ideas o sencillamente quiso evitar desgracias, se impuso

ese día y algunos más sobre las intenciones de los inefables falangistas de Cantalapiedra, que volvieron varias veces más en busca de sus objetivos, marchándose siempre de vacío. Se cuenta que en una de aquellas ocasiones no se encontraba el cura en el pueblo, pero alguien fue a buscarle de inmediato, porque no estaba lejos. Llegó a tiempo y una vez más se impuso a los deseos de los falangistas. Don Pablo tuvo la oportunidad, que otros aprovecharon en sitios diversos, para deshacerse de los que le habían importunado en alguna ocasión, pero no lo hizo y su acción será recordada como la que evitó más desgracias de las que la propia Guerra Civil tuvo en Valdesangil con los muertos en el frente de guerra. Evitó con ello, además, que quedaran odios enquistados en la memoria de la gente. La Guerra Civil fue de este modo para Valdesangil un triste episodio nacional, pero sin las heridas para el tiempo siguiente que caracterizaron otros muchos puntos de España. Ni siquiera tuvo una inscripción conmemorativa sobre las caídas nacionales en el campo de batalla.

Durante los tres años de Guerra Civil, Valdesangil vivió en la congoja general muy propia de un conflicto tan grave. Tanto fue así que no hubo Fiesta Mayor hasta 1939, ya con la guerra finalizada. Solo se tocaban las campanas en lo estrictamente necesario para acudir a los actos religiosos. Varios jóvenes fueron movilizados para luchar en el frente con los nacionales, algunos con tan solo 18 años, sin haber salido nunca del arrabal, partiendo ahora nada menos que para luchar en una guerra. De todos ellos 5 no volverían nunca, 2 de ellos hermanos. Las noticias de sus muertes llegaron al ayuntamiento de Béjar, que mandaba a la guardia civil a Valdesangil con la noticia. Cuando se les veía llegar, la tribulación se apoderaba del pueblo, porque se presagiaba lo peor. Le seguía el llanto desgarrado de una familia, que no solo conocía la muerte de uno de sus miembros, sino que además no recibiría el cadáver, porque los muertos eran enterrados en el frente.

Las noticias sobre el desarrollo de la guerra se recibían en la radio del cura y eran difundidas inmediatamente cuando resultaban favorables al frente nacional. Así, una noche de septiembre de 1936, los curiales se despertaron con un toque inusual y desconcertante de campanas. Los nacionales habían tomado Toledo. Algunos salieron a la calle gritando de alegría en esta y otras noticias similares. También hubo personas, unas visiblemente y otras no tanto, muy implicadas con el bando nacional que daban dinero u objetos de valor como gemelos, relojes, alfileres de corbata... para ayuda de la causa que defendían. Ese fue el caso de una mujer de Valdesangil en 1936 que donó una moneda del tiempo de Carlos IV cuyo valor de mercado era de 20 pesetas. Lo hace en el curso de una donación colectiva en Béjar con destino a la Junta de Defensa Nacional. No dejaron de sucederse en todo el tiempo que duró la guerra pequeños actos de adhesión a lo que defendía el bando nacional. Aunque no conocemos todos los que pudo haber, sabemos de algunos, como el que se dio en marzo de 1937 en Santibáñez de Béjar para homenajear y bendecir a la bandera de España, que ya no era la republicana. Hasta allí acudieron caminando, con el cura don Pablo, que estaba en todo, los niños de Valdesangil y Palomares portando una bandera roja y gualda.

El final de la guerra el 1 de abril de 1939, fuera el deseado para unos o diferente para otros, hubo de suponer un enorme alivio para Valdesangil. Tanta tensión sobre lo que estaba sucediendo y tanta incertidumbre sobre lo que podía suceder, era una mala forma de vivir que duró casi tres años. Cuando fue anunciado el fin de la guerra, del que se enteraron los curiales una vez más por la radio de don Pablo, fueron tocadas en el arrabal las campanas en actitud de júbilo. La gente volvió a estar contenta. En Béjar, la Virgen del Castañar fue bajada en procesión a la iglesia de San Juan como celebración. En Valdesangil no se preveían represalias violentas, por tanto, era el momento de esperar con impaciencia las consecuencias que desde ese momento se inauguraban con la nueva situación. El maestro (don Lidio Ronco González) fue destituido unos meses después de terminar la guerra, el 19 de julio de 1939, prueba evidente de que habría tenido simpatías por la causa republicana. Un escrito del Ayuntamiento de Béjar le destituía, a la vez que nombraba como nuevo maestro a don Mariano Sánchez Andrino, sin duda más favorable a la nueva causa. Comenzaba un tiempo nuevo que duraría muchos años y en el que Valdesangil conocería, corriendo los años, una gran evolución.

5.8. LA INMEDIATA POSTGUERRA: HAMBRE PRIMERO, CAMBIO DESPUÉS

Terminada la guerra, con la tremenda resaca que suponía todo lo sucedido, nadie estuvo en Valdesangil dispuesto a quejarse de las penurias que en los años siguientes sobrevinieron.

La inmediata oferta de trabajo en las fábricas bejaranas provocó un éxodo importante de las gentes de la comarca buscando un presente mejor que el que hasta ese momento les había dado la condición de jornaleros del campo. No había en principio viviendas para todos en Béjar o las que había no estaban a la altura de la compra o el alquiler de los recién llegados. Como Valdesangil se encontraba geográficamente cerca, muchas familias se instalaron aquí, precisamente en casas que ya no se usaban por antiguas y porque había disminuido la población. Así nació el apelativo *Callejón de los Recogidos*, aludiendo a la calleja que ocuparon familias forasteras provisionalmente, en la llamada entonces y ahora calleja del Puente. El censo realizado en 1940 registra un aumento del 36 % de población respecto al que había en 1930, que como el de 1920 había consignado pérdidas importantes a causa de la emigración. Son 112 personas más en 1940 las que viven respecto a las que vivían en 1930. Y se supone que no todas en las mejores condiciones, dado que tuvieron que ocupar casas que estaban deshabitadas.

A este año de 1940 y a parte del siguiente, se les conoce como *el año del hambre*, tantas veces nombrado como referencia a la escasez de alimentos que se vivió y el consiguiente hambre que pasó la población en toda España, después de una guerra y con la intención del Estado de equilibrar los recursos para que no le faltaran a nadie

en lo más esencial. Aunque los peores años fueron los inmediatos al fin de la guerra, prácticamente en toda la década de los 40 hubo grandes estrecheces en la vida de Valdesangil. Había trabajo, se ganaba un salario por una parte de la población, pero los alimentos escaseaban, no podían comprarse ni siquiera con el dinero ganado. El Estado hubo de racionarlos para que todos tuvieran qué comer. Los agricultores y hortelanos tenían que hacer una declaración jurada de lo que producían y ceder una parte de la producción propia (el llamado *Cupo*) de patatas, cereal y legumbres, lógicamente recibiendo un dinero por ello fijado por el Estado¹⁰⁹. El productor declaraba su cosecha y ello se anotaba en un documento llamado Cartilla de Maquila que



FIGURA 56: Valdesangil. Calleja de los Recogidos, muy poblada por emigrantes al final de la Guerra Civil.

servía para la reconversión de lo declarado; por ejemplo, si era cereal, la reconversión era en harina o salvado¹¹⁰. Los molinos de la zona (en Valdesangil no había ninguno, pero sí en Palomares o en Candelario), no podían moler sin el control oficial. Pero a pesar de los controles se daba la picaresca. En algún momento, como por ejemplo en la primavera de 1942, Valdesangil hubo de aportar 3 vacas con un peso mínimo de 390 kg en canal para el abastecimiento de carne de Béjar. Por otra parte, cada familia tenía su cartilla de racionamiento por la que se le vendían una determinada cantidad de alimentos, ni uno más ni uno menos que los que le correspondían por su nivel y los miembros que la componían. Documentos de 1946 e incluso de 1951

¹⁰⁹ Este sistema se había impuesto ya durante la guerra. Al menos en 1938 los labradores curieles tuvieron que aportar cereal para el sustento del ejército de la Zona Nacional.

¹¹⁰ Al menos en 1943 la cantidad demandada de cereal fue del 10 % de la producción.

atestiguan que por ese tiempo se controlaba de alguna manera la producción todavía; en 1946 al menos la de garbanzos, alubias y algarrobas y en 1951 la de trigo y centeno. Por lo mismo, en 1947 aún se daban raciones de pan presentando la cartilla correspondiente.

Se pasaba hambre y algunos recurrían directamente al robo en las huertas. Debieron de ser bastante frecuentes estos hurtos entre 1940 y 1941 porque el alcalde bajó a quejarse al pleno del Ayuntamiento del Béjar para que tomaran alguna medida ante la cantidad de robos perpetrados en las huertas del arrabal. No sabemos si esos robos los llevaban a cabo los forasteros recientemente instalados en Valdesangil, gente llegada de otros sitios amparándose en la noche o los propios curieles aprovechando la situación.

El pan que había era el justo. Algunas de las familias que no cultivaban tenían que ir a buscarlo clandestinamente a pueblos donde se lo vendían con la misma clandestinidad. Uno de los contactos era el pueblo de Becedas. Hasta allí fue más de una madre, montada en un burro y usando trochas y caminos poco frecuentados y difíciles, regresando con panes de hogaza y patatas de las que se producían en abundancia en el valle del arroyo Becedillas. Muchas son las historias familiares que se cuentan sobre este trasiego de clandestinidad con productos a lomos de una caballería e incluso a la espalda, que podía terminar en un encuentro con los guardias y con la requisa de lo que llevaran e incluso, además, con una multa. Una de estas historias, muy curiosa, ilustra bien aquel ambiente de continua búsqueda de alimentos: utilizando al maestro del pueblo, un tal don Abundio, como contacto y enlace, porque era originario de un pueblo donde se cultivaba mucho cereal, algunas personas del pueblo ajustaron un cargamento de paja que debía llegar por tren a Béjar o tal vez a Navalморal de Béjar. Dentro de algunas de las sacas de paja venían ocultas bolsas con cereal adquirido que, imaginamos, habría de ser molido clandestinamente también para ser convertido en el preciado pan.

A todo este tráfico de alimentos se le conoce como *el tiempo del estraperlo*, porque la gente compraba, vendía y cambiaba lo que podía clandestinamente para sobrevivir. En ese contexto, los que más hambre pasaban eran los obreros textiles, porque una parte de estos no tenían tierras en las que sembrar, aunque fuera patatas, que tanto quitaban el hambre. Sin embargo, a los labradores no les faltaba la comida o les faltaba menos. En algunos casos sus hijos salían a la calle comiendo pan con algo encima con el solo objeto de marcar la diferencia con el resto. Ya se sabe que no solo hay que tener lo que otros necesitan, sino exhibirlo. No eran muchos los que vivían mejor, pero sí algunos. De ello da idea, entre otras razones, la cantidad de ganado que había en Valdesangil en 1939 (886 cabezas de ganado pastoril) pastando en los terrenos comunales arrendados de Cabezón, el Valle y el Bardal y que eran propiedad en el 80 % del total de cuatro propietarios. El resto pertenecían a pequeños pastores o a familias, algunas con poco más de una veintena de cabezas, pero la mayoría con media docena o menos que le garantizaban el consumo de leche y poco más. La ganadería había

decaído mucho respecto a lo que fue en otro tiempo; ahora, todavía, se mantenía unida a la economía mixta de los labradores, donde se mezclaba lo agrícola con lo ganadero para hacer un conjunto rentable, que solía depender de las condiciones meteorológicas anuales. Al no ser muchos, había más o menos suficiente para todos y eso motivó que en las penurias de la guerra y de la inmediata postguerra, las privaciones pudieran atenuarse para el que tenía tierras que cultivar y algún ganado.

Poco a poco la situación se hizo más estable a principios de los años 50. La gran cantidad de jornaleros del campo se reconvirtieron en obreros textiles provocando la crisis de los labradores curieles, que no podían competir con los sueldos que se pagan en las fábricas de Béjar y por tanto no les era posible retener a los jornaleros. En las fábricas se encontraba como aprendiz de cualquier cosa y con un poco de entusiasmo

e interés conseguían en poco tiempo una especialización, que podía ser motivo de transferencia con mejor sueldo entre unas fábricas y otras, disputándose en competencia a los mejores trabajadores que iban surgiendo. Empezar a trabajar en las fábricas de Béjar era un anhelo para muchos. Algunos estuvieron dispuestos a ir un mes a prueba sin sueldo con tal de que luego fueran contratados. Ganar dinero de aquella manera, tener un día de descanso a la semana, que sería un día y medio a partir de principios de los 50 que se hizo la semana inglesa¹¹¹ y una semana (luego serían 2 semanas) de vacaciones pagadas que coincidía con el 18 de julio, era muy tentador frente a la esclavitud que implicaba el trabajo del campo, peor pagado, siempre provisional y además, bajo el frío o el calor. Ya en el año 1940 1 de cada 3



FIGURA 57: Valdesangil. Recién casados en los años 40.

¹¹¹ La semana inglesa consistía en trabajar todos los días una hora más, para trabajar del sábado solo media jornada.

hombres en edad de trabajar lo hacían en las fábricas de Béjar; 10 años después eran casi la mitad del total.

Pero no solo fueron los hombres, había trabajo para las mujeres jóvenes y eso significaba una importante novedad. Eran pocas las mujeres que habían trabajado hasta esas fechas en las fábricas bejaranas. Generalmente las mujeres hasta ese momento, trabajando por cuenta ajena, generalmente solo habían aspirado a escardar en los sembrados de los labradores o a lavar la ropa de la gente pudiente de Béjar en la poza de Cabezón o en otras que se hacían en el curso del arroyo camino de la Fuente del Prado, que nunca se agotaba. Ahora esas mujeres, jóvenes en mayor cantidad, podían trabajar regladamente en las fábricas de Béjar con un sueldo, un horario y una seguridad que antes no tenían. Otras, muy jóvenes, recién salidas de la escuela, acudían a talleres de costura bejaranos para aprender el oficio de modistas. Como sucedió con los hombres, el trabajo de las mujeres en Béjar dejó a los labradores de Valdesangil sin escardadoras, teniendo que contratarlas en Sancho-tello, de donde llegaban por la mañana bajando la cuesta de La Mingarrama y por donde regresaban también al atardecer cantando. De la misma manera hubo que contratar segadores desde ese tiempo en adelante. Venían en cuadrillas de tierras pobres extremeñas como Zarza la Mayor y Las Hurdes. Eran gente dura, dispuestas a todo, que dormían en establos, corrales o en pleno campo. Su llegada cada año tenía algo de acontecimiento.



FIGURA 58: Valdesangil. Mozos en los años 40.

Con tanto trasiego de trabajadores a las fábricas bejaranas, el Camino de Béjar se convertía así a diario en un lugar inusitadamente transitado a todas las horas del día y parte de las de la noche. Grupos de trabajadores y trabajadoras, al despuntar el día e incluso aún de noche, bajaban en grupos a hacer 12 horas de trabajo a las fábricas, para regresar al atardecer o ya de noche. Muchos de aquellos trabajadores hombres, en tiempo de cultivos de huerta, llegaban y tenían que atender los riegos en las pequeñas huertas o madrugar mucho para dejar regado *el linar* o la huerta. Nunca faltaba gente en el camino a Béjar, lloviera, nevara, hiciera calor o primavera; ya fuera por la mañana temprano para ir a trabajar a las fábricas, un poco más tarde, con las lecheras llevando la leche a sus clientes bejaranos, a la hora de comer con los hijos de los obreros llevando la comida caliente a las fábricas o por la tarde, regresando ya los obreros de trabajar. El camino era la única forma de ir y venir a Béjar. Nadie tenía coche. En esas circunstancias, la climatología, con sus inviernos duros de frío, agua y nieve, provocaba a veces situaciones difíciles para los trabajadores en Béjar, que no podían dejar de acudir a las fábricas. Muchas veces llegaban de trabajar con el abrigo empapado de agua de lluvia, el mismo abrigo que iban a usar al día siguiente. Ni siquiera daba tiempo a secarlo del todo entre la noche, por lo que había que volverlo a poner de nuevo mojado. Si por llegar con el cuerpo mojado surgía un dolor, en muchas casas se calentaba un ladrillo y se aplicaba en la zona dolorida envuelto en un trapo. Eran peores los resfriados resultantes de *una calada*. Para ello también había un remedio tradicional, porque no se podía dejar de ir a trabajar y el médico estaba para casos de más gravedad. Se basaba en hacer una papilla al fuego con harina de



FIGURA 59: Valdesangil. El Arenal, en el Camino de Béjar, testigo del trasiego de trabajadores curieles en el textil bejarano entre los años 30 y los 60.

linaza, la semilla del lino. La extendían en un trapo blanco y la aplicaban al pecho y a la espalda, donde sabían que estaba radicado el problema catarral. A principios de los años 50 se produjo una nevada memorable como no se recordaba otra igual. El camino de Béjar quedó oculto por completo; en algunos callejones del pueblo se acumuló tanta nieve que cubría las puertas. En las fábricas de Béjar dispensaron a los obreros por la mañana para que volvieran a Valdesangil temiendo lo que se avecinaba.

Todos aquellos trabajadores, como obreros textiles que eran, el 1 de mayo celebraban su fiesta, y lo celebraban por todo lo alto, sin que la política tuviera ahora la más mínima aparición e implicación. La política había quedado aparcada con la experiencia, las consecuencias y la resaca de la Guerra Civil, muy reciente en el recuerdo de todos, con toda su tragedia y con el miedo que de ella emanaba, por el pasado e incluso por el propio presente. Nunca más se supo, como es lógico, de la ideología de izquierdas de aquel grupo de curieles que la profesaban antes de 1936. No había lugar ya para esa ideología, aplastada por el resultado de la guerra. Los obreros, como había sido antes cuando eran minoría, hacían su fiesta aparte de los labradores, que tenían la suya el día de San Isidro Labrador. No eran fiestas opuestas, cada una pretendía ensalzar su actividad. Con la mayor profusión ahora de obreros, la fiesta del 1 de mayo se convirtió en un día grande. Pero como eran tiempos donde los hombres podían hacer cosas que las mujeres no, la celebración más intensa del 1 de mayo era cosa de hombres. Y lo era para mayores de 16 años, solteros y casados. Aunque era de los obreros, nadie que no lo fuera estaba excluido por ninguna norma interna. Solo había que apuntarse y pagar a un cobrador los domingos una cuota (3-5 pesetas). Empezaba todo con una reunión de los interesados unos meses antes en la zona de la



FIGURA 60: *Valdesangil. Mozos en los años 40.*

torre de la iglesia. Cuando llegaba el inmediato momento, un grupo iba a Béjar con caballerías a buscar lo que iban a comer y a beber, con el fin de tenerlo listo todo para la mañana del 1 de mayo, que empezaba con una ensalada de naranjas y limones en la torre mientras se cargaba el serón del burro con la comida y haciendo algún ruido con ello para que se supiera de aquel grupo de hombres estaba y se iba de fiesta. El destino eran las Casas del Valle para hacer un buen calderillo con rabo de ternera. Se trataba de comer y beber todo el día, de cantar, reír y hacer bromas, para volver después con el alboroto correspondiente por el que se advirtiera que el divertimento de los celebrantes había sido y era todavía grande.

La nueva situación, con el desvío de una parte de la población trabajadora hacia el textil bejarano e incluso con la incorporación paulatina al mercado de trabajo de las mujeres jóvenes y solteras, significó un cambio irreversible para Valdesangil, que dejarían de ser una sociedad agraria para convertirse en una sociedad mixta, en la que cada vez más el peso de los trabajadores por cuenta ajena en Béjar iría siendo mayor, quedando los agricultores y ganaderos en minoría. Una parte de estos obreros curieles no dejarán el campo por completo, aunque sean trabajadores textiles. Algunos todavía conservarán sus tierras y las cultivarán en pequeñas cantidades a pesar de trabajar en las fábricas. Pero, sobre todo, conservarán sus huertas en distintos puntos del término de Valdesangil (Los Valles, La Casalancha, Los Linares, Las Longueras, Las Endenillas...) porque van a ser un complemento de su economía, aportando patatas, legumbres, hortalizas y frutales, que vendrán muy bien como complemento al sostenimiento de sus casas. Los labradores con tierras se quedarán en su estado original, porque para eso tenían tierras y podían vivir aceptablemente bien de ellas. Ellos



FIGURA 61: Valdesangil. Vino y fiesta entre los mozos en los años 40.

no fueron absorbidos por el textil bejarano al tener en mayor o medida una hacienda suficiente para vivir, si bien se vieron perjudicados los que más poseían por la falta de mano de obra que les ayudara en las faenas. Todos estos labradores tenían además pequeños rebaños de ovejas y cabras que servían de complemento, como también algunas vacas cuya leche bajaban a vender a Béjar sus mujeres o sus hijas, e incluso ellos mismos cuando no era mucha la hacienda.

También, en ocasiones, cuando faltaba el trabajo en Béjar, algunos obreros textiles despedidos de las fábricas optaban por el pastoreo en tanto volvía el trabajo. Con esta situación y la costumbre de algunas familias de tener alguna oveja o cabra, en 1957 había 9 familias que tenían un rebaño de ovejas y cabras cuyo número de cabezas por familia iba de 150, el que más tenía, a 22 el que menos. Otras 22 familias tenían entre 1 y 11 cabras. Entre todas, el número de cabezas de este tipo de ganado asciende ese año a poco más de 700 cabezas. Algunos de los labradores que habían optado por dedicarse al campo contrataron criados, muchos de ellos venidos de fuera. Los criados a la vieja usanza no proliferaban en Valdesangil como lo hubieran hecho en otro tiempo. Tampoco los labradores dieron el paso para modernizar sus explotaciones con nueva maquinaria, posiblemente porque no lo veían rentable entre lo poco productivo de las tierras; también por no ser suficiente el número de tierras cultivables y finalmente, porque no se fiaban de que sus sucesores, sus hijos, dada la situación que se veía llegar, fueran a quedarse a trabajar en lo agrario como herederos de su hacienda. Por todo ello vivir del campo empezó a ser una actividad en lenta decadencia, que por los años 80 quedaría ya como una actividad meramente testimonial.

Así las cosas, a partir de los años 40 y a cierta velocidad, la sociedad de Valdesangil se fue transformando en otra distinta a la que había sido tradicional del arrabal en el tiempo anterior. A partir de los 14 años los jóvenes, varones o hembras, podían encontrar trabajo en Béjar. Incluso con 13 años a las chicas se les permitía entrar en talleres de costura con el fin de aprender a coser. La juventud empezó a vivir de una forma distinta. El contacto más frecuente con Béjar, la presencia de más dinero en las casas y en los bolsillos de los jóvenes y el optimismo que se iba generando, crearon un espíritu nuevo que cristalizaría desde finales de los 40 y en los 50, para ser definitivo en los 60 y ya desde ahí, imparablemente hasta nuestros días.

Desde el punto de vista político y social el resultado final de la Guerra Civil había dejado a un lado cualquier forma de pensar que no fuera la que emanaba directamente desde el Estado. La ausencia de heridas abiertas por el conflicto en Valdesangil, como sí sucedió en muchos otros sitios, hacía que se pasara la página de lo pasado con más facilidad y se iniciara una etapa nueva sin rencores ni humillaciones, pero sabiéndose cuál y cómo era e iba a ser situación para los tiempos venideros. No se discutía la autoridad del alcalde y los vocales del Ayuntamiento, que habían sido designados por la superioridad provincial. Menos se discutía la del cura. No se discutía esta porque los tiempos no estaban para discutirle nada a un cura, pero tampoco



FIGURA 62: *Valdesangil. Mozas en los años 40.*

porque don Pablo era un hombre de fuerte personalidad, tenía las ideas muy claras antes de la guerra y sobre todo después. Si durante el tiempo convulso de la República había temido algún acto contra él o simplemente no habían salido las cosas como quería, ahora su dominio era aún mayor. El peso de la religión católica, amparado por el nuevo régimen, daba a la palabra del cura un carácter de categoría que no se atrevía nadie a discutir. Por ejemplo, no se permitía trabajar un domingo a nadie que no fueran las mujeres en los quehaceres de la casa. En tiempo de la República esa norma podían saltarla, aunque en los sitios rurales se funcionara con una mentalidad menos exaltada que en las ciudades. Ahora no. Para eso, entre otras cosas, subía la guardia civil de vez en cuando en domingo sorprendiendo a alguno trabajando en sus huertas o recolectando leña para el fuego. La pareja de la guardia civil a caballo solía darse una vuelta por Valdesangil ya fuera en domingo por el día o de noche en un día cualquiera. Si era de noche o de día en invierno, iban encapotados, lo cual, con el agravante de ir a caballo, les daba una sensación de mayor autoridad e incluso de miedo. Los niños se acercaban a darles los buenos días (*nos dé Dios*) con alguna reverencia marcada por el respeto temeroso. Poco era lo que los guardias podían encontrar de ilegal o de subversivo en Valdesangil, pero había que crear la sensación de que todo estaba vigilado y de que, por tanto, saltarse cualquier norma supondría un grave problema para quien lo hiciera. Con eso era suficiente.

De esta forma el cura organizaba una parte importante del domingo, dejando que lo demás de este día fuera obra de los curiales, aunque bajo su atenta mirada, por si acaso. La misa lo iniciaba todo. Haciendo sonar las campanas con un preparatorio y sucesivo 5, 7 y 9 toques para llamar a la misa y rematando todo con el toque del *esquilín* que indicaba la inmediatez del acto, se iniciaba la misa del domingo, a la que todo el mundo acudía con la mejor vestimenta, la que solo podía ponerse en día de fiesta. Cada grupo tenía su sitio bien ordenado en la ceremonia: el cura, con sus dos monaguillos en el presbiterio, separados de los asistentes por la propia elevación de la tarima, a la que contribuían las verjas de baja altura escoltando la pequeña escalera de acceso en el centro que salvaba la tarima, quedando así separados el presbiterio de la nave. En la nave, los fieles estaban organizados en dos grupos iguales con un pasillo central entre ellos. El primer grupo eran las niñas en edad escolar, a la izquierda, al lado de la puerta de la sacristía, sentadas en banquitos bajos sin respaldo. A la derecha los niños, simétricamente colocados respecto a las niñas. Con tanta cercanía y evidencia, el cura les controlaba a pocos metros, por más que en ese tiempo buena parte de la ceremonia la llevara a cabo de espaldas a la gente, hasta que el Concilio Vaticano II mandó hacer la misa de cara al público, con el consiguiente cambio del altar. Detrás de todos ellos, a ambos lados del pasillo central, estaban las mujeres, todas las que ya no se consideraban niñas, con su reclinatorio correspondiente, cada una con su sitio fijo, costumbre heredada de los tiempos en los que se oía misa sobre la tumba de los difuntos propios, cuando se enterraba en las iglesias. Ahora ya no había memoria de eso, pero seguirían haciéndolo hasta bien avanzado el siglo XX e incluso hasta primeros del XXI, aunque el lugar de cada uno se identificara como una costumbre sin un fundamento concreto. Detrás de las mujeres estaban los hombres en la parte inicial de la iglesia. En la tribuna, la juventud masculina, posiblemente la menos atenta a la celebración religiosa. Este esquema no fue inventado después de la guerra, venía al menos del siglo XIX, pero puede decirse que ahora funcionaba con más solemnidad. Se cantaba en la misa con devoción; don Pablo predicaba con su elocuencia habitual; las mujeres casadas, sobre todo, iban a comulgar, cubierta la cara con un velo de gasa negra con el que acudían a misa; desfilaban las mozas ante la atenta mirada de los jóvenes desde la tribuna del fondo del templo, porque ir a comulgar, además de fervor religioso, tenía en la juventud un matiz de exhibición. Muchas de aquellas mujeres iban de luto, vestidas de riguroso negro, con una especie de mantilla de gasa cubriendo la cabeza, dejando claro ante los demás su dolor por los fallecidos. Los hombres, por su parte, llevaban un brazalete negro. Quizá el luto hubiera conocido un respiro, una evolución, si algunas de las nuevas ideas antes de la guerra hubieran seguido adelante haciendo evolucionar a la gente. Pero ahora, con la situación bien atada al pasado, con pocas posibilidades de evolución para un tiempo, el luto seguía siendo una dura carga para todos, más aún para la gente joven, que unía al dolor propio de la pérdida de un familiar, la pérdida irreparable de ser joven, con todo lo que eso significaba. El luto podía truncar una juventud. En el mejor de los

casos, es decir, si no había un nuevo fallecimiento en la familia, duraba 3 años en los jóvenes. Algunas llevaron luto el resto de su vida, encadenando la muerte de los padres a la de algún hermano, marido... etc. Muchas mujeres todavía jóvenes, pero casadas, ya no dejarían nunca de vestir de negro. El luto era negro total durante 2 años, pasando a gris el tercero. En el primer año o en algunos casos en el primer medio año, las mujeres llevaban velo siempre que salían de casa, fuera para buscar agua *al pilar* o para ir a trabajar. Las muchachas que iban a trabajar a Béjar llevaban el velo también, aunque se lo quitaban para entrar al trabajo. Era necesario que socialmente se viera el luto y se exhibiera el dolor. Si había una boda en la que los familiares estaban de luto, no había baile y por tanto esa boda no sería una boda en toda regla, con la consiguiente pena para los novios y sus familias, que perdían la oportunidad de tener ese protagonismo con el que todo el mundo soñaba. En la Fiesta, después de la misa, cuando todo empezaba, los enlutados se iban a casa, porque había que guardar socialmente el dolor por el fallecido.

A la salida de la misa dominical comenzaba el resto del domingo, con todo un día para disfrutar, fundamentalmente los hombres, porque las mujeres amas de casa ese día tenían los mismos cometidos que el resto de la semana, aunque con una salvedad estimulante: el baile de pago (solo pagaban los hombres) al anochecer en la Casa Concejo o en alguna de las tabernas, alternándose normalmente cada domingo en ello las dos que había. La taberna era el lugar de reunión de los hombres a la salida de misa. La asistencia a la taberna estaba regulada por la propia mocedad



FIGURA 63: Valdesangil. Día de fiesta con músicos a principios de los años 50.

con un rito de paso de la niñez a la mocedad llamado *el pago de La Cuartilla*, refiriéndose a la cuartilla de vino, una cantidad determinada de ese líquido. Venía de tiempo atrás esta costumbre, como muchas otras, aunque ahora se potenciaba ante la mayor afluencia de mozos a las tabernas como consecuencia de que muchos trabajaban y tenían un poco de dinero para estar allí y beber vino, coñac o la mezcla del coñac y anís, el conocido *solisombra*, que era lo que se bebía en ese tiempo por la tarde. *La Cuartilla* se pagaba a los 16 años e implicaba que el mozo empezaba a gozar de tal condición, por lo que contribuía, como mínimo ya, al pago del baile de la Fiesta y al de los carnavales, además de otros deberes como llevarse a un músico a cenar a su casa el día de la Fiesta, en el intermedio entre la sesión de la tarde y de la noche. Ser mozo era importante, era un estatus al que se llegaba con una edad determinada y del que se presumía al llegar a ello frente a los que todavía no lo alcanzaban, con lo cual nadie se negaba al pago de *La Cuartilla*. El nuevo mozo pagaba una cuartilla de vino al resto de la mocedad, para beberlo en común

todos juntos en la taberna. Desde ese momento tenía la condición de mozo, ya era un mozo de Valdesangil.

La jornada de la mañana dominical después de misa en un domingo cualquiera de finales de los años 40 y en los 50, tenía para los mozos en la taberna el sitio de reunión. Se daba, aunque no muy drásticamente, pero se daba, la distinción entre los que tenían más y los que tenían menos. Valdesangil nunca había sido un lugar de grandes diferencias económicas y sociales, como ya hemos dicho, entre otras cosas porque las diferencias no eran esencialmente grandes, pero había un matiz entre unos y otros por la posición económica y se solían separar con más frecuencia los que tenían más y los que tenían menos.



FIGURA 64: Valdesangil. La taberna de tía Cándida, uno de los lugares principales para los domingos en las décadas posteriores a la postguerra.

Por su parte, al salir de misa, las mujeres se iban a sus casas, fueran jóvenes o no, a preparar la comida o ayudar en ello, mientras que los hombres recalaban en la taberna a *tomar el vermut*. La taberna se convertía en un ensordecedor ruido de conversaciones cruzadas solo de hombres. Cuando hacía buen tiempo muchos jugaban a la rayuela. Con dos equipos compitiendo, ataviados con el traje del domingo (chaqueta, camisa blanca y corbata) iban lanzando la ficha metálica a dar al clavo hincado en el suelo, sujetándose la chaqueta con la mano que no lanzaba para no entorpecer el lance. Era la postura característica. Se hacía en los recodos abrigados de El Cimalindón o allí donde hubiera un lugar inmediato a la taberna para hacerlo. Estaban en juego unos litros de vino. Los que no tenían edad todavía para ello, iban de paseo por la carretera en pandillas o, los más pequeños, improvisaban un partido de fútbol en El Legío (El Egido) o un prado cercano al pueblo más propicio, sin el consentimiento de los propietarios, cosa que a veces llevaba a tener algunos problemas.

Cuando era primavera, era tiempo de lagartos y se hacían expediciones los domingos a los lugares donde se sabía que los había, provistos de los ganchos correspondientes. Antes de la misa llegaban los expedicionarios con los lagartos colgados de una cuerda como trofeo. Los pelaban y se los dejaban a los dueños de la taberna para comerlos a la salida de misa o los cocinaban ellos mismos en un caldero con aceite, sal y pimientos, merendándolos luego en la calleja de algún prado, por ejemplo, en la del Prado de los Robles, muy frecuentado en meriendas de este tipo. Cazar lagartos era una categoría de mozos; los que todavía no lo eran tenían que conformarse con atesorar huevos de los nidos encaramándose a los árboles. Conseguir muchos huevos a costa, sobre todo, de las pobres urracas que anidaban en los robles y los fresnos, era tener un trofeo comunal de cada panda dentro de una caja de zapatos con el fondo de hierba seca. No servían habitualmente para comerlos, sino solo para conseguirlos. La escala inferior de la masculinidad, los niños, tenían como estímulo en tanto llegaban a la edad de ir a nidos y luego a lagartos, cazar grillos hurgando en la grillera con una paja después de echar agua u orina, si no había agua. Cada escala de edad tenía pues su rol que se iba heredando por imitación. Luego de casados, la vida sería de otra manera y se diría que las mujeres de cada cual mandaban más o menos sobre las apetencias de los maridos.

La caza era también una actividad de fin de semana, entre otras cosas porque a diario había que trabajar. Casados y también solteros aficionados madrugaban la mañana del domingo para salir de caza a Los Picos. De fondo se escuchaban con frecuencia en el pueblo uno o dos disparos seguidos que recordaban que los cazadores estaban a lo suyo. A la hora de misa regresaban con sus trofeos a poder ser colgando del cinto para que se les viera el éxito y la destreza como cazadores. Si eran conejos o perdices, se comían en las casas, pero de vez en cuando era una zorra la que cazaban y de ellas solo se aprovechaba la piel, que, como la de los conejos, era guardada hasta que venía un comprador de vez en cuando a llevárselas todas. Esta era la caza legal, pero también había otra que no lo era, la que se llevaba a cabo con trampas y



FIGURA 65: Valdesangil. Mozas a finales de los 50.

lazos. Más de una familia pudo solucionar algunos puntuales problemas de escaseces gracias a las cazas legales y las ilegales. Tampoco era infrecuente salir los domingos por la mañana en primavera a *ligar* pájaros, sobre todo colorinos y pardillos. A ello había verdaderos aficionados en estos años y en los que siguieron. Apostado el cazador cerca de una fuente, colocaba una rama con pequeños palos impregnados de la pegajosa *liga*. Con el reclamo de otro pájaro enjaulado, los que acudían a posarse en las ramas-trampa no podían después volar con comodidad, siendo atrapados por el cazador. Los pájaros se vendían luego en Valdesangil o en Béjar para tenerlos en una jaula en las casas.

La tarde del domingo volvía a tener como escenario en los hombres la taberna para *echar la partida* (al tute), un inevitable rito masculino que llegaba a todas las edades desde que se era mozo. Solo había una excepción a esto: cuando se acordaba un partido de fútbol entre la mocedad más joven y el equipo de uno de los pueblos cercanos. Valdesangil tenía un equipo de aficionados a jugar al fútbol, unos eran ya mozos y otros no llegaban a ello. Entre todos organizaban partidos en el campo de La Vega, que entonces era más grande que en la actualidad, ya que fue acortado como consecuencia de la permuta de tierras para hacer la carretera actual en 1946. Las porterías

eran con palos verticales colocados ocasionalmente y una cuerda de uno a otro como largueros. Tener un balón reglamentario para jugar no estaba al alcance de las posibilidades, de modo que, si no se conseguía uno bueno, era necesario fabricarlo, casero, de trapo; para ello se hacía una especie de ovillo a base de sacar tiras de una manta vieja y un saco. Lo peor en estos casos era cuando llovía, porque se empapaba tanto de agua que con el peso costaba moverlo. A los partidos iban el equipo curiel y sus simpatizantes, a menudo provistos de una garrafa de vino. No era para los futbolistas en principio, que a menudo llevaban una naranja para el medio tiempo, sino para los simpatizantes o todo lo más, para el final del partido. Los futbolistas no tenían un uniforme reglado para todos, pero procuraban jugar con camisa o camiseta blanca todos ellos; ni siquiera la mayoría disponían de botas para jugar, con lo cual cada uno lo hacía con lo que podía, incluso algunos descalzos. Ya en los años 50 el hijo del maestro, que jugaba el Béjar Industrial, de vez en cuando traía botas desechadas que venían muy bien a alguno del equipo. Se acordaba un partido con equipos de los Salesianos y de la Escuela de Artes de Béjar o de otros pueblos, una vez en cada territorio, con un árbitro que solía ser del pueblo, alguien que se le supusiera imparcialidad, como por ejemplo lo era en Navacarros el cura don Manuel. En una ocasión todo el equipo llegó a desplazarse en el tren a Fuentes de Béjar; fue el viaje más largo y al parecer una de las mayores derrotas.



FIGURA 66: *Equipo de fútbol de Valdesangil a principios de los años 50.*

Jugar uno de estos partidos era la primera fase de la tarde, la segunda, si era en un pueblo vecino, era quedarse al baile de la tarde-noche, con lo cual se remataba el domingo de una manera aceptable. El baile del domingo terminaba en Valdesangil muchas veces con una ronda a las mozas. Los que eran músicos de algo o de bastante, acompañados de sus amigos, iban a rondar a las novias o a las que estaban a punto de serlo. Si el canto era bueno, podía salir el padre de la novia con unos vasos de vino y unos dulces de consideración y recompensa. La que no salía nunca era la novia, que permanecía escondida detrás de los visillos con el corazón latiendo fuerte.

Pero no todos eran aficionados al fútbol o al menos no todos estaban tan libres como para pasar la tarde de esa manera. Los que tenían novia estaban atados a otras obligaciones. Tenían que *sacar a las novias de paseo*. Así, terminada la partida de cartas en la taberna, iban a buscarlas a sus casas (ellas ya estaban arregladas y dispuestas) y si hacía más o menos buen tiempo, por la carretera de La Pasaila hasta Vistahermosa, más o menos. En la venta que había allí las invitaban a algo y volvían. A veces hacía frío y se juntaban varias parejas de amigos y en un resolano hacían un fuego para calentarse mientras hablaban. El caso era no regresar a casa pronto y aprovechar todo el tiempo posible para que las parejas estuvieran juntas. Después, esperaba el baile, cuando lo había.

De estos bailes de los domingos y de los de La Fiesta salían muchos noviazgos. Las mozas bailaban de dos en dos y los mozos las invitaban a bailar yendo también de dos en dos. Si se bailaba mucho con alguien y se salía juntos del baile con el fin de acompañar a la chica a su casa y, si además, había un tiempo de hablar a la puerta, era que había algún interés mutuo entre ellos. Cuando eso se hacía frecuente, el asunto iba en serio y un día el padre invitaba al novio a entrar porque consideraba y así se lo habían dicho, que la relación iba en serio. También podía ser que lo pidiera el novio, algo de lo que estaba avisado ya el padre por su hija diciéndole, con muchos nervios, que el pretendiente iba a ir a hablar con él. Como lo consentía, un día iba el novio y con todo respeto y tratándole de usted, para no ser menos que la hija, le pedía permiso para entrar. Desde ese día, celebrándolo con un vaso de vino, como no podía ser de otra manera, ya eran novios para los padres y él podía acompañarla hasta dentro de la casa o quedarse a hablar a su puerta, sin que ello incomodara al padre. Desde ese momento una pareja iniciaba el camino que le llevaría al matrimonio.

Béjar también contaba en las posibilidades de divertimento de los curieles. De Béjar eran importantes las ferias y la romería de la Virgen del Castañar del 8 de septiembre. Las ferias eran demasiada algarabía como para que la juventud quisiera perderselas; la fiesta del Castañar era otra cosa distinta, pero tampoco nadie se la quería perder, en este caso fueran jóvenes o no. El día de la fiesta del Castañar era día lúdico, de diferencia respecto de las celebraciones habituales, de devociones, de cambiar de rutinas y de contagiarse del mismo espíritu a través del gentío que inundaba las campiñas en torno al monasterio venidos de todas partes, además de



FIGURA 67: Valdesangil. Niño vestido de primera comunión en los años 40.



FIGURA 68: Valdesangil. Niña vestida de primera comunión en los años 40.

asistir a los toros con toreros de verdad, que no era poca cosa. A las ferias, bajaban inapelablemente los jóvenes del Valdesangil por el camino. También bajaban, pero a otra hora y con sus ganados, los que buscaban hacer algún trato ganadero. En muchas ocasiones, la juventud subía el camino de vuelta después de trabajar en las fábricas 10 o 12 horas y, sin perder un minuto, se arreglaban, volvían a juntarse en las pandillas por el mismo camino a la feria y a subir. Ellas, como no podían bajar con sus tacones por un camino, lo hacían en zapatillas, llevando los tacones dentro de una bolsa. Llegados al final del camino, en lo que se ha dado en llamar *la Cuesta de tío Emilio Matas*, se cambiaban, escondían las zapatillas para la vuelta y entonces ya, desde allí hasta la feria en La Corredera con tacones, la elegancia era completa. La juventud, en este tiempo, quizá como nunca antes, no poseían nada, pero se entregaban con ilusión a vivir la vida de una forma apasionada, propiciada por la edad, aunque todavía no fuera el mejor tiempo posible, pero como no se conocía otra cosa, la forma de disfrutarlo era intensa. Todo aquel esfuerzo de bajar y de nuevo subir en segunda ronda los 3.800 metros de camino (1.900 de ida y otros tantos de vuelta), desde el Calvario al puente de la Glorieta y viceversa, para ir a la Feria, a los que había sumar otro tanto en ese mismo día para ir a trabajar (en total 7.600 metros

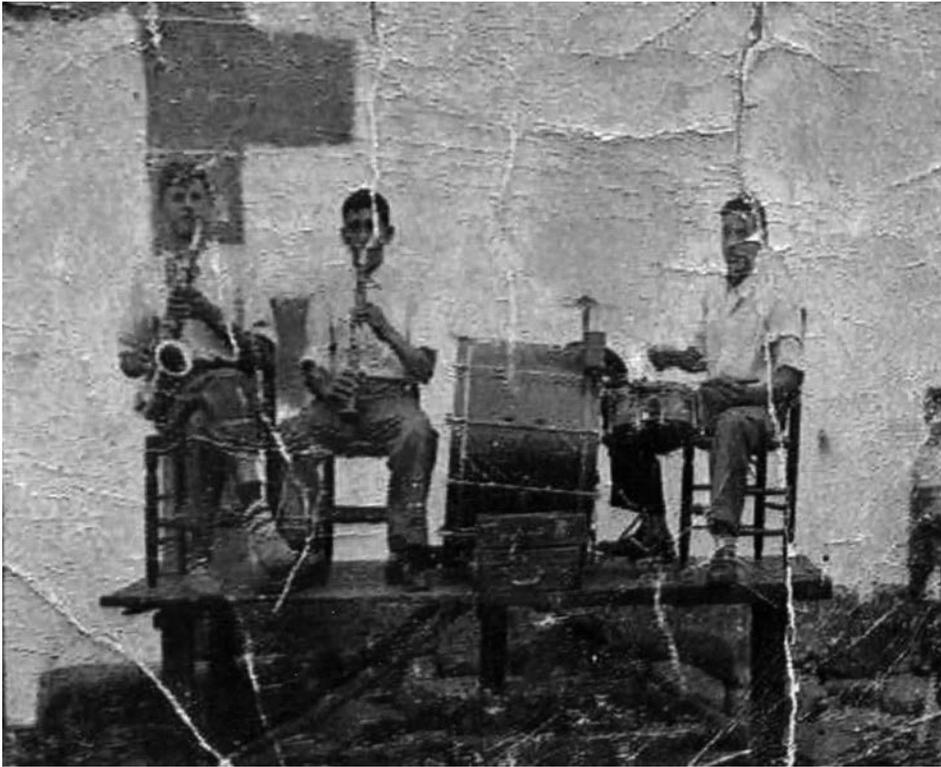


FIGURA 69: Valdesangil. Tablado de los músicos en el día de La Fiesta Mayor en los años 40.

mínimo, porque estaba, además, el trecho a la fábrica), no importaban a aquella juventud airosa que despertaba lentamente a un mundo con otras luces.

Aquella juventud y los que no lo eran ya, todos juntos, tenían también en este tiempo en La Fiesta, uno de los días mejores o el mejor del año, al calor de agosto. La Fiesta seguía siendo lo máximo, como lo había sido siempre, pero ahora con más luz de todo tipo. Con el dinero que se ganaba trabajando en las fábricas se podía ser más elegante, sobre todo las mujeres, cuya variedad en el vestir daba para más. Eso implicaba que el vestido de La Fiesta fuera ahora un aliciente aún más de lo que lo hubiera sido antes. El vestido se lo hacía una modista del arrabal o entre los familiares, dado que muchas mujeres habían aprendido *el corte* desde muy jóvenes. Todas las mujeres jóvenes estrenaban vestido y zapatos, al igual que muchos hombres traje y por lo menos zapatos (extraordinariamente puntiagudos), que iban a ser, como mínimo, para todas las fiestas del año, para desgastarlos los domingos bailando, en las fiestas de los pueblos cercanos, paseando con la novia, en las procesiones y en las tabernas. Después de la procesión había baile en La Plaza y luego, por la tarde desde las 7 hasta la hora de cenar, para continuar unas horas después de la cena. La Plaza se llenaba entre curieles y forasteros que decían ir, ahora como se había dicho desde muy atrás, a

Valdesangil a comer leche migá y a tocar el tamboril, aunque eso ya no pasara. Ahora, en lugar de comer la leche *migá* venían de Béjar puestos de almendras, caramelos, barquillos y leche helada batida con nieve de la sierra, como se la había traído por estas fechas muchas veces también antes de la guerra.

Fiesta era también si había alguna novedad en el arrabal, como por ejemplo cuando acudían los titiriteros con sus carromatos tirados por mulas. El alguacil daba inmediatamente un pregón: *Se hace saber que esta noche habrá títeres en la Casa Concejo*. Si era verano podían ser en La Plaza, adonde la gente acudía cada uno con su silla. Con el escenario consistente en una cortina que corrían y descorrían, los titiriteros representaban una obra de teatro, que terminaba en baile con trompeta y tambor, algo a lo que la gente estaba siempre dispuesta. Todo ello animaba de pronto la vida de la gente en un día de fiesta o previo a una fiesta inesperada. Lo que no resultaba tan bueno en estos casos eran las consiguientes epidemias de piojos que quedaban muchas veces de su visita y que luego había que quitar peinando bien el pelo y usando vinagre.

Otras veces venían por Valdesangil ciegos ambulantes que se ganaban la vida, como los titiriteros, de un lugar a otro. El ciego venía con un lazarillo o con su mujer. Recitaba poesías, cantaba coplas de amores trágicos o, si era después de la Guerra Civil, historias crudas o románticas de la guerra que aseguraba ser reales, mientras tocaba la guitarra, vendiendo después lo recitado en un papel como forma de financiar su actuación.

La moderada modernidad que iba emanando con los años fue afectando también a la forma de vestir, estableciéndose una diferencia entre el vestir tradicional y el que provenía del contacto de la juventud con Béjar y allí, de más lejos y de los nuevos tiempos correspondientes que iban sucediendo poco a poco. Ya nadie quería vestir los blusones de la gente



FIGURA 70: Valdesangil. Procesión del día de La Fiesta Mayor en los años 40.

tradicional, que quedaban para los más mayores o para aquellos que no sabían dar el paso a lo nuevo, anclándose en el pasado para no salir ya de él. Ahora las modas eran otras. Los manteos tradicionales quedaron para las mujeres mayores, mientras que las jóvenes vestían una bata para diario y, con más elegancia, vestidos con faldas de vuelo, blusas y gabardinas, alpargatas para diario y zapatos para los días de fiesta, que debían durar al menos todo el año. Los hombres: pantalones de pana a diario y los domingos pantalones de tela, camisas, jerséis y chaquetas de punto o de paño. Los niños dejaron ahora de usar botas. Niños y niñas usaban medias para protegerse del frío, ellas hasta la mitad del muslo, sujetas con una liga y ellos con pantalón corto o largo. Aquella generación de la inmediata postguerra supuso el primer cambio de hábitos y de aspecto que conoció Valdesangil.



FIGURA 71: Valdesangil. Hacia 1957. Cuatro generaciones, cuatro tiempos distintos en apenas 60 años transcurridos.

Pocos testimonios gráficos conocidos ilustran mejor el cambio que se iba produciendo que esta fotografía de la familia García Sánchez hecha en torno a 1957. En ella aparecen nada menos que cuatro generaciones asociadas en una sola línea familiar. La asociación por sí misma ya es importante, pero lo son más las diferencias que se advierten entre unos y otros a través de la vestimenta, testimoniando la transformación que ha empezado a darse ya. La mujer más mayor es la madre de la otra mujer que tiene a su lado. Ya no visten exactamente igual. Entre ambas hay una asociación importante que habla de la transmisión de madres a hijas de la mentalidad: el luto que llevan ambas, la oscuridad en las ropas que caracterizaba sus vestidos desde poco después de casadas y ya para siempre. Pero hay una diferencia entre la madre y la hija en las formas de vestirse. La más mayor, con el chal cruzado y los

manteos ya no es imitado por la hija, que viste un vestido sencillo y un mandil en la parte inferior, resquicio único del pasado. La misma disposición tradicional tiene el marido. Ambos rondaban la mitad de la cincuentena de edad, aunque parezcan mayores. Marido y mujer casan bien en sus formas de vestirse en día de fiesta, quizá precisamente en *el día de La Fiesta*. El salto verdadero, la novedad, la dan las hijas, colocadas de pie escoltando a los más mayores. Ninguna viste ya nada que se parezca a la forma de vestir ni de la madre ni menos aún de la abuela. Son jóvenes y usan ropas como no se habían usado en la juventud de sus antecesoras. El estampado, la luminosidad del blanco, la forma de marcar la cintura ceñida con un cinturón, las mangas mostrando toda o buena parte de los brazos, los zapatos blancos... son el testimonio de un tiempo distinto que acaba de iniciarse y avanza rotundo hacia la diferencia, lenta pero cada vez mayor. Una diferencia que muestra bruscamente un escalón entre padres e hijos. También se ve entre el padre y el hijo. El muchacho, que debe tener unos 15 años, lleva corbata, a diferencia de su padre que abrocha la camisa blanca hasta el último botón, como lo había hecho su padre también desde mucho tiempo atrás. Asimismo en la forma de peinarse hay una diferencia notable entre unos y otros. La generación femenina más antigua se peina con la raya al medio, su hija hacia atrás con el pelo recogido en un moño, pero las hijas abandonan las rigideces del antiguo moño, dejando el pelo más suelto. Lo mismo pasa con el padre y el hijo. El padre, ni en el día de fiesta ha prescindido de la gorra, solo se la habrá quitado mientras la misa, sin embargo, su hijo ya no la usa y menos en un día de fiesta; se peina hacia atrás con buena mata de pelo. Con ellos el nieto y biznieto pequeño que cierra la línea familiar y que todavía no, pero enseguida significará a su vez un paso más adelante en la diferencia.

Los cambios se manifestaban también en el comer. El cocido completo era la base de la alimentación diaria a la hora de la comida. Había ahora posibilidades de hacer matanza por parte de más gente y el dinero que se ganaba daba para incorporar a la dieta garbanzos y fideos, estos muchas veces fabricados in situ, casa por casa, por un hombre que venía de Béjar con una máquina. La gente ponía el género, el hombre la máquina, fabricando los fideos que servirían para engruesar la sopa del cocido, además de la carne de la matanza y la de cordero que iban a buscar las mujeres diariamente a la carnicería. La cantidad de calorías que aportaba el cocido para enfrentarse al trabajo duro en las fábricas o en el campo, con cuanta más grasa mejor, era sin duda el menú ideal. En ese momento los trabajadores, disponiendo de dinero, aunque no fuera mucho, podían asegurarse la compra de cerdos criados o criarlos ellos mismos, y por tanto con ello tener un remanente indispensable e importante de comida para todo el año. Por la noche las patatas revueltas nunca dejaron de ser un manjar. Algo que sí cambió fue el desayuno. La mayor parte de la gente tomaba malta migada con pan; solo los que tenían mejor posición podían permitirse café hecho en un puchero a la lumbre.

Todavía por la Fiesta en este tiempo se seguían comiendo, como algo extraordinario, alubias y el tradicional pollo que se criaba durante todo el año para ese



FIGURA 72: Valdesangil. Principios de los 50. Niño curiel con juguete.

día. Las casas viejas, abandonadas para construir otras nuevas, sencillas, pero nuevas, de dos pisos con la cocina en la planta baja, alcobas en la planta alta y una sala solo para las ocasiones, las casas viejas, decimos, servían como complemento de la casa principal para vivir. Allí, en lo que antes habían sido las habitaciones de los abuelos y los bisabuelos, se guardan ahora animales de carga, gallinas, aperos, el vino y además, permanecía el horno en la antigua cocina donde tantos panes y hornazos se habían amasado en los siglos atrás. A ese horno antiguo se acudía ahora para hacer pan en cierta cantidad, guardándolo en arcas, colocados de canto con las debidas precauciones para que se conservara durante cierto tiempo hasta la nueva masada. A la vez se hacían las *mantelás* (un pan más

aplastado para comerlo reciente, muchas veces relleno de sardinas en conserva. Lo hacían las mujeres, porque era uno de sus roles particulares, como en los hombres lo era hacer el cisco con zarzas gordas y piornos destinado a los braseros de diario en el duro invierno.

Fueron tiempos estos de mucha religión implicada en todo. La tradición religiosa permanecía inmersa en la vida de los curieles. Si antes de la Guerra Civil, algo, no mucho, pudo haberse tambaleado en este aspecto, ahora quedaba todo de nuevo sellado por convicción y también por obligación. Además de los actos religiosos convencionales, como la misa y las fiestas, con todos sus preceptos, se daban también otros que ponían de manifiesto lo imbricado que estaba lo religioso entre buena parte de la población. Un caso llamativo fue el que se dio a finales de los años 40 o muy a principios de los 50. La imagen de la Virgen de la Peña de Francia hizo un jubileo por una parte de la provincia de Salamanca. Se trataba de que la Virgen fuera de pueblo en pueblo y las gentes disfrutaran de ese hecho. Valdesangil no se quedó al margen de ello. Llegó procedente de Navacarros acompañada y presidida por sacerdotes de la Peña de Francia. Le fue entregada la imagen al cura de la parroquia, que la honró con la población durante uno o dos días, llevándola después en una especie de procesión

multitudinaria hasta el pueblo inmediato de Fuentebuena, con muchos niños del arrabal y en un ambiente festivo.

Otra acción religiosa inmersa en el espíritu de los tiempos fue la llamada Adoración Nocturna. Los hombres eran menos piadosos que las mujeres y quizá por eso y por si acaso se convertía en una tendencia negativa, desde las parroquias se fomentó una actividad llamada Adoración Nocturna. Por el año 1953 empezó a llevarse a cabo en Valdesangil. De una forma voluntaria se apuntaban hombres del arrabal que, unidos y dirigidos por otros procedentes de Béjar, pasaban toda la noche de un sábado entregados a una serie de actos religiosos de oración y reflexión, finalizando con una misa y un rosario de la aurora por todo el pueblo, a los que podían apuntarse el resto de los curiales piadosos que lo desearan. Se hacía tres o cuatro sábados seguidos una vez al año. Por otro lado, pero dentro del mismo contexto, estaban los *cursillos de cristiandad* que solían hacerse en El Castañar por parte de los obreros textiles, promovidos y financiados por las propias fábricas, que liberaban a los trabajadores uno o dos días para asistir a los cursillos. Obreros de Valdesangil asistían asimismo a ellos.

5.9. EL AYUNTAMIENTO, LA CARRETERA Y LAS NUEVAS ESCUELAS

Terminada la guerra, el Ayuntamiento se compuso de un alcalde o presidente de la Junta Vecinal y de 2 vocales. Hasta las primeras elecciones municipales ya de la democracia de 1979, al Ayuntamiento lo nombraba directamente el Gobierno Civil de Salamanca y al parecer siempre o en muchos casos, sin el consentimiento de los que lo iban a ser. Pero no eran tiempos para contradecir las órdenes que venían de arriba, por lo que la mayor parte de los designados aceptaba serlo, aunque algunos dimitieron un tiempo después. Significativa fue la renuncia en 1958 del entonces maestro de la escuela de niños, Ramón Gil Santos, que fue designado segundo vocal del Ayuntamiento a presidir por José Sánchez *de Carmen*, como lo hace constar el secretario en el libro de actas del Ayuntamiento, seguramente para distinguirlo de algún otro con nombre similar. El maestro no asiste a la toma de posesión en la Casa Concejo, enviando un escrito de renuncia en el que adujo incompatibilidad debida a su trabajo de maestro nacional, consideración que fue tenida en cuenta. Indudablemente las juntas vecinales designadas tenían que tener la confianza de los estamentos que organizaban la vida política. Pero para pertenecer a la Junta Vecinal, como empezó a llamarse a partir del fin de la guerra, no era condición pertenecer a la Falange de las JONS. Así se hace constar expresamente en el acta municipal del 29 de febrero de 1952 en la que se nombra a Francisco Rodilla, como alcalde y a Francisco Sánchez y Emilio Sánchez Gil como vocales.

Por lo menos durante las dos décadas siguientes al fin de la guerra, Valdesangil seguía funcionando de forma parecida a como lo había hecho en todo el siglo XX.

Cada año el Ayuntamiento de Béjar le fijaba una cantidad¹¹², a menudo pactada, con la que contribuir a las arcas bejaranas, revirtiendo con ello en las inversiones de reforma y mejora que necesitara Valdesangil. El arrabal, como venía haciendo desde mucho antes, recaudaba la cantidad demandada a partir del arriendo de los pastos comunales y de la *subasta a la llana* (presencial) de los llamados *bienes de consumo*, que eran las carnes y el vino, tradicionalmente bajo control para evitar que no faltaran o que su precio excesivo privara a los vecinos de ellos.

De vez en cuando se resucitaba entre los ayuntamientos de Béjar y Valdesangil la disputa de la mayor autonomía, que en otros tiempos habían llegado a ser deseos de segregación. Así en 1962 el Ayuntamiento presidido por José Sánchez y los vocales Félix Sánchez y Prudencio García envía un escrito al Ayuntamiento de Béjar reivindicando que Béjar recaude los impuestos de Valdesangil y que los invierta íntegramente en mejoras de acuerdo con un plan anual que Valdesangil propondría a Béjar. Pero no se acepta la sugerencia, según el Ayuntamiento bejarano, debido a la *aplicación vigente*.

Tener unas escuelas decentes y el arreglo de la carretera eran un viejo anhelo de Valdesangil, que a pesar de las acciones y gestiones de la Junta Administrativa y de las protestas continuadas del cura don Pablo González en la prensa de Béjar, no se hicieron realidad hasta este tiempo. Desde que se había constituido la escuela para niños hacia mediados del siglo anterior, improvisando un local para los niños y otro para las niñas, que claramente no eran los adecuados, unos y otros no habían dejado de reivindicar un lugar que respondiera realmente a las necesidades de una escuela. Ni siquiera los informes del diputado Filiberto Villalobos incluyendo a Valdesangil entre los pueblos de la provincia de Salamanca que más lo precisaban, habían conseguido que el arrabal tuviera un local digno en el que ejercer y recibir la educación. Hubo que esperar mucho, pero al final llegó. Fue en 1955, después de que Valdesangil, en una nueva intentona, ofreciera al Ayuntamiento de Béjar los terrenos y a contribuir con una cantidad de 10.000 ptas. Se le había permutado una pequeña finca en el lugar de Los Cerrillos a su propietario, Agustín Curto Sánchez, por otra municipal en la zona de La Vega. Por fin el día 18 de julio de 1955 Valdesangil pudo tener un lugar digno dedicado a escuela. Había importado la cantidad de 50.062 ptas,

¹¹² En 1939 Valdesangil aportó a Béjar 3.250 ptas., cantidad que en 1940 el Ayuntamiento de Béjar sube a 3.950, aduciendo que la población ha pasado de 342 habitantes a 417. La aportación de Valdesangil sube o baja en función de la subida o bajada del número de habitantes. Así en 1947 Valdesangil solicita que se le rebaje la cuota sobre las 10.000 ptas. que paga al año, pero el Ayuntamiento de Béjar desestima la solicitud dando una razón: tiene 474 habitantes, tocando cada uno a 20 ptas., cantidad muy distante de la que pagan los bejaranos, que salen a 92 ptas. por persona. Valdesangil en ese tiempo aporta la limpieza de las calles, la reparación de sus caminos, la potabilidad del agua y otras tareas menores. Béjar le aporta a Valdesangil a través de su impuesto anual lo concerniente a algunos servicios médicos, el coste del maestro, la beneficencia y el suministro de alumbrado público. En 1950 fueron 10.000 ptas. la cantidad demandada. En 1959: 30.000 ptas., cantidad que obligó a la Junta Vecinal a imponer un impuesto de 0'30 ptas. por kg de los cerdos que me mataran ese año.

de las que Béjar aportó el 80 %. Un siglo le había costado a Valdesangil su demanda. Las fotografías de aquel día ilustran bien el momento.



FIGURA 73: Valdesangil. 18 de julio de 1955. Inauguración de las nuevas escuelas. Procesión ceremonial al encuentro del maestro.



FIGURA 74: Valdesangil. 18 de julio de 1955. Ambiente durante la inauguración de las nuevas escuelas.

A la inauguración asistieron, en primer lugar, las autoridades bejaranas de corbata y las de Valdesangil sin ella, con las camisas blancas abrochadas hasta el último botón y con chaleco. De una manera natural mantuvieron sus formas habituales de vestir, aunque ello supusiera una diferencia con las autoridades bejaranas. Hubo foto conmemorativa con el cura don Pablo ya mayor, a solo cuatro años de su definitiva jubilación, que por fin conocía el esperado día para Valdesangil de tener las escuelas que tanto tiempo llevaba reivindicando desde las páginas del semanario *La Victoria*. Tres fotografías reconstruyen el ambiente festivo de ese día, que, como todas las que se suponían grandes inauguraciones, se hizo coincidir con un 18 julio, el día –no era por casualidad– en que se conmemoraba el llamado Alzamiento Nacional. Los curieles acudieron a la ceremonia de inauguración, donde no faltó el acto religioso y el convite.



FIGURA 75: Valdesangil. 18 de julio de 1955. Inauguración de las nuevas escuelas. Momento de la inauguración con autoridades bejaranas y de Valdesangil.

Otro tanto fue la construcción de la carretera, que había tenido lugar nueve años antes que las escuelas. Aunque en Valdesangil no había vehículos todavía, era necesario no solo adelantarse a lo que se veía venir como necesario, sino también a lo que ya en ese tiempo tenía lugar, por ejemplo, la visita del médico, que se producía en coche y que hasta la inauguración de la nueva carretera era por el llamado Camino de la Pasailla o de Vistahermosa, cuyas dificultades eran muchas.

La nueva carretera podría haberse construido sobre la que venía funcionando como tal hasta ese tiempo, pero se optó por un nuevo trazado que convertía en



FIGURA 76: Valdesangil. 18 de julio de 1955. Inauguración de las nuevas escuelas. Posado para la foto conmemorativa de las autoridades bejaranas y de Valdesangil.

carretera parte de un camino existente que llevaba de Valdesangil a las proximidades de Palomares. Había un camino que iba desde el pueblo hasta la puerta de La Cerrallana y desde allí hasta el Praohoyo, desde donde ascendía al Asomadero, discurriendo paralelo a la pared de La Cerrallana. Solo hubo que ensanchar suficientemente lo que ya estaba y modificar un tanto el trazado del camino desde el Praohoyo al Asomadero. Los peritos en carreteras aconsejaron que era mejor por el Praohoyo, pero allí habría que llegar a un acuerdo con los propietarios de las tierras y prados o expropiar. Se llegó a un acuerdo de permuta de terrenos en 1946 con cuatro propietarios: Casimiro Sánchez (de Navalmoral), Estanislao Sánchez, Victoriano Hoya y Germán Sánchez (de Las Mestas). Excepto a Victoriano Hoya, que se le cambió por una parcela en La Mingarrama, a los demás se le permutaron por tierras en La Fontanilla y La Vega, acortándose aquí en consecuencia la extensión de la parcela municipal.

Para construirla, la Diputación ponía una parte y Valdesangil tenía que poner la otra, con lo cual hubo de pedir un préstamo a la Banca García y Cascón de Béjar en 1945, ocasionando un importante endeudamiento que solucionaron con un impuesto a los vecinos. Por fin, en noviembre de 1946, siendo alcalde Juan Sánchez Gil, Valdesangil tiene una carretera en la que han trabajado como peones los curieles jóvenes que no habían encontrado aún trabajo en las fábricas de Béjar. No sería la única obra importante antes de terminar los años 50, porque a finales de 1959 la plaza principal del arrabal sería enlosada con un presupuesto de 38.000 ptas., que ejecutó un contratista de Sorihuela llamado Felipe García. Llegaba Valdesangil así a los años 60

con un ambiente de modernidad que favorecería el optimismo y el desarrollo propio de esa década. Solo un detalle causó una cierta tristeza en este tiempo: la jubilación y el abandono de Valdesangil del anciano sacerdote don Pablo González Fraile, que tras 50 de ejercer el sacerdocio se retiraba ahora a Ávila, no sin antes ser reconocido como hijo adoptivo de Valdesangil, el primero y el único en toda su historia y serle adjudicado el nombre de la plaza principal, que todavía subsiste a su memoria. Una multitudinaria fiesta de despedida quedó como recuerdo el 19 de abril de 1959.

5.10. LA MODERNIDAD DE LOS AÑOS 60 Y SU CONTINUIDAD EN LOS 70

Los años 60 del siglo XX tuvieron una luz para toda España contrapuesta a las tinieblas que habían sobrevenido después la Guerra Civil. Un cierto letargo se había apoderado de la gente como consecuencia de la resaca por algo tan intenso como una guerra civil, que había dejado un millón de muertos y un intenso dolor. Aunque el espíritu de supervivencia de la gente les impulsara a tirar para adelante, el recuerdo de lo vivido, las consecuencias y todos los temores posibles que generaba la nueva situación, mantuvieron a las gentes en cierto modo apagadas durante buena parte las dos décadas siguientes. Si ya en los 50 se iba notando un cierto remonte de la situación, en los 60 culminó en una explosión de luz, por más que fuera una luz vigilada y muy tutelada todavía.

Valdesangil, que no había vivido con la intensidad de otros lugares determinadas resacas a partir de las consecuencias de la guerra, se incorporó con naturalidad a la modernidad de los años 60 en la medida de lo posible para un pequeño arrabal. La reconversión en las décadas pasadas de los jornaleros en obreros textiles culminó con una integración total en los años 60, de forma que el oficio de jornalero desapareció. Ahora los jóvenes de Valdesangil encontraban trabajo con facilidad en las fábricas bejaranas. Para los que Béjar se quedaba pequeño o tenían más expectativas, dieron incluso el salto a la capital, donde las oportunidades parecían ser mayores, e incluso algunos jóvenes más aventureros –pocos– se atrevieron a ir a Alemania, a Francia y a Suiza, donde los que encontraban un buen trabajo podían alcanzar una cierta posición según sus posibilidades. No era frecuente que mujeres de un pueblo se atrevieran a tal cosa, pero alguna de Valdesangil lo hizo llegando hasta Alemania, e incluso asentándose allí para toda la vida. Lo habitual era que las jóvenes empezaran a trabajar en Béjar en cuanto tuvieran la edad para ello, fuera como zurcidoras, atadoras... etc., y estuvieran en ese trabajo hasta casarse. Una vez casadas, su profesión sería la de amas de casa o, todo lo más, la de zurcidoras o repasadoras en su propio domicilio, donde acudían a llevarle las piezas de tela en furgonetas desde las fábricas bejaranas. No estaba bien visto todavía que una mujer casada trabajara fuera de su casa. Valdesangil, pues, llegaba a los luminosos años 60 incorporándose en la medida de sus posibilidades a la modernidad general que se respiraba y con la ilusión de un

tiempo donde se iban sucediendo las novedades y los progresos, olvidadas las pesadillas del pasado inmediato.

Con la nueva carretera estrenada, Valdesangil empezó a motorizarse. No hubo una transición regular del uso de las bicicletas a las motos. Las constantes cuestas empinadas en el trazado entre Valdesangil y Béjar e incluso también dentro de la propia Béjar, no hizo tentador nunca el uso de la bicicleta. Los trabajadores curieles del textil optaron siempre por hacer los recorridos caminando, aunque eso implicara una dura caminata tanto para ir a trabajar como para lo que era peor: regresar después del trabajo normalmente de 12 horas. Pedalear desde Béjar a Valdesangil diariamente después de la jornada, no fue una idea seductora. Mejor subir caminando. Por esa razón, en cuanto las cosas empezaron a marchar mejor, con trabajo estable para mucha gente, y los sueldos que permitían ahorrar algún dinero o pagar a plazos, motivaron la llegada de las motos a Valdesangil como primeros vehículos en propiedad.



FIGURA 77: *Valdesangil. Novios y novias en los años 60.*

Fueron unas cuantas las motos que llegaron en poco tiempo. Evidentemente fue una moda, una moda necesaria. Vespas, Isos y Lambrettas iban y venían cada día por la carretera de Valdesangil con sus pilotos enfundados en cascos. Las pilotaban los trabajadores en solitario o portando en el asiento de atrás a algún familiar o compañero al que le hacían un favor transportándolo. Los sábados, cuando ya no se trabajaba por la mañana, el desfile motorizado era para hacer la compra en Béjar, entre otros sitios en el Economato Textil que había al lado de la iglesia de San Juan, donde a los obreros,

por ser del textil, les salía todo un poco más barato. El marido, con el casco a la cabeza, pilotaba la moto, la mujer tras él, con el pelo sujeto por un pañuelo atado debajo de la barbilla, sentada convenientemente *a sentadillas*, porque no estaba bien visto hacerlo *a repatajón* con falda y dado que los pantalones para las mujeres tardarían todavía en llegar a Valdesangil. Algunos llegaron a tener la moto con sidecar que, aunque más peligroso para tomar las curvas, podía representar alguna comodidad mayor. La moto, además, ampliaba la libertad de los matrimonios jóvenes para moverse, de tal manera que algunos se atrevían en verano a ir a bañarse a las entonces concurridas playas del Tormes en el Puente del Congosto. Un poco después empezaría a llegar los primeros coches para sustituir, ya a finales de los 60 y principios de los 70, a las motos.

Las nuevas escuelas implicaron un estímulo, uno de esos estímulos que no se perciben de entrada pero que calan en el fondo de la población, provocando un impulso emocional de avance positivo. Tal y como había sido la construcción de la carretera y la siguiente llegada de las motos, unido a la vitalidad que daba tener trabajo y algún dinero para no pasar privaciones, la construcción de una escuela, con el solo cometido de ser escuela, en un punto muy bien elegido para ello, con espacio suficiente para ser lo que era, implicó un avance importante que se vio unido a la presencia coincidente de un matrimonio de maestros (don Ramón y doña Teresa) que marcó a una generación de jóvenes. Les marcó, primero, por sus enseñanzas como tales, pero también como representantes de la norma todavía de los tiempos: *la letra con sangre entra*, método que don Ramón practicaba con autoridad. El maestro, con el cura y el alcalde, se convertían así en las referencias del pueblo marcadas por el tiempo que se vivía. El nuevo edificio de las escuelas estimulaba por sí mismo el deseo de asistir a las clases y de aprender, tan nuevo, tan acorde, tan pensado solo para ser escuela, a diferencia de los locales improvisados de antes, que eran escuela por obligación, por adaptación, sin haber nacido para ello. Ahora no se quejaban los maestros de la falta de asistencia a las clases. No hacía falta que los niños faltaran a las clases para trabajar y que por tanto aprendieran intermitentemente, o no aprendieran. Ahora todos los niños tenían que asistir a las clases y asistían. No hacían falta sus pequeños trabajos en la hacienda familiar, porque el dinero llegaba suficientemente a las casas y porque el maestro era una autoridad para decir que nadie podía faltar a sus clases sin justificación y porque con unas escuelas recién estrenadas no se podía despreciar esa oportunidad. Aquellos maestros, además de enseñar, estimularon a sus alumnos para que invirtieran en la escuela, de forma que aparte de ser la escuela de su pueblo en conjunto, tuviera parte de ellos mismos. Con su particular imaginación y la necesaria y obligatoria aportación de los niños y las niñas, acondicionaron el patio que cercaba la escuela plantando árboles y otras plantas que dieran flores, dándole a los niños la responsabilidad de cuidar cada uno un pino como si fuera suyo propio y de legarlo a otro niño recién llegado, cuando ya fueran a abandonar la escuela, ese mismo pino para que lo cuidara, regándolo y protegiéndolo contra cualquier atropello.

La escolarización empezaba a los 6 años. El mismo día del cumpleaños la madre llevaba al niño a la escuela y se lo entregaba al maestro, concediéndole toda la autoridad sobre él en el tiempo que lo tuviera bajo su mando, también para darle un cachete o dos o los que se hicieran necesarios con tal de que el niño supiera entender y se le grabara para siempre la autoridad de los mayores. Incluso el maestro,



FIGURA 78: Valdesangil. Niños en el día de la Fiesta en los años 60.

por ser habitante del pueblo, podía intervenir en las acciones de los niños fuera de la escuela, llevándolas después a la autoridad en horario de escuela. A partir de ese primer día los niños iban a la escuela solos, recorrían el breve trayecto entre el pueblo y la escuela por la mañana y luego, por la tarde, después de la comida, caminado y comiendo el *pan untado* en tocino procedente del cocido diario que se comía en todas las casas y las naranjas de *sangre de toro* cortadas a la mitad; iban envueltos en sus abrigos y con las carteritas portando la pizarra, el pizarrín y el cuaderno de caligrafía en el que escribían con plumines mojados en los tinteros de tinta china del pupitre. En aquel patio aprendían muchos niños a jugar al fútbol, a las chapas, al *binque*, a *pídola*, a *burro recorrido*, al peón, al aro, a poner cepos a los pájaros cuando nevaba... o las niñas a *la comba*, a la *reguleta*, al *matao*, al pañuelo... Al volver de la escuela, en el atardecer de invierno, las puertas de las casas tenían ya los braseros de cisco con la *lambreira* puesta y el tubo en el interior, prendiéndose para calentar las piernas debajo de las faldillas, caída ya la noche, con las familias sentadas a la mesa camilla a consumir las horas que terminaban los días escuchando en la radio el *Parte*, Ustedes son Formidables, Matilde, Perico y Periquín, el humor de Pepe Iglesias *el Zorro* o las canciones de Luis de Lucena, de Farina o la Niña de la Puebla entre tantos otros. Afuera, en la calle, bajo la deficiente luz amarillenta de las bombillas en las esquinas, pasaban de vez en cuando de vuelta a casa los ganaderos con sus cántaros de leche, cruzándose con las mujeres, bien abrigadas, portando la Sagrada Familia dentro de su caja de madera, que iba rotándose de casa en casa para orarla dejando un donativo en su hucha. La noche en Valdesangil era íntima en invierno, encerradas las familias en sus casas al calor del brasero.

Hasta los 14 años como máximo estaban los niños en la escuela recibiendo la educación necesaria para manejarse en lo elemental. Por la mañana les daban la

leche en polvo que durante mucho tiempo de los 60 se daba en las escuelas, calentada en grandes ollas y mezclada con el Cola Cao que cada cual llevaba de su casa y que muchas veces no llegaba a la hora de la leche. Avanzados los años 60, muchos padres quisieron para sus hijos algo más que la escuela rural y dado que Valdesangil estaba cerca de Béjar, empezaron a llevarles al Instituto Ramón Olleros a la mayoría y algunos, con más sacrificio económico, porque había que pagar una cuota mensual, a los Salesianos y en el caso de las niñas, a las Salesianas o a las Amantes de Jesús. Facilitó esta acción la llegada a Valdesangil del autobús urbano en 1965¹¹³, que extendía los servicios urbanos de Béjar a su arrabal de Valdesangil. En el autobús, a una hora temprana, los niños que ya no estudiaban en Valdesangil, bajaban a Béjar por las mañanas para regresar por la tarde después de las clases; sobre todo bajar a las 8'30 era lo habitual, porque regresar, si no hacía mal tiempo, era más divertido y se ahorrraba, subiendo por el camino en pandillas, con el ambiente y todo lo propio de la edad. Estudiar en Béjar implicaba alcanzar el título de Bachillerato, al menos el Inferior, que no se alcanzaba por el mero hecho de asistir a las clases rurales hasta su final con los 14 años. El título de Bachillerato Inferior podía dar para bastante a la hora de una colocación. Más lo daba el de Bachillerato Superior, pero para eso los niños tenían que responder intelectualmente y los padres estar dispuestos a pagarles, aunque fuera una cuota mínima, el coste del instituto y los gastos que ello conllevaba de libros, autobús... etc.

El progreso de la gente, por tanto, alcanzaba en este tiempo también para saber que la instrucción escolar era necesaria y rentable en un mundo que se veía llegar y en el que era preciso saberse manejar lo mejor posible. Se establecía así una diferencia, una cierta ruptura entre la generación que había nacido y se había formado entre los años 20 y principios de los 50 y sus hijos, que se incorporaban ahora a otra vida desde la niñez. El progreso de los tiempos les pillaba así, a unos ya formados en un pasado lleno de carencias y a otros por formarse, con lo cual unos se quedaban anclados en un pasado limitado y otros encaraban el presente de una forma distinta. Esa forma que afectaba a su formación intelectual y a la consiguiente manera de pensar y de ver la vida, en los más jóvenes con las expectativas de un tiempo más luminosos y abierto al que incorporarse. Mucho más atrás, amortizados por el curso de la vida y los acontecimientos, presenciándolo todo en aquellos años 60 desde el principio o ya en la vejez y seguramente asombrados con la precipitación de los acontecimientos que se sucedían, augurando una vida nueva y mejor, quedaba aquella generación que había conocido el final del siglo XIX, las primeras décadas del siglo XX, con la Guerra Civil incluida. Llegaban a ese momento y ya no tendrían ni fuerzas, ni capacidad ni tiempo para cambiar nada de lo que venía, todo lo más para presenciarlo asombrados. Llegaban con una forma de vestir propia del pasado, sin querer abandonarla, con

¹¹³ El autobús hacía varios servicios al día con objeto de cubrir las necesidades de los curieles. Había servicio de primera hora de la mañana, de mediodía, de tarde y de 11 de la noche.

manteos y faldas negras ellas, incapaces de usar otro color que no fuera el negro de los lutos acumulados, y ellos, con blusones y pantalones de pana gruesa, fumando *caldos* y *cuarterones*, mientras que sus hijos, si no fumaban los populares Celtas Cortos o Peninsulares, que era lo habitual por su precio, lo hacían ya emboquillado con Jean, Fetén, Ducados, Bisonte, Tres Carabelas e incluso los que preferían el exotismo y la distinción con Ben-Hur, que eran cigarros de color negro o Sissí, en el que los cigarros eran de colores diferentes. Se trataba de las marcas que llegaban también con la modernidad y que cuadraban bien con la forma nueva de vestir de ellos y ellas, donde el color variado de las camisas en los hombres y los claros en las mujeres indicaban una luz nueva que llegaba, e incluso la minifalda en algunas de las más jóvenes y atrevidas, con la protesta del padre y la mirada de reojo del cura, solo de reojo, porque el nuevo cura que llegó a partir de 1959 pertenecía ya a la misma generación innovadora, vividora de lleno la vida de los 60, bastante alejado de la lógica mentalidad más conservadora del párroco anterior, que como todos los de su misma edad, pertenecieron ineludiblemente a su tiempo y a todas sus circunstancias.

Fueron muchos los adelantos que llegaron a Valdesangil en la década de los años 60 revolucionando en cierto modo la vida tradicional. A los ya aludidos, como la motorización, seguida de los primeros vehículos de cuatro ruedas, del autobús que unía Valdesangil con Béjar y de las escuelas, aunque en este caso fueran del final de los 50, se unieron otros adelantos que impulsaban la vida y la modernidad en Valdesangil. A principios de la década llegaron, y se extendieron rápidamente, las primeras cocinas de gas butano que sustituían a las chimeneas tradicionales y al uso de pucheros y



FIGURA 79: Valdesangil. Mozos y mozas en los años 60.

calderos haciendo la comida sobre las trébedes, a la lumbre de la chimenea. Los hornos en las antiguas y ya abandonadas casas de antaño, quedaban para hacer pan tradicional cuando se quería volver a comer el riquísimo pan de hogaza del pasado, que se quedaba atrás porque llegaban las libretas, los colones y las barras de pan que ahora se hacían en la panificadora de Béjar, distribuyéndose por los pueblos a partir de las panaderías locales; quedaban también estos hornos para los hornazos por la Semana Santa, fecha en la que se reunían las mujeres de la familia para hacerlos y de paso hacer pan y recordar el tiempo que acababa de pasar. Así mismo, con la panadería surgió la carnicería, en este caso en el mismo negocio, donde acudían las mujeres cada día con un plato para comprar la ración necesaria de carne de cordero destinada al cocido.

La radio, que ya estaba desde antes en muchas casas, ahora se extendió a la totalidad de los hogares, hasta ser sustituida por los transistores en la década siguiente. Importante, como algo extraordinario y nuevo, fue la televisión. Pionero, como en otras novedades (el frigorífico, el tomavistas y, tiempo después, el ordenador) fue el cura don Agustín Jiménez. La llegada de la televisión convocó en su casa a los niños del pueblo para ver algo tan extraordinario de lo que se había oído hablar, pero no se había visto directamente. Era en blanco y negro, pero aun así suponía una especie de milagro poder ver lo que pasaba en otros sitios del mundo contenido en aquella caja tan simple. Los más viejos no podían creer que allí pudiera contenerse, por ejemplo, toda una corrida de toros. Era tanta la novedad que el cura, muy generoso, permitió que por las noches en verano los niños acudieran a ver los programas a la sala donde tenía instalado el televisor y donde lo veía con su familia. Los niños, agrupados delante del televisor, sentados en el suelo, veían cualquier programa con tal de ver aquel fascinante invento, que lo mismo transmitía películas de indios y vaqueros, como reportajes de animales, tragedias teatrales o concursos. Lo permitía el cura, salvo que la inquietud infantil, tanto tiempo allí sujeta, perturbara el sosiego general de su familia y de los demás, o que la película tuviera uno o dos rombos. Tanto en una situación como en la otra, se producía el desalojo de la muchachada hasta el día siguiente.

Debió de ser tan evidente el éxito de la televisión en la población infantil, que a una familia del pueblo se le ocurrió explotarlo de forma comercial en su propia casa, en la que vendía chucherías para los niños. Por una peseta, que podía ser poco menos que la paga dominical, los niños pasaban la tarde del domingo en otoño e invierno sentados en el suelo de una pequeña sala viendo todo lo que dieran en la televisión esa tarde, desde la emocionante serie Bonanza con la que empezaba todo, para seguir luego con la Perrita Marilín, Escala en Hi-Fi, Reina por un día... etc. Unas cosas divertían más que las otras, pero lo importante era pasar las horas de la tarde del domingo viendo aquel maravilloso invento mientras en la calle arreciaba el frío invierno. Así hasta la hora en que terminaba el tiempo marcado y cada uno volvía a su casa. De paso, entretenidos, todos aquellos niños gastaban su paga en *fresas* y chupa-chups y en chicles Bazooa Joe, juntando además sus cromos. A mediados de la década ya tuvo televisión también una de las tabernas, la llamada Taberna de Tío Pifa, pero no

siempre el tabernero consentía la presencia de niños, además, en la taberna era donde se hacía cada dos semanas el baile de los domingos.

Llegó a Valdesangil por este tiempo también el cine. Llegaba con su proyector desde Béjar un hombre que tenía una tienda de electrodomésticos. Era un sábado o un domingo, lo anunciaba previamente el alguacil tocando la trompetilla, encabezando con el protocolario *Se hace saber*. En un aburrido sábado de invierno, que viniera El Máquinas a proyectar una película, suponía un acontecimiento para todo el mundo. Ningún niño se iba a negar a nada que mandaran sus padres si corría el riesgo de quedarse sin ir al cine. En la Casa Concejo, sentados en bancos y banquetas, con la espectacularidad de lo que suena más alto y se ve más grande, abrigados todos si era invierno por el frío, se hacía el silencio para ver una película de romanos, de vaqueros contra los indios o de fray Escoba. Siempre que no se fuera la luz, porque la luz se iba a menudo y cuando eso sucedía había dos opciones: la del electricista local que podía cambiar los plomos, con una más o menos breve espera o, en el peor de los casos, suspender el acto hasta el día siguiente, porque la avería era de envergadura y eso significaba la intervención del electricista del Ayuntamiento, que lo arreglaría, lo más pronto, al día siguiente. Para esos imprevistos, cuando sucedía en noches corrientes, había en cada casa dispuesta una vela y si el apagón era ya tarde, la familia se iba a dormir hasta el día siguiente.

Valdesangil contaba en este tiempo con todos los servicios para tener la vida organizada en lo más esencial. Además de la carnicería y la panadería ya citadas, había tienda de ultramarinos y cuando dejó de haberla, porque los que la regentaban emigraron a Béjar en 1964, empezó a funcionar un servicio de venta que fue muy eficiente hasta 1987, en que terminó. Una tienda de ultramarinos de Río Frío, en Palomares, luego en Béjar, subía cada lunes casa por casa a tomar nota de los pedidos que precisaban las familias. Dos días después el pedido era satisfecho, cobrándolo al lunes siguiente cuando se encargaba el nuevo. También un quesero subía una vez a la semana a vender quesos curados. Con todo ello había también una frutería, instalada en el portal de una vivienda que surtía de fruta todo el año. Un comerciante ambulante de Medinilla (Serafín *el de Medinilla*) visitaba el pueblo con su furgoneta cada poco tiempo para vender ropa, como de vez en cuando llegaban también el mielero, el afilador gallego con su bicicleta-taller haciendo sonar el peculiar sonido de chifle y el hojalatero Isidro *el Sardinas*, que instalaba su taller ambulante en el recodo de la torre de la iglesia, con un pequeño cubo de carbón incandescente en el que meter la herramienta, rodeado de los niños a la salida de la escuela, a los que les fascinaba ver el efecto del estaño derretido por el calor cerrando las grietas de los cántaros de la leche y las calderetas. No era un comerciante de algo concreto, pero sí un vendedor de sonrisas, el popular mendigo, siempre de paso, Sebastián *el de las medallas*, pequeño y barbudo, procedente de Zarza de Granadilla. Aparecía por Valdesangil de vez en cuando pidiendo limosna con su barba blanca y sus decenas de medallas de todo tipo colgadas de la chaqueta, cantando a su manera y presumiendo de ser el

novio de Carmen Sevilla. Los niños le hacían corro para oírle, le daban una perra y las mujeres, trozos de tocino y chorizo que guardaba en un zurrón. Un día Sebastián *el de las medallas* desapareció para siempre en algún camino, pero quedó su entrañable e imborrable recuerdo.

En 1968 la modernidad llegó a también a la hostelería. Hasta ese momento se daba solo el concepto de taberna, representado por las dos que había en el arrabal. Ahora se inauguraba un nuevo concepto: el de bar. Con otra decoración, con otra luz y con otro ambiente, el bar representaba los tiempos que se vivían, mientras que las tabernas, aun siendo lugares dignos, significaban el pasado, como tantas otras cosas que se hacían igual de evidentes, formando una mezcla interrelacionada entre lo tradicional y la novedad de lo que llegaba imparable. El baile dominical, que hasta entonces se había hecho en las dos tabernas, con la pareja difícil de olvidar para los que lo conocieron de un saxofonista y su mujer acompañándole a la batería, ahora el baile se repartía también con el nuevo bar, que además tuvo tocadiscos, con lo que se ampliaba la gama de música posible, participando de ello los últimos éxitos, algo que a la juventud les motivaba más. El baile del domingo era importante por muchas razones; primero por lo que suponía de divertimento para juventud sobre todo, y luego, por cuanto daba abundantemente para los comentarios del lunes en la pila de la plaza de Abajo o en los charcos de los Praos Caballos y del Cerrao, donde las mujeres acudían ese día a lavar la ropa de la semana. Con el domingo tan reciente, allí se comentaban las incidencias del baile con apasionamiento e interés, se discutía y se enemistaban en ocasiones a causa de los dimes y diretes.

En el asunto del agua corriente para las casas no fueron igual de eficientes los años 60 con toda su modernidad. El agua corriente no llegaría a Valdesangil hasta 1978, como sucedió como otros muchos pueblos del centro de España. Un progreso que llegó demasiado tarde. Hasta ese momento las mujeres tenían organizada toda una red de charcos o pozas en las que lavar la ropa. Las familias que tenían algún pozo o pila en un huerto de su propiedad gozaban de una cierta ventaja para lavar la ropa; las que no, tenían que organizarse entre los charcos que se obtenían allí donde era posible remansar un poco de agua con una estructura básica de piedras, o hacerlo en la pila de la plaza de Abajo, donde había que acudir pronto los lunes para tener sitio. La poza de Cabezón quedaba un tanto lejos, a ella acudían más bien en caso de saturación de las demás o para lavar las ropas delicadas, como las de los muertos, con la privacidad y el recogimiento que ello implicaba, hubiera muerto el difunto de lo que hubiera muerto; fuera contagioso o no, era la ropa de un muerto y ello causaba entre reparo, respeto y miedo. Pero no solo era una incomodidad el tener que lavar fuera de casa, lo era igualmente el no disponer del agua corriente. Los pilares de abajo y de arriba eran el surtidor del agua a todos los efectos, para beber, para fregar, para lavar en casa y para el aseo. Allí acudían las mujeres con sus cubos para proveerse de ella, hecho que con las intermitentes sequías de algunos veranos, producía inquietud, porque no había otra forma de proveerse de agua que no fuera esa. Por otra parte

estaba el problema de la evacuación de aguas residuales de los domicilios. Tampoco hasta 1978 hubo inodoros en Valdesangil. Las cuadras, el campo, el Cimalindón o el arroyo hacían las veces de tal ausencia. En lo preciso, el arroyo soportaba lo que fuera necesario en este sentido, aunque en verano no llevara mucha agua o nada. Algo similar sucedía con el resto de las basuras generadas por las casas. Una parte iba a parar directamente al puente, ya fuera por un lateral o por el otro, otra iba al Cimalindón y otra a las Lanchillas. La costumbre de tirar basuras allí donde siempre se llevaba haciendo, hacía que no se vieran mal las acumulaciones de envases, cenizas... etc., procedentes de las casas o buena parte de lo que desechaban el bar y las tabernas después del domingo, que también era mucho. Hoy, con otra mentalidad en estos aspectos, asombra imaginar aquella naturalidad en arrojar las basuras a lugares de tanto tránsito.

Para rematar los progresos de la década de los 60, llegó en 1968 el teléfono a Valdesangil. Costó 30.550 ptas. y se instaló como teléfono público en la casa del alcalde, donde durante algunos años los vecinos iban a hacer las llamadas. Así fue hasta que se trasladara en el principio de los 70 a la casa del cura, lugar en el que ha permanecido hasta el siglo siguiente.

La vida en Valdesangil era apacible, la gente vivía y dejaba vivir, los conflictos apenas existían, salvo en una escala muy menor. En los años 60 se habían superado las antiguas pesadillas sobre la alta mortalidad infantil que tanto azotaron a la población en los tiempos anteriores. Ahora ya no morían la mitad de los niños que nacían, los pocos que morían no lo hacían por las enfermedades que antes asolaban a los recién nacidos. A los partos, todavía en las casas de las parturientas, la novedad fue la asistencia de comadronas de Béjar acompañadas de expertas del pueblo y de las mujeres de la familia, como ayudantes para lo que hiciera falta. Los niños eran vacunados en Béjar contra tradicionales y tantas veces fatales enfermedades de la infancia; bajaban las madres a los atemorizados niños al convento de San Francisco, habilitado para este tipo de cosas; había ahora medicamentos y más información para paliar las afecciones intestinales, de garganta y de bronquios, que en otro tiempo habían diezclado a los recién nacidos; en Béjar un matrimonio de pediatras recién instalados sabían cómo tratar todos los problemas infantiles y los padres podían ahora pagarlo porque, aunque no fuera mucho, ganaban a la semana un dinero (*el semanal*) con el que afrontar la vida diaria y sus circunstancias. Naturalmente también se beneficiaban los mayores de los progresos de la medicina. A través de una iguala con un médico de Béjar (Francisco Brusi), los curieles tenían un médico de cabecera poco antes de la instauración de la Seguridad Social en 1967. El médico subía para los casos urgentes y si no lo eran, los enfermos bajaban a la consulta del médico en la calle Mayor, como bajaban también para operar a los niños de las anginas y vegetaciones, tal y como mandaban los tiempos ante la frecuencia de enfermedades bucofaríngeas e incluso cuando no había ganas de comer y se le atribuía tal cosa a las anginas. Lo que no hacía tanta falta era el practicante para poner las inyecciones. De la misma manera que había mujeres que sabían

arreglar las torceduras de tobillos¹¹⁴, las había también que sabían poner inyecciones, con lo cual se evitaba el trabajo de un practicante para esto.

Como consecuencia de los significativos progresos en el tratamiento de la salud, la mortalidad general se redujo. Los niños desde 1972 dejaron de nacer en las casas de sus madres donde habían nacido hasta entonces, para hacerlo en el ambulatorio de Béjar o, si se complicaban las cosas, en Salamanca; la gente vivía más y con mejor calidad y garantía de vida, porque, entre otras cosas, comía más y mejor al disponer de dinero para ello. Un dato lo prueba: en 1963 se mataron en Valdesangil 140 cerdos correspondientes a 79 familias. Los cerdos eran criados por las familias cuando podían disponer de tiempo, espacio y formas de alimentarlos¹¹⁵ y si no era así, se compraban con asiduidad a empresarios porqueros de Sanchotello, que se dedicaban a la venta puntual para las matanzas de cada año. Las casas de Valdesangil, en sus cocinas, despensas o bodegas se llenaban cada año, para *curarse*, de los restos del cerdo colgados del techo. Faltaba bastante para que llegaran los resultados de las investigaciones sobre lo pernicioso del colesterol, por lo que nada del cerdo se despreciaba y menos aún el tocino, todo era un sabroso manjar del que disfrutaban las familias sin prejuicios alimentarios ni de salud, ya fuera fresco o en el tradicional *bocadillo de chicharros*, emblema de varias generaciones.

Los que vivían del campo, dedicados a una economía mixta donde mezclaban lo agrícola y lo ganadero, tenían suficiente para vivir, si bien tenían ya delante una decadencia en la actividad que iría consumándose en las décadas siguientes ligada, por una parte, a la falta de productividad real del campo, a los ajustes en las formas de la economía agrícola en los lugares de recursos limitados y a la desviación de la mano de obra al textil bejarano. Un grupo de agricultores, cada vez menor, pero aún en los años 60 en cantidad suficiente, vivían de su labor. Cada año llenaban las eras con el resultado de la siega para trillararlo, contratando, si lo precisaban, como *trilliques* a jóvenes dispuestos a ganarse unas pesetas para los gastos de La Fiesta, montados en el trillo tirado por una yunta de vacas o un burro, dando vueltas a la parva, al pleno sol de julio, convirtiendo a las eras en el centro del pueblo por un par de semanas, las que duraba la trilla. Por el día e incluso hasta entrada la noche, las eras eran en estos días un lugar recurrente para los curieles. De día se trabaja trillando y dándole la vuelta a la parva bajo el sol abrasador; se comía allí mismo improvisando para ello una sombra con la comida que llevaban las mujeres. Luego, al atardecer, atenuado ya el calor, el ambiente en las eras era intenso: partidos de fútbol improvisados, niños

¹¹⁴ Como la inolvidable tía Anita, a la que acudían los mayores o los niños cada vez que había un tobillo hinchado o una muñeca dislocada.

¹¹⁵ Inolvidable, también, para los niños de una determinada generación será la imagen de tía Magdalena Mateos con su caldero de patatas cocidas recién sacado del fuego, haciendo escala en el pilar de arriba dispuesta a *espachar* a los cochinos. Los niños se acercaban al caldero humeante y le pedían una patata. Nunca se la negó a nadie. Aquellas patatas, al parecer, tenían un sabor único, porque los niños las preferían a las que podían darle en sus casas.

jugando a esconderse entre las numerosas parvas, familias descansado del duro día, tertulias comentando cómo había ido el día, meriendas o cenas sobre una manta con tortilla, chorizo, tocino y vino... Algunos incluso se quedaban a dormir a la luz de la luna envueltos en una manta para guardar la cosecha, por si acaso, pero seguramente también en el fondo para disfrutar de la noche estrellada de julio y del espectáculo que Valdesangil, entre los montes que lo rodean, es cada verano con la temperatura justa de la noche. Pocas cosas han quedado tan bien grabadas en los recuerdos de los curieles como aquellos días de esfuerzo, pero también de emociones de todo tipo, aprovechando cada minuto en el paisaje plano de las eras, resaltado por las torres de haces todavía unos sin trillar, a medio trillar los otros y trillados ya algunos, con la paja por un lado y el grano acumulado por otro, y el ir y venir de la gente haciendo unas cosas u otras.



FIGURA 80: Valdesangil. Años 60. Boda.

Los veraneantes, pocos todavía en los años 60, pero presentes, disfrutaban de estos pasajes y paisajes de la vida de Valdesangil acostumbrados a la diferencia con la capital. Los veraneantes eran emigrados, hijos o descendientes de curieles. Pasaban unas semanas en casas de padres o parientes disfrutando del bullicio, que para ellos era paz en Valdesangil, comparado con las ciudades en las que vivían y todo su trajín. Se les veía, con su aspecto de *gente de la capital*, queriendo participar como espontáneos en las tareas cotidianas de la vida del arrabal, ya fuera acompañando a los autóctonos a regar disfrutando del frescor de las mañanas del Valle, de los Linares, Las Longueras, montando en burros los niños o sentados a la

sombra del Álamo, conversando en las horas de más calor con los que no se habían ido ni se irían ya, comparando la diferencia en lo bueno y en lo malo de aquella vida y la del pueblo, y con ello sobre las ventajas y desventajas de haberse marchado. El verano significaba la intensidad que daban la luz y el calor, convirtiendo al día en un ir y venir de la gente y las noches en las veladas al fresco sentados en los *machaderos*, mientras los niños jugaban a *guardia y ladrón* por las calles y los alrededores y las niñas a *la goma* o al *matao* en La Plaza. El verano era el calor, los baños de la chiquillada en Los Tachones o El Chorrito, las cortinas en las puertas de las casas hechas de chapas de botella dobladas, eran también las tiras pegajosas para las moscas, las tardes dominicales de merienda de las familias con niños pequeños en La Cerrallana y el día completo de campo el 18 de julio, ya fuera en forma de familias pequeñas o de la familia más grande del pueblo, que se juntaba en El Valle para pasar el día con un enorme jolgorio por ser tantos ellos mismos, más los nuevos miembros que se le iban agregando con la mayoría de edad de los hijos y sus consecuencias.



FIGURA 81: Valdesangil. Años 60. Salida de un bautizo.

El verano era especialmente alegría y emociones para los jovencitos que, agrupados en pandillas por edades de chicos y chicas, buscaban sus sitios fijos al atardecer para hablar y jugar, para enrollar y desenrollar el yo-yo que en el final de los 60 se puso de moda; unas pandillas tenían su sitio en las tapias de La Huerta, otras en los prados propicios cercanos al pueblo, en la Fuente Vieja o de paseo por la carretera,

que en la década de los 70 y de los 80 sería el punto de asociación de las pandillas en las tardes del verano, ya fuera en los poyos de El Cruce, en el llamado *Cuarenta* (por la señal de tráfico que había allí) o a la entrada de la calleja del Praohoyo. El verano era ahora más que nunca y no dejaría de serlo en mucho tiempo, la intensidad diaria, el tiempo de comunicarse, de vestir diferente, de disfrutar del calor y de la alegría. Nada como el verano en tierras donde en el invierno en el mejor y en el peor de los casos suele ser muy largo.

Cuando terminaba la trilla con todas sus faenas y cuando ya el grano estaba en el granero y la paja en el pajar, llegaba enseguida la Fiesta. Como en tantas décadas anteriores, eran los días más intensos del año. Ver acercarse el día 15 de agosto era empezar a sentir una emoción incontenible que parecía inventada solo para esa fecha. La juventud contaba los días para que llegara como no lo hacía con ningún otro tiempo del año. Los emigrados buscaban todas las formas posibles para regresar al menos para esos días. Estar ausente por obligación en los días de la Fiesta era un motivo de honda tristeza en la distancia. La Fiesta seguía siendo muchas cosas, todas juntas para los curieles, de ahí que se la esperara con impaciencia. Era el baile con una buena orquesta en la plaza, era también el estreno de ropa, era la emoción de ver llegar a Valdesangil a la hora del baile a muchas pandillas de jóvenes de los alrededores, disfrutar del enorme bullicio en la Plaza, completamente llena de gente e incluso derivando a la zona del pilar; era también la vuelta para esos días en concreto de los emigrantes que no se lo podían perder de ninguna manera e incluso para tener la oportunidad de mostrar su progreso en otras tierras, muchas veces lejanas, exhibiendo un coche o simplemente portando el aire que daba la capital. Había tres momentos muy importantes en La Fiesta: uno era el día previo, cuando se tocaban las campanas la tarde del 14 de agosto como anticipo del día anterior; con ello se le quería decir al corazón de los curieles que debía irse acelerando, porque llegaba el día esperado durante todo un año. A la Virgen se la vestía durante la tarde con lo mejor para su día, se limpiaba exhaustivamente la iglesia y se quitaban las telarañas de donde las hubiera. Para eso había un grupo de mujeres fijas a las que este trabajo



FIGURA 82: Valdesangil. Años 60. Trilla en las eras.

emocionaba especialmente. Esa tarde de vísperas se veía a las mujeres recién peinadas en la peluquería cruzar por el pueblo con sus peinados nuevos, a veces ocultos de alguna manera para ser al día siguiente más novedad.

El siguiente momento era el 15 por la mañana con el estreno de la ropa en el momento inmediato a la misa, que había comenzado con el toque de campanas llamando de forma especial a la misa mediante repiques. Andando los años 60 y luego en los 70, el mayor desahogo económico propio de los tiempos con los sueldos que proporcionaba el trabajo en las fábricas, hacía posible que los jóvenes tuvieran la posibilidad de estrenar ropas a la moda del momento, más vistosas, de diseños más innovadores, con más colorido, representantes de un momento en el que lo inundaba todo una explosión de optimismo. Se ampliaban las posibilidades y, por tanto, estrenar ropa variada el día de la Fiesta implicaba una atención que no se había dado antes. Ahora, aparecer con un vestido impactante, o simplemente elegante, era un deseo que entusiasmaba a las muchachas, porque era el vestido de la Fiesta, que había sido confeccionado no sin poco agobio y a costa de pocas horas de descanso, por la modista del arrabal, trabajando a contrarreloj mientras se escuchaba en la radio la serie *Ama Rosa*; para aquella mujer las semanas antes suponían un trajín fuera de lo normal, porque ninguna muchacha podía llegar al momento de la misa sin haber estrenado su vestido. Era la hora de la misa, el momento de salir de casa camino de la iglesia, con los cohetes ya tronando en el cielo, cuando se producía la exhibición y el instante de confrontar lo que con el mismo secreto estrenaban sus amigas, aprovechando para compararse entre ellas y también sus madres. En los muchachos no era tanto como en las muchachas, pero también las modas de ese tiempo suponían una cierta competencia. Todo el mundo quería estar elegante, por lo menos *bien aviado* en el caso de los más mayores, que habían pasado ya el tiempo de la competencia y se preocupaban únicamente de ponerse el traje mejor que tuvieran, aunque fuera el mismo de los años anteriores o el de la última boda. Un predicador venido de fuera, como ya era costumbre de siglos atrás, otra voz, otra entonación, otro discurso, elevaba a más la excepcionalidad del día. Luego la procesión, con la Virgen por todo el pueblo, era el siguiente paso para continuar con el desfile de modelos recién estrenados, mientras las campanas repicaban en la torre y los cohetes explotaban en el cielo, dejando oír, entre unos y otros, los cantos de las mujeres acompañando a la patrona. Todo rodeado del calor propio de agosto.

El tercer momento importante era ya el del baile, *el baile de la Fiesta*, como se decía en frase hecha entre los curieles, sin que hubiera uno solo que no supiera todo lo que eso quería decir y cuál era su dimensión. Pero antes de algo tan esperado estaba la comida y un poco antes de la comida, los niños y los que estaban a punto de dejar de serlo, probaban los helados que una familia de Sorihuela traía cada año por esas fechas, junto con otras muchas chucherías no habituales y los tan deseados cascantes, petardos y bombas que alimentaban el ruido y el jaleo que todo el mundo estaba dispuesto a tolerar por ser el día que era. Si en los tiempos anteriores se dejaban de

comer patatas revueltas y cocido ese día para comer unas excepcionales alubias y un pollo criado para la ocasión, ahora un buen calderillo, o simplemente una ensaladilla rusa recién inventada para los usos de los curieles, animaba el momento de la comida, en la que se juntaban las familias a compartir el día. Pero todavía antes del baile, para hacer la espera más emocionante, estaba la tarde que lo antecedía: los hombres tras la comida tomaban café en las tabernas y en el bar con hermanos y cuñados, mientras los más jóvenes, agrupados en pandillas, que ahora eran más numerosas con los llegados de fuera para esos días, se reunían bajo las sombras de los fresnos en los prados cercanos. Así iba llegando el momento, que empezaba con los primeros sonidos de la orquesta afinando los instrumentos. Sin el baile no hubiera habido Fiesta, porque terminar la misa y que con ello acabara todo, resultaba impensable. El baile era la culminación, por eso lo había ese día y los dos siguientes. Todo el mundo pensaba en el baile.

Durante los años 60 y hasta el principio de los 70, como había sido antes también, los mozos pagaban el baile. Unas semanas antes habían llevado a cabo el ritual que de alguna forma era el ir a ajustarlo. Una delegación de los mozos iba a buscar el baile a Béjar o algún pueblo. Cuando ya estaba hecho el trato, recorría la noticia entre la gente, sobre todo entre la mocedad, de que ya había baile. Eso tranquilizaba y a la vez incrementaba la emoción. Un año, en 1974, en que a punto estuvo de no haberlo, la angustia se apoderó de la gente, porque no podían entenderse tres días tan importantes sin la música. Aunque se hubiera bailado mucho durante el año, no haberla durante La Fiesta representaría una enorme y frustrante tristeza colectiva, porque el baile de La Fiesta no era como ningún otro baile, eso probablemente solo lo sabían y lo sentían los curieles, a través de una especie de misterio local de difícil explicación.



FIGURA 83: Valdesangil. Años 70. Procesión de la Fiesta con los hombres al final.

Durante los años 60 y 70 el baile de La Fiesta lo amenizaba con frecuencia una orquesta de Béjar. Unos años era la Camp, otros la Nieto y más recientemente la Harlen-Hot. Con los más pequeños corriendo entre las parejas que bailaban, molestando muchas veces, las chicas solteras y sin novio bailaban de dos en dos esperando a que los chicos fueran, también de dos en dos, a *sacarlas* a bailar. Era el ritual. Las parejas de novios no se separaban y cuando había un descanso, los más jóvenes buscaban un sitio en pandilla donde esperar a la reanudación del baile con una Mirinda, una Coca-Cola y cuando luego llegó, con un fru-frú o una piña Molina, bebidas que se pusieron de moda para mucho tiempo. Los que ya no se tenían por niños tomaban sus primeros alcoholes y fumaban, porque en La Fiesta había que fumar, aunque no se fumara a menudo. Fumaban hasta los jovencitos, que esos días con el dinero extra de cualquier cosa, eran capaces de comprarse un tabaco de los caros, y que les vieran las muchachas de su edad... Cuando las canciones eran más movidas las pandillas bailaban en corro mirándose entre los componentes de reajo. Con el punteo de las modernas guitarras eléctricas sonaban en la Plaza las canciones del momento: La chica ye-ye, Las flechas del amor, Si yo tuviera una escoba, Estando contigo, Un rayo de sol, Eva María, la Yenka, Me lo dijo Pérez, Juanita Banana, La felicidad, Pulpa de tamarindo, Adiós linda Candy, La fiesta de Blas, la lenta y disputadísima María Elena o las canciones de cada verano de Georgie Dann... Pero no faltaban también las canciones más tradicionales como La Campanera, las de Manolo Escobar o los apasionados pasodobles que con todo su brío iban chocando a las parejas enlazadas –unas en serio y otras en broma–, porque había tanta gente en el baile que escaseaba el espacio para las vueltas de mucho recorrido. El baile paraba para cenar, los mozos se repartían a los músicos para cenar a sus casas. La Plaza quedaba entonces para los niños y sus carreras hasta que de nuevo empezaban a puntear las guitarras eléctricas, volviendo a la emoción del baile la noche de agosto de Valdesangil, en medio del Valle de San Gil. Y así dos días más, que terminaban, finalizado el baile, con un chocolate de madrugada para la juventud en medio del campo. El chocolate calmaba la tristeza reinante por pensar que ya hasta un año después no habría tres días tan emotivos e intensos. Porque la Fiesta Chica, aunque era fiesta, no era lo mismo.

En el año 1975 se produjo un cambio en la forma de organizar La Fiesta. Aquel año estuvo a punto de no haber baile, de hecho, el primer día no lo hubo propiamente y hubo de organizarse con improvisación, echando mano de un tocadiscos del mayordomo de ese año. Divergencias entre los mozos, que ya no eran tantos como los que hubo en otro tiempo, motivó que llegado el momento no se encontraran orquestas disponibles. Ante la situación, y ya para los siguientes años, se creó como fórmula que garantizara unos festejos a la medida de lo que se quería una comisión de festejos, que liberaba a los mozos de la responsabilidad del baile y transformaba la forma de participación de los curieles en la organización del conjunto. La primera comisión se estrenó al año siguiente, 1976; la componían hombres representantes de cada una de las franjas de edad que participaban

activamente en La Fiesta¹¹⁶. Se estipulaba que a partir de entonces se pagara una cuota por parte de las familias que quisieran contribuir a los festejos, además de los donativos de forasteros y marcas comerciales que desearan contribuir por su ligazón a Valdesangil. La Fiesta de 1976 fue, por tanto, la primera organizada de otra forma y con participación en la financiación de todo el pueblo, a diferencia de los años anteriores en los que los mozos la sostenían¹¹⁷.

Las comisiones de festejos, constituidas por jóvenes y no tan jóvenes, se encargaron desde ese momento hasta la actualidad de toda la organización, no solo del baile, sino también de una serie de actividades que llenaban las horas en los tres días que duraba La Fiesta e incluso añadía un día más, el de la víspera, que con una emotiva verbena lo anunciaba y empezaba todo. Esta nueva forma de organización daría un gran impulso a los festejos de agosto durante las dos décadas siguientes. La continua renovación de los integrantes de las comisiones, implicaba en cierto modo un interés, si no por la superación de lo anterior, al menos por no decaer en las actividades. A finales de los 70 y principios de los 80 se organizaban capeas con una vaquilla en un huerto bien cercado, toreándola o al menos corriendo delante de ella, los más osados y los que habían bebido un tanto. Había concursos de cartas, partidos de fútbol de niños y de mayores contra algún pueblo cercano que solía ser Fuentebuena y carreras y certámenes de todo tipo que llenaban las horas de los tres días.

Enseguida de terminada la Fiesta los cielos cada vez más cargados de nubes anunciaban la llegada del otoño y con él de la vendimia y de la extracción de patatas por el 12 de octubre, de las limpiezas en los huertos y luego, del invierno con todos sus rigores, sus nevadas, sus lluvias, los barrizales en las calles y los caminos, los chuzos en los tejados, las charcas de La Cerrallana, indicador infalible de la intensidad de la lluvia en los inviernos, los carros descargando la leña necesaria, el paisaje de los braseros a las puertas de las casas, las matanzas, la intimidad familiar en la noche, la soledad de las calles iluminada pobremente por bombillas amarillentas que apenas servían para guiarse, las cuadrillas de obreros y obreras llegando al pueblo por el camino empapados de agua cuando todavía no había autobús, el baile de los domingos cada vez más centrado en el nuevo bar, ahora con tocadiscos, que resultaba más barato, los guateques en la Casa Concejo para los más jóvenes en Navidad y el Sábado de Resurrección, la fiesta del Carnaval con las pandillas pidiendo dinero por las casas, disfrazadas con ropas viejas sacadas de los baúles y cubiertas las caras con caretas lo más

¹¹⁶ Los componentes de la primera comisión de festejos fueron: José Sánchez Amor, Manuel Sánchez Alisente, como representantes de los solteros y por los casados: Arturo Martín, José María Martín y Pedro Sánchez.

¹¹⁷ La organización de los festejos en La Fiesta de 1976 fue secreta por parte de la comisión de festejos hasta el momento mismo de anuncio del programa, a través de un cartel anunciador patrocinado por Cervezas San Miguel sobre todo, y por los dos bares del pueblo. En el programa se habla de campeonatos de cartas de diversa índole, carreras pedestres, de sacos y de burros, partidos de fútbol... etc., todo ello marcado por la imaginación y la novedad y generando un impulso de ilusiones que se iba a mantener durante mucho tiempo.

raras posibles compradas en Béjar para la ocasión; la Navidad tantas veces entre nieve y siempre con villancicos, con su emotivo *nacimiento* en la iglesia hecho con el musgo invernal buscado por los niños en las cercanías del pueblo y las figurillas simulando el relato de la tradición; la Semana Santa y todos sus recogimientos, con el monumento al Santísimo lleno de lirios, candelones y todas las flores de la primavera reciente que se recogían en los prados, todavía encharcados de la lluvia invernal, y el viacrucis por las calles del pueblo en la noche de Viernes Santo, con las filas de gente cantando las canciones para esos días y portando velas, en una estampa entre lo tétrico y lo místico, que a la vez que gustaba, sobrecogía y envolvía a la gente inconscientemente en un ambiente de dolor que finalmente se volvía alegría en el Sábado de Resurrección.

Luego llegaba la primavera con la visión, todavía pero ya por poco tiempo, de los campos de cereal meciéndose con el viento, el canto de los grillos, las primeras mariposas, las tardes de comer pamplina con las mujeres reunidas en un resolano en torno a una enorme cazuela, las huertas de nuevo cultivadas y los hortelanos trabajando al atardecer para obtener una buena cosecha en verano; la hierba alta en los prados y su siega a guadaña en junio con el característico olor a heno que animaba con su aroma el paso por los caminos. Y así volvía el ciclo y se llegaba a otro verano con su Fiesta y luego de nuevo a otro y a otro, hasta consumirse las décadas como si no hubieran pasado y fueran solo producto de un sueño para los que las vivieron y se hicieron viejos viviéndolas.



FIGURA 84: *Valdesangil. Años 80. La generación de finales del siglo XIX y principios del XX en los tiempos del progreso.*

5.11. DE FINALES DE LOS 70 HASTA LA ACTUALIDAD

La crisis de la industria textil bejarana, que empezó a manifestarse en Valdesangil a principios de los años 70 con la partida hacia el norte de un contingente de familias, a las que seguirían algunas más poco tiempo después, fue el principio de una lenta decadencia del número de pobladores de Valdesangil, que ha llegado inexorablemente a nuestros días con perspectivas poco halagüeñas para el futuro. La falta de trabajo en Béjar empezó a llevar no solo a matrimonios jóvenes a iniciar la aventura de la emigración, sino también a muchos jóvenes que eligieron el norte de España, Madrid o Barcelona para buscar trabajo y asentarse. La colonia de curieles en la zona de Quintana-Pueblo Nuevo, al final de la calle de Alcalá, en Madrid, se hizo especialmente notable desde principios de los años 70. Pero como la decadencia de la industria textil no fue una debacle de la noche a la mañana, sino un goteo incesante de caídas encadenadas, Valdesangil no se despobló en masa ni de golpe. Aún había trabajo para muchos en Béjar a finales de los años 70 y esos muchos o bien buscaron una casa en Béjar o se quedaron en Valdesangil a vivir aprovechando la cercanía y la facilidad para la compra de un vehículo. Valdesangil fue dejando las motos con que había iniciado los años 60, para pasar al Seat 127 o similares en los 70, que servían a los trabajadores de las fábricas para hacer más llevadero su esfuerzo físico. Vivir en Béjar no atrajo en masa a los curieles, a pesar de las diferencias en la vida de uno y otros sitios, por ejemplo, en algo tan fundamental como el agua corriente en las casas. Buena parte de los curieles se mantuvieron firmes en su paisanaje y prefirieron quedarse en el arrabal y esperar a que adelantos fundamentales para su tiempo, como la citada agua corriente, no les llegara hasta 1978. Aun así, la decadencia en el número de pobladores no dejó de caer, por más que se mantuviera estabilizada la caída hasta el 2008 aproximadamente con una población de 159-155 habitantes. Del más de medio millar que llegó a haber a finales de 1800 se pasó a los 407 en 1940, bajando a los 332 en 1960, para llegar a 155 en 2008 y alcanzar en la actualidad 122, de los que 28, casi 1 de cada 4, son ya mayores de 80 años.

Una novedad muy importante se produjo a primeros de los años 70: Valdesangil dejó la dedicación tradicionalmente agrícola de una parte de su población, la de los que se habían llamado *labradores*, dedicados, sobre todo, al cultivo de cereal en las tierras propicias, para dedicarse en exclusiva a la ganadería y ser cada vez menos. Por tanto, los campos aptos para el cereal de secano dejaron de cultivarse debido a su reducida rentabilidad y a la imposibilidad de competencia con la producción de cereal en otras zonas cercanas, donde con la mecanización del campo y la bonanza de la tierra se producía más en cantidad y más barato. A los pocos ganaderos de Valdesangil les era más rentable comprar la cebada y el trigo que producirla con los métodos de antes. La falta de un instrumento administrativo y territorial apropiado para hacer más rentable el cultivo, como hubiera sido la concentración parcelaria de las propiedades, no ayudaba a la situación. De todos modos, salvo dos o tres propietarios, y no en igualdad



FIGURA 85: Valdesangil. Años 80. Tradicional reunión para coser y hablar en las tardes del verano.

de condiciones, que tenían un número de tierras mayor, la propiedad estaba muy repartida en Valdesangil como consecuencia del trasiego de compras y ventas a lo largo de los siglos. Para introducir maquinaria tampoco daba a causa de la baja rentabilidad, por tanto, la ganadería se apoderó de la ya reducida actividad agraria. Quedaron tan solo un puñado de ganaderos viviendo de la trata de ganados y de la venta de leche, hasta que a principios de los años 80 la regulación de la venta de lácteos terminó también casi en su totalidad con esta actividad. Hasta que no sucedió esto, las mujeres lecheras, primero sobre los lomos de un burro bajando cada día por el camino de Béjar y luego los hombres en las primeras furgonetas, llevaban diariamente la leche a Béjar a clientes fijos, que la compraban fresca. El resto de la población curiel trabajaba en las fábricas o de las fábricas de Béjar, en el caso de las zurcidoras que repasaban las piezas textiles en sus casas. Algunos de estos trabajadores del textil mantenían paralelamente una pequeña ganadería prácticamente simbólica y/o cultivaban hortalizas en las huertas de toda la vida, como un gratificante entretenimiento ligado al espíritu tradicional, que además ayudaba en la economía familiar.

Si bien la nueva situación dejó buena parte de los campos exclusivamente para pastos, las zonas de huerta se mantuvieron activas, aunque en progresivo abandono, ligado al desapego de las nuevas generaciones a los cultivos que habían mantenido sus antepasados. Así transcurrieron el final de los años 70 y los 80; a partir de ahí la decadencia fue más precipitada, abandonándose prácticamente todas las huertas. A principios del siglo XXI ya la actividad en el campo quedó reducida a menos de media docena de ganaderos y a contados horticultores que cultivaban más por costumbre



FIGURA 86: Valdesangil. Años 70. *Lavar en el arroyo, como se había hecho toda la vida.*

y por llenar un ocio que por las necesidades y los complementos a la economía familiar que habían sido la causa de su actividad en tiempo anterior. Las zonas de huertas, que en otro tiempo habían constituido hermosos, saludables y estimulantes paisajes, ahora quedaron convertidas en eriales y en puro recuerdo, invadidos en muchos casos por la maleza, como es el caso de los Valles, de los Linares, las Longueras o las Talanqueras o se convirtieron algunas de ellas en urbanizaciones de chalets sin licencia de construcción al margen del control debido por el Ayuntamiento de Béjar y a sus planes de urbanismo que lo prohibían expresamente.

La reducción de la ganadería a mínimos, unido al uso del gas butano, que marcó el fin cotidiano de las chimeneas como forma diaria de elaboración de la comida, marcó una frontera en los terrenos baldíos ligados a la zona de sierra (Los Picos y sus laderas). La presencia de rebaños de ovejas y cabras, así como de ganado vacuno y la necesidad de abastecimiento de plantas arbustivas, habían mantenido los baldíos limpios. Pero la reducción de la ganadería y la no necesidad de escobas y piornos para el fuego, han motivado la invasión de la maleza y las consiguientes dificultades de tránsito. Solo el fuego y nada más que en parte, ha limpiado cada cierto tiempo algunas zonas concretas, enseguida invadidas con más fuerza por la maleza en los siguientes años. Esta situación ha perjudicado a las costumbres de los jóvenes curieles de acceder con frecuencia a las alturas, desanimados ante las dificultades, así como a excursionistas foráneos que asiduamente solían acudir a estos sitios animados por el paisaje rocoso y las vistas del Valle de San Gil. Solo la escalada en Cancho Bermejo, en una zona muy reducida de su espacio de monte, constituye actualmente un atractivo fácil y favorable en la utilización recreativa y



FIGURA 87: *Valdesangil. Años 70. Vista de Valdesangil desde el Prado Contador.*

de ocio de lo que en otro tiempo se disfrutaba, ya fuera para excursiones o en el marco de los días de merienda por parte de la juventud.

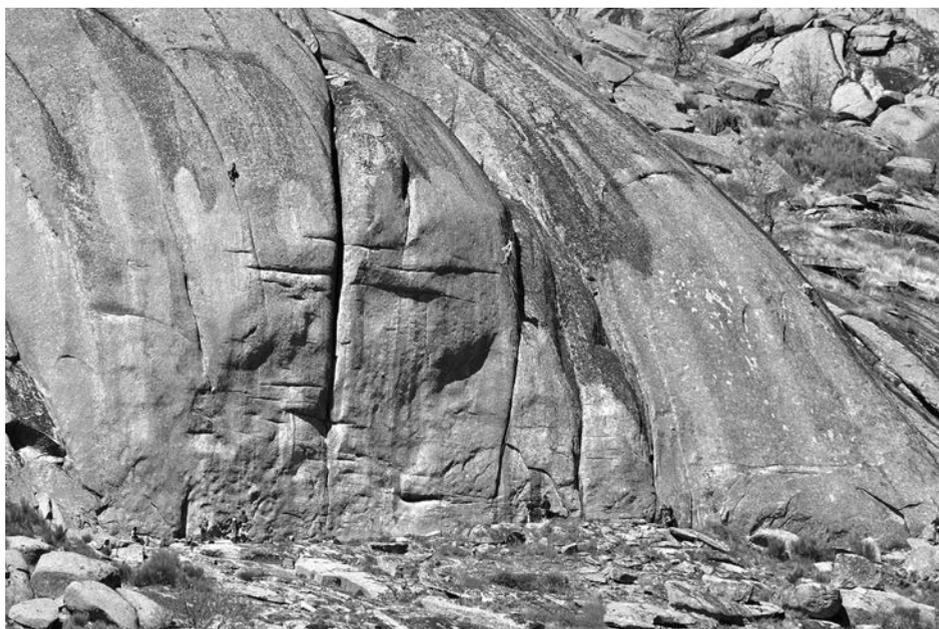


FIGURA 88: *Valdesangil. 2015. Actividades de escalada en Cancho Bermejo.*

Valdesangil se convirtió pues a finales del siglo XX y principios del XXI en lo que antes no había sido nunca: un lugar fundamentalmente residencial y a la vez en un codiciado paraje para una segunda residencia de bejaranos, la mayor parte disfrutando de un chalet al margen de los planeamientos urbanísticos y las preceptivas autorizaciones. La construcción de chalets ilegales sin control comenzó a finales de los años 70, como en los vecinos municipios y pedanías de Navacarros, Palomares y Fuentebuena. La venta de tierras rústicas a precios moderados, por ser precisamente rústicas, en las inmediaciones del casco urbano de Valdesangil, permitió que determinados paisajes de huerta se convirtieran en algo distinto a lo que habían sido tradicionalmente, salpicando puntuales paisajes como el de Los Cerraillos, Las Cabañuelas y la zona del Prado de la Cruz, sobre todo, de motas construidas en el paisaje que en nada han favorecido la imagen de un lugar apacible, ordenado y tradicional en el que se había mantenido Valdesangil durante varios siglos. Por contra, las construcciones legales fueron una minoría, produciéndose un agravio comparativo de difícil asimilación para quienes conciben las normas como una forma útil y mejor de vivir en sociedad. Precisamente el aspecto apacible y tranquilo de Valdesangil hizo que fuera deseado por muchos potenciales compradores en los años 80 y 90, elevándose así de una forma exagerada los precios por antiguas viviendas y cuadras para nuevas construcciones, esta vez como segundas residencias, sobre todo para los emigrados que querían tener una casa en el lugar donde estaban sus raíces. La tipología de las construcciones tradicionales, mayoritariamente con casas y cuadras de planta alargada y estrecha, dificultó la renovación en las construcciones, puesto que para levantar una vivienda con las exigencias actuales



FIGURA 89: Valdesangil. Años 70. La matanza.

se precisaba en muchos casos la compra de dos inmuebles contiguos, cosa difícil de adquirir dado que había que tratar con dos propietarios distintos y no siempre uno de los dos estaba de acuerdo en vender o pedía un precio más elevado al sentirse imprescindible. Como consecuencia de esta situación se adoptaron algunas tímidas medidas encaminadas a la fijación de familias al territorio, como la recalificación urbanística de una zona a la entrada del casco urbano, donde podían construirse viviendas. Aunque no ha funcionado totalmente como hubiera sido deseable, ha conseguido fijar a algunas familias jóvenes, asegurándose con ello que no se seguiría produciendo el trasvase de población a Béjar por falta de solares.

Así las cosas, desde finales de los años 70 hasta la actualidad, Valdesangil fue conformando un paisaje urbano propiamente dicho y otro adicional, compuesto por segundas residencias extraurbanas cuya proliferación y falta de control no ha ayudado a dibujar una estampa acorde y amable con la tradición del lugar, contribuyendo a la descomposición de su imagen venida de tiempo atrás de aldea concentrada en el centro del valle. Por otra parte, en las citadas cuatro décadas últimas se ha asistido a una falta de criterio en la concepción de las nuevas edificaciones, perdiendo Valdesangil sus tipologías de siempre y abandonando con ello la personalidad anterior, al no cuadrar la mayor parte de lo levantado con lo que venía siendo habitual hasta mediados del siglo. Este proceso, que es generalizado en buena parte de la Meseta española, en Valdesangil se ha visto condicionado en una parte por las características de la vivienda rústica: pequeña y estrecha, como ya hemos aludido. Aun así, las características de la vivienda nueva no han buscado la integración en un paisaje rural, propiciando una variedad de estilos poco beneficiosa para un aspecto rústico y tradicional, que no está necesariamente reñido con la comodidad que exigen los tiempos. Puede decirse en definitiva que ha evolucionado hacia una tipología llena de variedades y sin la unidad que tuvo.

En poco tiempo Valdesangil quedó a expensas de Béjar y de su decadencia laboral, lo cual constituyó un serio peligro para la estabilidad de su población, cuyos elementos más jóvenes se vieron avocados a emigrar. Permanecieron, sobre todo, aquellas familias que estaban amortizadas en su etapa laboral y los que iban encontrando trabajos en lugares cercanos más prósperos, como Guijuelo con su industria cárnica y chacinera o en Béjar, pero ya al margen de la industria textil, definitivamente muerta en la segunda década del siglo XXI. Con ello y con el envejecimiento de la población residente, el futuro para Valdesangil no tiene buenas perspectivas, como no lo tienen en general el conjunto de los pueblos castellano-leoneses. Con la tónica que se observa inevitable, la previsión en un plazo de 20 años es de aproximadamente 50 personas residentes, que en 20 años más, si no cambian las tendencias propias y las ligadas al futuro de Béjar, harán que Valdesangil esté prácticamente reducido a la población flotante que utilice el arrabal como segunda residencia.

La situación político-administrativa de Valdesangil conoció alguna forma de cambio con la llegada de la democracia, aunque ese cambio no fue inmediato. Si bien



FIGURA 90: Valdesangil. Años 80. Reunión diaria de hombres antes del vino de la 1 de la tarde cualquier día del mes de agosto.

Valdesangil ha permanecido dependiente de Béjar en lo administrativo tal y como lo fue siempre, en calidad de arrabal de Béjar o pedanía, la democracia devolvió a los curiales la facultad de elegir a sus representantes como alcaldes. Avanzada ya la dictadura, el Ayuntamiento de Valdesangil lo componían un alcalde y dos vocales. A finales de los 60 había desaparecido la figura del secretario, asimilando los temas administrativos el secretario del Ayuntamiento de Béjar. También, pero antes, Valdesangil dejó de subastar los llamados *bienes de consumo* (carnes frescas y saladas, las tabernas) con los que financiaba los impuestos que debía pagar a Béjar, además de con la subasta de los pastos. La liberalización en los llamados bienes de consumo aludidos más atrás hizo que ese impuesto desapareciera, eliminándose las aportaciones directas de Valdesangil a Béjar. A principios de los 70 desapareció también la figura del alguacil. Con la democracia la única novedad fue la elección de los miembros del Ayuntamiento directamente por parte de los vecinos, votando en las elecciones municipales. Los curiales votan en el colegio electoral de Béjar al Ayuntamiento de Béjar, como parte de la villa que son y eligen a los tres miembros de su propio Ayuntamiento, que decide, como es tradición sobre los asuntos menores, ocupándose Béjar de los proyectos de mayor envergadura.

Las primeras elecciones democráticas, después de 48 años, fueron en 1979. El primer alcalde de esta etapa fue Agustín Sánchez Mateos, presentado como candidato independiente dentro de las listas del Partido Socialista Obrero Español. Se mantendría durante dos legislaturas (1979-1983 y 1983-1987) para repetir otras dos más



FIGURA 91: Valdesangil. Agustín Sánchez Mateos, primer alcalde de la democracia.

(1991-1995 y 1995-1999) tras un paréntesis en que presidió el Ayuntamiento un alcalde distinto, pero también como independiente dentro de las listas del PSOE (1987-1991). A partir de 1999 y hasta 2007 el gobierno municipal correspondió al Partido Popular con dos alcaldes distintos, para retornar de nuevo en 2007 y para dos legislaturas consecutivas con independientes dentro de las listas del PSOE, esta vez con la primera alcaldesa electa de la historia de Valdesangil (Mercedes Sánchez), puesto que la



FIGURA 92: Valdesangil. Mercedes Sánchez –derecha– primera alcaldesa directamente elegida en la historia de Valdesangil, con Sagrario Sánchez –izquierda–, vocal primera del Ayuntamiento.

interinidad de Beatriz Sánchez como alcaldesa durante unos meses en 2003 se debió al fallecimiento del alcalde Lorenzo Sánchez, poco antes del final de la legislatura. En la actualidad el gobierno municipal de Izquierda Unida iniciado en 2015 presenta la novedad de tener a los tres miembros que lo componen sin raigambre directa con Valdesangil.

Los cambios citados hasta aquí no fueron los únicos registrados en Valdesangil desde finales de los años 70 y principios de los 80. Algunos de tales cambios podrán calificarse de paralelos y generales a toda España y otros tienen un marcado carácter local, inmersos en el desarrollo de la vida cotidiana del arrabal y a su interrelación con la marcha de los tiempos. Unos y otros fueron marcando una diferencia muy importante con el tiempo pasado, de tal manera que Valdesangil ha ido transformando su vida tradicional por otra asentada en las formas propias del presente, implicando necesariamente la extinción paulatina de lo antiguo, de lo que va quedando cada vez menos huella. Entre los primeros hay que citar como muy importante el cierre de la escuela y su traslado a Béjar de los escolares, en concreto a la zona de Monte Mario-Los Pinos, en enero de 1980. El decrecimiento de la población infantil, lógicamente paralelo y consecuencia del de la población adulta, motivó que fuera necesaria la concentración escolar de niños, que desde ese momento viajaban diariamente en un autobús escolar. Ello supuso el cierre de las antiguas escuelas construidas en 1955, que desde entonces padecieron el abandono del edificio con todas sus consecuencias, hasta su reciclaje, la escuela de las niñas en un bar y la de niños en el centro de salud, desde 1993, para evitar los desplazamientos de enfermos a Béjar en consultas rutinarias de medicina familiar. Cuando esto sucedió, Valdesangil contó con 3 bares, extinguidas ya definitivamente las antiguas tabernas en los años 70. Con el cierre en 2001 de uno de los bares y pocos años después del otro, los dos dentro del casco urbano, pasó a contar solo con el de las antiguas escuelas, que es el que permanece en la actualidad acorde con la reducida demanda, fundamentalmente de fin de semana todo el año y algo más extensa en el mes de agosto, cuando se concentra la mayor parte de la población veraneante.

La motorización de Valdesangil supuso, como en todo el país, un cambio importante respecto al pasado. Los vehículos a cuatro ruedas se generalizaron a finales de los 70 y principios de los 80, lo cual terminó en un principio con el servicio de autobús específico de Valdesangil, reanudándose bastante tiempo después como prolongación del servicio interurbano de Béjar, para dar servicio a una parte de la población envejecida y a las mujeres, que por ser viudas o no disponer de otra forma de transporte, precisaban de Béjar.

La llegada del agua corriente en 1978 fue sin duda uno de los avances más considerables, como lo fue también el del teléfono particular en el principio de los años 80. Enseguida se construyeron cuartos de baño en todas las casas, a la vez que se reformaron las cocinas a las que llegaba también el agua con todas sus ventajas, paralelamente a la elevación del nivel de vida. En 1979 Valdesangil contaba con



FIGURA 93: *Valdesangil. Gervasio Amor, el curiel más longevo de la historia de Valdesangil (19-6-1892 a 3-2-1994), 101 años.*

carnicería y una tienda de ultramarinos recién inaugurada, que competía con la venta de productos alimenticios y de droguería por encargo casa por casa que se venía llevando a cabo desde 1964 y que permaneció hasta 1987, si bien ya en mínimos respecto al pasado en la década de los 80. La rentabilidad de este tipo de negocio, que se mantiene hasta la actualidad pasando a diferentes manos, ha estado garantizada en parte por tratarse de la incorporación de mujeres amas de casa al trabajo, por el envejecimiento de la población que no tiene medios fáciles o no le es cómodo desplazarse a Béjar y por el incremento de la población en los meses estivales, que demanda este tipo de servicio inmediatos. Con todos estos servicios básicos Valdesangil ha logrado un cierto equilibrio manteniendo a una parte de sus habitantes ligados al lugar. Pero ese equilibrio parece puramente coyuntural, puesto que los jóvenes no encuentran una expectativa para su futuro que les ligue al arrabal y por el envejecimiento de la que permanece.

Un detalle muy importante que manifiesta la inmersión de Valdesangil en los tiempos actuales tiene que ver con la participación universitaria de los curieles. Hasta bien avanzados los años 80 no hubo estudiantes universitarios residentes en Valdesangil. A partir de la primera década del siglo XXI la incorporación a la universidad se ha incrementado considerablemente y con toda naturalidad, la misma con la que en la segunda década de este mismo siglo ha conocido la masiva llegada de internet a los hogares. Importante resulta también el carácter asociativo de los vecinos con la creación de la Asociación de Vecinos 2010, que pretende gestionar



FIGURA 94: Valdesangil. Ambiente festivo en el Día de la Cbota. 1987.

determinados aspectos de la vida vecinal en los que no interviene la vida político-administrativa, e incluso como elemento colaborador o de presión a ella.

En cuanto a la evolución de las costumbres tradicionales se puede decir que, como en tantas otras cosas, una parte de ellas se mantienen y otras han sucumbido, con el aceleramiento imparable del progreso y el cambio absoluto de los tiempos. Extinguidas a partir del final de los años 70 las costumbres en los más jóvenes relacionadas con festejar en el campo determinados días muy simbólicos (*Día de la Tortilla, del Chorizo, del Hornazo, de la Enguila, La Calvotá*), otras costumbres se han mantenido, e incluso se han inventado otras nuevas, como fue a finales de los 70 la Romería de la Vega, de corto recorrido en el tiempo, o *el Día de la matanza o del Cochino*¹¹⁸ iniciado a principios de los 90. De todas las celebraciones que permanecen, La Fiesta continúa siendo la más importante. Si bien en las últimas tres décadas ha dejado de albergar las intensas emociones que en otro tiempo tuvo, se mantiene en la actualidad como un elemento simbólico al que los curieles acuden como una llamada difícil de evitar relacionada con su paisanaje, que les agrupa en torno al día 15 de agosto y a sus días anteriores como prelude de la celebración. Ya no inundan los caminos de Valdesangil las turbas de jóvenes forasteros que lo hacían a principios de los 70, venidos de todos los alrededores para disfrutar del baile y de cuanto le rodeaba como forma de contacto; se han dejado de jugar los partidos de fútbol en las eras o en el prado

¹¹⁸ Reúne a los curieles y simpatizantes de Valdesangil en la Casa Concejo en un fin de semana no determinado de finales o principios del año, para degustar un cerdo en todas las formas posibles en que este animal puede consumirse fresco. Financiada por el Ayuntamiento, esta fiesta se ha mantenido hasta la actualidad precisamente por la importante afluencia de público.

de Cara-Cuesta unas veces enfrentando a solteros contra casados (primera mitad de los años 70) y otras invitando al equipo de algunos de los pueblos próximos, con frecuencia Fuentebuena (finales de los 70 y principios de los 80), tiempo este en que el equipo de Valdesangil, con su camiseta roja y la leyenda en ella *Valdesangil*, cosechaba triunfos inolvidables en los torneos festivos de los pueblos cercanos, como por ejemplo en Valverde, Cantagallo, Neila y, sobre todo, en Fuentebuena. Entre lo más recordado figura el torneo de las fiestas de principios del mes de agosto en Fuentebuena, con asistencia de los curieles, futbolistas y seguidores, en la calurosa tarde de principios de agosto, formando caravanas de coches animadores, a lo que seguía, tras el partido, la masiva asistencia al baile de curieles de todas las edades, como testimonio de la buena relación entre los dos pueblos, que ya desde algunos siglos atrás y también en el XX, había unido a numerosas parejas de curieles y *frejoneiros*.

Aquellos años de finales de los 70 y principios de los 80 fueron también para La Fiesta de Valdesangil años de gran impulso y emociones centradas en esos días, aunque no fuera en cantidad lo de antaño; los partidos de fútbol no fueron evidentemente lo único, formaban parte de un contexto general en el que los curieles se volcaban con su fiesta. Así, se llevaban a cabo capeas con una vaquilla durante los días festivos que finalizaban en el sacrificio y consumo del animal y en una comida multitudinaria en un prado (*el Día de la Chota*) a base de calderillo cocinado *in situ*. Esos años también, en concreto entre 1980 y 1982, se hizo por primera vez una revista de fiestas



FIGURA 95: Equipo de Valdesangil en 1979.

financiada por colaboradores anunciantes¹¹⁹. Una manifestación más y muy importante del mismo momento y contexto fue la actividad del grupo de teatro Perché, nombre evocador de uno de los barrios antiguos del casco urbano de Valdesangil¹²⁰.

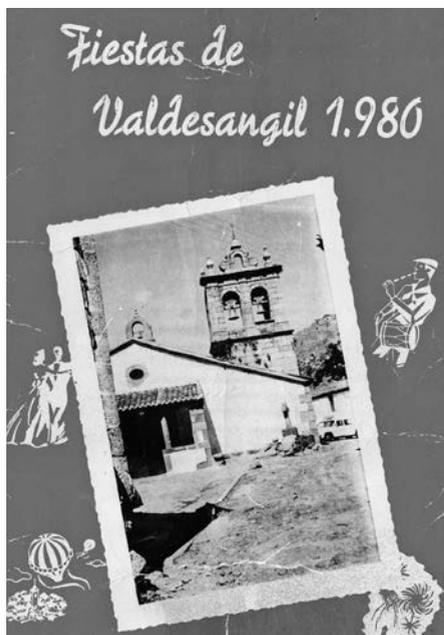


FIGURA 96: Valdesangil. Primera revista de fiestas, 1980.



FIGURA 97: Valdesangil. Revista de fiestas, 1982.

Integrado por jóvenes en el entorno de la veintena de edad, reunidos y dirigidos por Aniceto Orgaz Rodilla, representaban el día 13 de agosto obras del calado de *La familia de Bernarda Alba* de García Lorca, como prelude de La Fiesta, inaugurando así la costumbre por la que el día 13 agosto de cada año fuera el inicio de los festejos, adelantándose en un día lo que desde hacía algunas décadas comenzaba el 14 con la verbena. Desde ese tiempo, la noche del 13 fue la del pregón iniciador de todo y la del teatro, una noche en la que los curieles se concentraban en La Plaza portando sus propias sillas para disfrutar de un espectáculo que mantenía el espíritu festivo de días tan importantes. Esta costumbre de iniciar las fiestas el día

¹¹⁹ El costo de 500 ejemplares en la primera edición, la de 1980, fue de 39.600 pesetas en la Imprenta Hontiveros, incluyendo 500 pegatinas con la leyenda *Valdesangil en Fiestas*. Algunos artículos de la revista del año 1981 fueron literalmente plagiados pero suplantados con la firma del plagiador en la revista de fiestas de Guijuelo del año siguiente, para sorpresa de los firmantes originales.

¹²⁰ El grupo de teatro Perché tuvo una cierta proyección fuera de Valdesangil, actuando en pueblos de los alrededores, bien en forma de contratación directa, como en Fuentebuena en las fiestas de agosto de 1986 o formando parte también en 1986 de los circuitos culturales veraniegos organizados por la Diputación de Salamanca, actuando por ejemplo en pueblos como Cespedosa, Pizarral... etc.

13 de agosto, aunque sobrevinieran decadencias en las siguientes décadas, no dejó de utilizarse; siempre en esa noche hubo alguna actividad iniciadora, ya fuera de teatro, con el mencionado grupo Perché durante algunos años, después con obras improvisadas por niños, o musicales, como las encendidas actuaciones del grupo de punk-rock Pililos-oak, muy ligado a Valdesangil por tener su sede de ensayos en el arrabal y ser dos de sus miembros descendientes de él. Esta actuación musical concentraba en La Plaza de Valdesangil a una cantidad importante de forasteros no recordada desde los años pasados, y les animaba a saltar con su música hasta bien entrada la madrugada.



FIGURA 98: Valdesangil. Acontecimiento en la Plaza de Arriba durante las fiestas.

A partir de los años 90 La Fiesta empezó a soportar los envites de los tiempos, provocando un paso más en su decadencia. Se convirtió desde ese momento en una fiesta fundamentalmente local (salvo lo comentado del día 13), dejando fuera la popularidad que en otro tiempo llevaba masivamente a jóvenes de los alrededores al baile en La Plaza. Pero esta decadencia, generalizada a todos los pueblos por circunstancias, la actualidad y las evoluciones, no ha supuesto el desánimo de los curieles en esos días, que han seguido inventando recursos para que no decaiga lo suficiente, de tal manera que resulte irremediable suprimirla o reducirla a mínimos. Organizada actualmente por una comisión gestora, continuadora de las antiguas comisiones de festejos iniciadas en el 1975, organizan La Fiesta con la financiación de socios fijos, de patrocinadores y donantes, además de las correspondientes subvenciones y ayudas por el Ayuntamiento de Béjar.



FIGURA 99: Valdesangil. *Procesión de la Fiesta Mayor.*

Así las cosas, generalmente sigue habiendo al menos 3 días de baile en la plaza y, además, el día 13 de agosto con actuación de un grupo musical, para escuchar fundamentalmente, como anticipo y en recuerdo de los mencionados años en que ese día se hacía una función teatral. De reciente invención y en ese mismo contexto de no dejar morir el espíritu festivo por esos días y lo que viene representando desde hace mucho tiempo, es *el día de la paella*, dentro de los días de La Fiesta, en el que se congrega en la plaza de Abajo a curieles y simpatizantes para degustar una paella hecha *in situ* por un equipo de voluntarios, paella que en realidad es un pretexto para disfrutar de la unión de los curieles en unos días tan propicios para el paisanaje.

Inmediatamente después llega siempre el invierno con todos los rigores propios de esta tierra. El Valle de San Gil se adormece durante muchos meses en la intimidad del sitio, quedando en medio del paisaje su casco urbano, del que humean las chimeneas, ahora de las calefacciones, en otro tiempo de las cocinas de leña, formando una neblina a lo lejos que acentúa la intimidad de la estampa. Todo queda en medio del gris granito de sus Picos rodeando el valle y de la bufanda marrón de su bosque, en ese tiempo desnudo, que envuelve el conjunto de casas donde todavía hay curieles que no han querido dejar de vivir allí. Vuelve en ese tiempo Valdesangil a la soledad y a la intimidad que le caracterizan ahora, cuando no está el bullicio del verano que le vuelve a dar la vida. Todavía alguna mujer cruza la calle portando el cajón de madera de la Sagrada Familia, como uno de los testimonios tradicionales; no transitan continuamente ya por las calles los ganados, como lo hacían antaño al anochecer o



FIGURA 100: Valdesangil. Plaza de toros con carros durante las fiestas de 1980.

por la mañana después del ordeño; la plaza de Abajo, dedicada ahora a los 50 años de trabajo como cura párroco de don Agustín Jiménez, muestra su soledad invernal, con el protagonismo del árbol plantado en 1995, sustituto del álamo que dio sombra en verano durante casi un siglo; ahora la gente se refugia en sus casas desde el anochecer, los niños llegan del colegio y desaparecen en sus hogares con los modernos juegos de ordenador y con el internet que ha llegado aquí hace menos de una década, adelantos modernos que usan también sus madres y hasta sus abuelas, entrenadas por los cursos que vienen a darles para que se queden atrás lo menos posible y disfruten no solo del saber, sino de la tecnología a su alcance en el prolongado ocio del que disfrutaban. Se va al médico cuando toca o no queda más remedio, acudiendo al consultorio en los 3 días de la semana posibles; se va a la tienda por las mañanas o los hombres al bar a jugar la partida después de comer; pequeños grupos de mujeres, sobre todo, pasean hasta la Poza del Valle cada tarde porque es bueno hacerlo, porque de las bondades de esa actividad ahora se saben mejor que nunca y porque con el paseo se habla y se mata el tiempo. En el fin de semana Valdesangil cobra otro impulso de vida con la vuelta para esos días de algunos de los que están fuera, de los desplazados ocasionalmente o de los que llegan para escalar en Cancho Bermejo, cuya fama para su roca más emblemática consta en internet. Unos y otros llegan para disfrutar de las excelencias de un lugar como este, adormecido y viejo, es verdad, como buena parte de la España rural, pero todavía con ganas de seguir existiendo y de servir de referencia a los que nacieron en él, y con las mismas posibilidades de hacer feliz a los que están o se le acercan para vivir la paz y la serenidad de su campo, de sus caminos labrados

con paredes de piedra antiguas, supervivientes de la intensidad de otro tiempo, de su bosque, de la majestad de su sierra, que entre peñascos impresionantes lo envuelve magnificando su imagen.

Después del letargo renacerá de nuevo en primavera con sus verdores. Los hortelanos que se resisten a ver la tierra muerta, pocos ya pero entusiastas, irán de mañana o de tarde, o de mañana y de tarde, a la paz de sus parcelas a hacer lo suficiente para pasar unas horas de frescura, de dulces olores a campo y feliz soledad con sus cultivos, usando, todavía, los pozos antiguos antes dotados de un cigüeñal, hoy de adorno y testimonio, moviendo y mimando la misma tierra que movieron sus antepasados allí mismo, participando así de una forma particular, secreta y emotiva de la línea de la vida, en la que unos se suceden a los otros, recordando el último al penúltimo e incluso al antepenúltimo que hizo lo mismo. Luego, ya en el nuevo verano que sucederá a la primavera, otra vez en la mañana fresca o al caer la tarde, se les verá regresar con las cestas de hortalizas y la cara de satisfacción de ver colmada así la cosecha, que no es otra cosa que el producto y el resumen de las horas felices en la huerta, entregados al esfuerzo, a la pasión y a la calma, viendo nacer, crecer y servir de manjar (porque no será como lo comprado), cada uno de los frutos de la huerta. Y así habrá vuelto de nuevo a producirse el ciclo, renovándose cada año hasta no se sabe cuándo.

A estas alturas del tiempo y de las circunstancias nadie puede ni tampoco quiere saber qué será del pueblo de los curieles en un futuro a medio plazo. Nadie sabe cómo será el futuro a unas décadas vista, pero si no se producen cambios imprevisibles,



FIGURA 101: *Valdesangil. Mujeres al fresco en la noche de verano de Valdesangil. 2016.*

parece seguir la misma tónica que tantos otros lugares iguales que no parecen tener sitio en la vertiginosa carrera de los tiempos por llegar a no sabemos dónde. Sea como sea, en cualquier caso, la historia de su pasado hasta el presente ya está escrita, ya sucedió y un resumen de ella es este libro, escrito para que se conozca y para que nadie que conozca este lugar y lo ame, deje de saber lo aquí sucedió a lo largo de los siglos, con tanta gente implicada en ello de la que solo queda su remota memoria en los libros parroquiales con un nombre y unos apellidos, pero que pasaron por este lugar como pasamos ahora, todavía, nosotros, volviéndonos pasado, como aquellos, con el tiempo. Sirva este libro, además de referencia histórica de homenaje a todos los que han vivido, viven, aman y amaron esta tierra que se ha dado en llamar, sin que sepamos por qué ni quién fue el primero, el Valle de San Gil.



Bibliografía

- AVILES AMAT, A. 2011. «Un acercamiento a la Revolución de 1868 en Béjar». *Estudios Bejaranos*, n.º 15, pp. 11-32. Centro de Estudios Bejaranos.
- BARRIOS, A. y MARTÍN, A. 1986. *Documentación medieval de los archivos municipales de Béjar y Candelario*. Diputación de Salamanca.
- CEA GUTIÉRREZ, A. 1982. «El cultivo del lino y los telares en la Sierra de Francia (Salamanca)». *Revista de dialectología y tradiciones populares*, n.º 37, pp. 161-198.
- CUSAC SÁNCHEZ, G. y MUÑOZ DOMÍNGUEZ, J. 2011. *Los Hombres de Musgo y su parentela salvaje. El mito silenciado*. Diputación de Salamanca-Centro de Estudios Bejaranos.
- DÍEZ ÁLVAREZ, W. 2013. *Medinilla. Entre Canchos y encinas*. Valladolid.
- DOMÍNGUEZ BLANCA, R. y CASCÓN MATAS, M. C. 2009. «El proceso constructivo de la iglesia de Ntra. Sra. de la Asunción de Navacarros y su Patrimonio Histórico». *Estudios Bejaranos*, n.º 13, pp. 67-90. Centro de Estudios Bejaranos.
- ESTEBAN DE VEGA, M. 2013. «Política y sociedad en Béjar en el siglo XIX». *Historia de Béjar*, Volumen II, pp. 187-212. Centro de Estudios Bejaranos.
- FABIÁN GARCÍA, J. 1994. «La Edad del Cobre en la comarca de Béjar: el yacimiento del El Chorrito (Valdesangil)». *Estudios Bejaranos*, n.º 2-3, pp. 15-38. Centro de Estudios Bejaranos.
- FABIÁN GARCÍA, J. 2010. «Valdesangil: la historia en tres fotografías de principios del siglo XX». *Estudios Bejaranos*, n.º 14, pp. 145-157. Centro de Estudios Bejaranos.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. 2015. «La vida cotidiana y sus circunstancias en Valdesangil durante el siglo XVIII». *Estudios Bejaranos*, n.º XIX, pp. 107-143. Centro de Estudios Bejaranos.
- FERNÁNDEZ DOCTOR, A. & ARCARAZO GARCÍA, L. 2002. «Asistencia rural en los siglos XVII y XVIII: Los tipos de «conducción» de los profesionales sanitarios en Aragón». *BIBLID*, n.º 22, pp. 189-208.
- GARCÍA MARTÍN, F. 2002. *La emigración en Béjar (1907)*. Centro de Estudios Bejaranos.
- HERAS SANTOS, J. L. 2012. «Historia social del Estado de Béjar en la Edad Moderna». *Historia de Béjar*, Volumen I, pp. 367-412. Centro de Estudios Bejaranos.
- HERNÁNDEZ BELTRÁN, J. 2005. «Béjar en *La Gaceta de Madrid*. Sociedad, cultura y educación (1875-1950)». *Estudios Bejaranos*, n.º XII, pp. 33-46. Centro de Estudios Bejaranos.
- LÓPEZ BENITO, C. I. 1999. «La sociedad salmantina en la Edad Moderna». *Historia de Salamanca*. Volumen III. Edad Moderna, pp. 95-141. Centro de Estudios Salmantinos.
- MARTÍN MARTÍN, J. L. 2012. «Organización político-administrativa. Comunidades de Villa y Tierra». *Historia de Béjar*, Volumen I, pp. 221-234. Centro de Estudios Bejaranos.
- MARTÍN RODRIGO, R. 2013. «Béjar de 1808 a 1833». *Historia de Béjar*, volumen II, pp. 157-186. Centro de Estudios Bejaranos.

- RODRÍGUEZ BRUNO, G. 1993. *Béjar y la Guerra de la Independencia*. Béjar.
- RODRÍGUEZ BRUNO, M. 2001. «Las Casas de Val de San Gil», en *El Calvario. Primer Centenario 1901-2001*. Valdesangil.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M. 2015. «Cirujanos en una parte de la Sierra de Béjar». *Estudios Bejaranos*, n.º XIX, pp. 237-259. Centro de Estudios Bejaranos.
- SÁNCHEZ SANCHO, J. F. y DÍEZ ELCUAZ, J. I. 2008. «El conjunto barroco de Valdesangil», *Estudios Bejaranos*, n.º 12, pp. 9-46. Centro de Estudios Bejaranos.
- SANTOS CANALEJO, E. C. 2012. «El señorío de los Estúñiga en la villa de Béjar». *Historia de Béjar*, Volumen I, pp. 239-252. Centro de Estudios Bejaranos.

Estampas de la vida de Valdesangil

Las imágenes pueden ser un resumen de algo. Recogen en la instantánea un momento determinado con todos sus contenidos. Un conjunto de imágenes son capaces de representar la vida y el ambiente de un lugar a través de todos sus matices. Este es un resumido compendio en imágenes del lugar y la vida de Valdesangil que lo definen e identifican.



1. El sitio del que se es. No es lo mismo nacer en un lugar que en otro. Ni vivir. Nacer y vivir en el centro de un valle pequeño condiciona alguna de las mejores esencias en la forma de ser de quien tiene esa suerte. Los montes que rodean al valle crean la sensación de protección; la naturaleza amable que envuelve al punto donde tiene la gente su casa, es como una fragancia que lo complementa.



2. **Otoño.** El otoño en el Valle de San Gil calma las fatigas del calor del verano, tiñéndolo todo de un color dulce que prepara para el frío invierno. Dura lo suficiente para disfrutarlo e ir organizando el letargo de los meses fríos que se avecinan. Pasear aquí entre los ocres, serena el espíritu.



3. **Cancho Bermejo.** Dejando el pueblo, adentrándose valle arriba, Cancho Bermejo lo preside todo, lo vigila desde su mole enorme, que parece tallada a propósito. Brilla, como de plata, cuando lo moja la lluvia. Una vez alguien planteó demolerlo con una cantera y el pueblo se opuso. Tenían toda la razón: ningún dinero puede comprar a un pueblo un símbolo de toda la vida.



4. **El agua.** Hay años que llueve mucho. Si la charca de La Cerrallana aparece o la Poza del Valle se inunda, buen año es. Ir a verlo en un tranquilo paseo, certifica a los curieles que no faltará para nada el agua. A la gente que vive en el campo el agua les estimula (Foto de Juan Luis García).



5. **La torre de la iglesia.** Se alzó en otro tiempo sobre las demás construcciones para reclamar su importancia en el conjunto. Aún queda todo o parte de ese respeto. En el letargo del invierno de Valdesangil, el humo lento de las chimeneas (aunque no sean aquellas chimeneas de antaño que eran todas las chimeneas) con su nube blanca, parece acariciar la torre. Esta le muestra a los Picos su referencia. Los Picos obra de la naturaleza, la torre obra de los hombres, símbolos de sus creencias.



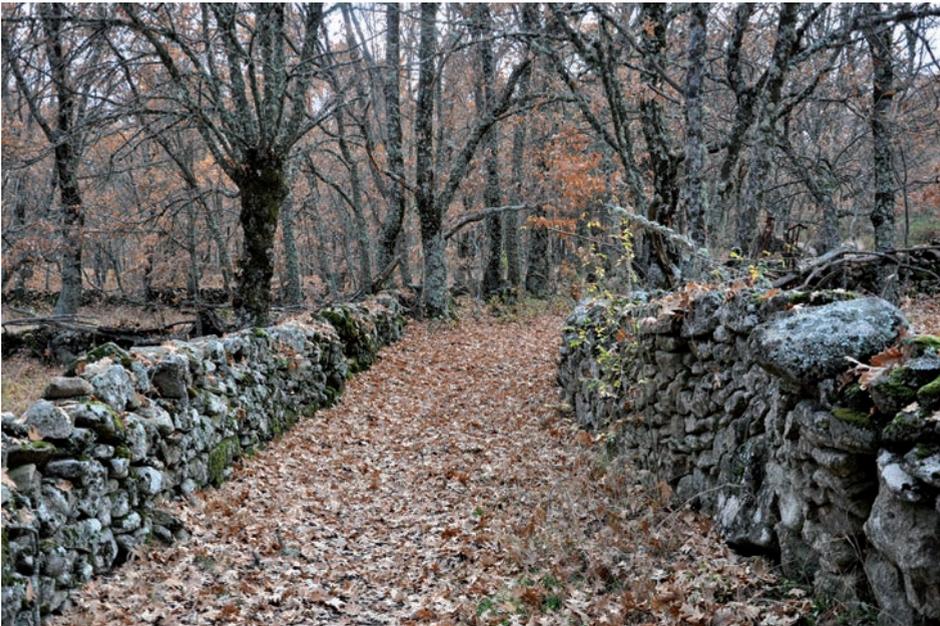
6. **La nieve.** De vez en cuando (dicen que cada vez menos) la nieve cubre las calles y los campos de Valdesangil, envolviéndolo todo en una dulce masa blanca. Más que nunca en estos casos, los curieles tienen la sensación de quedar aislados por unos días en la propia y dulce intimidad de su valle.



7. **Primavera.** La primavera siempre devuelve al Valle de San Gil a la intensidad de su naturaleza exuberante, después del sueño y de la calma del invierno. Los colores, los olores, los ruidos propios de este tiempo en un lugar como el Valle de San Gil, atan poderosamente a propios y extraños a este lugar, del que no querrán irse o al que volverán.



8. Pastores. Hubo un tiempo, hace mucho ya, en el que el Valle de San Gil fue un pueblo sobre todo de pastores. Iban y venían a Extremadura con sus rebaños. De ello ha quedado la historia y algún pequeño rebaño todavía que lo recuerda atravesando el pueblo. El tiempo cambia las costumbres.



9. Caminos. Los caminos interiores llevan, pero, sobre todo, llevaban a las fincas, cuando las fincas eran la dedicación y el sustento. Cuánto trabajo en levantar esas paredes. En invierno, las hojas de los robles los cubren para que caminantes solitarios o en grupo en busca de recuerdos, de estampas apacibles o de hongos, los recorran.



10. Reliquias de otro tiempo. Un día cualquiera de invierno de hace unas décadas. Un hombre a lomos de una caballería transita solitario un camino entre las antiguas huertas, ya abandonadas, que antes tuvieron vida intensa. Vaya donde vaya, está en su territorio y eso es mucho para él.



11. Las tareas. Al atardecer, antes, los ganados volvían a los corrales con sus amos, creando una estampa de actividad que ya es pura historia. El tiempo y las circunstancias han dado un viraje a todo y ahora la fotografía sirve para recordar que hubo ese tiempo y que no se debe olvidar.



12. De paseo por la carretera. La carretera era en invierno, antes, el lugar recurrente cada tarde de domingo con sol, para salir del letargo de las casas, bien abrigados y con la ropa que no era la de diario. En grupos o en parejas, caminando conversaban, se paraban con otros iguales o se apostaban a los resolanos a disfrutar de la quietud del domingo.



13. De merienda. Nada como ser niño en cualquier parte. Los niños iban de merienda. Se decía así: *ir de merienda*. Los amigos, el bocadillo, la botella de refresco y un balón. No hacía falta nada más para ser felices una tarde de domingo cualquiera.



14. Las vecinas. Una tarde de verano, amainando ya el calor del día, a la sombra y en el *machadero*, las vecinas se reúnan para coser y para hablar. Las dos cosas a partes iguales. Cualquier tema valía con tal de acompañarse y comunicarse hasta la hora de la cena.



15. Llevar la Sagrada Familia. Todavía queda en la costumbre popular ese símbolo del misticismo de otro tiempo. La estampa es nostálgica, aunque aún pervive: una mujer, a paso lento, se encamina hacia la casa de la siguiente visita, donde otra mujer espera el cajón con la imagen para pedirle por los suyos y por ella misma en el fervor que dan la edad, el tiempo y la costumbre.



16. La “roña” del bautizo. Era tal la alegría por la llegada del nuevo miembro a una familia que había que compartirla con los otros niños, así todos podían tener motivos para sentirse contentos por la llegada al mundo de un nuevo curiel.



17. Los símbolos. Son la esencia personalizada en alguien o en algo que unen a las personas en un punto común: un sentimiento, una devoción, la pertenencia a un sitio... Las creencias tienen a los símbolos como esencias de sus manifestaciones. La Virgen de los Remedios, patrona de Valdesangil, una cada año a los curieles desde hace cuatro siglos, crean o no crean. Ese es el milagro.



18. El agua y los niños. Hay un misterioso placer en al agua que seguramente para los niños es mayor, porque está ahí, la tocan y se les escapa, les moja y les refresca. Pocas escenas son tan simples y a la vez tan hermosas como un grupo de niños en verano jugando embelesados con el agua de El Pilar.



19. Preparar una fiesta. Organizar una fiesta es casi tanto como disfrutarla después. Por eso echar una mano en los preparativos, a todo el mundo apetece.



20. **Altars del Corpus.** Entre lo que queda del pasado está la festividad del Corpus, con sus modestos y artesanales altares, en los que el cura se va deteniendo a bendecir, acompañado de la comitiva que asiste al acto. El Corpus es la primavera avanzada, con las flores y con el olor del tomillo recién cogido. El Corpus es también la fiesta de la primavera, cuando mejor huele en el valle, cuando se respira y contagia la vida alrededor.



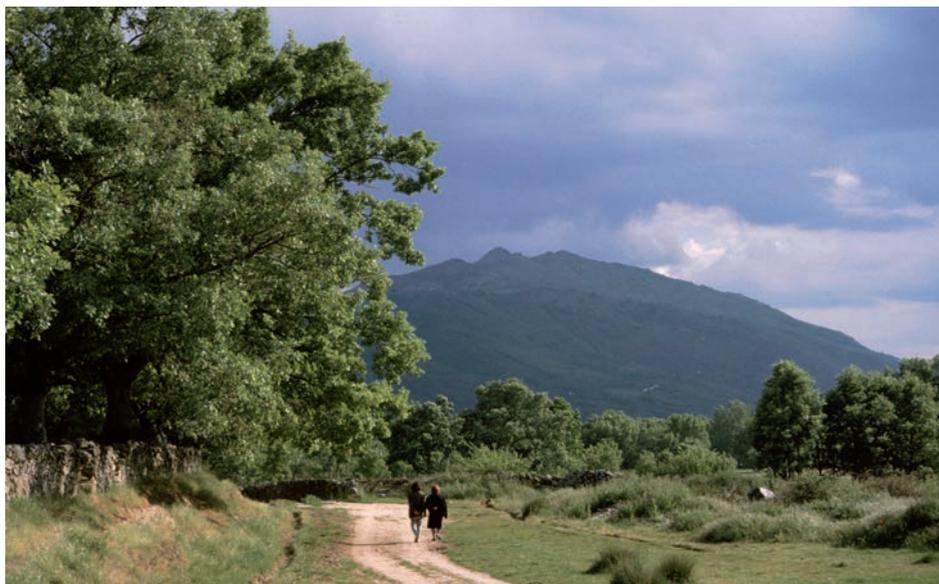
21. **A heno.** Cuando a la primavera empezaba a anunciársele el verano, los labradores y ganaderos de Valdesangil *iban a heno*. Los prados recién segados, antaño a guadaña, dejaban el olor a hierba fresca recién cortada, que se olía desde los caminos, como un perfume de esos que luego no se olvidan en toda la vida.



22. **Juntarse para comer.** Pocas cosas hacen mejor y más cómplice a un lugar que cuando sus miembros se juntan para comer. El pretexto no es tan importante, lo es más el hecho. Si la comida le sale a los cocineros bien, entonces resulta del todo un día grande, aunque no esté señalado como tal en el calendario.



23. **El homenaje.** La religión pesa en los sentimientos y las esperanzas de mucha gente. Cuando la persona que la ha organizado recuenta los años de ejercicio, los que se han convertido en paisanos, se juntan y se lo agradecen. Da igual que se sea creyente o que no, ese hombre es ya uno de los suyos, ha cumplido 50 años entre ellos y merece un homenaje.



24. Paseo de primavera. El paseo al atardecer cuando todavía es primavera y se anuncia -quizá- lluvia con los cielos, llenos de nubes azuladas, induce a la calma entre tanto verde y a la paz que despide el valle. Desde la casa, la tormenta dará miedo, pero será hermosa. Y oler después el ambiente causará una de esas sensaciones difíciles de explicar.



25. Asistir al espectáculo. Cualquier evento será bien venido en la tranquila vida de Valdesangil. Si es en La Plaza, lo será más. Y si fuera en La Fiesta, aún más. Da igual que no se sea tan joven ya para divertirse, a muchos nunca les limita la edad.



26. Despedida. Tarde o temprano los vivos se van. Les llevan a otro sitio donde yacen todos juntos. Vivieron juntos la vida, descansan después de ella, juntos también. Acompañarles en la despedida es empezar a honrar su memoria.



27. Divertirse. Nada como divertirse, sea mirando o con el atrevimiento de ponerse delante de un animal bravo. La Fiesta lo pedía.



28. **Hacer algo diferente.** Una vez al año se puede hacer algo diferente. Si resulta torpe, por inusual y poco practicado, será gracioso y, solo por eso, será una forma más de divertirse. Cualquier cosa sana vale en los días especiales.



29. **Jugar.** A los niños no les hace falta jugar a ser niños, porque ya lo son con todas sus consecuencias. Solo les hace falta un pretexto y ahí estarán, cumpliendo. Y los mayores, con el pretexto de los niños, si pueden, se disimularán entre ellos para volver a ser lo que fueron una vez.



30. Las floretas. Si hay oportunidad, sale lo que es de siempre, lo que se ha comido toda la vida para endulzar un día especial. Y así se recuerdan y no se olvidan los manjares que llevan tantos años entre la misma gente.



31. Noche en Valdesangil. Cuando se hace la noche, sea en la estación del año que sea, Valdesangil duerme serenamente, ajeno a todas las ansiedades, en la calma del valle. Se hace cada día un largo silencio, solo roto de vez en cuando por el ruido de la lluvia, del viento o por el ladrido lejano de un perro, escuchado desde el lecho.



Historia del Valle de San Gil

Valdesangil, pedanía de Béjar, nació a finales de la Edad Media en el íntimo Valle de San Gil, ya ocupado esporádicamente durante la Prehistoria, varios miles de años atrás. En el final de la Edad Media y en el principio de la Edad Moderna, con tan solo un puñado de caseríos dispersos por el valle, sería en las crónicas Las Casas del Valle de San Gil, para ser ya Valdesangil desde mediados del siglo XVII y, sobre todo, en el siglo XVIII, cuando la construcción de su iglesia capitalizará el definitivo urbanismo en el centro del valle. Desde ese momento Valdesangil irá pasando por todas las siguientes etapas de la Historia ligado a la evolución y a los acontecimientos de Béjar, pero con los matices propios de un lugar separado espacialmente. La historia conocida de todo ese proceso, está escrita en este libro.

ISBN 978-84-7797-535-9



9 788477 975359



Diputación
de Salamanca

Cultura

Ediciones

www.lasalina.es/cultura



Ayuntamiento de
BÉJAR